



INTUICIÓN

ELISABETH NOREBÄCK


ESPASA

ÍNDICE

[PORTADA](#)
[SINOPSIS](#)
[PORTADILLA](#)
[STELLA](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[29 DE DICIEMBRE DE 1992](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[29 DE JULIO DE 1993](#)
[STELLA](#)
[KERSTIN](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[5 DE AGOSTO DE 1994](#)
[STELLA](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[15 DE AGOSTO DE 1994](#)
[STELLA](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[2 DE SEPTIEMBRE DE 1994](#)
[STELLA](#)
[KERSTIN](#)
[STELLA](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[22 DE JULIO DE 1996](#)

STELLA

ISABELLE

STELLA

STELLA

STELLA

22 DE JUNIO DE 2003

ISABELLE

STELLA

STELLA

KERSTIN

STELLA

ISABELLE

STELLA

STELLA

STELLA

STELLA

STELLA

ISABELLE

STELLA

STELLA

KERSTIN

STELLA

ISABELLE

STELLA

KERSTIN

ISABELLE

STELLA

STELLA

ISABELLE

STELLA

STELLA

STELLA

ISABELLE

KERSTIN

STELLA

STELLA

ISABELLE

STELLA

ISABELLE

ISABELLE
STELLA
STELLA
KERSTIN
STELLA
STELLA
ISABELLE
STELLA
STELLA
STELLA
ISABELLE
STELLA
ISABELLE
STELLA
KERSTIN
STELLA
STELLA
STELLA
ISABELLE
KERSTIN
ISABELLE
STELLA
ISABELLE
KERSTIN
STELLA
KERSTIN
ISABELLE
STELLA
ISABELLE
STELLA
ISABELLE
STELLA
ISABELLE
ISABELLE
ISABELLE
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



SINOPSIS

Stella y Daniel eran adolescentes cuando tuvieron a Alice. Un año más tarde, durante las vacaciones de verano, Alice desaparece y, tras una intensiva y larga búsqueda, el caso queda cerrado y la familia destrozada para siempre. Años más tarde, Stella ha rehecho su vida: trabaja como psicoterapeuta, se ha casado y tiene un hijo adolescente. Todo cambia cuando aparece en su consulta una joven que se parece mucho a Alice. ¿Es posible que su hija desaparecida esté viva?

ELISABETH NOREBÄCK
INTUICIÓN

Traducción de Pontus Sánchez



STELLA

Me quedo tumbada en el suelo.

Las piernas recogidas, abrazándome las rodillas.

Inspiro. Espiro.

Los latidos me retumban en los oídos, el dolor de estómago se ha convertido en náuseas y he dejado de temblar.

Ahora me llamo Stella Widstrand, no Johansson. Tengo treinta y nueve, no diecinueve. Y ya no me dan ataques de pánico.

Una claridad gris otoñal se cuelga en la habitación. Oigo el sonido de la lluvia, sigue cayendo a raudales. Mi consulta tiene el mismo aspecto de siempre. Las altas ventanas, las paredes de color verde oliva. El cuadro del paisaje abierto y el suelo de parquet con su alfombra de trapillo hecha a mano. Mi viejo escritorio desgastado, las butacas en el rincón junto a la puerta. Recuerdo cuando amueblé la sala yo misma, lo meticulosa que fui con cada detalle. Ahora ya no me acuerdo de por qué era tan importante.

Siempre me he imaginado que soy yo quien la encuentra. No que es ella la que me viene a buscar. Quizá se haya visto empujada por la curiosidad, para ver quién soy. Quizá sea para acusarme, para que no me olvide nunca.

Quizá para vengarse.

He tardado años en reconstruir mi vida de nuevo, llegar a donde estoy ahora. Pero, por mucho que haya dejado atrás todo lo que pasó, no he conseguido olvidar. Algo así no se puede olvidar jamás.

Sigo tumbada en el suelo, abrazándome las rodillas.

Inspiro. Espiro.

Henrik me ha dado un beso en la mejilla antes de irse al trabajo. Yo he desayunado con Milo y lo he dejado en la escuela antes de continuar hasta Kungsholmen. Era un día normal y corriente. Vaho en el parabrisas, colas en el puente de Tranebergsbron, niebla en las aguas grises del lago Mälaren y escasez

de plazas de aparcamiento en la ciudad.

Ella tenía hora antes de comer. Le he abierto la puerta cuando ha llamado y lo he visto en el acto. Nos hemos dado la mano y nos hemos presentado. Se ha hecho llamar Isabelle Karlsson.

¿Conoce su nombre real?

Le he cogido el abrigo mojado de lluvia. He comentado algo del tiempo y le he pedido que pasara. Isabelle ha sonreído y se ha acomodado en una de las butacas. Tenía hoyuelos.

Tal como suelo hacer en la primera cita con un cliente, le he pedido que me explicara por qué está buscando ayuda. Isabelle venía preparada. Ha interpretado su papel minuciosamente y afirmaba que padecía insomnio desde la muerte de su padre. Necesitaba ayuda para transitar su tristeza. Ha dicho que se sentía perdida e insegura de sí misma, que le costaba mucho manejarse en contextos sociales.

Todo muy bien ensayado.

¿Por qué?

Podría haber dicho las cosas tal cual son. No tenía por qué esconder la causa real que la ha traído hasta aquí.

Ha cumplido los veintidós. Estatura media y cuerpo de reloj de arena, cintura estrecha. Uñas cortas y sin pintar. No llevaba tatuajes ni *piercings*, ni siquiera se ha perforado las orejas. El pelo negro y liso lo llevaba largo y le caía por la espalda. Empapado por la lluvia, su brillo contrastaba con la tez blanca y me he sorprendido pensando en lo hermosa que es. Más hermosa de lo que me habría imaginado nunca.

El resto de la conversación se ha fundido en una niebla espesa. Ahora, a toro pasado, me cuesta recordar lo que le he dicho. Algo sobre la dinámica de la terapia en grupo, quizá algo sobre la comunicación, o cómo la imagen de nosotros mismos determina cómo vemos a los demás.

Isabelle Karlsson parecía escuchar atentamente. En algún momento se ha cambiado el pelo de lado y ha vuelto a sonreír. Pero estaba tensa. En alerta.

Primero me ha venido la náusea, luego el vahído y la presión en el pecho, que me ha dificultado la respiración. He reconocido los síntomas. Me he disculpado, he salido de la consulta y me he metido en el baño del pasillo. El corazón me iba a galope, el sudor frío me caía por la espalda y detrás de los ojos sentía una palpitación que me lanzaba rayos de luz que me atravesaban la cabeza. Se me ha encogido el estómago y me he puesto de rodillas delante del váter en un intento de vomitar. No he podido. Me he sentado en el suelo, me he reclinado en los azulejos y he cerrado los ojos.

«Deja de pensar en lo que hiciste.»

«Deja de pensar en ella.»

«Deja de pensar.»

«Déjalo.»

Pasados unos minutos he vuelto, le he dicho que era bienvenida a la terapia de grupo del próximo miércoles a la una. Isabelle Karlsson se ha puesto la chaqueta, se ha levantado el pelo de detrás de la nuca y se lo ha agitado. He sentido las ganas de alargar la mano y tocárselo, pero me he contenido.

Ella se ha dado cuenta.

Ha observado mi titubeo, mi deseo de contacto.

A lo mejor era justo eso lo que quería despertar en mí. Hacerme sentir insegura.

Se ha colgado el bolso al hombro, yo le he abierto la puerta y se ha ido.

He soñado con este día. He fantaseado con cómo sería. Cómo me sentiría, lo que haría. No iba a ser como ha sido. Y duele más de lo que me habría podido imaginar.

Sigo tumbada en el suelo. Las piernas recogidas, abrazándome las rodillas.

Inspiro. Espiro.

Ha vuelto.

Está viva.

ISABELLE

—¡Isabelle!

Oigo la voz de Johanna y me doy la vuelta. Estoy otra vez en el edificio M, al fondo del todo del campus. Ya ha pasado la mitad del tiempo de la pausa del almuerzo y el salón está repleto de estudiantes, todas las mesas y sillas están ocupadas. A la hora de comer siempre está lleno. Pego una vuelta entera, pero no logro ver a Johanna hasta que se pone de pie y me saluda con la mano.

—¡Ven! —grita.

No me apetece. Acabo de pasarme una hora con todo el cuerpo en tensión. Creía que iba a explotar de tanto contener las emociones.

La pena. La rabia. El odio. Intentar esconderlo todo. Sonreír y ser amable a la fuerza. Fingir ser alguien que no soy.

Preferiría comerme el bocadillo a solas antes de que empiece la siguiente clase. Meditar sobre lo que ha pasado en la consulta de la terapeuta. Pero me cuesta decir que no. Me cuelgo el bolso del hombro antes de avanzar entre la gente, esquivando bolsas en el suelo, mesas verdes y sillas rojas, hasta que llego al sitio.

Johanna es lo más parecido que tengo a una amiga. Que he tenido nunca. Desde los primeros tiempos pavorosos en el IRT, el Instituto Real de Tecnología, cuando se apiadó de mí y me dejó que me mudara a su casa. No sé por qué. Somos como la noche y el día. Ella tiene experiencia y ha hecho un montón de cosas en la vida, ha viajado por todo el mundo. Se ha teñido el pelo de lila, lleva pendientes en las orejas y un *piercing* en la nariz, y además tiene un tatuaje en la rabadilla y otro en el antebrazo. Un rinoceronte que escupe fuego. Es una tía que mola, segura de sí misma, sabe lo que quiere.

Susie y Maryam, que están sentadas con ella, también soy muy simpáticas. Pero con Johanna me relajo, me atrevo a ser yo misma.

—¿Dónde te has metido? —dice Maryam—. No te he visto en clase de mates.

—No he ido —contesto yo.

—¿Cómo puede ser? —Susie se lleva una mano al corazón—. Tú nunca te saltas nada.

—He tenido que arreglar un asunto.

Saco la silla que ella tiene al lado, cuelgo mi chaqueta empapada en el respaldo y me siento. Aún me sorprende de que la gente sepa que existo. Que alguien repare en mí. Quizá incluso que me eche de menos. Estoy acostumbrada a ser invisible.

Abro el bolso y saco mi bocadillo envuelto en un envase de plástico que me he comprado en un 7-Eleven. Ha cumplido con lo suyo, lo vuelvo a tirar dentro del bolso.

—¿Todavía llueve? —pregunta Johanna.

—Igual que esta mañana —respondo.

—La nostalgia de cada lunes —dice Susie, y hojea el libro de texto de mecánica—. ¿Vosotras pilláis algo de lo que pone?

—Yo el otro día estuve pasando a limpio un montón de apuntes sobre el momento cinético —explica Johanna—, pero no tengo claro nada de lo que escribí.

Se ríen. Yo también me río. Pero una parte de mí está sentada en una jaula de cristal mirando fuera. Soy dos personas distintas, lo sé. Una es la persona que todo el mundo ve. La real, en cambio, la auténtica, sólo la veo yo misma, y entre la una y la otra hay un abismo. Llevo dentro un alud de oscuridad. Y tiendo a ponerme melodramática.

—Isabelle, tú sí que te lo sabes —dice Maryam, y se vuelve para mirarme—. Voy a entrar en pánico, ¡tenemos que empezar a empollar para el examen!

—Leyendo el libro se entiende bastante bien —contesto.

—Venga ya, di lo que piensas: que si le dedicáramos el mismo tiempo que tú a estudiar en lugar de salir de fiesta, nosotras también lo entenderíamos. — Susie me da un empujoncito y sonrío.

—Confiesa que tiene razón. —La servilleta arrugada de Johanna me acierta en la cabeza—. Confiesa, Isabelle.

—¿Os parezco aburrida? —les pregunto—. ¿Una sosa, una empollona que no sabe divertirse? Sin mí no tendríais ninguna posibilidad, pedazo de vagas.

Le tiro la servilleta de vuelta a Johanna y me río a carcajada limpia en cuanto me caen dos más en la cabeza. Le tiro una a Susie y otra a Maryam, y en cuestión de segundos se declara una guerra de servilletas en nuestra mesa. Nos reímos y gritamos y toda la gente del comedor se pone de pie a vitorear y...

Me suena el móvil.

Hago eso demasiado a menudo. Desaparezco en un mundo ideal imaginario. Me monto películas ridículas en la cabeza. Escenitas en las que se

me ve igual de espontánea y de despreocupada que todos los demás.

Hurgo en el bolso hasta encontrar el teléfono, miro la pantalla.

—¿Quién es? —pregunta Maryam—. ¿No lo coges?

Corto la llamada y vuelvo a guardar el móvil.

—No es importante.

Después de clase me voy a casa sola. Johanna se va a casa de su novio, Axel. En realidad habría preferido irme directamente a casa después de la visita a Stella, teniendo en cuenta el esfuerzo que me ha supuesto verme con ella, pero no quiero perderme nada importante en la universidad.

Ahora estoy sentada en el metro. Sola, una más entre todos estos extraños. Cuando me vine a vivir aquí me parecía horrible, pero ahora ya no tengo nada en contra. Y después de un año en Estocolmo me oriento bastante bien. Al principio me aterraba la idea de perderme. Confundía Hässelby con Hagsätra, miraba tres veces cómo llegar a donde fuera que quisiera ir. Y aun así me he dado mis vueltas y he pasado por la mayoría de los centros comerciales que quedan dentro del área que cubre la red de autobuses metropolitanos de SL.

He cogido los cuatro trenes de cercanías hasta las estaciones finales, he probado todas las líneas de metro y casi todos los autobuses del centro de la ciudad. Me he paseado por los barrios de Söder, Vasastan, Kungsholmen y Norrmalm, pero sobre todo por el centro.

Miro al resto de los viajeros y me invento que lo sé todo sobre ellos. Aquella mujer mayor de pelo naranja y gafas rojas, por ejemplo: va al gimnasio dos veces a la semana, embutida en unas mallas ajustadas de colores de los años ochenta, y observa con picardía a los hombres que pasan por allí.

La pareja que va cogida de la mano y se da besos: él es estudiante de Medicina, ella es maestra de primaria. Están volviendo a casa, un pisito de una sola habitación en Brommaplan. Van a cocinar juntos y verán una peli y se quedarán dormidos en el sofá. Después ella se irá a la cama, él sacará el ordenador y se pondrá algo de porno.

El hombre alto y delgado de traje: tose hasta doblarse por la mitad. Un cáncer de pulmón lo está matando. Nadie sabe cuánto le queda.

¿Cuánto tiempo nos queda a todos? La vida se puede acabar en cualquier momento. Podría no pasar de hoy.

Echo de menos a mi padre. Cuatro meses han transcurrido desde aquel día de mayo. Cuatro meses, largos y vacíos. Después me enteré de que llevaba semanas sintiéndose enfermo. Obviamente, no fue a ver a ningún médico. Yo no sabía nada. Mi padre casi nunca se ponía enfermo. ¿Por qué me iba a importunar

sin motivo?

Decir que tengo remordimientos no es suficiente. Mis visitas a casa eran del todo insuficientes. La última vez que lo vi fue por Pascua. Ni siquiera me quedé todo el fin de semana.

¿Fue egoísta por mi parte la decisión de mudarme? Papá quería que aprovechara la oportunidad. Me animó a quedarme aquí abajo, a que dedicara los fines de semana a relacionarme con mis amigas nuevas y echar el vuelo.

No supe la verdad hasta después de su muerte. Y jamás la perdonaré por lo que hizo. Con todo mi corazón desearía que estuviera muerta. La odio.

La odio.

La odio.

La odio.

STELLA

Me despierto en casa, nuestra casa, en la calle Alviksvägen, Bromma. He dormido encima de la cama, tapada con una manta. Me siento como si llevara varios días aquí tumbada.

Le he pedido a Renate que le presentara mis excusas al resto de los pacientes y alegara que me ha cogido migraña. He parado un taxi bajo la lluvia en la calle Sankt Eriksgatan. Lo de después se ha borrado. Debo de haberle pagado al taxista cuando hemos llegado, supongo que me he bajado del coche y que he entrado. Que me he quitado los zapatos y el abrigo y que he subido hasta el dormitorio. No recuerdo nada.

Me escuecen los ojos, tengo un dolor de cabeza penetrante y por un segundo me pregunto si no me lo habré imaginado. Que he soñado que una mujer llamada Isabelle Karlsson ha venido hoy a mi consulta.

Desearía que fuera así.

Evitar el dolor es un instinto básico del ser humano, mejor huir que enfrentarse a aquello que hace daño.

Y yo desearía poder huir.

El sonido del Range Rover de Henrik subiendo el acceso a casa. Me levanto de la cama y me acerco a la ventana. Sigue lloviendo. Nuestro vecino está de pie junto a la valla, lleva un impermeable y está acompañado de la murga de su perrito en miniatura. Milo baja del coche de un salto y corre hacia la casa. Henrik saluda al vecino y lo sigue. La puerta se abre, lo oigo gritar «¡hola!». Cierro los ojos unos segundos, respiro hondo y bajo a recibirlos.

Milo me pasa de largo, pregunta qué hay para cenar. Cuando le digo que no lo sé, él continúa hasta el salón y se echa en uno de los sofás. Henrik recoge mi abrigo del suelo del recibidor. Lo cuelga en el perchero y me cuenta que ha intentado llamarme.

Le contesto que el móvil debe de seguir en el bolso. Él dirige la mirada al suelo. El teléfono está junto a mis zapatos. Lo recoge, me lo pasa.

—Queríamos saber si comprábamos algo —dice—. No has hecho nada para

cenar. —Es más una constatación que una pregunta.

—No me ha dado tiempo.

—¿Ha pasado algo?

—¿Por qué lo dices?

—¿Tu coche?

Mi Audi sigue en Kungsholmen, no está delante de casa.

—He cogido un taxi.

Henrik me mira profundamente. Le doy un beso rápido, evito su mirada y me meto en la cocina. Él me sigue.

—Milo tiene que comer —dice, y abre la nevera—. Tiene que irse dentro de poco.

Me he olvidado del entreno de básquet de Milo. En una situación normal jamás me habría pasado. Me siento a la mesa de la cocina, miro el móvil. Dos llamadas perdidas y un SMS. Henrik saca una fiambarrera de plástico de la nevera, le grita a Milo que la cena estará en breve.

—¿Qué tal el día? —me pregunta al cabo de un rato.

—Bien.

—¿Va todo bien?

—Sí —respondo.

—¿Seguro?

—Seguro.

Henrik remueve la pasta y calienta la salsa boloñesa. Mientras tanto, comenta algo acerca de ir a ver a sus padres al campo, el próximo fin de semana, el partido de básquet de Milo el sábado. El trabajo. Saca platos, cubiertos y vasos, llena la jarra de agua. Cuenta más cosas sobre el trabajo.

Es como un lunes cualquiera, nos encontramos en casa después de la jornada laboral, charlamos en la cocina. Mi marido está como siempre, mi hijo también. Nuestra preciosa casa sigue como siempre. Aun así, todo me parece ajeno. Como si me hubiese convertido en otra persona. Como si fuera una extraña en mi propia vida.

Henrik le grita a Milo que la comida ya está. Ninguna reacción desde el salón. Le dice que venga, pero Milo se demora. Salgo al salón y me acerco al sofá. Le quito los auriculares y le arrebató el iPad de las manos. Le espeto que tiene prisa. Primero Milo se sorprende, luego se mosquea. Pasa por mi lado con pasos pesados y se sienta a la mesa.

Henrik me pone una mano en el brazo cuando Milo no lo ve. Sé perfectamente lo que quiere decir. «Tranquilízate. ¿Qué te ocurre?»

Debería contarle lo que me ha pasado. Debería hablar con él. No es propio de mí guardarme secretos. A pesar de todo, soy psicóloga y psicoterapeuta

certificada. Expreso lo que siento, discuto y analizo cualquiera que sea el problema. Sobre todo si se trata de algo que puede cambiar nuestra vida por completo. Y Henrik es mi mejor amigo. Siempre somos transparentes el uno con el otro, lo hablamos todo. Él me conoce mejor que nadie, lo cual también hace que resulte difícil ocultarle nada. Tampoco he sentido nunca que quiera hacerlo. Hasta ahora.

No consigo comer nada. Henrik y Milo conversan, no sé de qué. Los oigo, pero, igualmente, mi cabeza vuelve todo el rato a ella.

Isabelle Karlsson.

Me pregunto por qué utiliza ese nombre. Me pregunto cuánto sabe.

Milo cuenta algo sobre una bicicleta que quiere que es superguapa. Saca el móvil para enseñarla. Yo me disculpo, me levanto de la mesa y salgo de la cocina. Voy al lavadero y trato de relajar la mente.

Un ataque de pánico. Uno solo, en doce años. Pierdo el control y no puedo hacer nada para evitarlo. Un auténtico terror y una angustia paralizante me invaden los pensamientos y los sentimientos. Como subirse a un tren desbocado y luego verte obligada a seguir en él hasta la última estación. Y hasta allí ya no quiero ir nunca más. Hago cualquier cosa para no tener que pasar por ahí ni una sola vez más. La idea de exponer a mi familia a ello de nuevo me infunde un miedo irrefrenable.

Si hubiese sabido lo que la reunión de hoy me iba a provocar, ¿la habría mantenido? Si hubiese sabido quién es, ¿me habría atrevido a verla?

Si es que realmente es ella.

Me imagino preguntárselo directamente. Que la miro a los ojos, le formulo la pregunta y observo cómo mis palabras se infiltran en su conciencia y desatan una reacción en cadena.

«No, no soy yo.»

¿Verdadero? ¿Falso?

«Sí, soy yo.»

¿Verdadero? ¿Falso?

No me fío de Isabelle Karlsson. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo podría confiarle mis dudas si aún no tengo la menor idea de qué es lo que quiere? Tengo que descubrir más. Saber más.

Henrik está detrás de mí, me pone las manos en los brazos.

—¿Qué te pasa? —pregunta—. Háblame, Stella.

—Estoy cansada.

—No es sólo eso —dice—. Te noto que algo ha pasado.

No se rendirá. Me vuelvo.

—He tenido un día de mierda —respondo—. Me ha cogido dolor de

cabeza, lo he anulado todo y he venido a casa.

Intento a propósito hacerle creer que se trata de Lina, una clienta con la que he tenido problemas. Veo en sus ojos que lo entiende. Yo sabía que lo iba a interpretar así.

Henrik me acaricia la mejilla y me rodea con los brazos. Me pregunta si me ha llegado la respuesta de la Inspección de Salud y Asistencia. No la he recibido. Aún no.

Me dice que estos últimos meses han sido difíciles, pero que todo se arreglará. Hoy llevará él a Milo al entreno, yo me puedo quedar en casa.

Cuando se van me quedo junto a la ventana mirándolos.

«Sube al desván. Mira en la maleta.»

La maleta del desván. No la he tocado desde que nos mudamos a esta casa, pero doce años más tarde sigo sabiendo exactamente dónde está. No pienso abrirla. Si lo hago, volveré a perder la razón.

Hace veintiún años mi vida se desmoronó, pero logré reconstruirla. No debo olvidarlo. Elegí vivir, no pude hacer otra cosa. La alternativa era la muerte y fue un paso que no fui capaz de dar.

Me centré en mi formación, en alcanzar mis metas. Cinco años más tarde conocí a Henrik y me enamoré.

La enterré. Lo cual no significa que la haya olvidado.

«Mira en la maleta, en el desván.»

El ataque de pánico que me ha cogido hoy ha sido un caso aislado.

No volverá a pasar.

Y no necesito subir al desván. Lo que necesito es dormir.

En el dormitorio siento que estoy demasiado cansada para ducharme, demasiado cansada para quitarme el maquillaje. Ni siquiera tengo ánimos para cepillarme los dientes. Me quito el reloj que me regaló Henrik y lo dejo en la cómoda. Los pantalones y el jersey los tiro sobre la silla que hay junto a la puerta. Me quito el sujetador y me meto debajo del edredón.

La lluvia sigue tamborileando en las ventanas cuando me despierto, en mitad de la noche. Debo de haberme quedado profundamente dormida, no me he enterado cuando Henrik y Milo han vuelto a casa. La oscuridad de la habitación es absoluta gracias a las gruesas cortinas. Suelo preferirlo así, pero esta noche la falta de luz me asfixia.

«Sube al desván. Abre la maleta.»

El brazo de Henrik me rodea la cintura, suelta un gruñido cuando se lo aparto. Salgo de la cama y me pongo la bata. Abandono a hurtadillas el dormitorio y cierro la puerta. Al fondo del pasillo saco una silla y la coloco debajo de la trampilla del desván. Me subo, agarro la manilla y tiro hacia abajo. Contengo el aliento al oír el chirrido. Despliego la escalera, subo al desván y enciendo la luz.

La maleta está en la esquina. Aparto unas cuantas cajas de cartón antes de verla. Diseño de cachemira en color burdeos y azul, me la regaló mi madre varios años atrás. La levanto, me siento en el suelo y abro la cremallera.

La araña tiene piernas largas y flácidas de color lila y amarillo, y una sonrisa grande y bobalicona. Tiro del cordón que le cuelga del estómago, pero no pasa nada. Solía tocar unos cuantos compases de la canción infantil *Witsi Witsi araña*. Nos parecía contagiosamente divertido.

Una manta blanca con estrellas grises. Un vestidito azul con encaje alrededor del cuello y en las mangas, la única prenda que he conservado. Hundo en ella la nariz, pero no huele más que a naftalina.

Fotografías. En una de ellas veo a tres adolescentes alegres. Daniel, su hermana Maria y yo.

Casi siempre he llevado el pelo largo. Es grueso y castaño y tiende a ondularse. Llevo un vestido amarillo con un cinturón elástico ancho y negro en la cintura. El brazo de Daniel se estira sobre mis hombros, a él se lo ve chulo y seguro de sí mismo. Su pelo negro está igual de revuelto que siempre, y lleva los tejanos raídos y la camisa de franela con las mangas recortadas.

Me pregunto qué estará haciendo hoy en día. Me pregunto si será feliz. Si piensa en mí alguna vez.

Estudio el aspecto de Maria. El pelo, liso y largo, le llega hasta la cintura y es igual de negro que el de Daniel. El parecido con Isabelle Karlsson me asusta. Podrían ser hermanas. O gemelas.

Pero es mera coincidencia. Tiene que serlo.

Más fotos. Una chica de diecisiete años con un bebé en el regazo. Incluso ella parece aún una niña. Ambos están riendo. Tienen hoyuelos.

Me escuecen los ojos y me los froto con la manga de la bata. Al fondo de la maleta hay un libro rojo de tapa dura. Lo saco.

29 DE DICIEMBRE DE 1992

¡Socorrooooo! Mierda, mierda, mierda. Estoy embarazada. ¡¿Cómo ha podido pasar?! Bueno, eso ya lo sé. Pero igualmente. Tiene que ser por eso por lo que estoy cansada todo el rato. Es por eso por lo que estoy tan temperamental y tengo la lágrima fácil.

Como hoy. Daniel, Pernilla y yo hemos ido al centro comercial Farsta Centrum para probarnos ropa. He encontrado unos tejanos chulísimos, pero no me los podía abrochar, aunque fueran de la talla correcta. Me he empeñado, pero no lo he conseguido.

Mi reacción ha sido de lo más exagerada, lo sé. Me he sentado a llorar en el probador. Daniel no entendía nada y se ha puesto así insensible, como suele ponerse. «¿Tienes la regla, o qué? Prueba una talla más grande, ¿dónde está el problema?» Me he enfadado tanto que he llorado todavía más. Pernilla lo ha echado por mí. Al final hemos pasado de la ropa y hemos ido a merendar.

¿Cómo se lo voy a contar a mamá? Se va a subir por las paredes. Helena dirá que es terrible. Y Daniel, ¿él qué dirá? Ser padre. No es exactamente lo que nos habíamos planteado.

Un huracán de sentimientos. Toda mi vida se tambalea.

No me entra en la cabeza que fuéramos tan torpes. Tan irresponsables. Todos los planes que tenía, ¿qué voy a hacer ahora?

Me siento como si me hubiera vuelto loca. Me río y sollozo con cualquier cosa. Estoy superfeliz. Estoy muerta de miedo. Una persona. ¡¿Así, sin más?! ¿Es posible que ya quiera a este pequeño ser?

Quiero tener este hijo. Con él. Espero que él también quiera, porque no puedo elegir otra cosa.

Así que hola y bienvenido, seas quien seas. Todo lo demás tendrá que esperar.

ISABELLE

Es hora punta de la mañana. Susie está unos pasos por detrás de mí en la escalera mecánica de la estación de metro de Östra. Acabo de volverme y he visto que me ha mirado. Eso significa que tendré que conversar todo el camino. Hacerme la despreocupada, ser normal.

Normal. No sé ni qué significa esa palabra.

¿Ser como todos los demás?

¿Llegaré jamás a aprenderlo del todo? ¿Para que nadie se dé cuenta de lo rara que soy en verdad? ¿De lo mala que soy?

Mala. No puedo llamarlo de otra manera. Nunca le hago nada malo a nadie. Pero a veces me da miedo que lo vaya a hacer. El odio que llevo dentro, la rabia creciente. Son los que me vuelven mala. No sé a qué atenerme, qué hacer con ello. Y todo el tiempo tengo la sensación de que acabará mal. Que las ideas que tengo en la cabeza, todos los sentimientos que se agitan en mi interior, me lleven hasta algo terrible. ¿Ya estoy siendo melodramática otra vez?

Me bajo de la escalera mecánica y espero a Susie.

—¡Hoooola, Isabelle! —grita, y viene a mi encuentro. Ella siempre habla con signos de exclamación—. ¡Cuesta creer que no esté lloviendo! ¿Dónde está Johanna?

—Iba a comprar algo de comer, creo.

—Comprar algo de comeer. —Se ríe e imita la prosodia de mi dialecto. Cada vez es menos frecuente que antes y ya no me importuna lo mismo que al principio.

—¿Dónde te toca la clase?

—Q1 —respondo.

—¿Te has preparado la presentación?

—Sí —le digo—. ¿Y tú? —Me cambio el pelo de lado con un gesto de la cabeza. Un tic que estoy intentando quitarme.

Susie hace una mueca.

—Eres tan aplicada... Espero que no me toque salir hoy.

El resto del camino se lo pasa hablando, del alivio de que por fin sea viernes, de lo que ocurrirá el fin de semana: varios han quedado para salir el sábado, que si quiero ir. Por lo visto, su perro vomitó ayer y tiene una amiga que es veterinaria, les toca ver tantas cosas asquerosas, ja, ja. Me recuerda que ya ha transcurrido medio septiembre, el tiempo vuela y dicen que volverá a llover.

Yo la escucho, a veces asiento con un murmullo. Cuando llegamos, ella sale corriendo al lavabo como un torbellino. Abro la puerta de la sala Q1 y entro, aunque la clase no empiece hasta dentro de once minutos. Paseo la mirada antes de bajar la escalera. Elijo un sitio en la punta de la tercera fila.

Siempre me siento en alguna de las primeras filas. Y llego con tiempo de sobra. Con libretas y bolígrafos delante, preparada para anotar todo. Cada cifra y letra. Uso colores para marcar, subrayar y hacer conexiones, para acordarme y entenderlo mejor. Hay algo ligeramente neurótico en ello. Lo sé, lo he leído. Tengo algo con los números. Aunque sepa que me voy a acordar, o que no me hace falta volver a leerlos, siempre los apunto.

Nos vemos a las tres y veinte. «15.20.»

Coge el autobús 515 o el 67 desde Odenplan. «515, 67.»

Mides 163 cm de alto, pesas 56 kg. «163, 56.»

Muchos piensan que soy demasiado seria. Todas las personas a las que he conocido aquí en el IRT se toman los estudios en serio, pero también salen mucho de fiesta. En Nymble se reúnen en el bar los viernes, en las distintas secciones se montan guateques estudiantiles, competiciones de cerveza y rutas de bares, y las épocas de exámenes siempre se cierran con una gran fiesta. Por no hablar de las que se celebran en casas privadas.

Johanna y Susie siempre tratan de convencerme para que vaya, pero sólo me he apuntado unas pocas veces. La fiesta de los de primero, la primavera pasada, es la única fiesta un poco grande a la que he ido.

No es que no quiera ir. Quiero ser una más en el grupo y desearía que me resultara más fácil. Que no me costara tanto olvidarme de quién soy.

Aun así, mudarme aquí es lo mejor que he hecho en mi vida. Mis amistades en Facebook han aumentado de manera drástica. Tengo más seguidores en Instagram. Y me he puesto Snapchat. ¡Me encanta! Voy documentando mi día a día y me hago *selfies*. Mi realidad digital es maravillosa, *crazy*, loca, todos los que ven las fotos que me saco entienden que vivo una vida repleta de instantes especiales entre amigos encantadores que me adoran. Cada «Me gusta» que me hacen, cada respuesta que me mandan, me pone contenta. Sé que es superficial, pero me da lo mismo. No tiene nada de malo ser superficial. Y hasta comienzos de verano también fui sociable en la vida real, no sólo en las redes.

Después murió papá.

Intuyo movimiento con el rabillo del ojo y alzo la cabeza. Un chico que no me suena. Es bastante guapo. Me pregunta si lo dejo pasar y me parece que me sonrojo. Me levanto y él me sonrío antes de abrirse paso por la fila de asientos. Le dedica un largo vistazo a mi vestido corto y mis botas, que me llegan por la rodilla.

Una cosa a la que me he tenido que acostumbrar este año es a que los chicos me miren. En casa era invisible. Mi pelo es lo único de lo que he estado orgullosa y con lo que me he sentido satisfecha. Pero ¿mi cuerpo? A veces me observan como ahora. Es raro. Pero, al mismo tiempo, delicioso. Nadie mira más allá de lo exterior, nadie ve lo que hay detrás. Lo falsa y malvada, lo perturbada y retorcida que soy. Nadie se entera de quién soy por dentro.

Johanna y Susie me han ayudado a cambiar de imagen. Empezó cuando le cogí prestado un jersey a Johanna que me quedaba superbién. Me hicieron probarme uno de sus vestidos más cortos. Que, sin lugar a dudas, era demasiado corto. Pero según ellas era justo la idea. Mis piernas se merecían que las mostrara.

Me arrastraron hasta un H&M, luego a Monki, Gina Tricot, fuimos a todas partes. Descubrí que aquí las tiendas de segunda mano tienen ropa que no encuentras en casa, en Borlänge. Ahora tengo un armario completamente renovado. Ropa de tallas y modelos que nunca antes me había comprado.

He aprendido a hacerme ver. Tampoco es tan peligroso. Al contrario. Así es más fácil esconderse. Me gusta poder elegir quién quiero ser a ojos de los demás.

Mi libertad recién conquistada. Mi nueva fuerza.

Sólo desearía poder olvidar del todo mi auténtica esencia.

Y es ahí donde Stella Widstrand entra en escena.

Mis cavilaciones se ven interrumpidas cuando comienza la clase. Presto atención y tomo apuntes hasta la hora de la pausa. Entonces me pongo de pie y me aparto, para que todos los que están sentados adentro en la fila puedan salir al pasillo. Mientras dudo entre abandonar el aula o quedarme, oigo que alguien lo llama por su nombre.

«Fredrik.»

Paseo la mirada por el bullicio de la gente. Está sentado unas cuantas filas más arriba. Él levanta la vista, nuestras miradas se cruzan y él me saluda con un breve gesto con la cabeza. Sé que me lo quedo mirando demasiado rato. Él se levanta y dirige la mirada hacia Medhi, que está un poco más lejos. Le grita algo que no logro entender.

Fredrik es delgado y sólo un poco más alto que yo. Tiene un flequillo generoso y rubio y suele apartárselo a un lado o mesárselo con las manos. Sonríe a menudo, puedo imaginarme su cara en la foto de curso a los siete años. Más o

menos como ahora, pero con los dientes separados.

Viste tejanos o pantalones de pinza que se ciñen a su cuerpo por debajo de la cintura, y casi siempre lleva camisetas estampadas. Va en *longboard* y una vez me hizo probarlo. Él corría a mi lado, me cogía de la mano y se reía a carcajadas. Cuando le pregunté por qué me dijo que porque yo piaba como una niña. Es mono, guapo y mola. Y baila bien, eso lo sé por experiencia propia desde la fiesta de primero. Él jamás se puede enterar de la clase de persona que soy.

A su lado hay una morena delgada como un alfiler y que está buenísima. Se levanta, lo tira de la mano y él la mira. Se ríe de lo que ella le dice mientras suben la escalera en dirección a la salida. Se ha cansado. Quizá se lo huela. Quizá lo sepa.

Quizá todos presientan que estoy tarada.

Vuelvo a sentarme. Desearía que mi vida fuera distinta. Encajar y ser como todos los demás, simplemente. Que no hubiera ninguna sombra dentro de mí. Que ya no tuviera que esconderme. Pero no hay nada en mi vida que se parezca a la de nadie.

Y es por culpa suya.

Desearía poder vengarme.

Desearía verla sufrir, como he sufrido yo.

Desearía que no existiera.

Desearía que muriera.

STELLA

Boing, boing, boing. Las pelotas de básquet botan en el suelo y contra las paredes. De vez en cuando aciertan en el aro con un estruendo. El ruido es ensordecedor.

Bajo la escalera de la grada del polideportivo Vasalundshallen en Solna. El vaso de cartón con café hirviendo firmemente cogido. Me siento y saludo con la cabeza a algunas caras conocidas, pero luego me dedico a mirar el móvil para no tener que conversar. He ido al trabajo toda la semana, he escuchado a mis pacientes, he hecho la compra, cocinado, lavado la ropa. He participado en el falso de juego de que todo está como siempre. Pero no he podido pensar en nada más que en Isabelle Karlsson. Pienso en ella constantemente. No me ha importado que Henrik trabajara hasta tarde cada día ni que Milo haya estado más ocupado que nunca con sus amigos.

Marcus me ha mandado un SMS:

Cena el miércoles, ¿cómo te va? Mi hermano me ha dicho que hable contigo.

Siempre me ha caído bien el hermano pequeño de Henrik, pero ahora mismo no tengo ningunas ganas de relacionarme con nadie. Aun así, le contesto que será genial conocer por fin a su nuevo amor. Y verlo a él y a los críos, claro.

Otra madre del básquet a la que reconozco me pregunta si puede sentarse a mi lado. Me aparto para dejarle sitio en el banco y miro a la pista. Milo está driblando al fondo. Lo saludo con la mano pero no me ve. Saco mi diario del bolso, lo apoyo en las rodillas. De adolescente escribía en el diario casi cada día, éste fue el último.

Obviamente, muchas páginas hablan de Daniel, pero también hay reflexiones sobre lo que quería hacer con mi vida. Pensamientos de una adolescente, planes y sueños. Quería ser modista. O ceramista. Quizá diseñadora o decoradora. Quería hacerlo todo. Quería tocar todas las teclas, tener un trabajo creativo, viajar por el mundo, quizá quedarme un mes aquí y otro allá.

Daniel no compartía mis sueños. Él no tenía ningún interés en viajar ni estudiar, ni en aprender nuevos idiomas. Él quería quedarse en Kungsängen y con el tiempo abrir un taller mecánico. Se conformaba con sus coches, las carreras en la calle y echar unas cuantas cervezas con los colegas el fin de semana. Éramos muy distintos. Pero yo estaba enamorada y éramos felices.

El invierno de 1992 Daniel y yo estuvimos juntos casi todo el tiempo. Nos paseábamos con su Impala rojo, disfrutábamos de la vida y no teníamos ni idea de lo que estaba por venir. Y los dos queríamos tener un bebé. Incluso hablamos de tener más de uno.

Escribí sobre el embarazo, sobre la expectación y el miedo. Sobre las miradas que recibíamos de nuestro entorno. Éramos dos adolescentes que esperaban un hijo y no a todo el mundo le parecía tan fantástico como a nosotros.

El parto, la primera vez que la tuve contra mi pecho. Daniel con lágrimas en los ojos y Alice entre mis brazos.

La primera época, cuando fuimos conociendo a la personita que había puesto nuestras vidas patas arriba. Su olor. Podía pasarme mil horas olfateándola. Su boquita preciosa. Los hoyuelos.

Me había esperado sentir más cosas al leerlo. Que cada palabra me azotara, que me provocara alegría y risa, o tristeza y lágrimas. Siendo sincera, no recuerdo casi nada de todo lo que puse por escrito. Es como si un conocido lejano me contara sus memorias.

Pero por el momento me he negado a pensar en aquel día de un año más tarde. Por el momento puedo mantener cerrada la puerta de esa habitación. No sé si me atrevo a enfrentarme al dolor, si estoy preparada para escuchar las acusaciones. No creo que sea capaz de volver atrás y dejar que el sentimiento de culpa me derrumbe de nuevo.

«¿Por qué no estuviste ahí?»

Doy un respingo cuando la pelota de básquet acierta en el aro y el hombre que tengo detrás suelta un grito.

Milo coge el rebote y sale corriendo por la pista.

Cuando era más joven yo asistía a todos sus entrenos, todos los partidos. Tanto a los de básquet como a los de tenis. Y aunque ya no haga falta, suelo acompañarlo todavía hoy en día. Tiene trece años. Y yo soy una sobreprotectora irremediable. Es mi único hijo.

Me pregunto en qué momento dejé de pensar en él como el segundo.

Los dos han heredado mis hoyuelos. Milo tiene mi pelo rizado y Alice mis ojos. Por lo demás, se parecen bastante a sus padres.

Alice. Daniel.

Milo. Henrik.

Diferentes vidas.

¿Es ahora cuando colisionan?

¿Qué hará eso conmigo? ¿Con mi familia?

Tiene que tratarse de una coincidencia. Tienen que ser imaginaciones mías. Ya he dedicado demasiado tiempo a desear y creer. Ya no puedo con más angustia y espera sin sentido. Nada puede cambiar lo que ha pasado. El tiempo que he perdido no lo volveré a recuperar.

Cuando salimos del Vasalundshallen tiro el diario a una papelera.

29 DE JULIO DE 1993

¡Ya soy mamá!

Hoy Alice Maud Johansson cumple una semana.

Nunca he podido imaginarme cómo me sentiría, ahora es cuando lo entiendo. Mi vida ha cambiado por completo.

Que se pueda sentir este amor inmediato por otra persona. Es lo más perfecto que una se puede llegar a imaginar. Deditos pequeñitos y rechonchos en manos y pies. Una mata de pelo considerable que apunta en todas las direcciones. Ha nacido con un gorro de lana puesto, dice Daniel. Como lo tiene él. Pelo grueso, negro.

La boquita más bonita del mundo entero. Creo que tiene hoyuelos. Sobre todo en el lado izquierdo, como yo. Su oreja derecha es igual que las de Daniel y Maria. Oreja de fauno. Eso se hereda.

Se parece más a su padre, pero al menos tiene mis ojos. Es una mezcla de los dos. Nunca me había sentido tan feliz.

Está indefensa, depende completamente de mí.

Qué responsabilidad.

Hace unos días yo volvía a casa meciéndola por dentro con las bolsas de comida en la mano y luego Daniel me echaba la bronca. No podía cargar peso, ni siquiera un litro de leche y una hogaza de pan. Él se tumbaba con la oreja pegada a mi barriga y escuchaba. Le cantaba canciones de Elvis: Teddy Bear y Love me tender. Se quedaba callado y me miraba fijamente con ojos como platos, me susurraba que notaba cómo se movía. Después me acariciaba la barriga con las manos, buscando a nuestro bebé, intentando notarle los pies. Apenas hace unas semanas de aquello. Mi impresión es que se trata de un recuerdo de un tiempo remoto.

El parto duró toda la noche. El dolor fue indescriptible y me parecía que no fuera a salir nunca. Fue horrible, pero al mismo tiempo lo más chulo que he experimentado nunca. Cuando la dejaron sobre mi pecho, morada y con ojos muy abiertos que me miraron directamente, fue el momento más maravilloso de

toda mi vida.

A Daniel se le hizo cuesta arriba verme pasar ese dolor. Yo le apretaba la mano con tanta fuerza que creía que se iba a desmayar, me ha dicho.

¡Y lo cierto es que se desmayó! Justo cuando Alice nació. Se desplomó como un pino y se golpeó la cabeza en una silla. Prefiere no hablar de ello, pero hasta tuvieron que darle cinco puntos. Mi cielo. Mi héroe valeroso.

Cuando la cogió por primera vez, lloró.

Estoy más enamorada de él que nunca.

Mamá y Helena han estado hoy aquí. Aunque mamá piense que somos demasiado jóvenes, ha estado aquí sentada y apenas quería soltar a Alice. Helena estaba bastante tensa, tanto conmigo como con Daniel. Ella aún no consigue relajarse del todo con él. Y no quiere coger a mi hija. Eso me ha entristecido.

A medida que pasan los años nos vamos volviendo cada vez más diferentes.

Yo cavilo bastante y a veces puede que sea un poco demasiado introvertida. Pero ¿cómo se puede llegar a ninguna parte sin reflexionar ni pensar? Mi hermana se dedica a hacer cosas, no piensa demasiado. Ella pone la directa y no para, independientemente de cómo se sienta. Yo me he quedado embarazada sin planearlo y no tengo muy claro qué voy a hacer en el futuro, ella tiene toda su vida planeada hasta el último detalle.

¿Me gustaría que fuera de otra manera? ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Quién sería yo entonces?

La vida es impredecible. Puede pasar cualquier cosa.

Por mucho que yo cavile, por mucho que Helena planifique. Ninguna de las dos sabe lo que está por venir. Y supongo que ése es, justamente, el encanto de la vida, ¿no? Ya sé que estoy siendo ridícula. Una adolescente que pretende ponerse profunda y tal.

Supongo que necesito dormir. Daniel y Alice están tumbados aquí a mi lado y duermen como troncos. Mi familia.

STELLA

Hoy es miércoles. El tiempo ha pasado con una lentitud insoportable.

Me termino el café, dejo la taza en el lavavajillas y cierro el diario en la mesa de la cocina. Tirarlo fue una estupidez. Como si eso fuera a cambiar algo. Cuando nos hubimos subido al coche en el parking del polideportivo, le dije a Milo que me esperara un momento. Volví corriendo y hurgué en busca del diario en la papelera. Lo sequé y me lo guardé en el bolso.

Leerlo lo devuelve todo a la vida. Tal como yo sabía que iba a pasar. La culpa, la ansiedad. Tomar conciencia de lo que hice, saber que nunca podré deshacerlo. Pero no tengo elección, debo seguir adelante. Mientras tanto, trato de hacer como que no ha pasado nada. Henrik no debe saberlo. Aún no.

Cierro la puerta de casa con llave y cuando me dirijo al coche nuestro vecino me saluda. Johan Lindberg tiene la habilidad de estar casi siempre fuera cuando nos vamos o llegamos a casa. Hace poco lo echaron de su puesto de asesor de finanzas en una conocida sociedad de inversión. Tuvo que irse el mismo día que salió a la luz que las imágenes de penes que habían recibido sus compañeras de trabajo por correo electrónico las había enviado él. Pero, como era de esperar, su caída fue suave. Tal y como suele pasar cuando un hombre de ese nivel excede todos los límites, en esta ocasión también se abrió un paracaídas. Johan Lindberg no necesita trabajar nunca más. Lo llamamos *el Inversor*, se pasa el día en casa y presume de su nueva vida como *day trader*. Es pesado, pero aun así inofensivo, e incluso puede resultar muy agradable conversar con él de vez en cuando. Pero hoy no me apetece, lo saludo con la mano y salgo con el coche.

Una vez en la consulta, saludo a Renate en recepción. Ella me pregunta cómo estoy, dice que me ve pálida. No le comento nada acerca de las malas noches que estoy pasando ni que he perdido el apetito. Me limito a sonreír y a culpar a mis genes, siempre estoy pálida. Ella se ríe. Yo también, por si acaso, y continúo por el pasillo hasta mi despacho. Cuelgo el abrigo y me cambio de zapatos. Me siento al escritorio y saco el calendario y mi MacBook Air. Ojeo el

calendario, me hago un recordatorio de las sesiones del día. Dos por la mañana, luego terapia de grupo después de comer, y a continuación una sesión más.

Han pasado nueve días desde que la vi. La mujer que se hace llamar Isabelle Karlsson. Nueve días colmados de sinsentido. Nueve días de vacío asfixiante. He bebido más de lo que debería. Automedicación, es evidente. ¿Qué, si no?

No me gusta el vino tinto que Henrik se empeña en comprar. Ni siquiera me gusta el vino. Sabe amargo, me da dolor de cabeza y cada vez que me tomo más de dos copas me siento igual de mal. Aun así, varias noches he bebido para poder dormir. Pero ni siquiera eso me ha ayudado. Aunque funciona mejor que las pastillas. Si uso somníferos, al día siguiente no me funciona el cerebro. Pero el alcohol tampoco es una alternativa. El riesgo de recaída aumenta a medida que bebo.

La incertidumbre resulta insoportable. El no saber, no poder acallar el torrente de pensamientos y preguntas que me atosigan constantemente. He estado segura de que mi instinto es correcto, igual de segura de que se equivoca. Mi humor es peor que nunca, no tengo ni pizca de paciencia.

Isabelle Karlsson. Hoy es el primer día que va a participar en la terapia de grupo. No recuerdo la última vez que estuve nerviosa ante una sesión. O que tuve miedo, como ahora. Quizá mi autoestima como psicoterapeuta se haya llevado un revés importante. Pero yo no fui la causante de lo que pasó con Lina Niemi. Soy buena en lo que hago.

Mi error fue no haberme dado cuenta en alguna fase anterior de lo que estaba mal. Lo intenté demasiado tiempo, pero no pude ayudarla. Se hizo dependiente de mí, quería que yo estuviera para ella todo el tiempo.

El intento de suicidio escenificado por Lina Niemi tuvo lugar después de mi decisión de derivarla. A comienzos de mayo se tomó un puñado de antidepresivos que tenía recetados con un trago de aguardiente. La encontró su madre. Después pasó una noche ingresada en el hospital para que le trataran el dolor de estómago, eso fue todo.

Su vida no corría peligro. Pero, según la propia Lina, había estado muy cerca de la muerte. Me acusó a mí, aseguraba que todo era culpa mía: que no prestaba suficiente atención en nuestras conversaciones, que no me importaban sus problemas, que no oí su grito de auxilio. Decía que yo había actuado con poca profesionalidad y que le había generado una dependencia hacia mí destructiva.

Los padres de Lina sólo escuchaban a su hija. Lo cual supongo que es comprensible. Pero desde entonces Agneta, la madre de Lina, ha escrito sobre mí en su blog. Soy manipuladora, mis métodos son discutibles, me pone el sentirme

necesaria. No menciona mi nombre, pero no creo que haya muchos psicoterapeutas en Kungsholmen con las iniciales S. W.

Aun así me chocó que me denunciaran a la Inspección de Salud y Asistencia poco antes del verano. Me lo tomé muy a pecho. ¿Hice algo mal en cómo traté a Lina? Me he escudriñado a mí misma infinidad de veces y siempre llego a la misma respuesta.

No, no lo hice.

En cambio, no estoy nada segura de que mis compañeros de trabajo compartan mi opinión. Ellos quieren librarse de cualquier carga, no cabe duda. Varias veces me han preguntado si realmente no hubo ninguna señal de comportamiento autolesionante. Y cada vez les he asegurado que hice todo lo que estaba en mis manos por Lina Niemi. Me han preguntado si no me iría bien hacer un parón y me han sugerido que me pida la baja. Les he dejado claro que no me parece que lo necesite.

He enviado el historial clínico de Lina y mi versión de los hechos a la Inspección de Salud y Asistencia. Aún estoy esperando su respuesta.

En la situación actual no me puedo permitir más quejas.

Sin duda, tengo que mantener la profesionalidad delante de Isabelle. El problema es que no tengo ni la menor idea de cuáles son sus intenciones. Y eso me asusta.

Llaman a la puerta.

Son las nueve y el primer paciente del día ya está aquí.

Dentro de unos minutos será la una. El miedo va creciendo en mí. No podré soportar otro ataque de pánico. Intento ordenarme a mí misma mantener la calma. Tratar de evitar que las emociones cojan las riendas. Intento entrar en razón, ser sensata.

No son más que fantasmas, Stella.

Existe una explicación.

Todo es mera coincidencia.

Es un malentendido.

No es ella.

Inspira. Espira.

No me sirve.

Nada me sirve.

La ansiedad me asesta un golpe en el estómago y mi campo de visión se transforma en una difusa mancha de luz.

Salgo corriendo al pasillo y me meto en el baño. Me pongo de rodillas junto

a la taza del váter y vomito. Después me levanto, me aferro al borde del lavabo y cierro los ojos. Espero hasta que el vahído cesa.

Luego me enjuago la boca, me seco la frente y el resto de la cara con una servilleta de papel. Estudio mi reflejo en el espejo. Intento sonreír. Salgo del baño y me dirijo al salón.

Nueve butacas rojas alrededor de una gran alfombra circular. Alguien, probablemente Renate, ha ventilado la estancia y el aire es fresco. Me siento en mi sitio y me obligo una vez más a relajarme, a respirar.

Sonja entra detrás de mí, justo antes de que se cierre la puerta. Se hunde en el sitio más cercano a ella. Cuando se acaba el tiempo, es la primera en irse. Tiene fobia social y es la que más tiempo lleva participando en el grupo. Sigue sin decir nada. La saludo, ella me responde con un vago gesto con la mano.

Mi butaca está de espaldas a una de las paredes con ventana. A mi izquierda hay otra pared con ventanas altas, la puerta queda a la derecha. Miro el reloj de la pared y compruebo mi reloj de pulsera. Siempre soy muy meticulosa en llegar justo antes de que comience la sesión y cerrarla exactamente noventa minutos más tarde.

Faltan dos minutos.

Aún no hay ninguna Isabelle Karlsson.

Clara ya está en su sitio, temerosa de haber llegado tarde. Se sienta a mi izquierda. Las autoexigencias que se impone son altísimas. A pesar de su trabajo bien remunerado como directora de proyectos en una exitosa empresa de comunicación audiovisual, duda constantemente de su capacidad.

Magnus también está aquí. Él se sienta en la punta de la butaca justo enfrente de mí, con la mirada fija en sus zapatos gastados. Levanta la cabeza, se aparta el flequillo de los ojos antes de bajar la mirada de nuevo. Depresión crónica.

Isabelle abre la puerta.

El pelo negro y brillante lo lleva recogido en un moño alto. Hoy viste tejanos claros, un top negro y chaqueta de cuero marrón. Cierra la puerta con cuidado y se desliza en la butaca de al lado de Sonja.

Me percató de que he contenido el aliento y suelto aire.

Me resulta imposible interpretar la expresión de su cara. Resisto el impulso de mirarla fijamente. Para mi gran alivio, los intensos sentimientos de nuestro último encuentro no afloran. No se semeja tanto a Maria, la hermana de Daniel, como me había parecido la primera vez. O al menos eso es de lo que intento convencerme a mí misma.

Nuestras miradas se encuentran. Y comprendo que no hay ninguna coincidencia ni es pura casualidad.

Isabelle está aquí por una razón.

Ha venido adrede para ver quién soy, no para hacer la terapia. Tengo que descubrir qué es lo que persigue en realidad. Tengo que saber más acerca de lo que quiere, y por qué es tan enigmática, antes de atreverme a ponerla contra la pared. Todo habría sido mucho más fácil si hubiese elegido ser sincera. Y me es imposible entender por qué no lo está siendo.

Justo cuando voy a dar comienzo, Arvid abre la puerta de sopetón y entra arrastrando los pies. Se sienta al lado de Magnus. Le dedico una larga mirada y cruzo los dedos para que entienda lo poco que me gusta su mala costumbre de llegar siempre tarde. Él me ignora. Saca una cajetilla de pastillitas Läkerol y se mete una en la boca.

Tomo la palabra: Bienvenidos. Tal como os expliqué la semana pasada, a partir de hoy tenemos un nuevo miembro en el grupo, Isabelle.

«Breve silencio. Todo el mundo mira a Isabelle. Ella sonríe, se hace la tímida. Sólo lo finge. ¿Dónde ha aprendido a disimular de forma tan convincente?»

Magnus: Pienso que Anna no tendría que haberlo dejado justo cuando empezaba a hacer algún avance.

Clara: Tenía que dejarlo para poder seguir adelante, dijo. Creo que se trata más de ti, que te cuestan los cambios.

Magnus: Puede ser. Pero igualmente...

«Silencio.»

Clara: Por cierto, ¿qué tal te fue, Arvid? Este fin de semana fuiste a casa de tus padres para celebrar un cumpleaños, ¿no?

Arvid: Por Dios. Pensaba que me iba a volver loco antes de poder salir de allí. Vivir con la familia varios días, menuda pesadilla. Mi hermana estaba rara. Como siempre. Mi padre bebió, mi madre estaba de los nervios. Después, cuando llegó el resto de la familia, fingimos ser una familia feliz. Joder. Un auténtico *fake*.

«Se abre la puerta, entra Pierre.»

Pierre: Lo siento. Un atasco.

«Prolongo una nueva mirada penetrante. Dudo mucho que él siquiera se dé cuenta. Pierre retira un poco la butaca de al lado de Isabelle, toma asiento. Ella parece incomodarse.»

Tomo la palabra: Bienvenido, Pierre. Me alegro de que hayas podido venir. Tal como les he contado a los demás antes, a partir de ahora Isabelle estará con nosotros en el grupo.

Pierre: Hola, Isabelle. Espero que hables más que algunos de aquí.

«Mira de forma deliberada a Sonja. Isabelle dirige la mirada a la alfombra. ¿Está molesta?»

Pierre: No tiene ningún sentido ir a terapia y nunca abrir la boca. Así que, ¿por qué estás aquí?

Isabelle: Mi padre murió hace poco.

«Se le traba la voz. Se aclara la garganta, me mira, vuelve a mirar la alfombra. Su tristeza parece auténtica. ¿La he juzgado mal? ¿O es más teatro?»

Isabelle: Fue tan rápido... No tuve tiempo de ir a casa. No pude despedirme de él. Ni siquiera sabía que estaba enfermo.

Arvid: ¿A casa? ¿De dónde vienes? Tu acento es de Dalarna.

Isabelle: Vengo de Borlänge.

«Se sonroja. Si es teatro, lo hace muy bien.»

Isabelle: Me mudé aquí en agosto del año pasado para estudiar.

Yo: ¿Naciste en la provincia de Dalarna?

«El resto del grupo reacciona ante mi pregunta tan directa. Pero no puedo evitarlo.»

Isabelle: Nací en Dinamarca. Pero he vivido casi toda mi vida en Borlänge.

Magnus: ¿Estás a gusto en Estocolmo?

Isabelle: Estoy aquí gracias a mi padre.

«Se ríe, parece ruborizada. Yo sonrío para animarla. No sé qué pensar. ¿Se parece tanto a Maria? Puede que me equivoque.»

Yo: Por lo que dices, da la impresión de que estabas muy unida a tu padre.

«Isabelle me mira. Desafiante y rebelde. Agresiva.

Lo sabe.

Ya no cabe la menor duda. Lo sabe. Pero ¿ve que yo lo entiendo? ¿Sabe que yo sé quién es? Y, en tal caso, ¿comprende que estoy viendo a través de su fachada, levantada con tanta meticulosidad?»

Isabelle: Para mí él lo era todo. Por eso me supuso un *shock* enterarme de que no es mi padre de verdad.

«Ya nos vamos acercando. Ahora viene. En cualquier momento todos sabrán cuál es el motivo real que la ha traído hasta aquí.»

Arvid: Pero, a ver. O sea, ¿tú creías que lo era? ¿Que era tu padre biológico?

Isabelle: Sí. Pero me adoptó cuando él y mi madre se conocieron. No sé quién es mi auténtico padre.

¿Adoptada?

¿Me lo contó en nuestro primer encuentro? No me acuerdo. ¿Quién es la madre a la que llama *mamá*? ¿Es su madre? ¿Su madre biológica?

La conversación continúa, pero me resulta imposible concentrarme en nada de lo que dice ninguno de los participantes del grupo. ¿El tiempo se ha detenido? ¿O pasa más deprisa que nunca?

—Stella... ¿Gracias por hoy?

Doy un respingo, me topo con la mirada burlona de Pierre y miro el reloj de la pared. Las 14.33. Mi reloj de pulsera marca lo mismo. Insegura como estoy de si mi voz aguantará, me limito a asentir con la cabeza y me levanto.

Soy consciente de lo singular de mi comportamiento. He pasado por alto la hora, he estado ausente y he hecho preguntas directas a Isabelle, claramente sin ningún motivo. En general, sólo intervengo cuando la conversación llega a un punto muerto, a veces para ayudar a alguien a continuar en su razonamiento. No como hoy. No con esta torpeza.

Sonja es la primera en salir por la puerta, los demás le siguen los pasos. Yo también tengo el hábito de abandonar la sala de inmediato. Ahora me quedo de pie, incapaz de moverme. Noto que me apesta el aliento. Me sudan las axilas, espero que no se me vea.

No puedo arrancar la mirada de Isabelle.

Ella coge su bolso y hace un gesto espasmódico con el cuello cuando se lo cuelga al hombro. Da media vuelta y la coleta pega un bandazo.

Tiene la oreja derecha puntiaguda y un tanto más larga que la otra.

Sólo hay dos personas en el mundo con una oreja así.

Su oreja derecha es igual que la de Daniel y María.

Al darme cuenta se me encoge el estómago. La náusea vuelve a mí.

Oigo la voz de Daniel. Igual de clara que si estuviera presente en la sala. «Sí, tengo una oreja de fauno; ¿piensas reírte de mí por eso? Significa que traigo la magia a tu vida, Stella.»

—Isabelle... —digo.

—¿Sí? —responde ella.

Quiero contarle que llevo más de veinte años esperando este día. Quiero acercarme a ella, abrazarla y nunca más dejarla ir.

—Gracias por hoy —susurro. Es todo lo que consigo decir.

Isabelle sonrío. El hoyuelo en la mejilla se hace más hondo. Se marcha.

Se ha ido.

Me hundo en la butaca, cierro los ojos y junto mis manos temblorosas.

Te enterré.

Estuvimos de pie junto a la piedra conmemorativa en el cementerio. Lloramos y nos despedimos.

Aun así, yo seguí buscando. Te busqué entre todos los desconocidos que había en el gentío, busqué tu cara en autobuses, en los trenes y a veces en los rostros de las personas que me cruzaba por la calle. Año tras año.

Anhelando. Deseando. Esperando.

Un día volverías.

Pero después dejé de hacerlo. Dejé de esperar, de desear. Me vi forzada a seguir adelante. O eso, o la opción de ir tras tus pasos: desaparecer yo también. Seguí adelante. Por mí, por mi hijo. ¿Fue un error?

No entiendo por qué finges que sólo somos dos desconocidas.

¿Quieres ver qué clase de persona soy?

¿Quieres ver si siento arrepentimiento? ¿Si me carcome la culpa?

¿Me odias, como yo me he odiado?

¿Quieres castigarme? ¿Hacerme sentir dolor?

Ya lo hago yo.

El dolor que dejaste no me abandona nunca. El dolor me hace recordar, es una parte de mí igual que lo eres tú.

¿Qué quieres saber? ¿Qué quieres oírme decir?

Sólo puedo pedir perdón.

Perdón, Alice.

KERSTIN

Dejo el teléfono encima de la mesa y lo miro. Espero a que empiece a sonar. Ahora Isabelle ya no lo coge casi nunca cuando la llamo. Y tampoco me devuelve la llamada. Es injusto que te traten así. Después de tantos años, después de todo lo que he hecho por ella. Lo he hecho lo mejor que he sabido. No puedes hacer más que lo mejor que sabes. Sólo soy una persona normal.

Me levanto y voy hasta la cafetera eléctrica que tengo en la encimera. Me estiro para coger una taza del armarito, pero ya no quedan. Miro en el fregadero. Desde que se estropeó el lavavajillas siempre está lleno.

Hans lo habría arreglado en un momento. Hans Karlsson lo arreglaba todo. Pero ahora ya no está y yo estoy sola.

Huele mal. Platos sucios, vasos sucios y tazas y cubiertos. Todo en un batiburrillo. Debería fregar. No tengo fuerzas. Y no hay nada más aburrido que cocinar y comer sola. Es más fácil hacerte un bocadillo y un café. Y ¿a quién le molesta si la vajilla sucia se queda aquí? En casa sólo estoy yo.

Me arremango y enjuago una taza. Me sirvo café, echo dos azucarillos y me estiro para coger el tercero cuando oigo la voz tajante de Hans. «Piensa en lo que te metes en el cuerpo, Kerstin.» Él siempre me reprendía por ese último terrón.

¿Cómo es posible que se haya ido? Por mucho que tuviera doce años más que yo, cincuenta y nueve no son nada. Y se cuidaba de forma ejemplar. No fumaba, sólo se tomaba un café al día, bebía con mesura y procuraba mantenerse en su peso. Por lo visto, todo ello no tuvo ninguna importancia. Murió de un derrame cerebral.

Echo un tercer azucarillo en un gesto de rebeldía y me llevo la taza a la biblioteca. Es el nombre que Hans le había puesto al cuartito de al lado de la cocina. Doy un sorbo, miro las estanterías repletas de libros. Libros de Hans, de todo tipo. Por mi parte, apenas leo. No le veo la gracia. Sentarte y perderte en un mundo imaginario, oír palabras en tu cabeza que ni siquiera son tuyas. No, gracias. Prefiero ver la tele. Alguna película agradable y divertida, quizá alguna serie. Ningún reparo en que sea un poco romántica, pero, a ser posible, ninguna

escena de cama. Aunque hoy en día eso parece ser obligatorio. Ya es casi imposible encender la caja tonta sin tener que tragarte desnudos.

Pero ¿acaso las paredes no son un poco lúgubres aquí dentro? Sí, desde luego que me lo parecen. Cuando amueblamos el cuarto, el color marrón me pareció apacible. Quizá haya llegado el momento de hacer cambios aquí en casa.

Intento autoengañarme, está claro. Porque es obvio que nunca pasará de una mera idea, yo misma lo sé. Ahora soy la única que tiene que lidiar con estas paredes, no merece la pena el esfuerzo.

Desde que Hans murió e Isabelle se mudó, la casa está demasiado desolada y silenciosa. El reloj de péndulo en la pared va marcando el tiempo, tictac, tictac, tictac. No obstante, permanece quieto, parece que no avance ni un milímetro. Ya no soporto el sonido.

Salgo al jardín delantero, sigo el caminito de grava que rodea la fachada hasta la parte de atrás. El aire es claro y el sol brilla. Aun así, el jardín queda a la sombra. Los árboles de alrededor se han hecho altos y apenas dejan pasar la luz. Es como vivir en medio de un bosque de abetos.

Levanto la cabeza y miro la casa, madera roja con esquinas blancas. Era idónea para nuestra familia: cuarto de baño y un dormitorio para cada uno en el piso de arriba, salón, biblioteca y cocina en la planta baja. Pero antes tenía otro aspecto. Ahora las ventanas están descascarilladas y el canalón está torcido. En realidad, todo lo rojo también debería volverse a pintar.

Por si no fuera suficiente, en el cuarto de baño hay una tubería que pierde y están saliendo manchas en el falso techo de la cocina.

¿De dónde voy a sacar los ánimos para arreglarlo todo? ¿Cómo lo voy a pagar?

Me siento en la escalinata del porche con la taza en la mano y contemplo el césped desatendido. Sólo he tenido fuerzas para cortarlo una vez. El jardín fue lo que me enamoró de la casa, hace veinte años. Cada año Isabelle me ayudaba a plantar. Pero cuando se hizo un poco mayor empezó a parecerle aburrido. Últimamente, yo también he pasado de todo. Ahora la maleza se ha descontrolado.

Debería guardar los muebles del jardín en el cobertizo. Nuestros preciosos muebles de jardín, antaño el plástico era blanco. Ahora es gris.

—Hola, Kerstin, cuánto tiempo sin verte fuera. —Mi vecina está al otro lado de la valla.

—Hola, Gunilla —digo yo.

Se quita los guantes de jardinería y se seca la frente con la manga del jersey. Gunilla tiene entre cincuenta y cincuenta y cinco. Lleva el pelo teñido de cobre, un intento maravilloso de ocultar las canas. Pero tiene el cuerpo en forma, es

alegre y enérgica.

Presume de competir cada año en la Tjejvasan de esquí de fondo femenino, de nadar la Vansbrosimningen, y de correr la Våruset cada primavera y los diez kilómetros de la Tjejmilen, y seguro que hace la Vätternrundan también, la vuelta en bici al lago Vättern.

Tanto ella como su marido, Nils, son amantes del aire libre. No tienen hijos y dedican todo su tiempo libre a entrenar y a estar en forma. Quizá así se sienten realizados de alguna manera, no lo sé. Después de cada temporada, guardan todo el equipo en su garaje pedantemente cuidado, al lado de su casita acogedora con su jardín immaculado. Ninguno de los dos tiene la menor idea de lo que implica cuidar un hijo. Preocuparte antes por otro que por ti mismo, anteponer siempre las necesidades de otra persona. Cuesta no irritarse con ellos. Y detestan tenerme de vecina.

—Un día perfecto para hacer cuatro cosas en el jardín, ¿no te parece? — dice.

—Puede ser —respondo.

Gunilla ladea la cabeza. En su mirada hay tanto compasión como desprecio.

Eso me hace preguntarme cómo deben de verme los demás. Bajo la cabeza para mirar el jersey desvencijado de marinero, sin forma alguna, que suelo ponerme. Me paso una mano por el pelo, que ya tiene su parte considerable de canas. No es tan raro tal y como me ha tratado la vida. Las arrugas se han multiplicado y pronunciado más, tengo los ojos hundidos y la piel me cuelga lacia debajo de la barbilla. Y últimamente he ganado kilos. Me siento bastante más vieja que Gunilla. Parezco bastante más vieja que Gunilla.

—Oye, Nils va a ir al centro de reciclaje de Fågelmýra dentro de un rato — dice—. Le caben más cosas, por si quieres que te eche una mano con algo.

Un breve titubeo con el que lo digo todo. La montaña de trastos que había en el cobertizo y que Hans y yo comenzamos a limpiar. A eso se refiere. Se quedó delante de casa cuando él comenzó a encontrarse mal. Una piedra en el zapato para todos los vecinos perfectos. Que se quede donde está. Tengo derecho a hacer lo que me plazca. No tengo que quedar bien con nadie.

—No, gracias —contesto.

Gunilla se queda boquiabierta y se despereza, se prepara para retirarse.

—Sólo era un ofrecimiento con toda la amabilidad.

Yo suspiro, para que ella entienda que me siento torpe y que soy consciente de lo desagradecida que he podido sonar.

—Discúlpame —digo—. Gracias por ofreceros, Gunilla.

Le sonrío, pero siento que más bien se me estremece la cara. Ella se sienta en el escalón de abajo.

—¿Sabes, Kerstin? Estamos encantados de ayudarte, lo sabes, ¿verdad? Debes de sentir un vacío tremendo desde que Hans falleció. E Isabelle, que se ha mudado. Hemos estado bastante preocupados por ti. —Me pone una mano en la rodilla pero la retira cuando nota que me pongo rígida—. Nos preocupamos por ti.

—Gracias, muy amable por vuestra parte —respondo.

—Antes siempre solías estar en el jardín.

—Es que no he tenido ánimos.

—Lo entiendo. Lo entiendo.

—¿De verdad lo entiendes?

—¿Qué quieres decir?

—Primero mi hija se va de casa. Luego pierdo a mi marido. Ahora estoy completamente sola. ¿Cómo te crees que me siento? ¿Cómo vas a entenderlo?

—Lo único que te intento decir es que estamos aquí. No queremos molestarte, pero no puede ser bueno que te aisles.

—Estoy de luto. Hay cierta diferencia, Gunilla.

Ella se queda mirando sus zapatillas de correr de colores y suspira. Ninguna de las dos dice nada durante un buen rato.

—Avisa si podemos hacer algo —ofrece Gunilla. Se levanta y vuelve a su jardín.

Me gustaría que se me diera mejor la charla mundana. Prefiero sentarme a pensar en mis cosas. Con Hans todo era más fácil. A toro pasado me doy cuenta de que me ayudaba a ser mejor persona. Éramos felices, a nuestra manera. Juntos teníamos una familia bonita. E Isabelle no estaba tan enfadada como últimamente.

Ha cambiado. No sé por qué, ahora ya no me revela nada. Sólo se muestra tajante y dura. Algo ha pasado, pero no logro entender el qué. Va más allá de, simplemente, echar de menos a su padre. Cada día me pregunto qué estará haciendo. Me gustaría que quisiera contármelo, que lo compartiera conmigo. Como hacía siempre de pequeña. Era mi tesoro. Mi niña bonita. Solíamos entendernos muy bien, hablábamos de todo y siempre éramos de risa fácil y hallábamos consuelo la una en la otra si algo nos entristecía.

De pronto me entran ganas de llorar. No era así como me imaginaba mis sueños. La vida no tenía que convertirse en esto. Tiro lo que queda de café al lado de la escalera y me levanto. Abro la puerta del porche y vuelvo a meterme en la casa oscura y silenciosa.

ISABELLE

Estación de metro de Fridhemsplan. Estoy en el andén esperando la línea verde. La 19 en dirección a Hässelby pasa dentro de tres minutos.

Pienso en Stella. Pienso en ella constantemente, no puedo evitarlo. Es hermosa, se la ve jovial. Me pregunto qué edad tendrá. Pero también le vislumbro una dureza escondida. Seguramente, ella no lo sabe. Me pregunto qué es lo que ella cree poder ocultar. O de qué cree poder protegerse. ¿Tiene miedo? Puede ser.

Debería tenerlo. Nadie sabe lo que puede pasar.

Nadie.

Ahogo un bostezo y me siento en un banco. Estoy cansada, apenas tengo fuerzas para estar enfadada.

Hoy Stella llevaba las uñas pintadas de otro color. Rojo *cerise*. Ni un solo pelo fuera de lugar. Bien maquillada, pintalabios discreto, pendientes elegantes que parecían caros. Sus pantalones negros le quedaban a la perfección, un top gris de material delicado. Parece que lo tiene muy bien montado. Seguro que es rica. Está casada, tiene unos anillos gruesos de oro en el anular de la mano izquierda. Uno con diamantes.

Para Stella Widstrand todo es evidente.

Se sienta con la espalda erguida y relajada, parece completamente llena de autoestima. ¿Cómo ha llegado a ser así? Quizá se le dé bien mantener una fachada. ¿Qué aspecto tiene cuando se quita la máscara? ¿Es igual de fea y malvada que yo? Desearía saber más de ella de lo que sé.

Antes de entrar en la sala me ha invadido la inseguridad de si sería capaz de hacerlo. Quería vomitar un montón de cosas. Explicarlo todo. Pero ha sido demasiado. Todo el mundo me miraba. Las palabras se me encallaban, no he podido. No he sido capaz de sacarlas, pesaban demasiado.

Y Stella me miraba fijamente.

¿Lo sabe?

¿Lo entiende?

He tenido la oportunidad de revelarlo todo cuando Pierre ha preguntado qué estaba haciendo allí. Todos estaban esperando mi respuesta. Pero no me ha salido una mierda. Ni una sola palabra de las que me había propuesto soltar. Podía sentir las miradas indagadoras de Stella. Estoy convencida de que me ha podido ver por dentro.

Si alguno de ellos supiera lo que realmente siento, si alguno de ellos pudiera saber quién soy... ¿Cómo es posible que te puedas pasear entre la gente sin que nadie lo vea?

El metro entra en el andén. Me subo y me siento enfrente de una mujer mayor. Cuando nuestras miradas se cruzan sujeta con fuerza el bolso, pero sonrío. «Ella tampoco lo ve.» Le devuelvo la sonrisa, me apoyo en la ventana y cierro los ojos, siento el frescor del cristal en la frente.

Todo el mundo tiene miedo. Todo el mundo. Pero sonreímos y fingimos, mentimos con nuestras caras para que lo que está detrás no salga a la luz.

Pero me he decidido. La próxima vez pienso contarlo.

Lo contaré todo.

Toda la verdad.

STELLA

Joder, ya están aquí.

Estoy en la cocina, oigo el ruido en el recibidor. Zapatos sobre el felpudo, el frufnú de chaquetas y el tintineo de las perchas. Voces agudas de chicas, golpes en la espalda y voces de hombre que se ríen, una voz aguda y penetrante de mujer que demanda atención y respuestas inmediatas.

Henrik me ha comentado lo de la cena esta mañana y yo he hecho como que me moría de ganas. Lamentablemente, era demasiado tarde para inventar una excusa para anularla. He llamado a un catering, que ha traído su menú de otoño más exquisito. El personal ha puesto la mesa en el salón y ha servido la comida en fuentes y platos que luego ha metido en un recipiente para mantener el calor.

¿Cómo me lo voy a montar para aguantar la velada?

Después de la terapia de grupo de hoy, todo es irrelevante.

Le doy un trago largo al vino, agradecida de que Henrik haya podido volver a casa antes de que lleguen. Con una sonrisa postiza salgo a recibir a nuestros invitados.

—Mírala. —A Marcus se le ilumina la cara y me da un abrazo.

—Stella —canturrea Jelena, y reparte besos en las mejillas—. Por fin nos conocemos. Me han contado tantas cosas fantásticas de ti...

La nueva novia de Marcus es modelo de fotografía. Según ella misma. Pero hay que reconocer que tiene toda la pinta de serlo. Se gana la vida escribiendo un blog de belleza, salud y *mindfulness*. Sonríe sin parar, sus dientes son extremadamente blancos. Su cuerpo carece por completo de grasa subcutánea, sus piernas atléticas están bronceadas, son magníficas. Le encanta mostrarlas con ese vestidito corto y negro, ajustado. No puede tener más de veinticinco y posee esa perfección insoportable y evidente que sólo puede tener una mujer de esa edad.

Ebba y Sophia, las hijas de Marcus, tienen nueve y cinco años, son ruidosas y se pelean sin parar. Para mi gran alivio, Milo sale de su cuarto y les propone

jugar a la consola. Tengo que acordarme de recompensarlo muy mucho por esa maniobra. Henrik se lleva a Marcus y a Jelena al salón y se ocupa de la charla.

Yo les sigo la estela sin estar presente. Pienso en Isabelle Karlsson.

En Alice.

Veo el hoyuelo en tu mejilla. Tu oreja. Tu sonrisa abierta, cerrada, que no revela nada de lo que pasa por tu cabeza. He pensado en ti más de lo que jamás llegarás a comprender. Llevas doliéndome desde el día que desapareciste.

¿Qué cosas has vivido?

¿Por qué no me lo quieres contar?

Las mismas preguntas, una y otra vez. Imposibles de silenciar. Pero aun así lo intento a base de beber más vino.

Jelena suelta que quiere ver la casa.

Yo me refugio en la cocina con el pretexto de que tengo que servir la comida. Vacío la copa, la vuelvo a llenar cuando Jelena entra y empieza a compartir toneladas de entusiasmo.

Le han encantado nuestros sofás enormes de color gris, la alfombra y los tiestos de cobre verdigrís con los cactus gigantes. Adooora las fotos en blanco y negro en la pared cerca del porche, el gran cuadro del paisaje, las alfombras, cieelos, qué alfombras, y las esculturitas en la librería, ¡le encanta todo! Nuestra casa podría aparecer en cualquier revista de interiorismo, es increíble lo bonita que la tenemos.

Henrik entra en la cocina y me salva. Dice que yo siempre he tenido buen gusto para la decoración. O quizá la esté salvando a ella, supongo que percibe cuánto me irrita la muchacha.

De nuevo, vacío la copa. Tengo que meterme más en la niebla. Tengo que alejarme más de la espinosa realidad que me acosa por todos los flancos.

Durante la cena estoy totalmente ausente, ni más ni menos.

Las voces se alzan y se mezclan unas con otras, sillas que rozan el suelo, cubiertos que chocan en los platos, bocas que mastican y sorben, los ruidos me invaden, me perforan los oídos. Henrik habla de su empresa. Va bien, se están expandiendo, la facturación aumenta, nuevas tareas interesantes por venir. ¿Y nosotros? Llevamos juntos quince años, casados... ¿cuánto tiempo, cariño? Jamón serrano, parmesano, cigalas asadas al curry. Pero eso otro es... Dioos, cuánta gente que... Dentro de poco catorce años, y Milo tiene trece, y llevamos doce viviendo aquí y es verdad que ya hace cinco que reformamos la cocina, ¿cierto, cariño? Tomates secos y verduras al horno con vinagreta de ajo. Y cuando llegamos fuimos directos al hotel y, sí, el fin de semana nos vemos en la casa de campo de la familia Widstrand, en las afueras de Nyköping, será maravilloso. No, hace tiempo que Henrik no va a la caza de alces. Queso feta y

halloumi y espárragos, y luego ya está. En Abu Dabi, cuando nos...

Todos esos sermones me llegan de otra habitación en otra casa, donde las personas están sentadas a otra mesa y hablando en un idioma que yo ya no domino. Henrik me pone una mano en el muslo y me aprieta. «Vamos, despierta.»

No, no tenemos planes de mudarnos, estamos a gusto, ¿verdad, cariño? Un nuevo apretón. Yo asiento con la cabeza y sonrío como una imbécil, como si nunca hubiese hecho nada más en mi vida: asentir y sonreír.

—Y tú eres psicoterapeuta —exclama Jelena, y se inclina hacia mí.

Me endezco en la silla.

—Así es —balbuceo.

—¿Cómo tienes fuerzas para escuchar a otras personas cada día? —dice—. Todas sus preocupaciones y problemas. Yo me volvería loca. O como mínimo me deprimiría.

Tanto *mindfulness* para qué.

Le paso la copa a Henrik para que me la llene. Él me lanza una mirada inquieta que yo finjo no ver. Me sirve un poco de vino.

—La psicoterapia no consiste en darles vueltas a los problemas porque sí —digo yo, y me doy cuenta de que sueno como un robot—. La idea es descubrir patrones o comportamientos que se puedan modificar. Aprender a manejar miedos. Cambiar viejos hábitos por otros nuevos. Desarrollarse como persona. —Mi respuesta automática, un resumen sencillo para idiotas.

—¿Cómo te decidiste por ese oficio y no otro?

—Conocí a alguien que me inspiró.

—Es realmente admirable —afirma Jelena—. Que seas tan fuerte como para ponerte a ayudar a esas personas. —Mira a Marcus con fervor y le acaricia la nuca con las yemas de los dedos—. Según Marcus, siempre estás contenta —continúa—. Y se te ve muy equilibrada.

¿Equilibrada? Pero si me muero de ganas de levantarme y tirar platos y fuentes al suelo y gritaros a todos que os vayáis a la mierda.

Henrik me pasa un brazo por la espalda.

—Stella es fantástica. Es fuerte, determinada, hace lo que se propone —dice—. Es lo que me enamoró de ella.

—¿Siempre ha sido tan armónica? —pregunta Jelena.

Marcus se ríe.

—Stella también puede ser irascible, te lo prometo. Pero se ha calmado con los años. ¿Tú qué dices, Henke?

Eso, Henke, ¿tú qué dices? ¿Se ha calmado Stella?

Él me mira con una sonrisita burlona.

—Sólo por fuera.
Imbécil. Te quiero, Henrik, pero esta noche eres un imbécil.

Después de la cena Marcus se lleva a Jelena al piso de arriba para inspeccionarlo. Las habitaciones de abajo ya las ha visto. De nuevo me escondo en la cocina. Preparo café, saco la vajilla de porcelana de Rörstrand que heredamos de la abuela paterna de Henrik. No me faltan ganas de reventar todo el juego contra la pared.

—No has dicho gran cosa esta noche. —Henrik entra y se apoya en la encimera.

—¿Hacía falta? —Me termino la copa. Otra vez.

—Cariño. —Él la coge y la deja a un lado—. Estás siendo injusta. Y vas bastante colocada.

Desde arriba llega el ruido de los tacones de Jelena mientras se pasea por las habitaciones.

Señalo al techo con el dedo y espeto:

—Es una auténtica histérica, el ejemplo más claro de un *borderline* que he visto en toda mi vida. Aparte de lo evidente, ¿qué es lo que le ve Marcus a esa petarda sobreexcitada?

—Si hay alguien que está sobreexcitado eres tú —responde Henrik, y me mira—. Parece que la vayas a estrangular en cualquier momento, no es propio de ti.

Me coge de la mano y me acerca a él, me besa en el pelo. Yo dejo que me abrace un rato antes de liberarme y decir que tengo que ir a mear.

Me meto en el lavabo, me siento en la tapa del váter y apoyo la cabeza en las manos. Soy una persona terrible. Y reconozco que siento lástima por mí misma por serlo.

La casa está en silencio. La empresa de catering ha venido a buscar el recipiente calentador, bandejas, envases y cuencos y fuentes para servir, han recogido la mesa y se han encargado de fregar los platos.

Los invitados se han ido, Milo está durmiendo. Henrik está tumbado detrás de mí en la cama, acaricia mi cuerpo. Hace tiempo que no nos dedicamos nada más que un beso de buenas noches. Yo intento disfrutar de su contacto, pero no logro relajarme a pesar de todo el vino que he bebido. Estoy demasiado enfadada. Demasiado triste.

Al cabo de un rato se retira. Me da un beso en el hombro, murmura buenas

noches y se da la vuelta.

Cuando estoy segura de que se ha dormido salgo de la cama. Bajo y voy a buscar mi bolso en el recibidor. Me acurruco en el sofá y abro el diario.

5 DE AGOSTO DE 1994

Hoy ha venido Pernilla. Ha sido una agradable interrupción en mi día a día poder conversar un rato en otra lengua que no sea el idioma de los bebés. Estoy contenta de tenerla, a los demás ya no les veo el pelo.

Pero seguimos adelante sin descanso mi gorrito de lana y yo. Por lo general está satisfecha y alegre. (Todo el mundo me pregunta si es «buena», como si fuera un perro o algo. «Sí, es buena, no muerde», o «sí, no creo que sea mala a propósito».)

Aunque últimamente se queja más que antes. Y tiene el sueño ligero. En cuanto me tumbo a su lado se despierta y protesta. Si estoy acostada y me levanto, se despierta al instante y empieza a gritar.

¿Varios dientes al mismo tiempo? Llevamos semanas creyéndolo. Al final lo hemos convertido en una broma en cuanto hay algo que no le gusta. «Son los dientes.» Pero no vemos ningún diente nuevo ni por asomo. ¿Cólicos? ¿Hambre, muy llena, cansada, calor, frío?

A lo mejor no es más que una fase nueva, sólo eso. No es muy divertido, que digamos.

Pero Daniel ha cumplido los veinte y nuestros padres le han hecho el mejor regalo imaginable. Unas minivacaciones para los tres. ¡Guauuu! Nos vamos el fin de semana que viene. A Strandgården, un sitio en la costa Blå Kusten de la provincia de Småland.

¿No suena maravilloso? Strandgården.

A lo mejor allí dormiremos mejor que en casa, quién sabe. Eso espero, porque nos arrastramos bastante. Daniel ha trabajado y currado como un animal todo el verano, de sol a sol. Nos hemos visto poquísimo y apenas hemos tenido ánimos para aguantarnos el uno al otro. Lo necesitamos. Irnos juntos unos días. Coger el coche y cantar canciones chorras. Vamos a vivir en una cabañita, tomar el sol y bañarnos.

¡Me muero de ganas!

STELLA

Me visto y preparo café a primera hora del sábado. Debería comer algo, pero tendrá que esperar. Me termino el último trago de café, está caliente y tiene un leve regusto a lavavajillas. Me enjuago la boca con agua y escupo en el fregadero.

Después salgo y me siento en el Audi. Arranco el motor y me vuelvo hacia la derecha en el asiento para dar marcha atrás hasta la calle. Paso los postes de la verja y justo voy a girar el volante cuando alguien llama a la ventanilla de la izquierda. Freno y miro.

Johan Lindberg me mira con una sonrisita. Detrás de él está el perrito, tiritando. Pulso el botón para bajar la ventanilla. Me espero un breve informe de su última ganga en acciones, o quizá una puesta al día un tanto demasiado detallada de su matrimonio «abierto» con Therese.

—Un poco más y me pillas —dice él.

—Perdón, Johan. No te he visto.

—Estaba escondido detrás del seto, Stella. No es culpa tuya.

Empiezo a subir la ventanilla. Johan pone una mano encima. Se inclina hacia delante y me guiña un ojo.

—Y tú estás más buena cada vez que te veo.

Miro el reloj. Esbozo una sonrisa que sólo se puede interpretar de una manera.

—Y ¿qué has hecho con Henrik? ¿Sabe que su mujercita se va de aventuras?

—Por favor, no le digas nada a Henrik. No quiero que me pillen. —Sigo dando marcha atrás. Johan Lindberg se niega a soltar la ventanilla. Me mira con cara de desconcierto.

—¿Bromeas, Stella? Joder, cómo mola. Siempre digo que así es como se consigue una relación fuerte. Un poco de aventura. *You go girl!*

Salgo a la calle y me voy. Por el retrovisor veo a nuestro vecino en mitad de la calle con la mota de polvo que tiene por perro. Por alguna razón que no

consigo comprender de ninguna forma, tiene el puño en alto. ¿Una especie de invitación a la batalla? Me río sola. Si Henrik estuviera aquí, nos habríamos desternillado juntos.

Sólo llevo una hora conduciendo cuando me suena el móvil. Doy un brinco en el asiento, el tono de llamada es estridente y repentino. Me apeo en una zona de descanso y lo cojo.

—¿Te he despertado? —pregunta Henrik.

—No, no —respondo—. ¿Estáis bien?

El viento me sopla en la oreja, parece que está fuera de casa.

—Milo sigue durmiendo. Yo he salido a correr un rato. Ahora estoy tomando café en el jardín. ¿Tú qué haces?

—Nada —miento.

—Te echo de menos —dice él—. Pero me alegro de que te hayas quedado en casa descansando.

—Yo también te echo de menos —contesto.

Están en la casa de campo de la familia Widstrand. Una gran finca con caballos, cotos de caza y acceso directo al mar. Yo también tendría que haber estado allí. En cambio, voy de camino a otro sitio.

Hablamos un rato de la casa y el barco, de lo que tienen pensado hacer durante el día. Él dice que sus padres me mandan un fuerte abrazo. Le pido que les dé recuerdos de mi parte y un beso a Milo. Acabamos la conversación y vuelvo a incorporarme a la carretera.

Los Widstrand son de un estrato social diferente al mío. Yo me crie en Kungsängen en un entorno considerablemente más sencillo que Henrik. Mi madre estaba sola, éramos ella y yo y Helena, mi hermana siete años mayor. Henrik viene de Lidingö, fue a colegios más distinguidos, navegaba a vela, jugaba al tenis y al golf. Su ex se llamaba Louise von algo y mientras estuvieron juntos fue una prometedora estudiante de Derecho, con dinero heredado y piso en Östermalm, el barrio pijo de Estocolmo.

Mi madre y Helena no creían que la cosa fuera a durar entre nosotros. Pero los padres de Henrik me acogieron bien. Su madre, Margareta, estaba encantada con que su hijo hubiese encontrado a una persona sensata con quien compartir la vida. Desde entonces, para mí han sido como mi familia.

Me estoy acercando a Nyköping. La casa de campo no queda lejos de aquí. Henrik intentó convencerme hasta el último minuto para que fuera con ellos.

Me tentó con tardes relajadas junto al hogar, paseos de otoño refrescantes, noches calientes y dormir hasta muy tarde. Yo le dije que me sentía un poco decaída, que estaba agotada y sin ganas de ver a gente. Que quería estar sola y necesitaba descansar.

En otro momento habría tenido remordimientos. Pero no ahora.
Paso de largo el desvío.

Dos horas más tarde salgo de la carretera principal en dirección a Storvik y Strandgården. La última vez que vine conducía Daniel, yo aún no me había sacado el carnet. Recuerdo que se pasó los últimos kilómetros maldiciendo. El camino de tierra era polvoriento, los hoyos eran profundos y las curvas, cerradas. Le preocupaban los amortiguadores, le preocupaban las piedras que podían picar contra la chapa, decía que le preocupaba chocar con algún campesino chalado.

Ahora el camino de tierra lo han ensanchado y asfaltado. Antiguamente, Storvik era bosque y campos de cultivo, ahora hay hileras de casas nuevas. Una detrás de la otra, como sacadas de un catálogo. Parcelas de césped, triciclos de color rojo, la cama elástica obligatoria y la piedra con el reloj de sol. Ni un solo árbol en ningún jardín. Algunas parcelas siguen siendo solares en construcción.

Más adelante el asfalto se acaba y revive el camino de tierra. Aquí no hay casas nuevas ni proyectos en marcha.

Freno en seco.

Tengo un ciervo justo delante.

El gran animal me mira con ojos oscuros y descarados. Su enorme cornamenta parece un árbol. Abro la puerta del coche y me bajo, luego extendiendo la mano. No sé por qué, quizá como un saludo. El ciervo me gira la cara. Sale a la carrera y continúa a través de un campo al otro lado. Lo sigo con la mirada hasta que alcanza la linde del bosque y desaparece entre los árboles. Luego me vuelvo a subir al coche y reemprendo la marcha.

Cuando llego al camino del bosque no es ni mediodía. Después de más de cuatro horas de viaje llego a mi destino.

STRANDGÅRDEN. El cartel sigue colgado por encima de la entrada. Es tal y como lo recordaba, si bien un tanto más ajado por el clima y el viento. El camino del bosque está compuesto por dos roderas y una cresta de hierba entre ambas. A los lados del camino hay matorrales, y los árboles extienden sus ramas por encima de él. Avanzo despacio por un túnel de hojas anaranjadas hasta que llego al aparcamiento.

Hay una caravana abandonada, sin puerta y con las ventanas rotas. Unas cuantas bicicletas oxidadas se apoyan en uno de los abetos. El suelo está cubierto de hojas, pinaza y piñas.

Me bajo del coche y desperezco mi cuerpo, que está rígido. Sigo el caminito de gravilla que lleva al edificio principal. Detrás de la caseta el césped se extiende hasta el mar como un campo salvaje. El minigolf a la izquierda está

cubierto de hierba y maleza. Al porche de la casa le faltan algunas tablas de madera y los arbustos de debajo se han adueñado del sitio. Las ventanas están cerradas con postigos. La aldea vacacional parece llevar años abandonada.

Rodeo el edificio principal, sigo el caminito de gravilla a la derecha, en dirección a las seis cabañas. Están diseminadas entre los altos árboles y cerca de la orilla. La número uno está al fondo de todo.

Nos hospedamos en una cabaña justo en la orilla. La número uno. Estoy sentada en el porche, Alice duerme en el cochecito bajo los árboles. Dormir al aire libre le hace especialmente bien, creo yo. Los frondosos olmos y abedules le dan sombra fresca.

Hay más cabañas a lo largo de la playa. Están todas alquiladas y el camping que hay un poco más lejos está lleno. Aquí hay alemanes y holandeses instalados, y un buen número de familias con críos y jubilados en caravanas.

Estamos apartados, es muy apacible y acogedor. Sólo estamos Daniel, Alice y yo. Vivimos en nuestra propia burbuja. Estos días han sido maravillosos, no podrían ser mejores. Pero mañana nuestras minivacaciones se acaban y tenemos que volver a casa, así que tendremos que disfrutar de lo lindo.

Las cabañas también necesitan una reforma. Casi todo el color se ha aclarado en la fachada donde toca el sol y los paneles del techo van por el mismo camino. Me subo al porche de la cabaña en la que estuvimos nosotros y miro por las ventanas. La mesa y las tres sillas de madera junto a la ventana ya no están, el sofá marrón y naranja, la cama doble que entraba justa en el dormitorio, ya no queda nada.

No siento nada en especial. Ni angustia ni un torbellino de emociones. Estoy en Strandgården. Donde ocurrió todo. No me siento en absoluto como pensaba que me iba a sentir.

Doy media vuelta y bajo a la playa.

El viento del mar Báltico. El olor a sal y algas. Inspiro, dejo que el aire fresco de otoño me llene. Me siento en cuclillas y toco el agua. Está helada. A pesar de que sólo estemos en septiembre, da la impresión de que el verano queda lejos. Me levanto, contemplo el agua gris azulada.

La noche que Alice se despertó y salimos afuera. Es aquí donde nos sentamos a mirar la luna llena, los tres juntos.

Curiosamente, siento paz al estar aquí.

El silencio se rompe por un ladrido.

—¡Buster!

Una mujer mayor que lleva un abrigo grande y deformado echa a correr tras el perro a una velocidad asombrosa. El animal se tira al agua, luego me ve y se me acerca con saltitos alegres. Se detiene delante de mí y se sacude el pelaje

mojado. El perro es enorme. La baba sale disparada en todas las direcciones cuando agita su gran cabeza.

—¡No temas, no es peligroso! —grita la señora, y se ajusta el abrigo mientras se acerca. Toda la escena es tan cómica que no puedo evitar reírme.

El perro es marrón rojizo, de pelaje corto y fuerte, y es casi igual de grande que su ama. Le sonrío a la mujer y acaricio al perro.

—Está muy mal adiestrado —dice la señora, y le pone la correa.

—Es muy simpático —aseguro yo.

—¿Has oído eso, *Buster*, chucho del demonio? —Suena afable y el perro responde con un grave ladrido.

—¿Qué raza es?

—Un mastín inglés. El mejor perro faldero que te puedas imaginar. —La mujer me mira con ojos entornados—. ¿Y a ti qué te trae por aquí? No es habitual toparse con alguien en Strandgården.

Miro a mi alrededor.

—Una vez vine de vacaciones. Hace tiempo. Pasaba por aquí, me ha entrado la curiosidad de saber si seguía como yo lo recordaba.

—Me temo que no. —La mujer se abre de brazos. Después suelta una carcajada y me ofrece una mano—. Pero ¿en qué estoy pensando? Me llamo Elle-Marja. Vivimos un poco más allá, al otro lado de la colina. Llevo viviendo aquí más de cuarenta años, *Buster* ocho.

—Stella —digo, y nos estrechamos la mano—. Este sitio era tan idílico... Flores por todas partes. Plantas de todos los colores, en macetas y parterres, arbustos y árboles bien cuidados.

—¿Cuándo viniste?

—En 1994. En agosto.

—Da pena y vergüenza que lo hayan dejado de la mano de Dios. En aquella época Strandgården estaba bien atendido. Y era muy apreciado. Siempre estaba lleno de gente en verano.

—¿Por qué nadie se ocupa? —quiero saber—. El terreno debe de valer una fortuna.

—Hay muchos constructores que han tenido un ojo puesto aquí a lo largo de los años. Todos querían edificar y explotarlo. Pero así es como sigue, año tras año.

—¿Y eso?

—A ver, ¿viniste en el noventa y cuatro, dices?

Le sigo el paso a Elle-Marja de regreso por la playa y escucho su relato. El sol está alto y el agua titila. *Buster* vuelve a estar suelto, se adelanta corriendo y hurga en la maleza y la porquería que el mar ha arrastrado a la orilla.

—Con los años, la memoria te traiciona, ya te irás dando cuenta —dice Elle-Marja—. Pero hay cosas que nunca se olvidan. Aquel verano se ahogó una niña pequeña. La familia se hospedaba aquí. Los pobres padres tuvieron que volver a casa sin su hija. Fue una tragedia horrible. A Lundin le afectó mucho. Él era el dueño de Strandgården y se encargaba de la mayor parte él solo. Esto era la obra de su vida. Justo después, murió. De pronto. Ahora es todo propiedad de su hija. Pero no hace nada con ello. No he visto a nadie por aquí desde entonces.

Seguimos por la playa, pasamos por el edificio principal, dejamos atrás los restos del campo de minigolf. Elle-Marja resopla antes de continuar:

—Se mudó aquí una temporada aquel mismo año y luego volvió a desaparecer. Tenía un bebé, supongo que fue demasiado ocuparse de todo ella sola.

Llegamos al final de la playa. Un poco más lejos hay un puñado de gaviotas que revolotean entre graznidos y *Buster* acude corriendo para echar un vistazo.

—¿Ya estamos aquí? —pregunto yo—. Recordaba la playa infinita.

—La mente nos juega malas pasadas —dice Elle-Marja—. Con los años se hace peor. Si duras tanto como yo, ya te darás cuenta.

Seguimos por el caminito que atraviesa la hierba alta que crece a lo largo de la playa rocosa. Me acuerdo de que lo bautizamos como el «sendero problemático».

—Este camino sí que lo recuerdo —digo—. Había puntos en los que se podía meditar.

Nos detenemos delante de un anillo de tierra hecho con piedras grandes. En el centro hay un montoncito de piedras más pequeñas, del tamaño de un puño. Al lado del círculo hay un cartel en un palo inclinado. Elle-Marja se agacha, apoya las manos en la espalda y entorna los ojos.

—Quien tenga buena vista podrá leer el texto. Yo no veo ni jota. Ni tampoco me acuerdo. —Se golpea la frente y suelta una carcajada gutural.

—El Círculo de las Preocupaciones —digo yo.

Entro en el anillo. Recojo una piedra y me la froto en la mano. Pienso en aquello que me preocupa, los problemas que tengo. Me desprendo de ellos a base de lanzar la piedra fuera del anillo. Lo hago con la máxima seriedad y siento que mis preocupaciones se vuelven más livianas. Cuando me doy la vuelta veo a Daniel con una sonrisa burlona.

—A lo mejor debería echarte fuera del círculo, Stella. No has hecho más que generarme problemas desde la primera vez que te vi.

Lo estuve persiguiendo por el sendero entre gritos. Nos reímos y abrazamos, nos besamos en la hierba. Ignorantes de que todo se rompería al cabo de un instante.

Estoy de pie en el círculo. Cojo una piedra y me la froto en la mano. La lanzo lo más lejos que puedo. No siento ningún alivio. Sólo una angustia sin fondo. Caigo de rodillas. Lloro y grito hasta que Daniel viene y se me lleva de allí.

Doy un brinco cuando noto la mano de Elle-Marja en la mía. La aprieta, me coge por debajo del brazo y seguimos caminando.

Más adelante el sendero continúa subiendo por una cuesta empinada. En diagonal, más abajo, hay un camino de tierra. Allí nos despedimos. Elle-Marja y *Buster* van a seguir hasta casa por el camino, puesto que tardan menos.

—Si no, *Buster* se pone muy llorón —dice—. Le afecta mucho la bajada de azúcar, ¿sabes?

—Sé lo que es —aseguro—. A mi marido le pasa lo mismo.

Elle-Marja se ríe y nos damos un abrazo. Yo sigo cuesta arriba. Llego a un peñasco elevado y veo algunos árboles a mi izquierda. Allí hay otro edificio, parcialmente oculto por la arboleda.

Continúo en la otra dirección, hacia un acantilado que se asoma al mar. Aquí arriba no vine la última vez que estuve, con el cochecito no podíamos ir tan lejos. Las vistas sobre el Báltico se extienden varios kilómetros mar adentro. La roca desaparece en una abrupta caída. Me acerco al borde y me asomo. Muy abajo, las olas rompen contra unas grandes rocas.

Hay un pequeño corzo de piedra delante de un arbusto a mi espalda. Siempre a punto de salir corriendo, y aun así eternamente quieto. Me siento un rato a su lado y contemplo el mar.

En el camino de vuelta me detengo en el Círculo de las Preocupaciones. Me meto dentro y cojo una piedra. Me la froto en la mano. Después la tiro lejos, entre los árboles.

ISABELLE

—Ay, qué gustazo. —Johanna se estira como una gata a mi lado en la manta.

Yo cierro los ojos bajo los rayos del sol.

—Se está de maravilla.

—Ya te lo dije. Cochinilla.

Es sábado, y la clase ha quedado para hacer un picnic en el parque de Tantolunden. Estoy contenta de que Johanna me convenciera para venir. No tener que pensar, intentar pasar de todo por un rato. He decidido retomar la escasa vida social que tenía antes de que muriera mi padre.

Abro los ojos cuando me dice que ha venido Axel. Saluda a su novio con la mano, se levanta y va con él. Se dan un abrazo y se besan.

Mi vida podría ser como una película. Una peli *feelgood* de vidas estudiantiles, risitas y tardes de chicas. Sólo con que me atreviera, sólo con que me lo propusiera. Si hubiese más romanticismo. Johanna, Susie y Maryam comparten con gusto las cosas que han hecho, lo que han visto y escuchado. Y cada vez me doy cuenta de la poca experiencia que tengo. Me han metido mano algunas veces. Nunca ha pasado de ahí. Ha llegado el momento de hacer algo al respecto. En la fiesta de primero, la primavera pasada, estuve cerca. Me metí más vino en el cuerpo que el que había bebido en toda mi vida. Llevaba un vestido negro ajustado. «Me convencieron.» Pero estuve toda la noche tirando de él, hasta que el vino me hizo olvidarlo. Pero no pasé por alto ni una sola mirada que me lanzaban gracias a él. Y a medida que iba bebiendo vino, se volvían más y más interesantes, lo reconozco.

Cada vez que pienso en aquella noche siento un cosquilleo en todas partes. «Ahora no es ninguna excepción.» Fredrik me arrastró hasta la pista de baile. Sus manos en mi cintura. Sus manos en mis caderas. Sus manos en mi culo. Me pegué a él, noté que se puso duro. Me cogió de la mano, me llevó a un pasillo vacío. Continuó husmeando en mi cuello, mi oreja, la puntiaguda, por la que aún me acomplejo a veces, me acarició el cuerpo mientras nos besábamos. Si lo hubiese visto mi madre...

Sus dedos estaban a punto de meterse por debajo del vestido cuando uno de sus amigos lo llamó. Me pidió que esperara y se fue. Mi error fue que empecé a pensar. La imagen de mi madre lo destrozó todo y me fui a casa.

Me incorporo en la manta y veo que casi toda la clase está aquí. Unos juegan a algo parecido al béisbol, otros se limitan a estar sentados charlando. Hay un chico punteando una guitarra.

Fredrik también está aquí. Se ha sentado a unos metros de distancia con una botella de cerveza en la mano. Cuando se aparta del grupito con el que estaba hablando me lleno de coraje y lo saludo con la mano.

—Hola.

Él me mira y sonrío.

—Hola, Bella.

—¿Qué tal? —le pregunto.

—Bien, ¿y tú?

Se sienta a mi lado y abre una nueva cerveza.

—No pensaba que fueras a venir —dice—. ¿Quieres?

Le doy un trago e intento no hacer ninguna mueca. Le devuelvo la botella. Fredrik la coge y se tumba. Al cabo de un rato yo también me tumbo.

—¿Has pasado un buen verano? —Oigo que sueno como mamá, cordial y seca.

—Estuve un tiempo trabajando con mi padre —dice—. Luego pasé unos días en Berlín, y después Saint-Tropez. ¿Tú?

—Me lo he pasado trabajando —respondo. Chica interesante. De verdad.

—¿En tu casa en Dalarna?

—No, en el Lidl de Vällingby.

—No te vi en ninguna de las barbacoas.

Me encojo de hombros.

—No pude ir.

—Qué pena.

Me vuelve a ofrecer la botella. En realidad no la quiero, pero da gusto estar así tumbados. Compartir una cerveza y hacer como que significo algo para él.

—¿Echas de menos Borlänge?

Pienso un momento en la pregunta.

—No —digo después—. O bueno, a veces, quizá. Un poco. En verano más, creo. Estocolmo también mola en verano, pero es más acogedor estar en casa.

—¿Estás loca? ¿Hay algo mejor que las noches claras en el archipiélago? ¿Todas las terrazas? Sentarte en los jardines de Kungsträdgården con un helado, echar la tarde en el parque con una cerveza, deambular por Djurgården...

—¿Deambular? —digo chinchona—. ¿Eres un jubilado o qué?

Él me hunde un dedo en las costillas. Yo me río.

—No te dejes lo de apretujarte en el metro entre viajeros sudados —le recuerdo—. A ser posible, con la nariz metida en el sobaco de alguien. Puaj.

—Ja, ja, muy graciosa. A ver, ¿qué es tan fantástico en Borlänge? ¿Todos los tíos que llevan Cadillac? ¿Los vestidos regionales y los violines chirriantes?

—No tienes ni idea.

—Pues explícamelo.

—La calma. El silencio. Las montañas azules. Las noches de verano de embrujo en el prado junto a la casa de mi abuela.

—Montañas azules y noches de verano de embrujo. Qué poético.

—Imagínate poder coger la bici hasta el lago y sentir el viento en el pelo. Meterte en el bosque y no cruzarte con nadie durante horas. No oír nada más que los pájaros.

—Perderte, que te piquen los mosquitos y estar a decenas de kilómetros de la civilización.

—Venga ya. Cuando te cansas del bosque te vas a Leksand, a Noret con todos los turistas lerdos y al Mitti a comer hamburguesas. Te bañas en la playa justo debajo del parque acuático Leksand; ¿sabes lo frío que está el lago Siljan? Helado.

—Suena de lo más sugerente.

Ahora soy yo quien le clava un dedo.

—¿Has estado en Tällberg alguna vez? Es maravilloso. Mi padre siempre conducía despacio para que tuviéramos tiempo de ver todas las casas. Y el camino es bastante estrecho y tortuoso. A veces bajábamos en coche hasta el muelle de Hjortnäs. Cada vez subíamos hasta Vidablick, comíamos helado y contemplábamos el Siljan. Las vistas son la hostia. Siempre terminábamos caminando hasta el final del embarcadero largo en Rättvik. De pequeña me parecía que no se acababa nunca. Competíamos por ver quién era el primero en volver corriendo.

Me quedo callada.

—¿En qué piensas? —quiere saber Fredrik.

—En mi padre.

—Me lo contaron. Lo lamento. O lo que sea que se dice.

—Gracias.

—Tendrías que haber dicho algo.

—¿El qué?

—Tendrías que haber contado lo que pasó. Desapareciste, sin más. Decías que no a todo y dejaste de dar señales de vida.

—Lo sé.

Me mira a los ojos. Quiero seguir aquí tumbada para siempre. Con él. Me pregunta cómo estoy ahora, y yo no había pensado hacerlo, pero le confieso que he empezado a ir a terapia. No parece que se le haga raro. No se lo digo todo, evidentemente.

Nos quedamos un rato en silencio. Después le cuento que Johanna me acompañó a dejar una muestra de sangre en el banco móvil de donación que pasó por el IRT en primavera. Donar sangre es reconfortante, falta gente que lo haga. Ahora ya me ha llegado mi primera cita como donante.

Sigo hablando. Quiero recuperar el clima que teníamos hace un momento, quiero retener a Fredrik todo el tiempo que sea posible.

Digo que seguro que me desmayaré y que me desplomaré, que me abriré el brazo con la jeringuilla y salpicaré sangre por toda la sala y que las enfermeras se resbalarán en ella. Fredrik se parte de risa. Se saca el móvil del bolsillo y se acerca a mí. Lo levanta por encima de nuestras cabezas y toma una foto. Yo protesto y digo que no estaba preparada. Toma otra.

—¿Mejor? —Me muestra el teléfono para que le dé mi aprobación.

—Vale, un poco mejor.

—Somos guapísimos, ¿a que sí?

Le llega un SMS, lo lee y se incorpora.

—En un momento de debilidad le prometí a mi hermana que la llevaría a Ikea —dice—. Tengo que irme. Lo siento. Pero nos vemos.

Me quedo sentada y me percató de que tengo una sonrisa boba en la cara. Pero después me doy cuenta de que jamás podrá haber algo entre nosotros. Cuando él descubra quién soy me detestará. Tendrá miedo.

Incluso yo lo tengo.

Miedo de lo que llevo dentro de mí.

STELLA

Después de más de ocho horas al volante vuelvo a estar en casa.

Me duermo en un baño caliente y cuando me despierto el agua ya está fría. Salgo y me seco. Pienso en Henrik.

Todavía no sé cómo se lo voy a explicar. Que Alice está viva y que la he visto. Que en lugar de quedarme en casa descansando he ido a Strandgården. Que esta vez es en serio.

Su camiseta está en la silla del dormitorio, me la pongo y me tumbo en la cama. Abro el diario.

El otoño que me quedé embarazada, 1993, el año que estábamos a veintisiete grados a finales de abril, lo cual acabó siendo el día más caluroso del año. Quitando aquel día, el verano fue una historia larga, fría y lluviosa. El año siguiente, cuando hubo la ola de calor, Alice gateaba en pañales.

El piso en Jordbro. Daniel y yo pudimos permitirnos alquilarlo porque su padre conocía al dueño. El olor a madreselva que entraba por la ventana de la cocina, el mugriento empapelado de rayas grises del dormitorio, lleno de agujeros. Al final lo recubrí con periódicos.

Daniel, mi primer amor verdadero. Iba un curso por delante de mí en el instituto y siempre tenía diferentes chicas mariposeando cerca de él y de su Bugatti. Yo le dejaba ver que estaba interesada, pero no corría tras él. Sin embargo, de alguna manera conseguí captar su atención. Perdí la virginidad en el asiento trasero de aquel Bugatti.

Daniel era salvaje e inquieto, volcado en todo aquello en lo que se metía, y sacaba de quicio a mi hermana. Ella aseguraba que Daniel era una mala influencia para mí, no encajaba en el patrón ordenado de Helena. Salíamos hasta tarde, carreras de coches en la calle y fiestas, practicábamos sexo en el asiento de su coche.

Helena siempre fue la aplicada de las dos. Yo soy una soñadora, siempre lo he sido. Espontánea e impulsiva, hacía lo que quería. Mi hermana era responsable, hacía lo que debía. Se vio obligada a madurar demasiado pronto

cuando papá murió.

Cuando mamá se quedó sola con nosotras tuvo que luchar para salir adelante. Por las noches le tocaba coser ropa para ganarse un pellizco extra, durante el día había veces que hacía turno doble de mujer de la limpieza. Yo sólo tenía cinco años y Helena debía quedarse en casa para cuidarme.

Mi hermana y yo nos distanciamos cuando me hice mayor. Que me quedara embarazada a los diecisiete no ayudó a mejorar la relación.

Daniel saltó de alegría cuando se enteró de que iba a ser padre. Hizo lo que querían sus padres, terminó el instituto y se sacó el bachillerato. Después nos fuimos a vivir juntos. Encontró trabajo en un taller. Vivíamos gracias a un sueldo mínimo y a nuestro empecinamiento. Nosotros dos y Alice.

A mí me encantaba estar en casa con el bebé. Mirarla a los ojos mientras le daba el pecho, ver cómo buscaba mi pezón con la boquita, el suspiro de alivio cuando lo encontraba. Notar su olor y escuchar los ruiditos que hacía, su confianza ciega y la ternura que despertaba.

El primer año de Alice. Leo mis notas sobre cuando aprendió a sentarse, a darse la vuelta en el suelo, los dientes que al final asomaron. El día de su primer aniversario. La fiesta en la que le preparé su primera tarta, el globo que explotó y que la hizo llorar, y Daniel que consiguió hacerla reír otra vez.

Pernilla, que nos vino a ver poco antes de que nos fuéramos a disfrutar de nuestras minivacaciones tan anheladas.

Paro de leer y dejo el diario en la mesita de noche. No quiero seguir. Me levanto de la cama y me seco el pelo. Me pongo unos *leggings* y un jersey de cremallera y capucha. Vuelvo a coger el diario. Me siento en el borde de la cama y empiezo a recordar.

La playa, infinita y blanca. El mar, quieto. Flores de colores por todas partes. Calor insoportable. Los árboles que se mecen. La cabaña número uno.

Su cochecito rojo, volcado en la arena.

«Alice, ¿dónde estás?»

15 DE AGOSTO DE 1994

¿Qué hiciste? ¿Dónde estabas?

¿Por qué no estabas ahí? ¿Por qué no oíste nada?

¿Por qué no te diste cuenta de que había desaparecido?

Las mismas preguntas, una y otra vez.

No me ausenté mucho rato. ¿Verdad que no? Estaba allí cerca.

Se creen que le he hecho daño. A mi propia hija, mi niña pequeña. Se creen que la he maltratado. Que la he matado. Se lo veo, en sus caras, en las miradas que intercambian. Lo oigo en sus voces.

Hice algo imperdonable. El peor pecado que una madre puede cometer. No cuidé de mi hija. La dejé sola. No estaba allí para protegerla.

Estaba durmiendo en su cochecito rojo aparcado entre los árboles. Yo fui a dar un corto paseo por la playa. Me senté allí y me quedé un rato pensando. Unos minutos.

Me preguntan por qué no me di cuenta de nada. Me dicen que ya es hora de que les cuente la verdad. Cuéntalo todo, al final acabará saliendo de todos modos.

Se lo he contado, se lo he explicado. Una y otra y otra vez.

No pudo haber volcado el cochecito ella sola. Que si tendría que haberla oído si se hubiese despertado. No me ausenté mucho tiempo. Estaba allí cerca.

Alguien debe de habérsela llevado. Pero ¿quién se lleva el bebé de otra persona? Es imposible. Nadie roba una criatura. Está aquí, en alguna parte. Quizá alguien haya cuidado de ella. Porque yo no lo hice. Su madre joven, egoísta e inmadura que se fue un rato.

Volverá. Seguro. Dentro de poco volverá. No volcó el cochecito ella sola, no se alejó gateando hasta ahogarse en el agua. No lo hizo, no es posible.

¿Dónde estás, Alice? ¿Estás triste? ¿Hay alguien cuidando de ti ahora?

Hemos buscado por todas partes. Ningún rastro, nada. Pero ella está aquí, lo presiento. Vuelve conmigo. Escúchame cuando te llamo. Vuelve. Tienes que volver.

Lo eres todo para mí. ¡Eres mi carne y mi sangre! Sin ti no quiero vivir. Te llevo en la sangre.

STELLA

Mi madre murmura algo entre dientes mientras remueve los cubiertos en el cajón de la cocina.

—Stella, ¿dónde escondes el abrelatas? —dice, y busca en otro cajón. Por el tono en que lo dice parece que haya tenido que hurgar en toda la casa.

—En el segundo cajón —respondo obligándome a conservar la calma.

—No, aquí no está. No está en ninguna parte.

—Está ahí. —Me pregunto por qué la he invitado. ¿Porque no quiero estar sola? ¿Porque así puedo mosquearme con ella en lugar de pensar en Alice?

—Ay, míralo, ahí está. —Mi madre recoge el correo que hay en la encimera —. ¿Puedo dejar esto sobre el microondas?

—Sí.

—Es la prensa local y...

—Está bien, ponlo.

—¿No tenemos que cocinar también para Henrik y Milo?

Es la tercera vez que lo pregunta.

—Margareta se ocupará de que coman algo antes de venir —digo—. O eso, o comerán por el camino.

—¿Estás segura? Podemos congelar lo que sobre. De esta forma tendréis para mañana —dice.

—Mamá, así está bien.

Ella pone las manos en alto y se rinde.

—Sólo quería ayudar. Perdona si me entrometo.

Mi madre tiene la habilidad de coger siempre las riendas. Se pone a cocinar o a hacer algún bizcocho, pregunta si puede echar una mano con la ropa sucia o pasar la aspiradora. Puede resultar agradable dejar que te cuiden un rato. Y tremendamente enervante.

—¿Sabes algo de Helena? —le pregunto.

—Me llamó la semana pasada. En principio, vendrá a casa con Charles y los niños por Navidad. Cruzo los dedos.

—¿Crees que es feliz? ¿En Oxford, con él? —Maldita la hora. Ya empezamos otra vez. ¿Por qué hago esto? ¿Acaso quiero comenzar una discusión? Mi madre arruga la frente antes de responder.

—Sí, yo creo que sí. ¿Tú no?

—Por lo menos sigue allí —digo.

Poco después de nacer Milo, mi hermana conoció a Charles en un viaje a Londres. Es profesor de literatura y tiene predilección por la pana marrón y los monólogos dilatados y enrevesados.

Lleva trece años viviendo con él en Oxford y sus tres hijos repeinados.

—¿Cuándo hablaste con ella por última vez? —dice mi madre, y remueve la olla.

—Antes del verano, me parece.

—¿Por qué habéis acabado así? Ya no mantenéis ningún contacto.

—Somos diferentes, siempre lo hemos sido.

Mi madre coge la copa de vino que le ofrezco. Se sienta a la mesa y lo cata.

—Mantuve más discusiones contigo que con Helena —dice—. Tú siempre querías saber por qué. Ella se contentaba y aceptaba las cosas tal y como eran.

—Siempre le ha tenido miedo al conflicto.

—Tenemos maneras distintas de gestionar las cosas. Si hay alguien que debería saber eso eres tú.

—No hablé de Alice ni una sola vez después de lo que pasó. Nunca me preguntó cómo me encontraba. Hizo como si no hubiese sucedido nada. Sólo hablaba de cuestiones prácticas: adónde íbamos a comer, quién hacía qué. Aún lo hace. Lo detesto.

—¿Qué te pasa? Suenas mosqueada y quejica.

—Tenéis la necesidad de dejar que las cosas sigan siendo como han sido siempre. Cerráis los ojos ante los problemas. Lo que me ocurrió nos afectó a todos, pero nadie quiere admitirlo.

Mi madre deja la copa de vino.

—¿Has pensado alguna vez en tu reacción? —pregunta—. Te apartaste. No nos dejaste hablar de ello. No querías. Pasamos largas épocas sin apenas verte. —Me tiende una mano. Yo retiro la mía—. Fui a buscarte a una fiesta —me explica—. Me llamó Pernilla, habías bebido demasiado, seguramente habías tomado algo más. Te dio un ataque de ansiedad. Hiciste que todos los de la fiesta se cagaran de miedo.

No digo nada. Miro al suelo. No quiero oírlo.

—Debería haber hecho algo antes. Tienes razón en que miré para otro lado, y lo siento mucho. Después fuiste a terapia. Te sentías mejor. La vida continúa, decías. Y así fue. Para todos. Así que no seas tan dura con Helena.

Las palabras de mi madre me hacen avergonzarme.

Ella continúa:

—Hablabas mucho con Henrik cuando lo conociste. Él no tenía miedo, podía sostener tu pena. Sé que hemos tenido nuestras épocas de tensión. Pero siempre estoy aquí. Espero que lo tengas claro.

Ahora sí le cojo la mano.

—Perdóname, mamá. He sido injusta contigo. Y con Helena también.

—¿Por qué piensas en Alice? ¿No es mejor dejarlo estar? Y tienes a Henrik y a Milo, una buena vida. Suéltalo, Stella.

Me levanto y le doy un abrazo. Tiene razón, debería dejarlo estar.

—¿Has ido a su tumba últimamente? —quiere saber—. Perdón, sé que prefieres llamarlo *piedra conmemorativa*.

Niego con la cabeza.

Después de comer y de que mi madre se haya ido a casa me quedo sentada en la cocina pensando en la conversación.

Sólo tengo recuerdos sueltos de la época entre la desaparición de Alice y la sección cinco. Fue en la primavera de 1995 cuando ella me ingresó por la fuerza. Me metieron en una sección de psiquiatría aislada. No comía, sufrí una bajada drástica de peso. Había caído en una profunda depresión.

Al final me pusieron en contacto con Birgitta, que era psicoterapeuta. Me ayudó, me atreví a mirar hacia delante y decidí vivir. Más tarde me puse a estudiar psicología con el objetivo de convertirme yo también en psicoterapeuta. Soy buena en lo que hago.

Solía serlo.

Ahora ya no. Ahora mismo no puedo ayudar a nadie. Ni siquiera me puedo ayudar a mí misma.

Me levanto, limpio la encimera y cojo la prensa local que mi madre ha dejado encima del microondas. Un sobre cae al suelo. Lo recojo. Está escrito a mano y va dirigido a mí, Stella Widstrand, Johansson de soltera. Sin sello y sin dirección. Alguien lo ha dejado directamente en el buzón.

Lo abro. Dentro hay un papel doblado, con una cruz en la parte superior. El texto está escrito con elegancia a mano con tinta negra.

STELLA WIDSTRAND

12-11-1975

Nos ha dejado
de forma precipitada
e inesperada.
Nadie se apena
ni la echa en falta.

ISABELLE

El frío me atraviesa la ropa. A pesar de haberme envuelto la mitad de la cara con la gruesa bufanda tengo la sensación de ir desnuda. Subo los hombros hacia la lluvia y avanzo a paso ligero en dirección a la calle Valhallavägen. El mal tiempo azota Estocolmo por tercer día consecutivo. Sólo teníamos una clase y mucha gente se ha quedado en casa. Como Johanna. Si no fuera por la terapia de grupo yo también lo habría hecho. O al menos me lo habría planteado. Pero no quiero saltarme la hora con Stella. Hay demasiado en juego.

Cuarenta y ocho minutos para que empiece la terapia. Llevo toda la semana esperándola. Imagino que no se presenta.

Cruzo la calle para ir a la parada. El autobús llega y me subo. Dentro, el aire es denso, húmedo debido a toda la ropa empapada y a los paraguas que gotean. Los cristales están cubiertos de vaho, las luces de fuera se ven como bolas incandescentes en mitad de la niebla.

Desde que encontré a Stella no dejo de pensar en ella. A lo mejor demasiado. La última vez me lanzó miradas muy penetrantes. Como si supiera quién soy. Como si supiera por qué estoy ahí. Pero no lo sabe. No sabe nada de mí ni de mi vida. No tiene la menor idea.

El autobús se detiene en la parada de delante del centro comercial Västermalmsgallerian. Me abro paso hasta salir por las puertas y camino hasta la consulta sin perder tiempo. Empujo el portal y entro. Subo en ascensor a la cuarta planta. Saludo a la recepcionista, pago y me meto en la sala.

Me siento en una de las butacas, silencio el móvil. Stella entra a la una en punto y cierra la puerta tras de sí. La miro. Bien vestida, hoy con un vestido hasta la rodilla, el pelo elegantemente recogido en un grueso moño.

Hoy todo el mundo parece de mal humor. Clara está nerviosa por una presentación que tiene que hacer ante el equipo directivo de la empresa. Pierre le espeta que no para de preocuparse y quejarse, pero que luego siempre sale bien. Ella le devuelve una pulla.

Vuelvo a mirar de reojo a Stella. Me cuesta pillarla. Por el momento no ha

dicho nada, se ha limitado a estar ahí sentada.

Nos escucha. Nos estudia uno a uno. Al cabo de un rato siento la mirada de Stella.

Me cruzo con ella y sonrío.

Ella no me devuelve la sonrisa.

STELLA

Me arrepiento de haberle propuesto la terapia de grupo a Isabelle Karlsson. Teniendo en cuenta las dificultades sociales que afirma tener, la terapia es más que adecuada. Pero eso era antes de que yo lo supiera.

Los demás han dicho algo, pero Isabelle no. Por el momento no ha compartido nada. Ni una palabra.

Ya hace un rato que reina el silencio. Tengo que hacerla hablar. Debo conseguir que revele por qué está aquí.

Tomo la palabra: ¿Qué tal la semana, Isabelle?

Isabelle: Todo bien. Hemos empezado con un nuevo trabajo en grupo y me ha tocado uno bueno. Es agradable. Y me he hecho donante de sangre.

«Vuelve a sonreír, el hoyuelo de la mejilla izquierda se hace claramente visible.»

Isabelle: Ayer fue la primera vez que doné. Les tengo un poco de miedo a las jeringuillas. Como mi madre, se pone como loca con esas cosas. Pero fue mejor de lo que me esperaba.

«Se queda callada un momento. La mujer a la que llama *madre* ¿quién es?»

Isabelle: Por cierto, ella quiere que suba a casa el fin de semana, no me apetece nada.

Magnus: ¿Por qué?

Isabelle: No tenemos la mejor relación del mundo ahora mismo. Fue ella quien me contó que Hans no es mi verdadero padre.

Arvid: ¿Cómo te enteraste?

Isabelle: Yo estaba llorando. Le dije a mi madre que lo echaba de menos. Que no se hace más fácil con el tiempo, como afirma todo el mundo. Le aseguré que nunca se me pasaría. Le sentó fatal. Se enfadó y me dijo que al menos ella seguía aquí.

«Coge aire y mira a su alrededor. ¿Es verdadera su historia? ¿Lo que cuenta

es cierto?»

Isabelle: Mi padre y yo estábamos muy unidos. Y sé que a ella le gustaría que estuviéramos igual de bien, que hubiese la misma complicidad entre ella y yo. Pero no la tenemos.

«Le tiembla la voz, está a punto de llorar. Esto es auténtico. Nadie puede actuar de forma tan convincente sin tener sentimientos reales. ¿Qué significa eso? ¿Que estoy equivocada? ¿Que me lo he inventado todo? ¿Que ésta no es Alice, sino sólo Isabelle?»

Isabelle: Me dijo que, en cualquier caso, él no era mi auténtico padre.

Clara: Qué forma tan horrible de desvelarlo. Fatal.

Pierre: Mucha malicia.

Arvid: Increíble. ¿Qué sientes al respecto?

Isabelle: No lo sé. Ella también está triste. En realidad, a lo mejor no debería ser injusta con ella. Ella también lo ha pasado mal. No ha tenido una vida sencilla. Y aun así ha hecho todo lo posible por ser una buena madre.

«¿Es pura casualidad que Isabelle esté aquí sentada? ¿Y si realmente no sabe nada? No puede ser tan simple. Está ocultando algo. ¿El qué?»

Clara: Está claro que ella también siente pena, pero igualmente...

Arvid: No está bien, de todos modos. Una cosa así no se cuenta de una forma tan insensible.

Isabelle: Habría sido más lógico si hubiese sido mi madre quien me hubiera adoptado.

Yo: ¿Qué quieres decir con eso?

«Varios de los participantes me miran e intercambian miradas. Me la sopla. Tengo que saber.»

Yo: ¿Tu madre cómo se llama?

Isabelle: Kerstin.

Yo: ¿Tú y Kerstin estáis muy unidas?

Isabelle: Tanto como unidas..., ¿qué puedo decir? Con mi padre podía hablar de cualquier cosa. Con mi madre... Podríamos proceder de planetas distintos.

Arvid: ¿Qué madre no viene de otro planeta?

«Risas de alivio en el grupo. Yo intento sonreír.»

Arvid: La mía se empeña en venir a verme mañana. Nunca aprendo a decir que no.

Clara: Tienes que poner límites.

La conversación cambia de tema y los participantes discuten entre sí. Quiero

saber más de Isabelle, pero no puedo interrumpirlos sin que todos empiecen a preguntar. Creo que Isabelle quiere hablar de Kerstin, la mujer que se hace llamar su madre.

«Habría sido más lógico si hubiese sido mi madre quien me hubiera adoptado.»

¿Qué significa eso?

¿Sabe que Kerstin no es su madre biológica? ¿Quiere que yo sepa que lo sabe? ¿Quién es la tal Kerstin? Y ¿qué sabe ella?

Me resulta imposible mantener la concentración. No tengo ni idea de qué está hablando ahora el grupo. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Alice, todo lo que pasó cuando desapareció y lo de después.

Lo que ocurrió más tarde, hace doce años, cuando mi vida volvió a derrumbarse.

La visita a Strandgården.

La denuncia de Lina Niemi.

Mi propia esquela mortuoria.

¿Quién te deja algo así en el buzón?

¿Es un aviso?

¿Una amenaza?

Henrik se puso nervioso. Más que nada porque a mí me pareció innecesario denunciarlo a la policía. Lamentablemente, no es infrecuente que un terapeuta reciba amenazas. Pero sí que es la primera vez que yo recibo una carta de este tipo. La persona que la ha escrito ha estado en nuestra casa. La ha dejado en nuestro buzón. Pero la idea de que alguien esté dispuesto a hacerme daño físico se me antoja poco realista. Nadie me odia lo suficiente como para ir tan lejos. Que yo sepa.

Y ¿qué puede hacer la policía? La carta está escrita a mano, no está firmada por nadie, no tiene remitente.

Henrik dio por sentado que era de Lina o de sus padres, que son los únicos quienes, en mis años como psicoterapeuta, se han mostrado abiertamente hostiles.

Puede que tenga razón. Podría tratarse de los padres de Lina, uno de los dos o ambos. Podría ser la propia Lina. También podría ser cualquier otra persona. Alguno de mis pacientes. Podría ser alguien del grupo que tengo hoy aquí.

Podría ser Isabelle Karlsson.

Llevo demasiado rato ensimismada y me acomodo en la butaca.

Pierre carga contra las redes sociales. No logra entender qué puede encontrarle alguien a Facebook o Instagram, ni por qué cuarenta y ocho *likes* le dan sentido a la vida ni por qué la confirmación de una foto perfecta y

predeterminada de una realidad inventada es tan importante. Le pregunta a Isabelle si ha colgado alguna foto de su padre, hace comillas en el aire. Le pregunta si ha escrito «Nunca te olvidaré». La gente está siempre con esa mierda. «No pasa ni un día sin que piense en ti.» Y luego la madre o el gato de mierda llevan diecisiete años muertos. Gilipolleces. Las cosas se olvidan. Ni de coña me creo que alguien piense en otra persona cada día y la eche de menos durante diecisiete putos años, dice. Se pasa el luto y se sale adelante.

—¿Qué es el luto? —digo yo—. ¿Qué es echar de menos? Si alguien se va de tu lado y se lleva una parte de ti... Una parte que no se puede sustituir por nada... La pena y la añoranza están ahí para siempre. Y duelen. Sangran y escuecen. Se convierte en una costra que pica, que se abre. Vuelve a sangrar. Un día se habrá transformado en cicatriz. La herida se ha curado, pero la cicatriz sigue ahí.

Todos me miran. El silencio es asfixiante.

—Pasados los años, la pena y la añoranza te han cambiado —continúo—. Han ocupado un lugar en lo más profundo de tu persona. Moldean el resto de tu vida. No pasa un día sin que la pena esté ahí. Nunca olvidas. Se ha tornado una parte de ti, de la persona que eres.

Sin mirar a ninguno de los participantes del grupo, me levanto y abandono la sala.

2 DE SEPTIEMBRE DE 1994

Veinte días. Los más largos de mi vida.

Vivo en una pesadilla.

No te rindas todavía. Tienes que cuidar de ti misma. Tienes que creer, tienes que mantener la esperanza. Es lo que todos me decían al principio. Querían que estuviera bien, trataban de darme apoyo y consuelo. Eran palabras vacuas.

Ahora me dicen que se ha ido. Alice se ha ahogado, ya no está. Ha muerto.

Me niego a creerlo.

Aun así, mi esperanza se ha esfumado.

En cuestión de un segundo. Un instante.

Mi niña ha desaparecido para siempre. ¿Cómo voy a poder vivir con ello?

Temen por mi pena. Mamá, Helena, Maria. Como si tuviera algo contagioso.

Daniel guarda silencio. Evita encontrarse con mi mirada. Odio la distancia que hay entre nosotros. Desearía que me gritara, que me culpara como yo me culpo. Sé que lo hace, aunque no diga nada.

Hemos perdido a Alice. En la tristeza que ha dejado a su paso, nos perdemos el uno al otro.

STELLA

Las personas se agazapan bajo los paraguas y corren por la calle Sankt Eriksgatan. Me meto en la pastelería Thelin, pido un café y me siento en un rincón al fondo del local. He salido de la consulta sin informar a Renate y sin cancelar la siguiente visita. Nunca había pasado. Y es la primera vez que salgo de una sesión de terapia antes de que termine.

Apoyo la cabeza en las manos, miro hacia abajo y me veo a mí misma reflejada como una sombra oscura en el café negro. Endezco la espalda y observo al resto de los comensales que o bien están sentados leyendo, o bien están sumidos en una conversación. Me encuentro en un mundo paralelo. No tenemos nada en común. Me tiembla la mano cuando levanto la taza.

Estoy más afectada por mi esquila mortuoria de lo que pensaba. Alguien me odia. Alguien desea mi muerte. ¿Quién? Y ¿por qué?

Una vez más, expongo la serie de problemas, todas las preguntas. Intento clasificarlas, pensar de forma lógica, pero estoy alterada.

Cuatro madres entran y se sientan a la mesa de al lado. Aparcan los cochecitos y les quitan los abrigos a los hijos, que gritan y vociferan. Una y otra vez las madres los instan a callar, a no trepar en las sillas y las mesas. Ríen, hablan de comprar inmuebles y planifican las vacaciones de invierno.

La sensación de estar invadida se vuelve implacable. Me marcho de la mesa sin terminar el café y salgo. Giro a la izquierda, cojo la escalera que baja al metro y me arrepiento de haber dejado que Henrik me trajera en coche esta mañana. Los pasajeros mojados se agolpan resignados a mi alrededor en el vagón en dirección a Alvik. El aire está cargado, huele a humedad y sudor. Todo el mundo anhela llegar a casa, o irse de aquí. Todo el mundo quiere estar en otro sitio.

Siento una quemazón en la nuca, como si alguien detrás de mí me estuviera clavando los ojos.

Me doy la vuelta, observo a los demás pasajeros. Nadie me presta ninguna atención.

En Alvik cojo el autobús. La lluvia resbala por las ventanas. El resplandor de las farolas se refleja en las calles mojadas. El mundo de fuera es borroso y difuso. El cielo es oscuro e impasible. Salgo del autobús y camino a casa bajo la lluvia.

De nuevo tengo la desagradable impresión de sentirme observada. Me detengo, paseo la mirada sin ver a nadie. Acelero el paso.

Cuelgo el abrigo en el recibidor, apoyo el bolso en la cómoda. Sola en casa. Milo no tardará en llegar, Henrik vendrá más tarde, a menos que se quede trabajando. Debería hacer la cena. No tengo ánimos. No me apetece.

¿Por qué no he dejado que mi madre preparara comida para toda la semana? Podría llamar a Henrik, pedirle que compre algo de camino. Pero vete a saber cuándo terminará, últimamente nunca se sabe.

Voy al salón y me quedo de pie junto a la ventana. Apoyo la frente en el frío cristal y cierro los ojos.

Una copa de vino. Un baño caliente. Después, dormir. Eso es lo que necesito. Los síntomas son claros y si no me los tomo en serio acabará desatándose la catástrofe.

Abro los ojos.

Hay un hombre en la calle. Lleva un chubasquero oscuro y deformado, la capucha le tapa la cara. Sus brazos cuelgan inertes a los costados.

Cojo aire de golpe y doy un paso atrás. El hombre que me observa permanece inmóvil. Me doy la vuelta, agarro el móvil de la mesa del comedor para llamar a la policía. Cuando vuelvo a mirar fuera, no hay nadie.

El viento azota los árboles, la lluvia repica en las ventanas.

Me quedo con el teléfono en la mano, dispuesta a llamar. Oteo el jardín, la calle.

El hombre del chubasquero ha desaparecido.

KERSTIN

Debo de llevar al menos media hora ordenando los estantes del almacén. El desorden me vuelve loca. Si todos pusieran de su parte para mantener el orden, aunque fuera sólo un poco, no me tocaría lidiar con ello cada vez.

Pero las rutinas me aportan paz. Siempre me han parecido importantes. Ir al trabajo, llevar a cabo las mismas tareas día tras día contribuye a mi calma interior. Le aporta significado a mi vida.

Anna-Lena asoma la cabeza.

—Kerstin, ¿tienes un segundo?

—Ahora, cuando termine —respondo.

¿Qué quiere ahora? Miro la hora y constato que hoy ha venido cuarenta minutos antes. Lo hace a menudo. Y no le importa en absoluto que todo el mundo se dé cuenta. La aplicada y responsable Anna-Lena. Sólo tiene treinta y cinco, aun así lleva con la máxima naturalidad ser la encargada. Eso sí, nunca la he visto ordenando el almacén. Ni la veré jamás. Ella es demasiado importante como para dedicarse a esas cosas.

Coloco los productos de limpieza en filas en el estante. Sin ninguna prisa, cierro el almacén con llave y camino despacio por el pasillo. No pienso estresarme.

—¿Querías algo? —digo cuando entro en su despacho.

—Siéntate. —Anna-Lena hace un gesto para indicar la silla que tiene enfrente, al otro lado de la mesa. Termina lo que estaba haciendo antes de volverse hacia mí—. Me han dicho que la cosa está un poco complicada últimamente.

—A mí me parece que ha habido una calma nada habitual. ¿Quién ha dicho que está complicada?

—No importa quién lo haya dicho. —Una mirada indagadora, una sonrisa acusadora—. Parece que has estado impaciente y que has sido un poco dura con los inquilinos.

—O sea, ¿que se trata de mí? ¿Soy yo la complicada? —Anna-Lena se

niega a mirarme a la cara y lo disimula toqueteando unos papeles—. Qué lástima —continúo—. ¿Qué es lo que la tal *quién* dice haber visto?

—Bueno, no especifica nada, pero...

—Pues entonces es un poco difícil hablar de ello —la interrumpo—. ¿Verdad? Si la tal *quién* no me ha visto hacer nada malo.

—Por lo menos es lo que le ha parecido. Y Greta se ha quejado.

—¿Greta? —Suelto una carcajada para dejarle claro lo que pienso de ella—. ¿De qué *no* se queja Greta? Esa mujer opina que todo el mundo hace las cosas mal. Nunca está contenta. Eso lo sabrías si hubieses hecho un poco de trabajo de campo algún día.

Anna-Lena suspira. Como si le acabara de decir algo especialmente disparatado.

Las intrigas en el lugar de trabajo me aburren hasta la médula. Sobre todo los juicios de este tipo. Se confabulan en mi contra, se quejan de que cambio los turnos de trabajo, de que hago reducciones de jornada por mi cuenta y de que me voy a casa más temprano. Pueden inventarse cualquier cosa para hacer que me sienta mal. Pero no hay ninguna base para nada de eso.

No soy la persona más sociable y más fácil del equipo de personal, lo sé. No cabe ninguna duda de que es, precisamente, por eso. Aun así soy la que lleva más tiempo aquí. Ritva y yo pronto cumpliremos dieciséis años trabajando en esta empresa. No se las arreglarían sin mí. Las futuras promesas como Anna-Lena no suelen durar mucho. Para poder hacer este trabajo hace falta algo más que el deseo de ser jefa. Lo que ponga en el papel no tiene nada que ver con el trabajo diario. La teoría es una cosa, la práctica, otra. Algunas personas no tienen contacto con la realidad, eso está claro.

—Bueno, sólo quería comentarlo contigo —dice Anna-Lena, y hace una mueca engreída.

—No hay ningún problema en cómo hago mi trabajo.

—Por favor, Kerstin, ¿siempre tienes que ponerte a la defensiva? Tenemos que hablar de esto. Hay quejas sobre ti. Otra vez. Entiendo que hayas pasado una época difícil, después de lo de tu marido y eso. Pero no debe trascender a tu trabajo.

No lo entiende. No entiende nada. No tiene ni puta idea.

Sin decir una palabra me levanto y salgo del despacho. Anna-Lena sale tras de mí al pasillo y me llama. Hago como que no la oigo.

Decir que estoy a gusto aquí es, cuando menos, una exageración. Siempre hay jaleo, distintos puntos de vista sobre las rutinas y sobre cómo deben hacerse las tareas. Cosas simples se complican y acaban suponiendo el doble de trabajo. Normalmente soy yo quien acaba resolviendo el entuerto. Y estos jóvenes que

consiguen trabajar por horas, ¿no debería ser una exigencia básica que tengan algún tipo de moral laboral, como mínimo? Pasan olímpicamente de los mayores y se limitan a hacer estrictamente lo que les toca. Ponen pegas y cambian los turnos o se cogen la baja en el último momento, siempre los viernes por la noche y los lunes por la mañana. Cuando puedo, hago las suplencias que sean necesarias. Aun así, siempre acabo de mierda hasta el cuello. El desagrado es el sueldo del mundo.

Empezar de cero en un sitio nuevo es tentador. Pero dentro de poco cumpliré cincuenta. Soy demasiado vieja, ya nadie me quiere, el mercado laboral está cerrado. Me concentro en mis rutinas aquí en la residencia Hällsjöhemmet, por muy rancias que sean las compañeras de trabajo y a pesar de que la directiva no sepa lo que está haciendo.

Me meto en la sala de personal.

—Pronto a casa, por fin —dice Ritva con su fuerte acento finlandés.

—Sí —respondo—. Por fin.

—El viejo y yo vamos a ir a Ikea. ¿Has ido alguna vez?

—No, no he ido. No necesito más muebles de los que ya tengo.

—El viejo está contento de que hayan abierto uno aquí en Borlänge —dice Ritva, y se ríe—. Así no tiene que bajar a Gävle cada vez.

—Hola —dice Cecilia, y entra dando un brinco en el *office*.

Aparto la cara. No la trago. ¿Cuántos años tendrá? ¿Veintitrés? ¿Veinticuatro? Una pequeña estudiante de Enfermería que cree tener un conocimiento infinito. Me alegro de que no trabaje con nosotros cada día. Siempre se muere de ganas de contar cómo está todo, cómo tiene que ser. Jóvenes sabihondos, ¿acaso hay algo más molesto? Niños que se crecen sólo porque los han contratado.

Justo después aparece Hattie, una mujer de unos cuarenta que viene de Irán, me parece. Habla poco pero es simpática y discreta, humilde, de alguna manera. No es descarada ni tiene necesidad de llamar la atención, como les pasa a algunas aquí.

—¿Quieres café, Kerstin? —Ritva me ofrece una taza.

Me acomodo en la silla más cercana y echo tres terrones de azúcar. Hoy me lo merezco.

Ritva le sirve otro a Hattie, quien coge la taza y sonrío agradecida.

—Para mí no, gracias —dice Cecilia, aunque nadie le haya preguntado si quiere algo—. No entiendo cómo podéis beber tanto café cada día. —Se prepara una infusión con un ritual altivo y prolijo—. Con este trabajo acabas bien jodida. ¿Cómo aguantáis dejándoos la espalda un año tras otro?

—Qué suerte que tú no tienes que hacerlo —dice Ritva, y se sienta a mi

lado—. Tú siempre has trabajado en sanidad, ¿verdad, Kerstin?

—Más o menos —respondo—. Pero, desde luego, toca currar.

—Hay demasiado que hacer —comenta Cecilia, y sube los pies a la silla que tiene al lado—. Y muy poco tiempo.

—Tiene que hacer con calma —dice Hattie. Le sonrío alentadora. Cada vez habla mejor el sueco. Ojalá todas las personas fueran tan ambiciosas y determinadas.

—Alguien debe hacer el trabajo —dice Ritva y parece mustia. Es una mujer desabrida que no le ríe las gracias a nadie. Hace lo que le toca y se va a casa. Sin complicaciones. Igual que yo.

»¿Cómo le va a Isabelle, sigue a gusto en Estocolmo? —pregunta.

—Eso parece. —No quiero contar lo preocupada que estoy por mi hija. Dentro de unos minutos le haré el *briefing* al personal del turno de noche, me cambiaré y me iré a casa. Para estar en silencio. Aun así, continúo—: Pero sería mejor si volviera a casa.

—¿Por qué? —dice Ritva—. ¿Para quién sería mejor?

Doy un respingo ante la pregunta tan directa. Pero Ritva es así con todos, ya lo sé. Me trago la rabia.

—Creo que sería mejor para ella. Desde que Hans murió lo ha pasado mal. Ha empezado a ir a terapia.

—Lo dices como si hubiera algo malo en ello —apunta Cecilia.

—No he dicho eso.

—Si lo está pasando mal es bueno que hable con alguien, ¿no?

—Puede ser —respondo—. Pero puede hablar conmigo. No sé si creo en eso de compartir cosas privadas con gente desconocida.

La cucharilla gira sin parar dentro de la taza, rozando la cerámica. Se me calienta la cara cuando me miran. No debería haber dicho nada.

—Conozco a mi hija —continúo—. En este momento es especialmente vulnerable.

—No te preocupes —dice Ritva—. Isabelle es una buena chica.

—Yo creo que es necesario hablar con alguien de fuera a veces —dice Cecilia—. Todo el mundo debería hacer terapia alguna vez, de eso estoy segura.

«Es evidente que piensas eso. Y si tú opinas algo, automáticamente es lo correcto, ¿a que sí? Tienes la mitad de años que yo pero aun así sabes lo que hace falta. Pero no tienes ni idea de cuánto echo de menos a mi niña, ni de lo preocupada que estoy.»

—Claro que la apoyo —respondo al cabo de un rato—. Si es lo que ella quiere, haré lo que esté en mis manos para ayudarla.

Estoy completamente desalentada. ¿Qué saben ellas de nada? ¿Acaso pasan

las noches en vela, intranquilas y preocupadas por su familia? ¿Sabes qué se siente cuando ves a tu hija única convertirse en una desconocida? Isabelle se distancia más de mí cada día que pasa. No lo entienden, no pueden imaginarse lo que es. No vale la pena intentar explicarlo. Me acabo el café y salgo para hacer el cambio de turno.

Mi viejo Nissan arranca al primer intento, ¡menuda sorpresa! Antes de salir del aparcamiento seco el vaho del parabrisas con la manga. Sigo la calle Hemgatan hasta incorporarme a la calle Faluvägen. Detrás de mí viene un coche que pita y me hace luces. Un chico joven me adelanta y me levanta el dedo. Sí, sí, debería haber parado en el cruce. Ahora mismo es demasiado. La cabeza me da vueltas con tantos pensamientos y preocupaciones. No soy la de siempre.

Subo la rampa de acceso de delante de la casa. Me quedo sentada en el coche pensando. Ha sido un gusto salir del trabajo, pero no anhelo meterme en el vacío. Si tan sólo Isabelle quisiera volver a casa... Así nos tendríamos la una a la otra. Como antes. Todo sería como antes.

Para mi gran sorpresa, me llamó ayer y me habló de la terapia. Hasta ahora el tema había sido tabú. Se había negado a contarme nada. Incluso llegó a ser tan descarada como para decirme que no era de mi incumbencia. Estaba hecha una furia. Le va de perlas, le está sacando muchísimo jugo. Pero cuando le pregunté como qué, no me quiso contestar. Pero todos los del grupo están de mi lado, por así decirlo, ¿lo entiendes, mamá?

No, no lo entiendo. Lo cierto es que no entiendo nada.

En mi mundo las cosas las resuelve uno mismo, así de simple. Yo quiero que Isabelle hable conmigo, no con absolutos desconocidos en una terapia de grupo. A saber quiénes son, lo que llevan en la mochila, los consejos que dan. Yo quiero que lo resolvamos todo, que las dos tengamos la oportunidad de hablar debidamente. Pero no me queda más remedio que dejarla probar eso primero. Esperaré y veré. Con el tiempo todo se resolverá, me ocuparé de ello.

Mi bolso está en el asiento de atrás y casi se me desencaja el cuerpo cuando me vuelvo para cogerlo. Me he quedado tiesa. De camino a la casa hago una pausa y estiro la espalda. Me he olvidado del correo. Doy media vuelta y voy por él.

El buzón junto a la valla de entrada lo compré en una subasta poco después de mudarnos aquí. Es de madera, hecho a mano, con la forma de una casa y pintado de amarillo, con trabajos de carpintería y valla y pequeños detalles preciosos. Tenía que comprarlo.

Pero Isabelle se lo llevó por delante con la bici, cayó al suelo y la valla se

partió. ¿Qué tendría, siete años? Me puse triste y quizá me enfadé un poco. Isabelle también se puso triste. Hans lo arregló como buenamente pudo y lo volvió a poner en su sitio. Sigue siendo bonito, aunque no es igual que antes.

Hablé con Isabelle, le enseñé que se puede estar triste y decepcionada, que no es tan malo. Se hacen las paces. Le puse unas tiritas en las heridas de las rodillas y le enseñé que la vida continúa. Le enseñé que seguimos unidas pase lo que pase.

La puerta de la casa vecina se abre. Gunilla sale y se queda de pie en la escalera. No tengo ningunas ganas de exponerme a su cháchara de afecto. Subo por el caminito de casa sin mirar en su dirección. Ella me llama, pero hago caso omiso. Me lío con las llaves, abro la cerradura, tiro de la puerta y entro. Cierro y echo el cerrojo. Después me dejo caer al suelo del recibidor.

El sudor me corre por la espalda, el corazón me palpita y me siento mareada. No sé qué es lo que está mal. Pero supongo que se debe al estrés. Todas las decepciones. Toda la preocupación, la intranquilidad. La tristeza por Hans.

Lo echo de menos. Lo echo de menos y al mismo tiempo me siento aliviada. Libre.

¿Está permitido sentir eso?

La vida es peculiar. ¿Puede llegar a volverte loca?

Me quedo aquí sentada un rato. Después saco el móvil y llamo a Isabelle. Ella también me echa de menos, seguro que sí.

STELLA

Milo y Hampus, el hijo de Pernilla, van en el asiento de atrás con la cabeza pegada mirando los móviles.

—Me cuesta creer que os conozcáis de toda la vida. —Por el retrovisor veo que se miran—. Sois tan bonitos...

—Mamá —exclama Milo.

Hampus se ríe.

—Tú y mi madre sois igual de embarazosas —dice.

—Embarazosas, ¿será posible? —digo, y aparco delante del pabellón de Konradsbergshallen, enfrente del rascacielos del periódico *Dagens Nyheter*—. Le dejaré tu bolsa a Pernilla, Milo.

—Gracias, mamá.

Ya están saliendo por la puerta cuando le grito adiós a Milo. Él se limita a alzar la mano mientras se aleja arrastrando un poco los pies. De nuevo me llama la atención lo mucho que se parece a Henrik. Largo y flaco y con el mismo encanto infantil.

Miro cómo se alejan con sus bolsas de entreno y las pelotas de básquet. Cuando cruzan la entrada de cristal arranco el coche y regreso al piso de Pernilla, en Kungsholms Strand.

Pernilla y yo nos criamos en la misma manzana, fuimos a la misma escuela desde primero hasta noveno. Es como una hermana para mí y la siento más cercana que a Helena. Tuvo a Hampus el mismo año que nació Milo, y los chicos suelen verse a menudo fuera del básquet.

Ella fue una de las pocas que siguieron llamándome cuando tuve a Alice. A otras amigas las perdí, iban al instituto, salían de fiesta y vivían la vida. Cuando Alice desapareció, Pernilla fue la única con la que mantuve el contacto. O más bien fue ella quien mantuvo el contacto conmigo.

Nadie vio lo mal que lo estaba pasando. Ni mi madre ni, definitivamente, Helena. Sólo Pernilla.

Me obsesioné. Hice de todo para apartar la culpa, para olvidar la pena. Estar

en marcha todo el tiempo. Bebía. Me escondí bajo un manto de fiestas, alcohol y drogas. Me acostaba con chicos y hombres que no conocía de nada. Después no recordaba a ninguno de ellos, ni cómo se llamaban ni la cara que tenían. Desde fuera podía parecer que estaba recuperando mi adolescencia perdida. La realidad era otra. Iba derecha a un colapso total.

Tengo muchas ganas de pasar una tarde con Pernilla. Poder hablar con ella, explicarle todo lo que ha ocurrido. Encuentro una plaza de aparcamiento en la calle Igeldammsgatan y bajo a pie hasta Kungsholms Strand.

—¿Quieres una copa de vino o tienes que conducir? —pregunta Pernilla cuando me siento en el sofá.

—Descorcha, ya vendré a buscar el coche mañana —digo—. Muchas gracias por dejar que Milo se quede a dormir.

—Deja, si para nosotros es una alegría.

Miro por el gran ventanal, oteo el canal y contemplo el castillo de Karlberg. Pernilla pone música, me sirve vino. Hojeo las revistas de la mesita de centro.

—*Salud & Fitness, enForma, Sentirse bien, Fitness magazine* —leo—. Te tomas tu nuevo hobby muy en serio.

—No te hagas la graciosa —dice Pernilla. Se sienta en el sofá a mi lado—. No es un hobby. Es un estilo de vida.

—Y ¿ese estilo de vida incluye vino un jueves por la tarde?

—Creo en el equilibrio. —Pernilla alza la copa a modo de brindis—. Nunca es demasiado tarde, Stella. Ahora estás delgada, pero incluso tú te puedes volver fofa. *Fit over forty*, mira el *hashtag* en Insta.

—No tengo Instagram —contesto yo.

—Eres un dinosaurio —responde—. Que se llenará de arrugas y lorzcas como no empiece a moverse. Vente un día a meterle caña al cuerpo en el gimnasio, es genial.

—Sí que me muevo. A veces juego al tenis.

Pernilla resopla.

—Puedo ofrecerte una horda de entrenadores personales atléticos y varoniles para alegrarte la vista. No los encontrarás en ninguna cancha.

Me río. Ésa es mi Pernilla. Me alegro de haber venido.

—Hacía demasiado tiempo que no hacíamos esto —digo y recojo los pies y me siento encima de ellos.

—¿Beber hasta perder el norte un día entre semana?

—¿Ése es el plan?

—Soy flexible —dice Pernilla, y me ofrece una fuente con queso y galletas saladas.

—Vi a mi madre este fin de semana.

—Y ¿qué tal?

—Bien.

Cojo una galleta y la pruebo. El móvil de Pernilla suelta un tintineo, lo coge, lee algo y se retira.

Hago acopio de fuerzas y le pregunto:

—¿Sigues teniendo contacto con Maria?

—¿Maria Sundkvist?

—¿O Daniel? ¿Sabes algo de él? —Intento hacer que suene como una pregunta de lo más inocente.

—No mucho estos últimos años. Somos amigos en Facebook. Maria vive en Arvidsjaur, Daniel en Bro. —Me mira de reojo—. ¿Por...? ¿Por qué lo quieres saber?

Me encojo de hombros.

—Vi a alguien que se parecía a Maria.

Pernilla parece conformarse. Vuelve a clavar los ojos en el móvil, sonrío ante lo que ve.

—He pensado mucho en Alice últimamente —digo.

Pernilla frunce la frente y por fin levanta la mirada.

—Por eso lo preguntas. ¿Por qué has pensado en ella?

—¿Por qué? —respondo—. ¿Qué pregunta es ésa?

—Perdón, Stella, no lo decía en ese sentido. —Se acerca un poco en el sofá y me pasa un brazo por encima.

—Cuando he visto a Milo y a Hampus juntos hoy me he preguntado cómo habría sido ella. Qué aspecto tendría.

—Pero, oye, no pienses eso. No te lleva a ninguna parte darle más vueltas a eso.

—¿Y si estuviera viva?

Pernilla me coge la mano y me mira a los ojos.

—No puedes andarte con ésas. ¿Recuerdas lo mal que te pusiste la última vez? Suéltalo, Stella. Tienes a Henrik y a Milo. Alice no está.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y si yo sé que está viva y que...?

—Stella. Para. Estuve en su entierro. —Pernilla sacude impaciente la cabeza. El móvil vuelve a sonar y no puede evitar mirarlo—. A lo mejor empiezas a estar un poco estresada. Has tenido algunos problemas en el trabajo últimamente, ¿verdad?

Pienso en la necrológica. En el hombre amenazante del chubasquero en mitad de la calle que me miraba por la ventana. Quiero hablar con ella de todo eso. Pero Pernilla no me escucha.

—Vale, olvidémoslo —digo yo, y le doy un trago largo al vino.

—¿Va todo bien con Henrik?

—No va por ahí la cosa.

—Creo que necesitáis un fin de semana bien caliente los dos solos —opina Pernilla, y me guiña un ojo—. Envíame a Milo. Idos por ahí y disfrutad de vuestro nidito de amor.

No merece la pena. Pensaba que podría hablar con ella, que Pernilla lo entendería.

—¿Quién es el que tiene tantas ganas de conversar contigo? —Señalo el móvil con la barbilla.

Pernilla sonrío.

—Mi entrenador personal. Me alegro de que fuerais tan amables con él cuando os conocisteis.

Es tan fácil cambiar de tema de conversación... Por lo visto, sólo vamos a hablar de chorradas el resto de la tarde. De repente me arrepiento de haber venido.

—Sí, era majo —digo—. A Henrik le cayó bien.

—¿Verdad que sí? —Pernilla parece aliviada—. A Hampus también le gusta. Sé que es un poco joven, pero es muy bueno. Es divertido. Me hace sentirme especial.

Pernilla se enfrasca en un largo monólogo. «Sebastian es increíble, maravilloso, más maduro que ninguno de los hombres con los que ha quedado hasta ahora, tiene encanto y es atento y amable y es bueno en la cama, tiene aguante, está entrenado, es joven y fuerte y superguapo, y ella nunca ha sentido nada igual.»

La dejo charlar. Bebo vino y me siento desgraciada.

He intentado hablar con mi madre, lo he intentado con Pernilla. Ninguna de las dos muestra la más mínima comprensión. Las dos piensan que debería olvidar el pasado y mirar hacia delante.

Pienso en Daniel. Lo echo de menos, siento que lo añoro. Quiero verlo, necesito oír lo que tiene que decir. Pero tampoco estoy segura de que él me vaya a escuchar. No después de lo que pasó la última vez.

Pernilla me da un largo abrazo cuando me despido y me dice que le encantaría quedar pronto otra vez. Si me apetece hablar. No le comento que era por eso por lo que venía esta tarde. Está totalmente absorbida por su nuevo novio.

Propone llamar a un taxi, pero yo le digo que prefiero dar un paseo hasta el metro para que me dé un poco el aire. Nos volvemos a abrazar y me voy.

Fuera hace frío, me abrocho el abrigo mientras subo por la calle

Igeldammsgatan. No son ni las ocho y media, pero la calle está desierta. En la Fleminggatan tampoco hay demasiada vida ni movimiento. Pocas veces tengo miedo, aun así acelero el paso. Me gustaría no haber bebido tanto y haber podido coger el coche.

Giro a la derecha por Sankt Eriksgatan, bajo la escalera del metro. Pego la tarjeta de transporte, la SL, al lector de la barrera, continúo hacia la escalera mecánica. Mis pasos repican ruidosos en el pasillo desolado. ¿Me está siguiendo alguien otra vez? ¿O me lo estoy imaginando? He tenido esta sensación desde que he salido de casa de Pernilla. Como si alguien me observara. Como si me estuviera vigilando. Siguiendo.

Camino aún más deprisa.

El hombre que vi por la ventana. De pie bajo la lluvia observándome fijamente. Me viene la imagen del chubasquero deforme. La capucha tapándole la cara.

Me detengo y me vuelvo para mirar atrás.

No hay nadie.

La escalera mecánica es demasiado lenta. La bajo corriendo con la vista clavada en los escalones. Cuando llego abajo paro y miro de nuevo a todos lados. Después sigo caminando y choco con alguien que me coge de los brazos. Suelto un grito y doy un paso atrás.

—Vaya con cuidado, señora. —Un vigilante rapado y forzudo. La sonrisa que esboza es amable.

—Perdona —digo—. No te había visto.

El chico me desea buenas tardes y continúa su camino hacia arriba.

Estoy en tensión todo el trayecto. El autobús tarda una eternidad en llegar a Alvik. Me planteo pedir un taxi, a pesar de todo, o llamar a Henrik para pedirle que me venga a recoger, pero me siento estúpida. No quiero ceder ante el miedo. Al final llega el autobús y me monto.

Cuando bajo en mi parada ya se ha hecho de noche. Las farolas están estropeadas y empiezo a correr. Voy lanzando miradas hacia atrás, pero no veo a nadie. Subo corriendo el acceso a nuestra casa. Sin aliento y temblorosa, saco la llave del bolso de un tirón y después de varios intentos consigo meterla en la cerradura. Abro, oigo un ruido a mi espalda y pego un salto. El viento ha partido una rama del árbol junto a la verja. Ha caído y yace entre los dos postes. Abro la puerta de un bandazo y me lanzo dentro de casa. Cierro y echo el cerrojo.

La casa está a oscuras. Henrik aún no ha llegado. Le mando un SMS preguntándole cuánto tardará. No me contesta. Quiero hablar con él de Alice. Quiero hablar del hombre del chubasquero.

Me dejo caer al suelo del recibidor. Los latidos del corazón me atraviesan

todo el cuerpo, me cuesta respirar y mi campo de visión se ha encogido hasta volverse un mero círculo de luz borrosa.

Me tumbo de lado y recojo las piernas. Me abrazo las rodillas.

Inspiro. Espiro.

El ataque ha remitido.

Me levanto del suelo y camino hasta el salón. Corro las cortinas. Voy al cuarto de Milo y cojo un palo de golf. Pongo la tele, hago *zapping* hasta dar con una serie de humor de lo más tonta y subo el volumen. Me tumbo en el sofá con el móvil en una mano y el palo de golf en la otra.

ISABELLE

Es viernes y estamos sentados en la cafetería que hay delante de la biblioteca en el Instituto Real de Tecnología. Johanna, Susie, Maryam y yo estamos trabajando en un ejercicio de mecánica. He empezado a quedarme otra vez después de clase para estudiar con ellas. A veces merendamos, hay días que bajamos al centro cuando hemos terminado. Se me hace más fácil cada vez que me quedo. Es agradable formar parte de un grupo, no estar fuera.

Sobreviví los años de primaria y de instituto a base de centrarme en los estudios. Nunca hice amigas íntimas. Siempre deseaba salir de Borlänge. Deseaba empezar de cero, poder ser la chica que quería ser.

Un tutor de estudios y oficios me motivó para que fuera a la universidad, dado que mis notas eran buenas. Mi padre opinaba que debía aprovechar la oportunidad, él me entendía y sabía que yo necesitaba poder arreglármelas por mi cuenta. Mi madre no lo entendía en absoluto. Sigue sin hacerlo. Me pregunto por qué, si ella misma estuvo mudándose de un sitio para otro cuando era joven. Pero cuando se trata de mí, todo le preocupa. Quiere saberlo todo, quiere protegerme de todo. Da largos discursos de advertencia sobre lo terrible que es este mundo, lo peligrosas que pueden llegar a ser las personas. Que no puedes confiar en nadie. Es un auténtico coñazo. Sus sermones me han envenenado.

Si papá hubiese muerto antes de que yo me hubiese mudado, jamás habría logrado salir de casa. Lo sé. Habría vivido en una rueda de hámster, habría trabajado en un súper ICA Maxi o en sanidad, como mi madre. Casi no habría tenido amigas, no habría tenido vida. Como mi madre.

Mi experiencia vital no tiene nada que ver con la del resto de las personas de mi edad. Vengo de otro planeta. Un planeta propio y desolado.

Si hablan de música no me entero de nada. A mi madre no le gusta «esa música popular». Le da dolor de cabeza. Vacaciones en Francia, Tailandia, Grecia, Estados Unidos. Nosotros vamos a casa de los parientes de papá en la provincia de Norrland. Modas, menuda broma. La mayor parte de mi ropa viene de tiendas de segunda mano en Borlänge. Usada, aburrida, sin forma. Siempre he

tenido que escuchar que no merece la pena comprar cosas nuevas, que son demasiado caras. Y lo peor es que a veces me siento como mi madre. Igual de prejuiciosa, igual de mezquina, la misma falta de experiencia e igual de envidiosa. No quiero ser nunca como ella. Nunca.

Me alegro de haberme marchado. Aun así hay veces en las que echo de menos Dalarna. Y más que nada echo en falta los momentos con la abuela.

Mi abuela Aina es tal y como debe ser una abuela. Pelo blanco y rechoncha y la persona más buena que existe. Sigue viviendo en la casa junto a las vías en Kyna. Es roja, con esquinas blancas y la puerta pintada de azul claro.

El jardín es más grande que el nuestro, más abierto y sugerente. Los arriates están bien cuidados y repletos de peonías blancas y rosadas, distintos tipos de rosal y alguna que otra azucena. Aunque ahora mismo la mayor parte ya se ha marchitado. Hay un manzano retorcido en el centro del jardín, cuyas ramas en esta época se arquean por el peso de toda la fruta que da. Al fondo del jardín hay una caseta para jugar, a su lado solíamos montar una cama elástica. Me pasaba horas saltando en ella y saludando a los trenes que pasaban por allí.

De pequeña iba mucho a casa de mi abuela. A veces me iba a buscar después de la ludoteca, y cada verano me quedaba algunas semanas en su casa. Hacíamos bollos y jugábamos a juegos, hacíamos manualidades y salíamos al jardín, cogíamos manzanas y frambuesas y preparábamos mermelada, encontrábamos montones de arándanos en el bosque. Yo iba a la granja vecina y jugaba con los niños de allí. Tenían gatos, gallinas y un caballo. Me gustaba estar en el establo y me encantaba acariciarle el cuello tan suave que tenía, sentir el soplido caliente de su respiración. Y cada día bajábamos al lago a bañarnos.

Cuando pienso en la abuela me duele. Sin ella no sé cómo habría sobrevivido. No quiero perder el contacto con ella. Pero ahora llevamos un tiempo sin hablar y tengo remordimientos.

—Tienes una expresión en la cara fascinante, Isabelle —dice Susie, e interrumpe mis cavilaciones—. Alegre, reflexiva, espantada, triste. ¿En qué estás pensando?

—En todo un poco.

—¿De verdad no habías estado nunca en Estocolmo hasta que te viniste a vivir aquí?

—Nunca. Casi siempre hemos ido a Norrland. He estado en Gotemburgo y Malmö algunas veces. Aquí mi madre se estresa mucho.

—Pero habrás ido al parque de atracciones de Gröna Lund con la escuela, ¿no? Todo el mundo va en algún momento.

—Me rompí el brazo y me pasé el día en el hospital.

Recuerdo cómo rogué y pedí que me dejaran ir y que mi madre se negó. Era

demasiado peligroso, demasiado inseguro. ¿Cómo un puñado de adultos iba a poder responsabilizarse de un grupo de niños tan grande? Nunca los perdonaría si me pasaba algo. Pero mi tutor habló con ella y al final cedió. Desgraciadamente, me hice daño el día antes.

—¿Cómo es eso de ir de terapia? —pregunta Maryam.

—A terapia —la corrige Johanna.

—¿También hay locos, de esos a los que se les cae la baba y que tienen espasmos? —quiere saber Susie.

Me pongo de mal humor. Me arrepiento de haberles contado que voy cada miércoles después de comer.

—Es gente normal —dice Johanna, que siempre me defiende—. A lo mejor deberías probarlo, Susie. Pareces necesitarlo.

—Yo sí que voy a necesitar terapia después de este curso tan asqueroso. — Maryam deja caer la cabeza en la mesa con un golpe—. Mecánica. ¿Quién se la inventó y pensó que era útil?

Todas se ríen con su comentario y yo me vuelvo a sentir más aliviada. Juro que el verano que viene iré a Gröna Lund. Haré todo lo que no me han dejado hacer hasta ahora. Voy a vivir mi propia vida.

Es lo que papá habría querido.

Y voy a hablar con Stella. Voy a decirle todo lo que no me atreví a decir la última vez. Quiero deshacerme del odio que llevo dentro.

STELLA

Me duele la cabeza, un asomo de resaca. No son más que las diez y media, pero tengo la sensación de llevar mucho más tiempo en el trabajo. Estoy sentada a mi mesa con el portátil abierto y debería dedicarme a los informes. No logro formular ni una sola frase con sentido. Lo único que tengo en la mente es que debería conseguir más información sobre Isabelle.

Abro su expediente, leo las anotaciones que he escrito hasta el momento. Leo la remisión.

La remisión.

Saco el móvil y llamo al ambulatorio de Vällingby. Le dejo un mensaje a la doctora Siv Rosén diciendo que es urgente, que por favor me telefonee en cuanto pueda. Mientras espero su llamada deambulo de aquí para allá por el despacho. Me planto junto a la ventana y miro a la calle. Cambio cosas de sitio en el escritorio. Cuando empieza a sonar el teléfono descuelgo antes de que termine el primer tono.

—Hola, Stella, ¿qué te preocupa? —quiere saber Siv Rosén.

—Hace poco me derivaste a una paciente —digo—. Isabelle Karlsson.

—Ah, sí.

—¿Cómo es que me la mandaste precisamente a mí?

Siv Rosén guarda silencio un momento antes de preguntar:

—¿Hay algún problema?

—No, qué va, sólo quería saber si tienes más datos sobre ella.

—¿Más datos? Lo que sé es lo que pone en la remisión; te llegó, ¿no?

—¿Hace mucho que es paciente tuya?

—Sólo la he visto una vez.

—¿Conoces su situación familiar?

—Lo que sé es lo que escribí. —Siv Rosén suena molesta—. Su padre falleció en mayo, está desanimada, tiene algunas dificultades sociales. Tú eres una terapeuta buena y valorada. Por eso te la mandé.

—Entonces ¿no mencionó mi nombre? ¿Ni me pidió específicamente a mí?

—En absoluto. Pareces nerviosa, ¿qué ocurre?

—Nada.

—¿Estás segura?

—Nada, de verdad —respondo—. Sólo quería hablarlo contigo. Gracias por tu tiempo.

Cuelgo. Apoyo la cabeza en las manos.

Isabelle no me ha buscado. No sabe quién soy.

22 DE JULIO DE 1996

Tengo que buscarla. Sigue en la cabaña. La oigo llorar. Oigo su voz cuando me llama gritando.

Me zambullo en el agua. Nado hacia abajo, y más abajo. Busco por todas partes, pero no está ahí. Sólo oscuridad.

Si me rindo y me quedo en las profundidades, ¿te encontraré entonces?

Hoy cumples tres años.

Han transcurrido dos desde que desapareciste. Ayer te enterramos en el cementerio de Skogskyrkogården. Una «misa de despedida». Tu nombre en una piedra, con una paloma blanca. Pero tú no estás allí.

Todos quieren un final. Todos quieren seguir adelante.

Todos menos yo.

STELLA

El sol brilla cuando salgo a la calle Sankt Eriksgatan. Compro rollitos de primavera en el restaurante Mae Thai de la esquina en la plaza Fridhemsplan. Me los llevo en una bolsa y subo por la calle Drottningholmsvägen hasta Kronobergsparken. Desde el parque llegan chillidos alegres de los niños de preescolar, que llevan chalecos reflectantes de color amarillo y rosa. Una chica joven de una guardería de perros está paseando a nueve animales. El más pequeño es un chihuahua, y el más grande, un gran danés. La imagen es bastante cómica. Y extenuante.

Me quedo sin aliento al subir la cuesta hasta la cima del parque y me viene a la cabeza lo que Pernilla me dijo sobre el declive físico de la mediana edad.

Sigo mosqueada con ella. Si hay alguien que debería entenderme es ella. Pero estaba totalmente absorbida por lo suyo, por su joven y sexy gigoló.

Los bancos del final de la cuesta están libres, me siento en uno de ellos. En verdad hace demasiado frío como para estar fuera, pero también es agradable sentir el aire de otoño y ver un cielo despejado.

Llorar la pérdida de un hijo es algo muy solitario. La sensación de añoranza y derrota es imposible de compartir del todo con otra persona. ¿Y ahora? ¿Qué pasa con toda esa tristeza ahora que sé que Alice está viva? No entiendo por qué, pero también hay una pena en descubrir que ha vuelto. Debería estar dando saltos de alegría, gritos de júbilo. Pero lo único que siento es el peso de todo lo que hemos perdido. Todos los años que han pasado. Años robados.

Mi propia hija: no sabe nada de nosotros ni de nuestra historia. Lo ignora todo.

Me pregunto cómo acabó Alice en Dalarna. Desapareció de su cochecito en Strandgården, pero ¿luego? ¿Cómo llegó a Borlänge? ¿Y cuándo? ¿Estará sintiendo lo mismo que yo, que hay un vínculo entre nosotras? Y ¿qué sabe Kerstin y cómo consiguió que le asignaran los cuidados de mi hija? ¿Ella también es una víctima en todo esto, igual que yo?

¿Quién me robó a mi hija? ¿Es Isabelle realmente mi hija?

Existe la posibilidad de que me esté equivocando. Todas estas preguntas me vuelven loca, de eso soy consciente. Esta obsesión es señal de que hay algo que no va como debería. El ataque de pánico podría ser el comienzo de una caída más grave. Como cuando Milo era pequeño. A lo mejor es que no tengo conciencia de mí misma, simplemente.

Una mujer se acerca y se instala en el banco vecino.

—Disculpa —dice—. Espero no molestarte.

—Para nada —respondo, pero siento que estoy enfurruñada.

Saco mis rollitos de primavera y le doy un bocado a uno de ellos. Se me ha quitado el hambre, así que vuelvo a doblar la bolsa. Cuando hago un ademán de levantarme para irme, la mujer vuelve a disculparse.

—No quiero ser intrusiva —dice—. Pero ¿qué tal va todo?

Me vuelvo hacia ella con ganas de soltarle una respuesta ácida. La mujer me sonrío y me doy cuenta de que mi primera reacción ha sido desmesurada. Todo apunta a que la mujer está sola y que únicamente quiere charlar un poco. No hay ninguna razón para ser cortante.

—Pues bastante regular —respondo y hago un intento de reírme—. Confío en que se pase pronto.

Me había esperado que la mujer diría algo para animarme, tipo «ya se arreglará». O que se importunara, que se disculpara y se fuera. Pero permanece sentada y en silencio, mirándome. No me insta a animarme, no se muestra exageradamente entusiasta. Un encuentro cotidiano entre dos personas. Es bastante liberador.

—Ahora mismo mi vida es un poco caótica —digo y me falla la voz—. Todo el mundo se asusta, y les gustaría que yo hiciera como si nada hubiera pasado. ¿Cómo voy a hacer eso? —Las lágrimas brotan. Me siento como una estúpida. No tengo ningunas ganas de derrumbarme ante una persona a la que no he visto nunca.

La mujer se levanta del banco, se me acerca y se sienta a mi lado. Me da una palmadita torpe en la espalda.

—Pero, santo cielo, ¿qué ha pasado? —pregunta.

La voz de Pernilla era impaciente, la de mi madre estaba cargada de preocupación. Henrik se asustaría y se enfadaría. Esta mujer muestra compasión.

—Mi hija desapareció cuando tenía un año —le cuento—. Dijeron que debió de haberse ahogado, pero yo sabía que seguía viva. Y ahora la he vuelto a ver. Es más difícil de lo que me había imaginado. Más difícil que nada de lo que me haya podido pasar, excepto cuando desapareció.

—Lo entiendo —dice la mujer—. De verdad que lo entiendo.

—¿Por qué han pasado todos estos años, por qué ha tardado tanto tiempo en

volver?

Seguro que estoy siendo incoherente y que me muestro desconcertada. Pero la mujer sigue dándome palmaditas en la espalda.

Dejo de llorar.

—Mi madre y mi mejor amiga están preocupadas por mí. Se creen que me lo estoy imaginando.

—¿Por qué piensan eso? —pregunta y saca un paquetito de pañuelos de papel y me lo ofrece—. Entenderán que hablas en serio, ¿no?

Cojo un pañuelo y me seco los ojos y me sueno la nariz.

—Ya me equivoqué antes —respondo—. Una vez creí haberla visto. Me equivoqué. Caí en una profunda depresión. Me ingresaron, cogí la baja. Temen que me pueda volver a pasar.

—Pero ¿y tu marido? —Señala la alianza con la cabeza—. ¿Qué dice él?

—No se lo he contado —contesto—. No sé si tengo fuerzas para lidiar con ello ahora mismo. Que se pregunte si estoy enferma, si tiene que llevarme otra vez al psiquiatra.

La mujer me observa con atención y asiente en silencio.

—No sé qué hacer —digo—. Nunca me he sentido tan perdida.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Quiero llegar a conocerla. Pero ¿qué implicaría eso para mí? ¿Para mi familia? ¿Y para ella?

La mujer pasea la mirada por el parque.

—Sí, quién sabe... —dice.

—Discúlpame —digo yo—. Seguro que parezco una loca. Me llamo Stella. —Le tiendo la mano.

—Eva —responde ella, y me la coge entre sus manos—. La vida es corta. Sólo vivimos una vez, recuérdalo. ¿Cómo se llama tu hija?

—Alice.

—Un nombre bonito.

—No pensé que iba a ser tan difícil. Que fuera a hacer tanto daño.

—Piensa en lo que es más doloroso. O bien dejas que todo siga como hasta ahora y aprendes a vivir con ello. O bien haces lo que esté en tus manos para descubrir la verdad y dejas que todo el mundo piense lo que quiera de ti.

No sé cuánto tiempo nos quedamos sentadas una al lado de la otra compartiendo el silencio. Al cabo de un rato, Eva se levanta y me desea suerte. Yo la miro alejarse cuesta abajo hasta que sale del parque por el camino peatonal. Es ridículo, pero espero volver a cruzarme con ella algún día. Son contadas las personas que tienen paciencia para escuchar y que muestran auténtica empatía.

Cuando regreso a la consulta la vida me vuelve a parecer un tanto más liviana. No soy supersticiosa. Pero el encuentro en el parque me parece una buena señal.

ISABELLE

Hace un rato que he salido de casa. Me he pasado por Åhléns a mirar ropa y luego por el H&M del centro comercial Vällingby City. Ahora estoy en el andén esperando el metro. He salido muy pronto, pero no quiero llegar tarde como la primera vez.

Apenas acabo de empezar a ir a terapia, pero ya se me han despertado muchas preguntas y recuerdos. Siempre han estado ahí, creo, pero hasta ahora no me he atrevido a pensar qué significan. Lo cual es totalmente nuevo para mí. Tampoco estoy acostumbrada a decir lo que siento y luego mantenerme firme. Como la ocasión anterior, cuando me preguntaron cómo reaccioné a la forma en que mi madre me contó lo de mi padre. Jamás he estado tan enfadada con ella. El odio que sentí fue tan intenso que me asusté. Nunca le perdonaré la manera en que lo hizo. ¿Puedes odiar a tu propia madre? Es terrible sentir eso. Quise hablar sobre ello la última vez, pero no me atreví. Quería contarle ya la primera vez que vi a Stella, pero no fui capaz. Es como si tuviera un animal salvaje en mi interior. ¿Qué pasa si lo dejo salir? ¿Me devorará? ¿O es al revés, que me está consumiendo desde dentro?

Por lo menos he empezado a atreverme a mostrar una parte. Se me hace raro que nadie cuestione si tengo derecho a sentir o a decir lo que siento y digo. Nadie se lo toma mal, ni se pone triste ni se enfada. Nadie se toma lo que pienso o digo como algo personal. Más bien parecen estar de mi lado.

Suena el móvil. Lo cojo y veo que es mamá. Quiere saberlo todo sobre la terapia de grupo. Interrogarme sobre cualquier cosa. No debería haberla llamado la semana pasada contándole lo mucho que me gusta. Fue un error. Me guardo el teléfono en el bolsillo sin contestar.

En cuanto le expliqué que iba a empezar la terapia me arrepentí. Sabía que me vendría con preguntas. Sabía que se entrometería. Que querría saber todos los detalles y que empezaría a husmear. Con la mejor intención, claro. Ella siempre va a estar disponible. Ella siempre va a entender, aunque no lo haga en absoluto. Me asfixia. Aún no estoy preparada para hablar de ello. No con ella. A

veces me pregunto si jamás lo estaré. Mi madre es como una sanguijuela, un parásito que me chupa la vida.

Vuelven a llamar y vuelvo a sacar el móvil. Me lo quedo mirando hasta que deja de sonar. Me bajo en Fridhemsplan y me dirijo a la escalera mecánica.

Me llama otra vez.

Lo cojo.

—Hola, mamá.

—Hola, mi niña. ¿Vas de camino a la terapia?

—Ya sabes que sí —digo.

Durante toda mi vida he aprendido a reprimir sentimientos desagradables. Ahora es como si hubiese perdido toda la capacidad de fingir. Se percibe en mi tono de voz que estoy mosqueada.

—Tampoco hace falta que te enfades. Sólo pregunto.

Me controlo. Respiro hondo.

—¿Qué tal por casa?

—Hay mucho silencio. Como siempre, vaya, últimamente.

Ahora vienen los remordimientos. Papá está muerto. Mamá está sola. Yo soy una mala hija.

—A lo mejor podrías intentar quedar con alguien —digo yo—. ¿Hace tiempo que no vas a ver a la abuela?

—Tu abuela está muy ocupada —contesta mi madre—. Grupo de costura y no sé qué historias más.

—¿No hay nadie más a quien puedas llamar? No siempre has vivido en Dalarna.

Silencio. Un silencio que significa que estoy entrando en terreno prohibido. Lo reconozco perfectamente, pero aun así continúo.

—¿Dónde vivíamos cuando yo era pequeña? Nunca he sabido nada al respecto. Sólo que era en alguna parte de Dinamarca, antes de que tú te mudaras a Borlänge y conocieras a papá.

—A Hans, te refieres.

No puedo decir «papá». Eso también me lo quiere quitar.

—Entonces ¿quién fue mi padre verdadero? —digo—. ¿Piensas hablarme de él alguna vez?

Hacía tiempo que no me atrevía a cruzar el límite.

Mi madre se aclara la garganta.

—¿Cómo funciona eso de la terapia en grupo? —pregunta. Suena afable y bastante interesada. Pero yo sé que sólo quiere meter las narices. En el fondo está enfadada. Y no quiero responder. Es privado. Aun así, me siento obligada a correr un tupido velo. A intentar calmarla.

—Llegamos, nos sentamos en círculo. Luego quien quiera puede hablar de lo que desee. Y la terapeuta...

—¿Stella?

—Stella es buena. Plantea preguntas que me hacen pensar. Reflexionar. Me ayuda a trabajar cosas.

—¿Qué preguntas? ¿Sobre nosotros? ¿Sobre mí? —El tono de mi madre es frío—. ¿De verdad la terapeuta tiene que interrogarte de esa manera? Eres joven, estás de luto. ¿Qué sabe ella de nuestra vida? Sus preguntas hacen más daño que otra cosa. ¿No lo entiendes?

—No hace preguntas así. No lo comprendes.

Pero recuerdo las preguntas directas de Stella. Todos se retorcieron ante su mirada penetrante. A veces me hace sentir insegura. No sé por qué, pero me siento como si estuviera más interesada en mí que en ninguno de los demás.

—Y ¿tú qué cuentas? Y ¿qué es lo que tienes que trabajar?

Enfadada, burlona, arrogante. Mi madre es como siempre suele ser. Hurga en lo más hondo de mi persona y exige acceso total.

—Lo cierto es que eso sólo me incumbe a mí, mamá —replico—. Tengo que entrar.

—Pues perdón.

Y ahora, ahora el tono herido. Es una incomprendida, pero sólo tiene buenas intenciones.

—No todos los terapeutas son buenos, que lo sepas —señala—. Tienen mucha influencia. Creen estar en posesión de la verdad, pretenden explicarles a otras personas cómo es todo. Si eres vulnerable y sensible como lo eres tú, puedes acabar mal.

—Stella nunca ha afirmado saberlo todo —aseguro.

Mi madre suspira.

—Pero, querida mía, sólo me preocupo por ti. Vendrás pronto a casa, ¿verdad? Es terrible hablar así, por teléfono.

—No lo sé —digo—. Hay mucho trabajo en la uni antes de la época de exámenes.

—Pero ¿no tenías una semana libre antes de los exámenes?

—Sí, pero entonces hay que estudiar sin parar.

—Isabelle, es mejor que vengas a casa. Lo necesitas.

—No, mamá, eres *tú* la que lo necesita. Yo necesito estar tranquila.

Corto la llamada y apago el móvil.

Arvid: Hoy parece que estás de mal humor, Isabelle.

Yo: Hoy le he gritado a mi madre. No entiendo cómo he podido hacerlo.

Clara: Da la impresión de que te lo tomas muy a pecho. Pero tampoco es tan grave, ¿no?

Yo: Me parece peligroso. No lo he hecho desde que era pequeña.

«Oigo que Pierre resopla.»

Pierre: ¿Qué crees que va a pasar?

«Miro a la alfombra.»

Yo: No lo sé. No puedo comportarme así. Le hago daño. Todo se ha puesto peor ahora que mi padre ya no está.

Stella: La semana pasada dijiste que sería más lógico si hubiese sido ella la que te hubiera adoptado. ¿Qué querías decir con eso?

«Retuerzo un mechón de pelo entre los dedos. Una señal de que estoy nerviosa. Ha sido pesado tener un conflicto con mi madre y es aún más pesado hablar luego de ello.»

Yo: No sé si lo puedo explicar. Ella no es como otras madres. Le gustaría que fuésemos mejores amigas. Al mismo tiempo, siempre me toca escuchar que tengo que mostrar respeto, que ella es mi madre. Quiere que me sincere con ella, pero intenta sonsacarme las cosas antes de que yo esté preparada para contárselas. Quiere saberlo todo. Todo. Hasta el menor detalle que pasa por mi cabeza. Es enfermizo. Con ella nada es fácil. Es todo una lucha eterna.

Stella: ¿Siempre has vivido con ella, toda tu vida?

Yo: Sí, pero recuerdo muy pocas cosas de mi infancia. Y nunca he estado a gusto en la casa. Fue un auténtico alivio irme de allí. Aunque también fue espantoso.

Stella: Explícate.

Yo: Cuanto más anhela ella la proximidad, más exigente se vuelve. Se decepciona y se pone triste. Se enfada. He aprendido a ser de cierta manera para tenerla de buen humor. He aprendido a ser como ella quiere. A pensar como ella quiere. Cada vez que intento seguir mi camino me entran remordimientos. La he odiado, me he jurado no perdonarla nunca. He deseado que ella estuviera muerta. Hay días en que no pienso en nada más que eso. En cuánto la odio. Casi me entran ganas de matarla. Es enfermizo, lo sé. Tengo algún problema.

«Las lágrimas brotan de mis ojos, sollozo y respiro de forma entrecortada. Es agradable y embarazoso al mismo tiempo llorar delante de los demás. Me pregunto si habré hablado demasiado. Estoy exagerando. Sólo porque estoy enfadada. Haga lo que haga, siempre la cago.»

Stella: Pero ¿ella ha sido buena contigo? ¿Te ha consolado cuando has estado triste? ¿Te ha pegado?

«Ya vuelve a mostrar ese interés. Los demás parecen nerviosos. ¿Hay algo

que va mal?»

Yo: ¿Pegarme? Nunca se le pasaría por la cabeza. Consolar es lo que mejor se le da.

«Puede que esto haya ido demasiado lejos. He hablado demasiado.»

Yo: También tenemos buenos ratos. Y ella tampoco lo ha tenido fácil. De pequeña, ella pasaba épocas en las que estaba completamente sola conmigo. Mi padre se iba a trabajar fuera, y a menudo yo estaba enferma. Lo ha tenido bastante difícil.

«Tengo que aclararme la garganta. Es como si se me hubiera quedado algo en la garganta.»

Yo: Y casi muere cuando yo nací. Es Rh negativo y yo soy Rh positivo. Nuestras sangres se mezclaron y sufrió una septicemia. Así que supongo que es como ella me dice a veces, que está dispuesta a darlo todo por mí.

Clara: Pero es que no funciona así, no sufres septicemia por eso. Si se mezclan las sangres, quien puede ponerse enfermo es el bebé, no la madre.

Yo: ¿Estás segura?

Clara: Pues sí.

Yo: Qué raro. Me lo ha explicado por lo menos cien veces. Supongo que lo habré entendido mal.

«Se hace el silencio en la sala. Me siento tonta. Tengo la sensación de que hoy sólo he hablado yo. Y Stella.»

Yo: Muchas veces me he preguntado si ella estaría celosa de mi padre por alguna razón. Quizá fuera porque teníamos una relación natural. Más de lo que ella y yo hemos tenido nunca.

«Stella se inclina hacia delante, junta las manos con fuerza en las rodillas.»

Ella pregunta: ¿Siempre ha sido así?

«¿Siempre ha sido así? Eso creo. También hemos estado bien, desde luego que sí, pero... Más o menos siempre ha sido así. No sé a qué se debe, porque lo cierto es que lo he intentado fervientemente. ¿Verdad que he intentado ser una buena hija?»

Stella: ¿Alice?

Pierre: ¿Quién es Alice?

STELLA

Los ruidos de la calle no son más que un zumbido lejano. Corro las cortinas y me siento al escritorio. Los músculos de la espalda y la nuca están tensos, como si tuvieran una rampa, y no se relajan por mucho que me los masajee. Es como amasar una piedra. El dolor detrás de los ojos me provoca náuseas. Busco en el bolso las pastillas que me dio mi madre. Me trago una y cierro los ojos.

El vacío en su mirada cuando he dicho su nombre.

«Alice.» Su nombre real.

No significaba nada para ella. No sabe quién soy. Para ella puedo ser cualquier persona. Soy una extraña.

No me ha buscado. No ha venido expresamente. No ha pensado en mí. No ha esperado ni anhelado. Ninguna añoranza. No sabe que la he sentido crecer en mi barriga. Que es mi hija, a la que he llevado dentro durante nueve meses. A la que di a luz una larga noche entre los peores dolores que he podido tener nunca. No sabe que le he dado el pecho, que la he mirado a los ojos, que ha dormido en mi regazo. No existo para mi propia hija.

¿Qué ha dicho Eva en Kronobergsparken? Puedo dejarlo estar. Puedo seguir igual que antes. A lo mejor no debería volver a ver a Isabelle. A lo mejor debería soltarla.

«Jamás.»

Es imposible.

¿Cómo voy a seguir igual que antes cuando sé que Alice está viva? No hay nada que me pueda arrancar de su lado otra vez.

Tengo que continuar. Tengo que saber qué le pasó, quiero conocer a mi hija. Va a dejarlo todo patas arriba, ya lo ha hecho, pero estoy dispuesta a hacer cualquier cosa.

Sea lo que sea lo que elija, habrá graves consecuencias. Es inevitable.

¿Está Isabelle preparada para saber la verdad? Su padre no era su padre biológico, como ella creía. Y la madre a la que se refiere como tal tampoco lo es. Le voy a causar aún más problemas. Toda su vida se abrirá en canal.

Me he perdido su infancia. Todo su crecimiento. Y estoy lejos de estar segura de que lo haya pasado bien.

Alice se merece saber la verdad.

Tanto ella como yo nos lo merecemos.

¿Qué sabe Kerstin? ¿Cómo explica que haya vivido con mi hija?

El móvil vibra sobre la mesa. No reconozco el número. Lo cojo. Uno de los asistentes de Henrik me dice que mi marido recogerá a Milo hoy después del tenis, que no hace falta que lo haga yo. Le doy las gracias y cuelgo.

Milo. ¿Cómo se lo va a tomar él? ¿Cómo le voy a contar que su hermana está viva?

Llaman a la puerta. Renate asoma la cabeza.

—Stella, tu paciente te está esperando.

—¿Mi paciente?

—¿Estás bien?

Sonrío.

—Sí, todo bien.

—Kent está en la salita de espera. Tenía hora hace quince minutos, dice.

Me he olvidado de él por completo.

Me arreglo el pelo, cojo el abrigo y el bolso y salgo a recepción. Extiendo el brazo y saludo a Kent con un rápido estrechar de manos, le digo que tengo que anular la sesión de hoy. ¿No ha recibido mi mensaje? Qué mala suerte que no le llegara. Le pido que reserve una nueva hora con Renate.

Debería avergonzarme de la mentira. Aun así sólo siento alivio cuando salgo de la consulta.

STELLA

Aparco en la calle Engelbrektskatan. Después cojo el camino peatonal que cruza el parque de Humlegården hasta la Biblioteca Nacional. El suelo está cubierto de hojas amarillas y rojas de otoño. Las altísimas copas de los árboles se ven incandescentes. El edificio es hermoso, con sus grandes ventanas en dos hileras a lo largo de todo el edificio principal. Subo la escalinata hasta la entrada y accedo a un pequeño vestíbulo de mármol con columnas y dos grandes estatuas. Continúo hacia la derecha, meto mi abrigo en una taquilla junto a la cafetería, silencio el móvil y lo guardo en el bolso.

Vuelvo a recepción, saludo al joven que está ahí sentado antes de cruzar otra barrera. Bajo las cinco escaleras que están cubiertas por un edificio exterior de cristal. La sala de microlectura queda abajo del todo.

Detrás de un escritorio alto hay una mujer delgada y ligeramente encorvada de unos sesenta años. Las gafas le cuelgan de la punta de la nariz y parecen estar a punto de caerse. Cuando me acerco a ella, se las sube hasta el hueso de la nariz, pero vuelven a deslizarse hasta abajo.

Le pido ayuda para encontrar artículos de la provincia de Småland en el período de agosto a octubre de 1994. Me acompaña al fondo de la sala, donde hay grandes estanterías con periódicos suecos pasados a microfilm. La mujer dobla el cuello hacia abajo, mira a través de sus lentes y busca la estantería que queremos encontrar. Cuando da con ella, empieza a girar un gran volante que hay en el lateral de la estantería para desplazarla de lado. Los estantes se deslizan y un pasillo se abre entremedio.

Entramos y la mujer saca una caja de cartón con microfilms de un periódico de Småland de otoño de 1994. Me enseña cómo se monta la película en el lector y a pasar página.

Le doy las gracias por la ayuda y a continuación me pongo en marcha.

Los artículos que tienen que ver con la desaparición no son muchos. Fueron más frecuentes durante las primeras semanas y en todos pone más o menos lo mismo.

«Una niña de un año desapareció en Strandgården sin dejar rastro la tarde del 8 de agosto.

El cochecito se halló volcado cerca de la orilla.

La familia de Estocolmo estaba pasando el fin de semana.

La madre adolescente dejó sola a la niña.

El padre fue visto en Oskarshamn a esa hora.

La madre adolescente, interrogada por la policía.

La madre adolescente queda libre de sospechas.

La policía no tiene pistas, se ruega a la población local llamar en caso de tener más datos.»

Salieron teorías de que un animal podría haber volcado el cochecito. Quizá alguien había visto a la niña y se había ocupado de ella. O bien la criatura lo había volcado sola y se había alejado gateando. Especulaciones, todas más o menos increíbles. Excepto la de que alguien podría haber cogido a Alice para llevársela. A nadie le pareció verosímil cuando lo dije. Ni siquiera a Daniel. ¿Quién iba a llevarse a nuestra niña? Demasiado rebuscado, dijo la policía. No me había cruzado con nadie que hubiese mostrado un interés desmesurado. Comprobaron si alguno de los demás huéspedes aparecía en el registro de delincuentes por algo similar, pero no encontraron nada. Se organizó una batida, pero tampoco dio resultado.

Como no se hallaron huellas ni rastros de animales, y como tampoco salió nadie diciendo saber dónde estaba la niña, se concluyó que había gateado hasta el agua y que se había ahogado. A pocos metros de la orilla, el fondo del mar hacía una caída abrupta y la zona era conocida por sus fuertes corrientes. La policía rastreó el fondo a pesar de que las probabilidades de encontrar el cuerpo fueran muy pocas. Un trágico accidente. Los padres fueron interrogados. No había sospechas de delito.

Al cabo de unas semanas menguaron las publicaciones hasta terminar con una simple noticia breve: «La niña sigue desaparecida. No hay ninguna pista que haya permitido dar con el bebé de un año. Se cree que se ha ahogado y que se ha visto arrastrado por las corrientes».

El caso se cerró. La niña fue declarada muerta.

Pienso en cómo habría sido si hubiese sucedido hoy en día. Mi eventual culpa, mi negligencia, todo habría sido discutido y debatido en internet, en todos los foros imaginables. El mero hecho de que hubiésemos tenido hijos a una edad tan temprana se habría considerado una irresponsabilidad. Imágenes de la parte más desfavorable de mi ser habrían circulado por toda la red, la prensa habría despellejado nuestra vida privada y habría allanado el terreno para nuestra separación, unos meses más tarde. Todo el mundo se habría deleitado con

nuestra tragedia.

Avanzo en el tiempo. No encuentro nada. Luego, nada. Hasta que un titular capta mi atención.

«Nadie coge el traspaso de Strandgården, la actividad cesa con efecto inmediato.»

Es lo que me contó Elle-Marja. Roger Lundin, el gerente y dueño de Strandgården, falleció de forma repentina a consecuencia de la diabetes. Elle-Marja dijo que Strandgården había cerrado definitivamente en agosto de aquel año.

Voy a la estantería y busco otro diario local. Monto el microfilm y voy pasando páginas. Las mismas frases otra vez. Bebé de un año desaparecido. La joven madre interrogada, pero nunca declarada oficialmente sospechosa. Se cree que la niña se ha ahogado. Caso cerrado.

Veo una cara que me resulta familiar. El policía a cargo de la investigación. Sven Nilsson, se llamaba. Lo recuerdo como empático y comprensivo. El olor de la taza de café caliente que me ofreció, la manta que me pasó por los hombros. Su compañero más joven era más insensible. Encuentro su nombre más abajo en el artículo. Per Gunnarsson. Él pensaba que yo era culpable. Estaba convencido de que yo había matado a mi propia hija y que trataba de ocultarlo al declararla desaparecida. Él fue quien me hizo el primer interrogatorio en comisaría.

«Tenemos testigos que han visto a tu novio, Daniel, en Oskarshamn a la hora de la desaparición. Pero ¿qué estabas haciendo tú mientras tanto?

¿Por qué dejaste sola a tu bebé?

¿Por qué no estabas allí?

¿Cuánto rato estuviste ausente?

Si estabas cerca, ¿cómo es que no oíste nada?

¿Dónde estabas?

Eres muy joven. ¿Te gusta ser madre? Seguro que es bastante pesado. Un bebé que está todo el rato gritando. Seguro que a veces deseabas no tenerlo.

¿Has sufrido depresión posparto?

Puede que haya habido un accidente del que no te atreves a hablar.

Puedes hablar con nosotros. Lo entenderemos si ha pasado algo.

Al final, siempre se sabe la verdad. Es mejor para ti si cuentas las cosas tal como son. Explícanos lo que ha pasado.

¿Qué has hecho con tu niña?»

Duras miradas de recelo. No me declararon oficialmente sospechosa, pero *era* sospechosa. Sven Nilsson interrumpió el interrogatorio y me explicó que no tenían ningún motivo para retenerme. Había hablado con una mujer que reforzaba mi versión. Me había visto mecer a Alice hasta que se quedó dormida

en el cochecito debajo de los árboles. Poco después me había visto en la playa.

Saco mi portátil del bolso. Busco la comisaría de Oskarshamn. Sven Nilsson debe de estar jubilado desde hace años. No tengo ni idea de cómo se gestiona el trabajo policial y el archivado, pero los casos antiguos deben de estar en alguna parte, ¿no? Merece la pena intentarlo.

Salgo cruzando el vestíbulo y endezco la espalda. Llamo a la policía, me pasan con la comisaría de Oskarshamn. Pienso en lo que quiero decir y justo cuando estoy a punto de rendirme oigo que me responde una voz de mujer.

Las palabras me salen del tirón. Agosto de 1994, Strandgården, de visita el fin de semana desde Estocolmo, niña desaparecida, sólo tenía un año, la policía, caso antiguo, cerrado, por supuesto, Sven Nilsson, Per Gunnarsson...

—¿Per Gunnarsson? Se ha ido a casa.

Silencio en la línea.

—¿Hola? —digo yo, y me pregunto si me habrá colgado.

—Un momento, estás de suerte, aún está aquí. Te lo voy a pasar para que hables con él. Mantente a la espera.

—Hola, aquí Per Gunnarsson. —Su voz es más rasposa de lo que la recordaba. Pero aun así la reconozco.

—Me llamo Stella Widstrand. O bueno, por aquel entonces me llamaba Johansson. Tú estuviste en Strandgården en agosto de 1994. Cuando mi hija desapareció. Desapareció de su cochecito.

—¿1994? ¿Qué coño es esto?

Impaciente e irritable. Ya lo era entonces.

—En Strandgården. En Storvik, al norte de Oskarshamn. Fuiste con Sven Nilsson y luego...

—A ver, tranquilicémonos. Habla más despacio. Y a un volumen un poco más bajo, por favor.

Hago de tripas corazón y vuelvo a empezar.

—Tú y Sven Nilsson llevasteis el caso de la desaparición de mi hija. Sólo tenía un año. Tú me interrogaste a mí y al padre de la niña en comisaría.

—Vale, puede que tenga un vago recuerdo de eso —murmura Per Gunnarsson—. ¿De qué se trata?

—Me gustaría conseguir información del caso. Qué medidas se tomaron, con quién hablasteis, cosas así.

Un suspiro de cansancio.

—Cielo, han pasado, ¿qué?, ¿más de veinte años? Está cerrado desde hace tiempo. ¿Crees que no tenemos cosas más importantes que hacer que hurgar en

casos antiguos?

—¿Hay alguna otra persona con la que pueda hablar?

Otro suspiro.

—¿Crees que esto es un programa de radio donde puedes pedir tu canción favorita? Con lo que tenemos ya vamos de culo. No podemos dedicarnos también a estas historias.

No digo nada.

Per Gunnarsson tose.

—Sven Nilsson. Lleva muchos años retirado. La última vez que supe de él se había mudado a Norrköping. Sé que guardó parte del material. A menudo hablaba de una pista que nunca se llegó a investigar. No tengo ni idea de a qué se refería, era un tipo un poco especial, por así decirlo. Miramos debajo de cada piedra, como bien recordarás. No había ninguna pista que se pasara por alto. Si quieres saber mi opinión, era un caso imposible. Pero tú habla con él, es lo único que te puedo decir. Ahora tengo otras cosas que hacer.

Me cuelga.

En la pantalla del móvil veo que tengo nueve llamadas perdidas y diez mensajes de texto. Mensajes de enojo e irritación tanto de Henrik como de Milo preguntándome dónde me he metido. Lo cual me irrita a mí.

Le escribo a Henrik que estoy de camino a casa. Después apago el teléfono.

Empieza a caer la tarde. El aire es fresco y frío, y no me doy ninguna prisa en cruzar Humlegården.

STELLA

Henrik y Milo están sentados en el sofá comiendo palomitas. Están mirando un programa de Top Gear y se ríen a carcajadas con unas caravanas destrozadas.

Henrik se percata de que entro en el salón y me lanza una mirada fugaz. Veo que está enfadado conmigo. ¿Por qué? ¿Porque no estoy disponible al instante las veinticuatro horas del día?

—Hola, cariños míos —digo.

—Hola, mamá —dice Milo—. ¿Dónde has estado?

—Exacto, ¿dónde has estado? —repite Henrik.

—¿Me habéis echado de menos?

—Te he estado esperando durante horas después del entreno —suelta Milo.

—¿Qué? —digo yo.

—Sí, como no venías me he vuelto solo a casa.

—¿Has ido en metro tú solo?

—Tenía la tarjeta de SL en la cartera.

—¿Por qué no has ido tú a recogerlo? —le pregunto a Henrik.

Sueno mosqueada, pero en realidad estoy muerta de miedo. Pienso en todo lo que podría haber sucedido. Podría haberse hecho daño, haberse perdido, podrían haberlo atracado, secuestrado. ¿Por qué no ha ido Henrik a buscarlo?

Él arquea las cejas y nos quedamos mirándonos el uno al otro por encima de la cabeza de Milo.

—¿Por qué no has ido *tú*? —responde él.

—Porque hoy ibas tú a recoger a Milo.

—¿De dónde has sacado eso? Después del tenis siempre vas tú a recogerlo.

—Ya lo sé —digo—. Pero me has llamado para decírmelo.

—¿Cuándo te he llamado?

—Al mediodía, como a las dos y media pasadas.

—A esa hora estaba reunido.

—No eras tú. Era alguna secretaria que llamaba de tu parte diciendo que lo irías a recoger. Si no, evidentemente lo habría hecho yo.

—¿Qué secretaria? ¿Erica? ¿Por qué iba a llamarte?

—No sé cómo se llama. Pero me habrá llamado porque tú se lo has pedido, ¿no?

—No le he pedido a nadie que te llame para dejarte ningún recado. Pero ha ido bien, de todos modos. ¿Verdad que sí, chaval? —Le aprieta el hombro a Milo.

—Lo siento, cariño —digo yo, y le acaricio el pelo—. Ha sido un malentendido, no era mi intención que tuvieras que volver solo a casa.

—Por favor, se las arregla muy bien —dice Henrik—. Hemos hablado de eso antes de que llegaras. Ya puede empezar a moverse solo más a menudo.

Voy a protestar. No quiero que vaya solo. Nunca.

Henrik interpreta mi reacción al instante.

—Últimamente ha ido mucho en autobús con sus amigos. Nunca ha habido ningún problema, Stella.

Me voy a la cocina. Me sirvo una copa de vino. Por primera vez en varios años, tengo ganas de fumar. Henrik me sigue.

—¿Dónde has estado? —dice—. He tenido tiempo de imaginarme todos los escenarios posibles al ver que no te localizábamos. —Me acaricia el brazo. Yo me aparto.

—Estaba en la biblioteca.

—¿Por qué estás enfadada? —pregunta.

—Eres tú el que está enfadado.

—No lo estoy. Pero es que tú siempre avisas cuando hay algo. No es habitual que cueste tanto localizarte.

Vuelve a tocarme. Yo cojo mi copa y me voy a la otra punta de la cocina.

—No hace falta que me eches la culpa, lo primero de todo —digo.

—Y tú no hace falta que suenes tan cabreada. Últimamente has estado bastante rara. ¿Puede ser que estés proyectando tu estado de ánimo en mí?

—¿Ahora intentas jugar a los psicólogos, Henrik? Por favor, no lo hagas.

Se cruza de brazos.

—Si te hubiese dicho que iba a buscar a Milo lo habría hecho, ¿o no? —dice—. Nunca les he pedido a mis empleados que te llamen por mí.

—Pues alguien me ha llamado. ¿O te crees que me lo estoy inventando?

En vez de contestar a mi pregunta dice:

—Milo ya puede ir solo, Stella. Tiene trece años. No hace falta que lo lleses en coche a todas partes y luego lo vayas a recoger.

—No me importa en absoluto hacerlo —respondo.

—No era una acusación.

No me cruzo con su mirada.

Él suspira a modo de protesta y sale de la cocina.

Veo un movimiento con el rabillo del ojo y me aparto por acto reflejo de la ventana.

Alguien ha pasado por la calle. Me inclino con cuidado para mirar. Una bolsa de plástico revolotea por la calzada. Apoyo las manos en la encimera y exhalo el aire. ¿Estoy perdiendo la cabeza?

Hace unas semanas no habría reaccionado así con que Milo volviera solo a casa. No me habría asustado tanto ni me habría puesto tan paranoica. Pero me ha recordado las consecuencias que un mero instante de descuido puede conllevar.

Cuando dejé sola a Alice las consecuencias fueron devastadoras.

La perdí para siempre.

Y Milo, a él también lo dejé solo. Esta vez salió bien. No pasó nada. Pero luego me juré a mí misma que jamás volvería a ser tan descuidada. Cuando Milo era más pequeño yo siempre evitaba los museos y lugares en los que se juntaba mucha gente. Actualmente prefiero que sea él quien traiga amigos a casa para que se queden a dormir a que sea él quien va a dormir fuera. Hampus y Pernilla son la única excepción, aparte de mi madre y los abuelos paternos. Lo llevo en coche a los entrenos y a los partidos. Lo llevo en coche o lo acompaño a casa de los amigos, incluso de los que viven cerca. Soy sobreprotectora.

Henrik ha intentado equilibrarlo lo mejor que ha sabido. Él ha llevado a Milo al parque de atracciones de Gröna Lund, yo nunca me he visto capaz de acompañarlos. Y no ha querido darle mayor importancia. Con los años, yo he aprendido a gestionar mejor mis miedos, gradualmente me he atrevido a aligerar el control. Hasta ahora.

Milo tiene que poder sostenerse por sí solo, eso lo sé. Pero sólo tiene trece años. Aún no estoy preparada para soltarlo. A lo mejor no lo estaré nunca.

Caliento la comida que queda en los fogones, aunque no tenga ni pizca de hambre. La toqueteo un poco y la tiro casi toda. Me quedo junto a la encimera.

No puedo seguir así. Tengo que hablar con Henrik. Tiene derecho a saber, tarde o temprano, que he encontrado a Alice. Quiero hacerle entender que esta vez es en serio. Lo entenderá. Me ayudará.

Sirvo dos copas de vino y salgo al salón. Fuera está oscuro, el viento agita los árboles. Pronto volverá a llover. Enciendo las velas de la mesita de centro y me acerco a la ventana. Estoy a punto de coger uno de los farolillos cuando lo veo. Está de pie en la calle de detrás de la casa. Me está mirando fijamente.

Es imposible distinguir una cara bajo la capucha. El mismo chubasquero deforme que la última vez. La misma postura tensa. La misma presencia amenazante.

Abro la puerta del jardín de un bandazo.

Grito:

—¿Qué quieres?! Desaparece, déjame en paz. ¡DESAPARECE!

Mi intención es salir corriendo al jardín pero me tropiezo con el umbral. Me agarro a la cortina, la barra cede con mi peso y se desploma. Caigo de bruces por la puerta.

—¿Qué pasa, mamá? —dice Milo, que viene corriendo.

Henrik llega poco después y me ve tirada en la terraza.

—Hay alguien vigilando nuestra casa —digo, y señalo con el dedo—. Mira. Ahí. Con la capucha tapándole la cara. Ya ha estado antes aquí. El mismo abrigo, la misma capucha.

Henrik sale al jardín y mira la calle, Milo le sigue los pasos. Otean hacia arriba y hacia abajo y vuelven a casa. Henrik se pone en cuclillas a mi lado, me acaricia el hombro.

—Vamos adentro, cariño. Aquí no hay nadie.

Lo miro a los ojos.

—Había alguien hace un momento. —Henrik aparta la mirada—. Me crees, ¿verdad? —le digo.

Él me coge la mano y junto con Milo me ayudan a levantarme sin decir palabra.

—¿Henrik? Me crees, ¿verdad?

—Por lo menos ahora no hay nadie —afirma, y sonrío.

Reconozco esa sonrisa. La utiliza cuando piensa que estoy equivocada. Cuando desea que yo no sea tan emocional, tan histérica.

Inspecciono fuera. Henrik y Milo también miran por la ventana. Alguien baja caminando por la calle. Alguien en chubasquero y con la capucha puesta. Agarro a Henrik por el brazo.

—Ahí está —susurro.

—Venga ya, relájate. ¿No reconoces a Johan? —Henrik señala con el dedo—. Ha salido a pasear al perro, como siempre.

Y tiene razón. Es el Inversor. Con su maldito perro otra vez. El color de su impermeable es más claro, ahora me doy cuenta. Johan Lindberg nos descubre observándolo desde la ventana. Esboza una sonrisita y saluda con la mano. Henrik sonrío y le devuelve el saludo.

Después me mira a mí.

Ya no sonrío.

22 DE JUNIO DE 2003

La he encontrado. He encontrado a Alice.

Hace casi dos semanas, cuando fuimos al zoo de Skansen. Milo y yo estábamos haciendo cola para comprar helados.

Y allí estaba.

La reconocí. Tenía exactamente el mismo aspecto que habría tenido si hubiese seguido a mi lado. Un respiro más tarde desapareció en la multitud otra vez.

Nunca más. No puede volver a pasar nunca más.

Dejé a Milo en el cochecito y salí corriendo tras ella. Aparté a la gente a empujones a mi paso, les grité que se quitaran de en medio. Grité su nombre.

Ya no estaba. Había vuelto a desaparecer.

Después me acordé de Milo. Volví corriendo con él.

Estaba llorando, estaba solo. También me lo podrían haber arrebatado.

Nunca jamás puedo dejar a mi hijo fuera de mi vista. Nunca nunca nunca. Ni siquiera debería haber ido a Skansen con él. Hay demasiada gente. Y es más fácil desaparecer en aglomeraciones.

Nunca más.

Daniel me ayudó. Vino lo más rápido que pudo. Yo estaba llorando y él llamó a la policía.

Todas las preguntas. ¿Dónde la viste? ¿Cuándo? ¿Qué aspecto tenía? ¿Qué llevaba puesto?

Se lo cuento. En la cola de los helados, sobre las tres. Pelo negro y grueso, hoyuelo y oreja de fauno. Lleva un vestido azul, y es más o menos así de alta. Iba con un hombre.

Me miran extrañados. Sus ojos brillan con dureza. Sus voces son frías cuando me dicen que no era Alice. No es un año más alta. Tiene que ser mayor que Milo, aseguran. Viste a otra persona, Alice ya tendría casi diez años.

Pero no saben. No entienden nada. No la sienten dentro como hago yo. Intentan consolarme y ser amables, pero a Daniel le susurran a mis espaldas que estoy enferma, que estoy sufriendo una crisis nerviosa. Mienten.

*No es ninguna crisis. Vi a mi niña. La vi.
Vi a Alice.*

Estoy fría. Helada. Tengo tanto frío que tiemblo aunque me hayan pasado una manta por encima. Siento que me arden la espalda y la cabeza. Mis manos tiritan y debe de ser por la medicina que me han dado. Quiero irme a casa. No quiero estar aquí.

Henrik me ha traído en coche. Me ha dejado aquí.

Me he quedado dormida en la cama de una habitación blanca y fría. Sola.

Me he despertado. Con la mente nublada. Vacía. Me han dicho que tenía visita. Me han ayudado a salir de la cama. Me han acompañado a la sala de visitas.

Allí estaba Daniel. No quería darme un abrazo. Estaba preocupado. Estaba enfadado. Me ha dicho que no quería volver a verse metido en esto nunca más.

Le he gritado: ¡¿Y yo sí? ¿Yo quiero estar sin mi hija? ¿Quiero echarla de menos, hacerme preguntas y nunca obtener respuestas?!

Él ha dicho que por eso la enterramos.

Para poder seguir adelante.

Y luego he visto a Henrik. Estaba en el rincón. Pálido. Me miraba como si no supiera quién soy.

Daniel ha dicho: «Podrías haber perdido también a tu hijo».

Lamentaba lo que había pasado. Me ha deseado una vida feliz. Y luego se ha marchado.

Henrik también se ha ido. No sé si se atreverá a volver. Ni siquiera sé si yo podré regresar a casa.

Y una vez que se ha ido, le he gritado a él también.

He gritado y gritado y gritado, y no he parado hasta que me han dado un calmante.

ISABELLE

Estoy sola en el piso. Johanna ha dormido en casa de Axel esta noche.

Estoy tumbada en la cama mirando por la ventana. El cielo es azul y el sol brilla. A mí sólo me parece una súplica. No tengo ningunas ganas de salir.

Debería estudiar. Siempre hay cosas que repasar y normalmente me parece divertido. Pero ahora no. No quiero. No tengo fuerzas.

Mi habitación es acogedora, como habría dicho la abuela. Sólo la cama, las sábanas y la lámpara del techo son nuevas. Todo lo demás es de segunda mano. El gran cuadro abstracto en tonos azules, la alfombra gris de pelo largo y las lamparitas de ambiente. Tanto el escritorio como la mesita de noche, los dos de teca, la silla —una vieja silla de cocina raída— y los elementos decorativos. Delante de la ventana cuelga una sencilla cortinilla de color azul. Johanna nos echó una mano a papá y a mí para subirlo todo del remolque.

Bajo las persianas y saco mi nuevo MacBook Air. El que me compré con el dinero que gané trabajando en verano. Entro en Facebook un rato. Cierro el ordenador y lo dejo a un lado. Me meto en Instagram y Snapchat con el móvil. Después me quito el edredón y voy a la cocina. Pongo en marcha el hervidor de agua, saco una taza y una bolsita de té.

El piso es luminoso. Grandes ventanas en cada estancia, paredes blancas. Yo tengo el dormitorio y Johanna se ha quedado con la salita de estar, las puertas de cristal que la separan del resto del piso están cubiertas con una tela batik lila y verde. En la cocina colgamos viejas láminas de especias que compramos juntas. Las sillas alrededor de la mesa blanca en la cocina son todas distintas, y la alfombra del suelo la ha tejido la abuela.

Me siento junto a la ventana a tomarme el té. Pienso en la conversación telefónica con mi madre, y lo que le solté sobre la terapia de grupo. Tengo remordimientos. Me odio a mí misma por cómo me comporto.

Fui injusta. Lo que hice no estuvo bien. Hablar mal de mi madre de aquella manera, hablar de ella cuando no está. Los demás no se hicieron una imagen fidedigna. Yo estaba enfadada y decepcionada y triste. Exageré.

Mamá me repite a menudo que soy sensible. Influenciable. Puede que lo sea. En este momento me siento de lo más desconcertada. Sigo enfadada, todavía siento ira y odio. La rabia contra mi madre vive una vida propia dentro de mí, no puedo controlarlo. Y al mismo tiempo me estoy asfixiando de culpa por cómo me siento.

Continúo sin asimilar que papá haya muerto. Y la revelación de que no era mi auténtico padre. Ahora mismo me hace cuestionármelo todo con mi madre. ¿Son sentimientos acertados? ¿Puedo sentir así? Me pregunto cuántos de mis recuerdos coinciden realmente con cómo fueron.

Voy a preguntarle a Stella qué piensa ella de todo esto. Sé que puedo discutir este tipo de cosas con ella. Cuando me preguntó cómo había sido mi infancia parecía interesarse de verdad. Estaba sinceramente preocupada por mí, lo noté. Fue como si quisiera hacer las cosas bien, de alguna forma.

Pero ¿cómo voy a dar una imagen certera que no se pueda malinterpretar? Las veces que digo lo que pienso siempre acaba mal. ¿Cuándo voy a aprender? ¿Cómo lo voy a hacer para que los demás lo entiendan?

Clara deseaba saber por qué me parecía tan peligroso estar enfadada con mi madre. No lo sé. Sólo sé que detesto los conflictos y que hago cualquier cosa con tal de evitarlos. No quiero que mi madre se ponga triste. Papá era igual. Mi padre que no es mi padre.

Mi madre dice que pienso demasiado. Que pregunto demasiado. Puede que tenga razón. Esta comedura infinita de cabeza no me hace más lista. Pero no puedo dejar de pensar. Ni dejar de sentir.

No sé por qué me he convertido en lo que soy, ni por qué siempre me he sentido al margen. Diferente. Rara. Desparejada. Tengo algo. Algún problema con mis sentimientos.

No quiero llorar. Pero lo hago de todos modos.

Y me desprecio aún más a mí misma.

STELLA

Estoy acurrucada en una butaca de mi despacho. Me he quitado los zapatos de una patada en la alfombra y he subido los pies. Hoy me he forzado a venir y me estoy limitando a dejar pasar el tiempo. No he trabajado ni un minuto. He desatendido mi trabajo. He dedicado toda la mañana a pensar en lo que está pasando.

Recibo llamadas que nadie ha efectuado. Veo hombres amenazantes con la capucha puesta.

¿Seguro que había alguien detrás de la casa?

Sí, claro que lo había. No estoy alucinando. Ha pasado dos veces. Alguien está vigilando mi casa. Alguien me está vigilando a mí. Alguien me sigue. La nota necrológica lo vuelve todo aún más espantoso. Trato de entender. Trato de pensar. Trato de descubrir quién está detrás. Pero si continúo así, me voy a encallar. Volveré a ponerme enferma.

Debo ponerle fin.

Voy a contárselo a Henrik. Se lo voy a explicar todo. Hoy. Habría preferido tener pruebas concretas antes de decirle nada. Pero no puede esperar más. Y tengo que pedirle a Isabelle que continúe su terapia en otro grupo. Debería haberla derivado a otro terapeuta al principio de todo, en cuanto se acabó la primera sesión. Lo que estoy haciendo ahora no tiene nada de profesional. No es ético.

Es peligroso.

El teléfono empieza a vibrar. Es Henrik. Lo cojo y él me pregunta a qué hora salgo. Quiere que vayamos a cenar a Trattorian, en Norr Mälarstrand. Solos él y yo. Milo tiene entreno de básquet. Le digo que me parece una idea maravillosa.

¿Es eso lo que siento? Sí. No. En realidad no. A lo mejor las dos cosas.

Normalmente me gusta salir a cenar con mi marido. Y quiero que también sea así ahora. Pero no lo es. La idea de sentarme a hablar de Alice mientras comemos fuera me parece mal. Igual de mal que esperar aún más tiempo para

contárselo.

Unas horas más tarde aparco el Audi en una calle que se cruza con Norr Mälärstrand. Camino hasta el bar restaurante Mälarpaviljongen junto al agua y veo a Henrik esperando. Le ha salido perilla, tiene el pelo revuelto y lleva las gafas de sol. Se las quita y me mira.

—¿Qué? —pregunta.

—Estás guapo. —Titubeo antes de ponerme de puntillas y darle un beso. Él me lo devuelve.

—Sólo tú y yo —dice—. Hacía tiempo que no pasaba.

Caminamos de la mano por el paseo de la playa. Miramos a otras personas y nos hacemos bromas a su costa. Fotógrafos aficionados con objetivos de medio metro y señoras mayores que se las ven con sus perritos en miniatura. Padres con cochecitos de bebé que tienen que ir en paralelo, *runners* en ropa ajustada y cinturones de hidratación que avanzan sin miramientos entre los paseantes, señoras que caminan con un palo de esquí en cada mano.

Necesitamos esto. Deberíamos irnos de fin de semana, como dijo Pernilla. Hace una eternidad que mi marido y yo no nos cogemos un tiempo para nosotros.

Llegamos al muelle y nos metemos en Trattorian. Henrik ha reservado una mesa junto a la ventana. Una vez que hemos pedido y nos han traído la comida él me cuenta que sus padres van a ir a Francia el fin de semana. Dice que Marcus y Jelena han estado hace poco en este restaurante. Comenta la decoración y el menú, charla de cualquier cosa.

—Este fin de semana hará sol —dice.

—Qué bien —respondo.

—Había pensado llevarme a Milo a jugar el último partido de golf de la temporada. ¿Tiene partido el sábado?

—Ni idea. Puede ser. Es probable.

Me pregunto qué hacemos aquí, en realidad. Le doy un trago al vino. Intento relajarme. Oteo las aguas de Riddarfjärden. Estoy sentada en un restaurante acogedor con el hombre con el que estoy felizmente casada.

—¿Estaba rico? —pregunta Henrik y coge un trocito para probar de mi plato.

—Muy bueno —contesto.

—¿Qué tal el trabajo últimamente?

Hago girar el vino en la copa.

—Va bien. ¿Y tú?

—Ahora hay mucha cosa, como ya sabes, pero pronto iré mejor —dice.
Silencio. Nos comportamos como dos copias mal hechas de nosotros mismos.

—¿Sabes algo más de la Inspección de Salud y Asistencia?

Ahí está. Me ha invitado a cenar fuera para hablar en serio. Cree que mi comportamiento tiene que ver con Lina. Toqueteo la comida. Desearía que se lo hubiese guardado para un poco más tarde.

—No, aún no —respondo; suelto el tenedor y me subo la rebeca alrededor de los hombros.

—No hace falta que te pongas a la defensiva —dice—. Como ya no hablas conmigo te lo tengo que preguntar. Olvídalo.

¿Olvidarlo? Si no digo algo, habrá una nube flotando sobre la mesa el resto de la cena.

—¿A qué se debe esta tensión? —pregunto.

—Eres tú la que está tensa —contesta—. Ahora ya llevas un tiempo tensa e irritada.

—Sé que a lo mejor he estado un poco ausente y distraída —digo.

—¿Distraída? Tienes la cabeza en otra parte. Apenas reaccionas cuando Milo o yo hablamos contigo. Olvidas cosas, te dan ataques. ¿Y ayer? ¿De qué iba eso?

—Han sido unas semanas raras, lo sé —digo—. Pero no tiene nada que ver con Lina. Ya he visto a ese hombre dos veces. He recibido una amenaza de muerte camuflada. Pero eso no es todo. Hay algo que tengo que contarte.

Henrik niega con la cabeza.

—Lo dejamos para luego, ¿vale? ¿Quieres café?

No, no quiero. Quiero irme. Antes de que me dé tiempo de contestar, Henrik le hace una señal al camarero. Yo miro al muelle que tenemos delante mientras él pide dos cafés, ningún postre, gracias. El sol titila en el agua. Hace una tarde espléndida. Y la distancia entre Henrik y yo no hace más que aumentar.

No hay vuelta atrás. Tengo que contárselo. Cuando nos quedamos solos de nuevo lo miro a los ojos.

—Henrik —digo, y pongo una mano en su brazo.

Él me mira, espera a que continúe.

—He visto a Alice.

Henrik deja la servilleta en la mesa y vuelve a mirarme.

Continúo:

—Esta vez no me equivoco. Sé que tengo razón.

Me doy cuenta de que estoy hablando demasiado alto. La mujer y el hombre de la mesa vecina se han quedado callados y miran hacia nosotros.

Henrik lanza un vistazo al lado. Luego mira al agua.

—No pensaba contarte nada —indica—. No aquí. Quería comentártelo más tarde.

—¿Comentar el qué? —pregunto.

—Hoy he recibido una visita en el trabajo.

La mirada de Henrik es penetrante. Siento un escozor en el estómago. No tengo ni idea de lo que se me viene encima, pero veo en sus ojos que se trata de algo serio.

Añade:

—Esta mañana ha venido a verme una mujer a la oficina. Estaba preocupada por su hija.

—¿Su hija?

—Que va a terapia contigo.

—¿Qué quieres decir?

—La chica ha cambiado desde que te conoció. Pareces, y sólo estoy citando —Henrik levanta las manos en un gesto de inocencia—, interesada por ella de una manera enfermiza.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Vuelvo a alzar la voz y la pareja de al lado nos mira. Continúo en voz más baja—. ¿De quién se trata?

En lugar de responder a mi pregunta explica:

—La mujer considera que estás volviendo a su hija en contra suya. Que le haces preguntas engañosas sobre su infancia.

—Isabelle —susurro.

Henrik se inclina hacia delante, repica en la mesa con el dedo índice.

—No me digas que piensas que la tal Isabelle es Alice.

—La mujer que ha ido a verte ¿cómo se llamaba? —pregunto.

—Kerstin Karlsson. Me ha suplicado que hable contigo. Su hija no quiere escuchar, está demasiado embelesada por ti. Según la madre.

—¿Por qué se ha puesto en contacto contigo? —pregunto—. Podría haber hablado directamente conmigo.

Él se encoge de hombros.

—¿Acaso importa? Estaba preocupada —afirma.

—Adivina por qué —le señalo—. Adivina por qué, Henrik. Está intentando enterrar esto. Está intentando ocultar lo que ha hecho.

Henrik me mira con suspicacia.

—¿Crees que Kerstin Karlsson secuestró a tu hija? ¿Que luego me ha manipulado para que no descubras la verdad? No es así. Estás desvariando.

—¿Cómo lo sabes? ¡¿Cómo lo sabes?! —

—Porque no es creíble. Porque en este país nadie puede, simplemente,

robar la hija de otra persona. Hay registros, hay de todo. No puedes presentarte con una criatura sin que nadie reaccione. Y yo mismo he estado en la piedra conmemorativa de Alice. Está muerta, Stella. Lo que has vivido debe de ser más difícil de lo que nadie se puede imaginar. Alice no está. Es terrible, es espantoso. Pero tienes que vivir con ello.

—Yo nunca he creído que estuviera muerta, lo sabes muy bien. Pero piensas que me he vuelto loca, ¿no? Es eso lo que quieres decir, ¿verdad? Que en mi estado de locura voy y me invento todo esto, ¿no es así? —Dejo la copa en la mesa con demasiada fuerza. La pareja de nuestro lado mira y cuchichea.

—Tranquilízate, Stella. Tranquilízate.

—Prefieres fiarte más de alguien a quien no has visto antes. Pasas olímpicamente de lo que yo tengo que decir.

—Ahora no intentes cargármelo a mí. Has estado rara últimamente. Y esta mujer con la que he hablado estaba muy preocupada por su hija. Estaba desesperada. No sabía qué hacer.

—¿Y tú vas y te crees lo primero que te cuenta? —Apenas me aguanta la voz. La rabia que siento está a punto de desbordarse—. ¿Piensas que le estoy lavando el cerebro a una paciente por mis ideas preconcebidas? ¿No me tienes ninguna confianza en absoluto?

Henrik se inclina sobre la mesa.

—Tú misma dices que crees haber encontrado a Alice. Otra vez. ¿Qué coño quieres que piense, Stella? —Se estira para cogerme la mano. Yo la retiro. Me cruzo de brazos y aparto la mirada.

—Esta vez es distinto. Esta vez sé que tengo razón.

—Han pasado más de veinte años —dice.

—¿Isabelle es Alice! ¿Pretendes que lo pase por alto?

Henrik se reclina en la silla. Dobla la servilleta y la vuelve a desplegar.

—Deja de jugar con la maldita servilleta —le espeto.

Él la tira sobre la mesa.

—O sea, que has encontrado a tu hija desaparecida —dice—. La niña a la que no has visto desde que tenía un año. La ves en una de tus pacientes. Cuya madre está preocupada por cómo está transcurriendo la terapia. Esto es serio, Stella. Dime que lo entiendes. Por lo menos dime que comprendes cómo suena.

—No me lo estoy inventando —afirmo—. No son imaginaciones mías. —Pero oigo lo llorica y suplicante que suena mi voz. No sueno para nada convincente. Ni siquiera para mí misma. Más comensales nos miran.

—No puedes seguir siendo su terapeuta —dice Henrik—, no si crees que es tu hija.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no has hablado conmigo? La última vez que sentiste esto, ya sabes cómo fue. Cómo te encontraste. No quiero que vuelvas a pasar por ello.

—Entonces consideras que esto es una recaída.

—Me preocupo por ti.

—Crees que estoy enferma. Que necesito que me ingresen.

Henrik se frota la cara con las manos.

—Creo que deberíamos irnos.

Busca con la mirada al camarero. Siento como si me hubiese clavado un puñal en la espalda. Lo tengo sentado delante de mí. Pero está a años luz. Jamás habíamos estado tan lejos el uno del otro.

—¿Y te preguntas por qué no te he dicho nada? —le suelto—. Porque sabía que iba a pasar esto.

Me levanto con tanto ímpetu que vuelco la silla. Me tropiezo entre las mesas mientras avanzo por el restaurante. Oigo un golpe, seguido del ruido de cristales rotos. Al camarero con el que he chocado se le ha caído la bandeja que llevaba. Todo el local me está mirando. Corro hacia la salida, empujo la puerta de la calle y luego regreso a paso ligero hasta el coche.

Conduzco por la avenida Råambshovsleden y luego cruzo el puente de Tranebergsbron. Pero en lugar de desviarme para coger la calle Alviksvägen continúo por Ulvsundvägen. Dejo atrás el aeropuerto y Bromma Blocks, paso por Solvalla y salgo de la carretera a la altura de Rissne. Pienso en Alice. La siento dentro como una llama ardiente que nunca se puede apagar.

Después cruzo las urbanizaciones en Bromsten, Spånga y Solhem, y llego a Hässelby. Giro a la izquierda por la calle Lövvästvägen, pongo rumbo a casa. Cuando llego a Vällingby giro.

Entro en un aparcamiento y me bajo del coche. El sol se está poniendo, el aire es frío. Me paso el chal por el cuello y meto las manos en los bolsillos del abrigo.

Ella vive en uno de los bloques de pisos junto al centro comercial. A lo mejor me estaba dirigiendo aquí todo el rato.

Veo luces que se encienden y se apagan, el resplandor azul de las pantallas de televisión. Hay personas moviéndose detrás de las cortinas, paseándose por las habitaciones y mirando por las ventanas. Alguna de ellas podría ser Alice. Quizá en este momento esté mirándome. Quizá esté sintiendo lo mismo que yo, una percepción de que hay algo que nos une. Algo que nada puede destruir. El vínculo. Quizá está pensando en esto, en mí, en este preciso instante.

STELLA

Cuando bajo a la cocina a la mañana siguiente, Henrik y Milo ya han desayunado y se han ido de casa. Henrik me ha puesto la mesa, pero el café de la cafetera está frío y el zumo en el vaso está tibio. Lo vierto en el fregadero, tiro el emparedado y preparo café nuevo.

Me he maquillado, me he puesto mis pantalones negros de Malene Birger, los que son un poco holgados en la parte superior y se estrechan en las piernas. Una blusa verde de Filippa K.

Miro por la ventana. Todo es gris, la calle, los árboles, las casas, el cielo. Consulto el reloj. Las ocho y media. Es viernes, hoy no tengo pacientes y no tengo que ir a la consulta.

Henrik y yo no nos dijimos nada más ayer por la noche. Cuando llegué a casa estaba viendo una película con Milo. Me di un baño y me metí en la cama. Me hice la dormida cuando Henrik se tumbó a mi lado. Me di cuenta de que estaba desnudo mirándome. Ahora estamos en dos mundos aparte. Por el momento, toda comunicación ha quedado trunca.

Pero no es raro que tema que yo vaya a sufrir otro colapso. Mi comportamiento ha sido extraño, como dice él. He estado tensa e irritable. Pero *no* es como la otra vez. Esto es de verdad.

Y si le hubiese podido contar lo de Alice antes de que Kerstin Karlsson lo asustara, todo habría sido diferente. Quizá. O a lo mejor no habría tenido ninguna importancia, no habría confiado en mí de todos modos.

Cojo el café y me voy al despacho. Enciendo el ordenador y accedo a Facebook. Hace tiempo que estoy pensando en cerrar mi cuenta. No me aporta nada, sólo me roba tiempo y energía. Las «amistades» que tengo son Henrik, Pernilla, familia y conocidos por mi parte y por la de Henrik, algunas personas que he conocido por el trabajo o a través de Milo, antiguos compañeros de clase. Conocidos que me escriben cuando se ha aceptado la amistad, pero eso es todo. Si conservo la cuenta es más por Helena. Ella utiliza Facebook a diario y suele ser el canal que usa para comunicarse con mamá y conmigo.

Escribo *Kerstin Karlsson* en la barra de búsquedas. El número de aciertos me desanima. Los hay que puedo descartar directamente. Son demasiado jóvenes, viven en la zona equivocada del país o están en el extranjero. Entro en tres perfiles diferentes que parecen un poco mayores que yo. Pero no tengo ni idea de qué cara tiene. Ni si tiene Facebook siquiera. No merece la pena.

Pruebo a buscar a Isabelle Karlsson, pero también hay demasiadas con ese nombre. Así que abro Google y busco Isabelle Karlsson, Instituto Real de Tecnología.

Aparece un artículo sobre un proyecto que ella y algunos más han hecho. Lo abro. En la foto de grupo ella aparece en primera fila, con los brazos cruzados, el pelo suelto y el hoyuelo que se ve con claridad.

Es hermosa. Tiene brillo. Hago un pantallazo a la foto y la guardo en iCloud.

Hago más búsquedas sin obtener nada. Continúo con Kerstin Karlsson, Borlänge.

Ya no son tantos aciertos como en Facebook. Pero ¿quién de ellas es la Kerstin que yo estoy buscando? No sé cómo es su aspecto.

Me viene una idea a la cabeza y busco Hans Karlsson fallecido.

«Hans Gunnar Karlsson fallecido a causa de un derrame cerebral a la edad de cincuenta y nueve años. Su mujer Kerstin y su hija Isabelle lo recordarán siempre.»

La noticia aparece colgada en la página web del periódico *Dala-Demokraten*. Busco Hans Gunnar Karlsson, Borlänge.

Una dirección de Barkargärdet. La misma dirección que Isabelle Karlsson, veintidós años.

Y Kerstin Karlsson, cuarenta y siete años.

KERSTIN

Guardar toallas y sábanas en los almacenes no es responsabilidad mía. Pero lo hago de todos modos. Como siempre. Si no, el carro de la lavandería se queda aparcado en el pasillo. La gente no quiere responsabilizarse de nada, todo el mundo se escaquea y prefiere dejar que alguien recoja su rastro.

Me lo noto en las rodillas cuando me inclino para coger las sábanas que quedan al fondo de todo. No me haría ningún daño bajar unos kilos. Pero no puedo hacerlo todo a la vez. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. La fuga en el cuarto de baño, el coche que ya vuelve a hacer el tonto, todos los recibos que se acumulan. En realidad tendría que ir al dentista. Pero ¿cómo va a poder permitírsele todo una persona normal y corriente? El sueldo de auxiliar de enfermería no da para mucho. Sobre todo ahora que estoy sola. Lo único que me ha dejado Hans son deudas y amortizaciones. El entierro se llevó los últimos ahorros.

Oigo un bramido de una de las habitaciones, parece que provenga de un animal herido. Sé que es Hedvig. Tira tanto de calmantes que es un milagro que se mantenga siquiera en pie. Cuando pasa demasiado tiempo entre una toma y la siguiente le entra ansiedad.

Dejo la colada y me dirijo a su cuarto.

—¿Ya te has vuelto a esconder en el almacén, Kerstin? —dice Ritva cuando me ve—. ¿Por qué no respondes a la alarma? —Sacude la cabeza y se mete en el *office*.

«¿Por qué no respondes tú?», pienso, y continúo hacia la habitación de Hedvig. En la puerta hay una chica joven que va por horas con semblante inseguro. Le doy una palmadita en la espalda y le digo que yo me ocupo de esto.

—¿Cómo estás, Hedvig?

—¡Ayúdame! —grita—. ¡Ayyuuda!

—Ya estoy aquí, respira hondo.

Abro con llave el armarito de medicamentos. Efectivamente, alguien se ha olvidado de darle la dosis que le tocaba hace dos horas. Típico. Encima tendré

que redactar un informe de modificación. Desgarro la bolsa de las medicinas, las vierto en una tacita roja de plástico y se las doy a Hedvig. Se las traga todas de golpe y luego pega sacudidas de un lado a otro en la cama entre gritos y jadeos.

Me siento a su lado, le acaricio la mano para tranquilizarla y le susurro que se pondrá bien. Después le paso una manta por encima y le arropo los pies fríos. La calmo con siseos y tarareo en voz baja. Al cabo de un rato se queda quieta.

—¿Quieres café, Hedvig? ¿Quizá un poco de bizcocho?

—No te vayas. No me dejes sola.

—No me voy a ninguna parte. Lo prometo.

Hedvig tiene ochenta y cinco años y casi nunca recibe visitas. Yace en la cama día tras día, semana tras semana, año tras año. Se toma sus calmantes, le dan ataques, le damos calmantes extras. La compadezco. Terminar tus días de esta forma es indigno. Es una vergüenza para nuestra sociedad. La que llamamos *sociedad del bienestar* ha dejado de existir.

Me quedo sentada haciéndole caricias en el brazo huesudo y reflexionando acerca de la vida. Pocas veces las cosas salen como las habías pensado. Otra conversación con mi hija que se ha ido al traste. No entiendo cómo puede suceder cada vez que hablamos. He pasado por ello montones de veces y siempre me pregunto qué hago mal.

—*Hola, mamá.*

—*Hola, mi niña. ¿Vas de camino a la terapia?*

Ahí ya se cerró en banda. A lo mejor debería haber colgado directamente y haberla vuelto a llamar más tarde, pero tenía muchas ganas de oír su voz, recordarle que estoy aquí y que la quiero. En el fondo ella lo sabe, aunque suene mosqueada. En el fondo sabe que me necesita. No es lo bastante fuerte como para desprenderse. No está preparada.

—*¿Qué tal por casa?*

—*Hay mucho silencio. Como siempre, vaya, últimamente.*

Un intento de bromear un poco. Debería haber previsto que Isabelle lo malinterpretaría. Hace una temporada que se lo toma casi todo a mal.

—*A lo mejor podrías intentar quedar con alguien. ¿Hace tiempo que no vas a ver a la abuela?*

Que a mi hija le pareciera que tenía que preocuparse por mi vida social me molestó.

—*Tu abuela está muy ocupada. Grupo de costura y no sé qué historias más. Ya me las apaño, no te preocupes.*

—*¿No hay nadie más a quien puedas llamar? No siempre has vivido en Dalarna.*

¿Qué es eso? ¿A qué ha venido ese comentario? Y en ese tono. No es

propio de Isabelle. En absoluto. Y antes de que pudiera serenarme, la cosa continuó.

—¿Dónde vivíamos cuando yo era pequeña? Nunca he sabido nada al respecto. Sólo que era en alguna parte de Dinamarca, antes de que tú te mudaras a Borlänge y conocieras a papá.

Puede que yo gestionara toda la conversación de forma equivocada. Pero el tono de Isabelle no era fácil. Acusador y enfadado y aborrecido. Insolente. Desagradecido. No estaba preparada para mi propia reacción.

—A Hans, te refieres.

Me salió, sin más. A lo mejor quería poner a la señorita en su sitio. Me duele cuando Isabelle me ataca. Claro que quiero hablar las cosas. Es evidente. Pero ¿así? ¿Por teléfono?

La idea era acercarnos la una a la otra ahora que sólo estamos nosotras dos. Aun así, parece que a medida que pasa el tiempo las cosas sólo se ponen peor. Si ella supiera la tristeza que me da... Todavía no entiende por lo que he pasado. ¿No cuenta que yo sea su madre? ¿Que la haya llevado dentro, que la haya parido durante las cuarenta y seis horas más largas, dolorosas y repugnantes de mi vida? ¿Que casi muero en el intento? ¿No tiene ninguna importancia que la haya tenido en brazos y mecido en la sillita de forma continuada los primeros meses? ¿Que le haya curado las heridas y la haya cuidado en las noches que estaba enferma? ¿Que la trajera hasta Dalarna para darle una casa segura y le encontrara un padre, el mejor que te puedes imaginar?

Hans lo era todo para Isabelle. Y Aina, la abuela de Isabelle, tiene un gran hueco en su corazón. Pero yo, en cambio, apenas me merecía un vaso de agua. Nadie sabe lo que se siente. Lo mucho que duele. Despreciada y rechazada, a pesar de haberle dedicado mi vida entera. Los niños pueden ser terriblemente crueles.

Hedvig se mueve inquieta y yo le pongo bien la manta. Pobre mujer, qué destino. ¿Es así como acabará todo? El cuidado que nuestro por mi hija sólo parece alejarla de mi lado.

Y la vergüenza de cómo le conté lo de Hans a Isabelle me viene más a menudo de lo que me gustaría. Entiendo que esté dolida y triste, de verdad que sí. Pero ella ha cambiado en estos últimos tiempos, más de lo que ella misma puede ver. Casi siempre está enfadada o molesta. No es sólo que esté desengañada conmigo, hay algo más. Isabelle ahora no tiene nada que ver con como suele ser.

Lo que necesitamos es vernos. Si pudiera elegir, preferiría volver a tener a Isabelle en casa, disponer de tiempo para cuidar de ella. Necesitamos estar en paz otra vez. Si estamos juntas y nos damos la oportunidad de hablar,

volveremos a acercarnos. Todo se arreglará.

Por eso tomé cartas en el asunto.

Puede parecer impulsivo, pero lo sopesé muy mucho antes de bajar a Estocolmo. Es un viaje largo para ir y volver el mismo día, pero merecía la pena el esfuerzo. Estaba obligada, tenía que hacer algo. No puedo quedarme mirando con actitud pasiva mientras embaucan a mi hija.

Elegí hablar primero con su marido. Henrik Widstrand. Él debería poder influir en ella. No quiero entrar como un torbellino en su consulta y montarle un escándalo innecesario. Voy a darle una oportunidad, y voy a hacerlo por Isabelle. La terapeuta tiene que entender que mi hija es vulnerable y que está en un momento muy sensible.

Henrik Widstrand fue simpático. Se tomó su tiempo, me invitó a pasar y me ofreció café. Me escuchó sin interrumpirme, me dejó terminar de hablar. Y no miró ni una sola vez su reloj caro de muñeca ni se mostró impaciente. Obviamente, se mostró leal a su mujer. Dijo que ella mantiene el secreto de profesión, que él no sabe nada de sus pacientes. Estaba seguro de que ella hacía un buen trabajo. Aun así, me tomó en serio, lo vi. Se quedó preocupado. Espero no haber generado ningún conflicto entre ellos. Es lo último que quiero. Pero ¿qué podía hacer? ¿Qué alternativa tenía? Lo único que quiero es proteger a mi hija. Es lo más importante. Que mi hija esté sana y salva.

Henrik Widstrand me dio las gracias, me estrechó la mano y me miró a los ojos. Muy alto y guapo, desde luego, y parecía mantenerse en forma. Podría haber sido un pijo estirado, pero fue afable y cálido. La terapeuta puede estar contenta de tener un marido así. Yo siento el corazón más aliviado después de haber hablado con él. Lo cierto es que creo que todo se arreglará.

Tarareo y canto, acaricio la mano de Hedvig hasta que se queda dormida. Después me quedo a su lado hasta que me toca irme a casa.

STELLA

El cielo está nublado cuando paso por Avesta y cruzo el río Dalälven. No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve en la provincia de Dalarna.

Poco antes de llegar a Borlänge el paisaje se abre. Extensas llanuras y campos de cultivo. Las montañas cubiertas de bosque que se ven al fondo son azules. Me había olvidado de lo preciosa que es esta parte de Suecia, incluso en un día gris como hoy.

Giro a la derecha y vuelvo a cruzar Dalälven. Paso por delante de la acería. Un humo de color plomizo asciende hasta desaparecer en el cielo cubierto de nubes.

Barkargärdet queda al noroeste de Borlänge y tardo un rato en encontrar la dirección correcta en la calle Faluvägen. Los abetos y árboles de hoja caduca crecen altos y densos. Esta zona es oscura y húmeda, y me pregunto si los rayos del sol consiguen llegar alguna vez hasta aquí.

La mayoría de las casas en Barkargärdet están bien cuidadas, con jardines impecables. Pero algunas viviendas parecen casas abandonadas, destartadas y dejadas de la mano de Dios, con jardines descontrolados, basura y coches desvencijados en la parcela. La casa de Hans y Kerstin Karlsson es una de ellas. Detengo el coche junto a la acera, pero me quedo sentada. Observo la casa en la que mi hija se ha criado.

La fachada de madera está raída y necesita una capa de pintura. Seguro que en su día fue una casa bonita, pero ahora da una impresión decaída. Al lado de la rampa de acceso hay una montaña de trastos y debajo de la ventana de la cocina hay un viejo lavavajillas. El jardín es un cuadro de vegetación salvaje y los arriates llevan tiempo desatendidos. El buzón parece una casita bonita sacada de un cuento, amarillo claro con pequeños detalles. Queda fuera de lugar.

Quiero saber quién es Kerstin. Lo que hace, qué historia tiene, lo que conoce. Quiero saber por qué ha ido a ver a Henrik en vez de hablar directamente conmigo. Quiero saber por qué se ha tomado su tiempo en buscar su empresa, la dirección de su oficina y cómo ha conseguido ponerse en contacto

con él entre todas las reuniones que tiene. Cuanto más pienso en ello, más raro me parece.

No hay ningún coche en el acceso y las ventanas están oscuras, no parece que haya nadie en casa. Se acerca un vehículo. Me agazapo, el coche pasa de largo y yo respiro tranquila. El sudor me corre bajo los brazos y mi corazón late con fuerza. Me siento ridícula. Pero si es Kerstin la que viene a casa, no debo dejar que me vea.

Arranco y sigo por la calle Faluvägen hasta que llego a un desvío. Pero en lugar de meterme en la nacional E-16 para volver a Borlänge doy media vuelta.

Vuelvo a pasar por delante de la casa. Me detengo, apago el motor y bajo del coche. Tengo que intentar entrar. A lo mejor hay alguna puerta abierta o una ventana al sótano que pueda forzar.

La puerta de la casa vecina se abre cuando estoy a punto de llegar a la verja. Salen una mujer y un hombre, llevan la misma ropa de deporte. Bajan la escalera de su porche y el hombre mira en mi dirección. Parece molesto, como si sospechara que estoy aquí para colarme en la casa. En la verja del jardín de la pareja hay un cartel: COLABORACIÓN VECINAL CONTRA LOS ROBOS. Un triángulo rojo con una pata de cabra partida por la mitad y, bajo éste, el logo de la policía.

Doy la vuelta y regreso rápidamente al coche.

—Hola... ¿Te podemos ayudar en algo? —me grita el hombre.

Correteo hasta el Audi, me meto y me alejo de allí. Por el retrovisor veo que el hombre sigue mirándome.

Aparco un poco más allá y espero. Luego doy la vuelta y me vuelvo a dirigir a la casa de Kerstin. Los vecinos siguen fuera, han sacado las herramientas de jardinería. Piensan vigilar la zona, no hay ninguna posibilidad de entrar sin que se den cuenta.

He venido hasta aquí. He visto la casa, sé dónde ha vivido Alice. Dónde ha vivido Kerstin Karlsson con mi hija. Es terriblemente frustrante no poder hacer nada más. Pero, al mismo tiempo, me siento aliviada. Ahora no puedo cometer ningún error. Si saliera a la luz que he estado espiando la casa de esta manera, mi carrera laboral habría terminado para siempre.

Observo la casa una última vez. Aquí es donde Alice se ha criado. No puedo asimilarlo. Es incomprensible. ¿Ha estado de pie junto a las ventanas mirando fuera? ¿Ha corrido y jugado en el jardín? ¿Ha recibido amor o la han maltratado? No sé nada de la vida de mi hija desaparecida.

ISABELLE

—¿A ti éste qué te parece? —Johanna levanta un vestido corto con lentejuelas
—. Tú estarías guapísima con él.

Me encojo de hombros.

—Está bastante bien.

—¡Deja de deprimirte, Isabelle! —Vuelve a colgar el vestido y me coge de los hombros—. Ir de compras es el mejor remedio contra la depre.

—¿En serio? Mi madre siempre dice que cuando el dinero se acaba estás aún más deprimida.

—Se equivoca. Ya lo verás.

Yo no estoy para nada tan segura de que esto sirva de ayuda.

—¿No podemos volver a casa?

—Si pasas un minuto más tirada en esa cama, te vas a volver loca de verdad. Créeme. —Johanna me coge del brazo y me arrastra hasta el siguiente perchero con ropa.

Ha vuelto a casa después de la clase, me ha subido la persiana y me ha preguntado qué estaba haciendo. Primero se ha pensado que estaba enferma. Después me ha mirado y ha visto cuál era el problema. Se ha tumbado a mi lado y me ha dado un fuerte abrazo. Me ha dicho que ella también creía que la vida era una mierda. Poco después me ha ordenado que me levantara y me pegara una ducha. Ahora estamos ella y yo y otras mil personas en el H&M de la calle Drottningatan, en el centro de la ciudad.

Johanna me enseña un top de punto bastante corto que se ve plateado y aterciopelado. A regañadientes acepto probármelo. Y el vestido también. Además de unos pantalones estrechos y superelásticos de color negro. Johanna pone rumbo decidido a los probadores y se apodera del más grande. Se sienta en el taburete que hay dentro y con un gesto me dice que me ponga en marcha. Me quito el jersey y los tejanos. Me pruebo la ropa y giro obedientemente sobre mí misma.

Acabo comprando el top y los pantalones. Y puede que me sienta un

poquito mejor. Pero creo que se debe más a que hay alguien que se preocupa por mí que al hecho de comprar.

Johanna espera a preguntármelo hasta que estamos sentadas en Joe & The Juice del centro comercial Åhléns City. Aquí todo el mundo mola. La música está demasiado alta. Ella va a buscar un zumo para cada una y se acomoda a mi lado.

—Te he traído un *Sex me up*, he pensado que te podría ir bien.

Cojo el zumo y lo pruebo.

—Gracias. Está bueno.

—Hacía tiempo que no te deprimías así. ¿Es por tu padre?

—Es por toda mi triste vida.

—Ay, Isabelle, eres tan jodidamente dramática... ¿Qué pasa ahora?

—He tenido una infancia tan tan bizarra...

Johanna me rodea con el brazo.

—¿Porque eres adoptada y no lo sabías?

—No sólo eso. Nunca veíamos a nadie. Sólo a mi abuela. Es como si viviéramos en una burbuja, aislados de todos los demás. Y mi madre siempre quería que yo fuera su muñequita, a quien podía gobernar como quisiera. —Doy otro trago y me quedo pensando—. Mis padres jamás hacían lo que hacen los demás padres. Eran diferentes de todos los demás. Yo siempre me avergonzaba de ellos. Más de mi madre. Ella siempre era rara, de alguna manera. Ninguno iba nunca a las reuniones de padres, se inventaban excusas cuando la clase y todos los padres iban a hacer algo juntos y tampoco me dejaban ir al parque acuático de Leksands Sommarland. Vale que me dejaban ayudar a mi padre en el garaje, y mi madre y yo hacíamos bastantes bizcochos. Pero no deja de ser bastante extraño.

—Todos los padres están tarados. Enfermos de la cabeza. De una forma u otra. Todos, te lo prometo.

—No como mi madre. Ella me vigilaba todo el rato. En cuanto algún chico aparecía en escena, ella se enteraba. Entonces llamaba a sus padres, los amenazaba con denunciarlo a la policía y todo lo que se le ocurriera. Mi madre estaba loca, todo el mundo lo sabía. Y al final todo el mundo me evitaba por culpa suya.

—Ahora me tienes a mí. —Johanna se apoya en mi hombro—. Y a Fredde también, ¿no? Os habéis escrito bastantes mensajes últimamente, ¿verdad que sí?

—Sí.

—¿Te gusta?

—Un poco.

—¿Sólo un poco?

—Para, Johanna.

—Vale.

Silencio.

—¿Crees que yo le gusto? —pregunto al cabo de un rato.

Johanna pone los ojos en blanco.

—Se pone tanto contigo que podrías pedirle cualquier cosa.

—¿Aunque sea una rara?

—¿Sabes qué? No eres tan bicho raro como tú te crees. Sólo lo tienes metido en tu cabeza.

—Un día Stella explicó algo parecido en la terapia de grupo. Pero igualmente... Siento que tengo cosas terribles dentro de mí.

—¿Te crees que eres la única? Yo también me siento la hostia de cabreada a veces. Con mis padres, con la vida, con todo. No tiene nada de malo, la cuestión sólo es qué haces para remediarlo.

—Puede ser. No sé.

—Pero yo sí sé. Y ahora quiero escuchar lo que piensas hacer con Fredde.

Seguimos hablando de chicos, de hombres, de cuál es la mejor manera de ligar por SMS y Snapchat, me da consejos sobre lo que debo decir y lo que no. Me hace sonrojarme, nos reímos. Al cabo de un rato, Johanna se levanta para comprar un par de bocadillos. Hablar de tíos y de sexo consume energía. Le digo que me toca a mí invitar, pero ella me ningunea con la mano.

Salir con Johanna ha sido lo mejor que podría haber hecho, aunque en un primer momento no tuviera ningunas ganas. Mientras está ausente me llaman al móvil. No reconozco el número, pero por una vez no es mi madre.

STELLA

De regreso a Estocolmo. Voy más deprisa de lo permitido. Estoy decepcionada. Y enfadada. Ha sido una estupidez subir hasta Borlänge. Debería haberme quedado en casa durmiendo. No he sacado nada. Ni una puta mierda. No sé más ahora que cuando me he ido. Al contrario, ahora sólo tengo más preguntas que exigen respuestas. Respuestas que no existen.

Me paro en una gasolinera en Enköping, pongo gasolina y me pido un café. Me siento a una mesa en un extremo del aparcamiento. Tengo los hombros tensos, noto los ojos secos. Respiro hondo unas cuantas veces, lleno los pulmones y me enderezo.

Saco el móvil y llamo.

—Isabelle —contestan al otro lado.

—Hola, Isabelle, soy Stella Widstrand. —Un momento de silencio—. ¿Hola? —digo.

—¡Ah, hola!

—Hola, disculpa que te moleste un viernes por la tarde.

—No hay problema.

Música fuerte de fondo. A lo mejor está en algún bar estudiantil.

—¿Puedes hablar? —le pregunto—. ¿O sigues en el IRT?

—Hoy tengo libre. Estoy con una amiga en el centro.

—Qué bien —digo—. ¿Te gusta estudiar?

Una breve pausa antes de responder.

—Sí, la verdad es que sí. Nos ponen trabajo, pero es divertido.

Lo natural que podría ser. Llamar a tu hija, preguntarle cómo va, qué tal le ha ido el día. ¿Quién es? ¿Qué sueños tiene? ¿Qué quiere ser de mayor? Quiero saberlo todo de ella.

—Seré breve. Tengo una propuesta —me oigo decir a mí misma—. La terapia de grupo sólo es una vez a la semana. Eso no da mucho tiempo para todos y cada uno de vosotros. Tengo una hora el lunes. Te puedo dar una hora para hablar tú sola. ¿A las once?

—Vale. —Isabelle suena vacilante—. A lo mejor sería bueno.

—Sólo si sientes que quieres hacerlo —añado—. Si piensas que podrías sacarle algún provecho. Más adelante podemos vernos junto con tu madre también. Podría servirnos de ayuda para acercarnos la una a la otra.

—A lo mejor más adelante —dice—. ¿Puedo pensármelo?

—Por supuesto. Sólo es una propuesta. Haz lo que sientas.

—Pero el lunes me parece bien. ¿A las once?

—Sí, eres bienvenida a esa hora.

Cuelgo y me meto en el coche. Cojo el bolso y saco mi agenda, apunto Isabelle, lunes a las once. Lo que estoy haciendo no es ético. Pero Alice es mi niña. Estoy dispuesta a ir todo lo lejos que haga falta para recuperarla.

Vuelvo a la hoja de esta semana. Veo que debería haber enviado una serie de emails, llamado a ciertas personas, hoy me tocaba documentar expedientes. Ya ha caído la tarde y no he hecho nada de todo eso. Ni tampoco pienso ponerme a hacerlo ahora.

Veo una anotación del miércoles, de la conversación con Per Gunnarsson. «Sven Nilsson, Norrköping.»

Aún no lo he llamado. El malentendido de cuando me tocaba recoger a Milo, la bronca con Henrik ayer en Trattorian. Me he olvidado completamente de ponerme en contacto con él.

Busco en Google y doy con un número de teléfono y una dirección. Llamo, escucho impaciente cómo se van sucediendo los tonos.

—¿Sí, hola? —Una voz de mujer joven.

Me presento y explico que estoy buscando a Sven Nilsson. Oigo murmurar a la mujer, un carraspeo cuando suelta el auricular.

—Sven Nilsson. —Tiene la voz afónica, no la reconozco.

—Hola, me llamo Stella Widstrand —digo—. Nos conocimos en el verano de 1994. Entonces me llamaba Stella Johansson.

—Ya.

—Mi hija Alice desapareció en Strandgården en agosto de ese año. Sólo tenía un año. Usted estaba al mando del caso de su desaparición.

Silencio.

Sven Nilsson es anciano. ¿Lo recordará?

—Sí, me acuerdo —dice—. ¿Puedo preguntarte por qué llamas?

—Estoy segura de que Alice está viva. A lo mejor le puede parecer una locura. Pero, simplemente, lo sé. Está viva.

—Yo sentí en todo momento que tu hija estaba viva —dice Sven Nilsson—. Desgraciadamente, nunca pude demostrarlo. Lo lamento. Fue lo más difícil con lo que me topé en todos mis años de profesión.

Las lágrimas caen a raudales. Me seco los ojos con la manga del jersey y me aclaro la garganta.

—¿Conserva algún material del caso para que le pueda echar un vistazo?

—Desde luego, desde luego —dice—. Tengo hasta el último papel aquí. Todo. De hecho, sé que había una pista que se pasó por alto. Si te puedes pasar por aquí, podemos mirarlo juntos. A ver, ¿el martes? ¿Martes por la mañana? ¿Te va bien?

Suelto una risotada. Falta una eternidad para el martes, pero por fin conseguiré las pruebas que confirmen que tengo razón.

Pongo música a todo volumen y conduzco hasta casa.

STELLA

Henrik ha hecho pan por la mañana y huele que alimenta en la cocina. Es sábado y desayunamos juntos. Henrik y yo todavía no hemos hablado, pero hacemos como si nada por Milo. Me como una rebanada del pan a pesar de no tener apetito y lo halago por el buen sabor que tiene. Después le pregunto a Milo por el partido del día. Con eso basta para que se ponga a hablar de forma ininterrumpida y así Henrik y yo podemos seguir ignorándonos.

No voy al partido. Henrik parece aliviado de que me quede en casa. Alego que necesito descansar. Pienso tumbarme en el sofá y tomármelo con calma. Los despido desde la puerta cuando se van y pienso que dije justo lo mismo hace dos semanas. Naturalmente, no le he contado a mi marido mi excursión a Strandgården. Ni tampoco el viaje a Dalarna y a la casa de Kerstin. Ni le he hablado de las llamadas a Isabelle y a Sven Nilsson. No soy de fiar y, además, tengo secretos.

Seguro que él me lo nota. No puedo echarle en cara que le cueste creerme. Aun así, no tengo remordimientos.

Es imposible que una persona que no haya perdido a un hijo lo pueda entender. Si lo revelara todo, lo que siento, lo que estoy haciendo, Henrik trataría de detenerme. Me pondría trabas. No tengo tiempo para sus dudas y su desconfianza. Todo lo que asegura decir y hacer con la mejor intención no es más que una expresión de su miedo. A Henrik le da miedo tener problemas conmigo. La única persona a la que quiere proteger es a sí mismo. Es humano. Todos lo somos. Y es por eso por lo que no le he dicho nada de a quién voy a ver hoy.

Salgo de la E-18. Según el GPS no me falta mucho. Ayer no pude evitar meterme en su cuenta de Facebook. Aunque sólo viera su foto de perfil, los lugares en los que ha estado y la música que le gusta. El resto era privado, reservado para sus amistades.

Al principio no tenía ninguna intención de venir. Pero al final me vi obligada. Sólo quiero verlo. Saber cómo está.

No hay nadie más con quien pueda hablar. Nadie que lo pueda entender.

Él es su padre.

Y tiene derecho a saber que Alice está viva. Que la he conocido y que sé dónde está.

Daniel vive en una acogedora casa de madera de color blanco en Bro, a treinta kilómetros de Estocolmo. La casa está en una gran parcela bordeada por setos bien podados. Al lado del terreno hay un taller donde un hombre está inclinado sobre un capó abierto. TALLER SUNDKVIST, pone en el rótulo que cuelga en una de las paredes. Me miro en el retrovisor para ver qué cara tengo. Me recoloco la blusa blanca. Me he pintado las uñas de color burdeos. Por la mañana me he arreglado el pelo y ahora me cuelga rizado por los hombros. Le sonrío al espejo. El reflejo me devuelve la sonrisa, pero se ve nerviosa e insegura.

Me acerco hasta la entrada del taller y aparco. Daniel se hace visera con la mano y me mira con ojos entornados. Yo cojo aire y me bajo del coche.

—¿Stella? —Daniel sonrío y se aproxima—. Ya me parecía que eras tú —dice.

Se limpia las manos con un paño. Después me levanta en volandas entre sus brazos, me sujeta con fuerza y da una vuelta. Como siempre hacía antes. Yo hundo la cara en su cuello, aspiro su olor. Había olvidado el efecto que Daniel produce en mí. No estaba preparada para el deseo que se me despierta cuando me toca. ¿O sí lo estoy? ¿Puede ser que incluso haya estado esperando sentirlo de nuevo?

—¿Qué haces aquí? —dice y me deja en el suelo—. ¿Tú en Bro?

—Pasaba por aquí...

—Seguro. —Sonríe, pero me da la sensación de que está en guardia.

Nos miramos. Daniel está como siempre, pero al mismo tiempo ha cambiado. Ya no está delgado y enclenque. Seguro que hace bastante ejercicio, tiene los hombros fuertes, el pecho y los brazos son musculosos. Nunca lo había visto con el pelo tan largo y lo lleva recogido en un moño alto. Sigue teniéndolo negro como el carbón, pero le asoman algunas canas en las sienes. Ahora hay más tatuajes tapándole los brazos que hace doce años. Lleva los tejanos raídos y parece que se le vayan a caer. Camisa roja de felpa abierta, camiseta negra debajo. Se le ve peligroso. Es sexy.

—Tu taller. —Hago un gesto hacia el rótulo—. Al final lo conseguiste.

Él levanta la cabeza y lo mira.

—Estoy a gusto —dice y mira de nuevo—. ¿Y tú? ¿Sigues de loquera?

Me acerco al coche con el que está trabajando.

—Qué preciosidad —afirmo, y acaricio el lateral con la mano.

—¿Verdad que es bonito? —Daniel me sigue los pasos y me roza el culo sin querer. Se pone a mi lado. Cerca. Huele a aceite de motor y a loción de afeitado. Puedo oír su respiración.

—Recuerdo aquella cosa roja y brillante en la que nos movíamos —digo, y lo observo.

—¿Cosa brillante? —Se hace el ofendido—. Era un Impala del 74.

—Tengo muy buenos recuerdos de aquel coche.

Daniel sonrío. Él también se acuerda. Y no tiene ningún reparo en pensar en todas las cosas que hicimos en el asiento de atrás. Se lo noto. Siento una succión en el estómago. Él se adentra un poco más en el taller.

—¿Quieres una cerveza o algo?! —grita por encima del hombro.

—Me encantaría un poco de agua, si tienes.

—¿Aún no has aprendido a tomar cerveza? —Sale y me pasa un botellín de Ramlösa. Lo cazo al vuelo y me río.

—No, soy un caso perdido.

Me pregunta por Gudrun. Oyó que Henrik y yo le habíamos comprado un piso a mi madre hace unos años. Dice que echa de menos sus albóndigas, que tengo que darle recuerdos. Yo le pregunto por Maud, su madre. Se jubiló antes del verano, así que ahora se pasa los días fumando Blend rubio bajo el extractor de la cocina.

Nada de lo que decimos tiene la menor importancia. No es más que un poco de charla desenfadada que sirve para retener lo demás. Eso que estoy sintiendo ahora mismo de pies a cabeza. Veo en la mirada de Daniel, por cómo la desliza por mi cuerpo, que él está experimentando lo mismo. Y me resulta ridículamente lisonjeador saber que se sigue sintiendo atraído por mí.

—Menuda guarida te has hecho aquí —digo y paseo la mirada—. Nevera con cervezas, y gramola y todo.

—Acogedor, ¿a que sí? —responde.

Me siento en el sofá que hay al lado de la nevera.

—No puedo garantizarte que tu elegante ropa siga igual de impecable después de sentarte ahí. —Señala el sofá con la cerveza.

—Ven a sentarte —le digo y doy unas palmaditas a mi lado.

Él se acerca y se acomoda. Apoya el brazo en el respaldo detrás de mí y yo me aproximo un poco. No puedo dejar de preguntarme cómo habría sido la vida si nunca hubiéramos cortado. ¿Habríamos vivido así, fuera de la ciudad, él y yo? ¿Habríamos tenido más hijos?

Me desespera todo lo que nos ha pasado. Todo lo que hemos perdido. Lo

echo de menos. Añoro el calor que había entre nosotros. Añoro el ardor. Y quiero volver a experimentarlo.

—Es trágico que algunas personas que lo han significado todo y que han sido parte de tu vida dejen de serlo —le comento—. ¿No te parece?

Daniel me aprieta el hombro.

—Tú siempre has pensado y te has comido más la cabeza que yo. —Se queda un momento callado—. ¿Sigues escribiendo un diario? —pregunta luego.

—Ya no.

—¿Eres feliz? —Daniel me mira a los ojos.

Le esquivo la mirada.

—Llevamos una buena vida —respondo y dejo claro que prefiero no hablar de ello.

—Henrik es ingeniero estructural o algo así, ¿no?

—Algo así.

—Te lo has montado bien —dice—. Llevas un Audi TT. Caro y con clase. ¿Es la misma chica que no se atrevía a sacarse el carnet de moto?

—La mismita. —No he venido para hablar de mi vida actual. No quiero oír nada sobre ello. Quiero estar aquí y ahora, con Daniel.

—Parece un hombre adecuado para ti —señala—. Tú y yo éramos demasiado lanzados.

—Puede ser.

—¿Y tu hijo? Milo, ¿no? Ya debe de ser bastante mayor.

—Trece.

—Cómo pasa el tiempo. —Daniel da un trago de cerveza.

—Alice tendría veintidós —anuncio.

Daniel me mira. Retira el brazo y se endereza. Piensa largo y tendido en lo que va a decir. Me había olvidado de que suele hacer eso. Su táctica para no tener que hablar me sacaba de quicio. Ahora también lo hace.

—¿Tú también piensas en ella? —pregunto.

Daniel gira la lata entre sus manos.

—A veces —contesta al cabo de un rato—. Alguna vez. El día de su cumpleaños. La vida ha seguido adelante. —Se vuelve a quedar callado.

—Yo he pensado bastante en ella. En nosotros. —Pongo una mano en su pierna—. Estuvimos bien, Daniel.

—Recuerdo nuestras discusiones —dice—. Nos poníamos de los nervios el uno al otro en aquel cuartucho estrecho en Jordbro. No siempre fue tan romántico. —Se deshace el moño y se pasa los dedos por el pelo. Yo levanto la mano de su muslo.

—Si Alice no hubiese desaparecido...

—¿Habríamos vivido felices el resto de nuestros días? —Niega lentamente con la cabeza y me mira—. ¿Tú lo crees? Éramos muy jóvenes, Stella. Y te hice un bombo casi a la primera. Creo que lo recuerdas un poco distinto a como lo hago yo.

Daniel rechaza nuestra vida juntos. Con gran facilidad. Lo borra todo de un manotazo como si no tuviera ningún valor. Me levanto y me dirijo a la puerta del garaje. Miro a la calle. A lo mejor ha sido un error venir hasta aquí. Me vuelvo y lo miro.

—Entonces ¿qué? ¿Mis recuerdos no son más que meras fantasías?

—Te gusta mucho ver las cosas de color de rosa, siempre te ha pasado. — Daniel abandona el sofá, camina hasta el coche y vuelve a asomarse sobre el motor.

Saca una llave inglesa y continúa trabajando. También reconozco ese comportamiento. Se siente inseguro, está desconcertado. ¿Soy yo quien lo perturba? ¿Teme lo que pueda pasar? Sí, sin duda. Está muerto de miedo. Yo despierto algo en él. Es igual de intenso ahora que en su día. Y eso le da pánico.

—Recuerdo que nos querías —digo—. Estabas contento con Alice, feliz hasta la médula. ¿Es un recuerdo equivocado? ¿Sólo éramos un obstáculo para ti? ¿Para todos los planes que tenías? Dilo, puedo soportarlo. —Me acerco a él. Me siento como un personaje inestable de un culebrón.

Él se vuelve y me agarra por los brazos. Se agacha y me observa con detenimiento.

—¿Por qué estás pensando ahora en esto? ¿Por qué has venido? No es para hablar de viejos recuerdos, hasta ahí llego.

Miro al suelo antes de atreverme a cruzarme con sus ojos. Después le cuento que he encontrado a Alice. Que Alice me ha encontrado a mí, pero que ella aún no lo sabe. Se lo cuento todo. Oigo que soy incoherente, desearía estar más serena. Pero lo suelto todo. De principio a fin.

Cuando termino me doy cuenta de que la mirada de Daniel está ausente. Está de pie con las piernas separadas, la espalda erguida, las manos en los bolsillos.

—¿Tiene el pelo grueso? ¿Oreja de fauno? —Se lleva una mano a la suya.

—Sí, la tiene. Es lo que me hizo estar segura. —Le tomo la cara entre las manos. Nuestras miradas se cruzan. Todo está quieto.

—Y ¿verdad que se parece a Maria? —dice—. Como ya lo hacía de pequeña. —La voz de Daniel es dulce y comprensiva. Por fin. Sabía que él me creería.

—Es una copia de Maria. Tienes que verla.

Le paso las manos por la nuca, me apoyo en él. Hacía tanto tiempo... Y aun

así es como si nunca nos hubiésemos separado. El tiempo no ha sido capaz de romper nuestro vínculo.

—¿Y la has visto, has hablado con ella? —dice—. ¿Estás segura?

—Daniel, es nuestra hija. —Quiero llorar de alivio porque me entiende. De pena por todos los años que han pasado. De alegría por estar junto a él, sentir la cercanía entre nosotros.

—Nuestra hija está muerta. —Daniel se libera de mí—. La enterramos. ¿No lo recuerdas? —Podría haberme dado un puñetazo en el estómago—. Joder. ¿Hasta dónde tengo que aguantar, Stella? ¿Cuántas veces vamos a tener que pasar por esto?

—Es ella. Sé que es ella. Lo siento en todo mi cuerpo. —Me aparto y respiro hondo varias veces antes de volver a mirarlo—. He hablado con Sven Nilsson. ¿Te acuerdas de él? ¿El policía? Hay pistas que nunca se investigaron. He quedado con él el martes. —Cojo las manos de Daniel, lo obligo a mirarme—. He pensado que a lo mejor querrías acompañarme. Vamos juntos. Obtendremos respuestas. Esta vez podremos saber lo que...

—Stella, escucha —me interrumpe Daniel—. Alice no está. Tienes que soltarla. Hemos seguido adelante, tanto tú como yo. Es lo único que necesitamos saber.

El nudo en la garganta se hace más grande y las lágrimas se derraman. Lloro sin tapujos.

—Daniel, tienes que ayudarme —sollozo—. Por favor, no me des la espalda. Sólo me quedas tú. —Él me pone una mano en la mejilla y yo me lanzo a su regazo.

—Estoy igual de triste que tú —dice en voz baja—. Lo estoy.

—La echo de menos. Y te echo de menos a ti. —Me dan unos espasmos y oigo que mis palabras apenas se pueden distinguir. Él me hace callar y me susurra en el pelo. Me acaricia la espalda.

Es una sensación deliciosa. Es placentera. Y quiero poseerlo. Ahora.

Está mal.

Sé que está mal.

Pero me siento tan bien entre sus brazos... Y el deseo que he sentido al principio vuelve a estar aquí. Le acaricio la mejilla, hundo los dedos en su pelo, noto la cicatriz en su frente. Tiro de su cara hacia abajo para darle un beso. Daniel me aparta de un empujón y endereza la espalda.

—Eso no servirá de ayuda. Tienes una familia, no lo olvides. Tu marido te quiere. Lo comprobé cuando lo conocí hace doce años. Se preocupa por ti. Y seguro que te cuida mejor de lo que habría hecho yo.

Miro al suelo. No soporto cómo me observa. Siento vergüenza, vergüenza,

vergüenza.

—No pienso acompañarte —dice—. No quiero hacer esto otra vez. No puedo. No es justo para ninguno de nosotros. Vete a casa con tu hijo, Stella. Vete a casa con tu marido. Debe de estar preocupado por ti.

—Papá, papá. —Una voz aguda. Retrocedo por acto reflejo cuando una niña entra corriendo y se lanza a los brazos de Daniel—. ¡Hemos visto gatitos y cabras y ovejas y *treneras* de ésas!

—¿Terneritas? —Daniel se ríe.

La niña debe de tener unos cuatro años y tiene el pelo oscuro, grueso. Luego entra otra niña, más o menos de unos ocho, me atrevo a decir, con un pelo igual de bonito. Él les pregunta a las niñas dónde está mamá. Ha entrado en casa con la compra, dicen a la vez. Él se sube a la pequeña a la cintura con naturalidad y rodea a la mayor con el brazo, la conduce hasta la puerta. Le dicen que mamá quiere que entre con ellas. Con sus chicas favoritas.

¿Alice sería así a esas edades? ¿Él la habría mirado de la misma manera, habría sido igual de maravilloso?

Sí, sé que lo habría sido. El dolor me azota y me cuesta coger aire.

Veo a un Daniel más joven sentado en el suelo jugando con nuestra niña. Dormido en el sofá con el pelo en todas las direcciones y con ella en el pecho. Una mano protectora sobre su diminuta espalda. Nosotras éramos sus chicas favoritas.

¿Me quedaré paralizada para siempre? ¿Me quedaré aquí petrificada hasta que alguna alma cándida sea lo bastante amable para sacarme de aquí?

Soy imbécil.

Una escoria desequilibrada.

¿Me he montado la película de que él se habría quedado esperándome, esperando a revivir el poco tiempo que estuvimos juntos? Tiene hijas nuevas de las cuales preocuparse. Un nuevo amor.

Una nueva vida.

—Stella. Stella. —Daniel sigue en la puerta. Me mira, y las dos niñas me lanzan miradas de curiosidad—. Cuídate. Ve con cuidado. —Coge a sus hijas y se va a la casa.

En el porche hay una mujer que mira en dirección a mí. Es guapa.

Me siento en el coche y me marcho.

STELLA

Me largo de allí conduciendo como una posesa. Me meto en el arcén y paro el coche. Dejo caer la cabeza en el volante y me pongo a llorar. La culpa y la vergüenza me envuelven, el autodesprecio me martillea con su mensaje eterno de lo inútil que soy. Culpa por serle infiel a Henrik. Vergüenza por los sentimientos que han brotado en mi interior y cómo he elegido gestionarlos. ¿He intentado besar a Daniel? ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar? No quiero pensar en ello. Sigo sintiendo deseo. Lo que tuvimos fue intenso y apasionado. Y cuando hoy he visto a Daniel me ha vuelto todo. Lo he *dejado* volver. He querido creer que seguía ahí. Quería buscar consuelo, desaparecer en el olvido. El miedo al dolor. Esto es lo que pasa cuando huyo de aquello que hace daño. En este momento no tengo ningún control sobre mis impulsos.

Daniel y yo. Lo que tuvimos ya se acabó. Y lloro por nosotros. Alice estuvo presente un instante, al siguiente había desaparecido, como si jamás hubiese estado con nosotros. Nadie pudo explicar lo que había ocurrido. Nuestra familia dejó de existir.

Los días posteriores a la desaparición de nuestra niña se fundieron en un prolongado estado tormentoso de desesperanza y angustia. Volver a casa, al piso en Jordbro, y ver juguetes tirados en cada cuarto, ver la trona en la cocina, la cuna en el dormitorio. Recogí sus ropitas que estaban por lavar, sus animalitos de peluche.

Fui incapaz de compartir mi pena con nadie. Me quedé como paralizada. Me escondí en el sofá y me tapé con la manta de Alice. Como para mantenerla cerca, sentir su olor.

Daniel lo intentó de todas las maneras: suplicó y rogó, al final me gritó. No obtuvo ninguna respuesta por mi parte, yo estaba catatónica. Al final se alejó. Se resignó a su propia tristeza. No creo que me acusara, pero no estoy segura. A lo mejor sentía rabia por mi negligencia, mi descuido, mi aparente indiferencia. A lo mejor no. Nunca dijo nada al respecto. Ni una sola vez me preguntó cómo pude dejar sola a Alice. Pero aun así... Debía de estar ahí. Yo elegí no verlo,

habría sido demasiado.

Pasaron dieciséis semanas. Ninguna señal de vida de nuestra niña. Ningún rastro, ninguna novedad por parte de la policía. Dieciséis semanas pasaron sin demasiadas señales de vida tampoco por mi parte. Daniel recogió sus pertenencias y se fue de casa. Se colgó la bolsa al hombro, me miró largo y tendido antes de darse la vuelta.

Yo me quedé tumbada en el sofá y lo dejé marchar.

Los zapatos de Milo no están en el recibidor cuando llego a casa. Ninguna señal de Henrik, pero su chaqueta está colgada en el perchero y el coche está fuera. Está en casa. El corazón me late con fuerza mientras subo la escalera. Estoy tan cabreada que no puedo evitar temblar. Me ha traicionado, ha hablado con Daniel a mis espaldas. Le ha advertido de que he tenido una recaída. Que me estoy obsesionando. «Está preocupado por ti.» ¿Con quién más se ha puesto en contacto? ¿Ha llamado a todo el mundo para contarles lo desequilibrada y enferma que estoy?

En el dormitorio, su ropa de deporte está tirada por encima del cesto de la ropa sucia. Ha salido a correr. El agua corre en el cuarto de baño. La puerta está entreabierta y decido entrar. Veo a Henrik detrás de la mampara escarchada.

La abro de un bandazo. Él se vuelve y me mira con ojos entornados.

—¿Dónde has estado? —pregunta, y cierra el grifo.

Coge una toalla y se la enrolla a la cintura. Doy un paso al frente y le pego un bofetón en la mejilla. Él se me queda mirando como si no pudiera creer lo que acaba de pasar.

—¿Qué haces? —dice, y se toca la cara con la mano. Le doy un empujón, lo golpeo con el puño cerrado en el pecho.

—¡¿Cómo has podido?! —grito—. ¡¿Cómo cojones has podido?! —

Henrik me agarra de los brazos, evita mis golpes. Así que paso a darle patadas. Él me coge con más fuerza y me hace dar la vuelta. Me sujeta.

—Suéltame. —Lucho por liberarme—. Te he dicho que me sueltes.

—Maldita sea, pero ¿qué te pasa? —Henrik sigue inmovilizándome con fuerza.

Le muerdo la mano y doy la vuelta en cuanto me deja ir. Suelta un taco y se mira la marca de mi mordedura. Levanto la mano para darle otro bofetón. Él me alcanza la muñeca, me empuja contra la pared y la mantiene sujeta por encima de mi cabeza.

Una gota de agua se desliza por su torso desnudo. Henrik se inclina sobre mí. Con la mano que tengo libre lo cojo de la cabeza y lo acerco a mí. Le doy un

beso. Le muerdo el labio.

—¿Qué estás haciendo?! —me ruge al oído. No contesto. Él me suelta, da un paso atrás.

Los botones salen disparados cuando me arranco la blusa. Henrik me mira sin decir nada. Me aferro a sus caderas, me pego a él. Nos besamos, un beso largo y profundo. Me abro camino por debajo de la toalla, lo agarro y acaricio su erección.

Él me levanta y me sienta en la encimera junto al lavabo. Le quito la toalla, veo lo duro y erguido que está. Lo rodeo por la cintura con las piernas y él tira de mí hasta tocarnos.

Me besa el cuello, la nuca, me coge con firmeza del pelo. Su lengua en mi boca. Me desabrocha el sujetador, lo tira al suelo y me lame los pechos. Su lengua traza círculos alrededor de mis pezones y yo pego los labios a su oreja, le susurro que voy a ser suya.

Me lleva en volandas al dormitorio. Me suelta en la cama y me arranca los pantalones y las bragas. Intento incorporarme, pero él me empuja y caigo de espaldas. Está de rodillas en el suelo y me besa el interior de los muslos, y yo lo cojo del pelo y me aprieto contra su cara.

Su lengua se desliza provocadora, lenta. Me retuerzo, pido más. Él lame y mordisquea. Estoy a punto de correrme cuando él para de golpe y se inclina sobre mí, dice que así es suficiente. Yo lo hago tumbarse en la cama, rodamos juntos y caemos por el borde al suelo.

Me siento a horcajadas encima de él, froto mi coño mojado contra su polla. Sus manos en mis pechos, en mi culo. Yo le beso los hombros y el cuello y bajo por su barriga lisa. Él jadea cuando me lo meto en la boca. Está grande y duro y yo chupo, lamo, disfruto viéndolo disfrutar, oyéndolo jadear, sintiendo su cuerpo al tensarse, sabiendo que se acerca. Me pide que pare, dice que quiere follarme.

Le acaricio el pecho con el pelo. Él me lo vuelve a agarrar con fuerza y me tira a un lado. Rodamos de nuevo. Con una mano me sujeta las muñecas por encima de la cabeza y con los dedos de la otra me acaricia el clítoris. Me penetra, me llena por completo. El golpeteo de nuestros cuerpos chocando, el ritmo marcado en el suelo. Grito cuando me corro. Grito fuerte y siento el llanto brotar al mismo tiempo.

Él se queda tendido encima de mí y yo me aferro a él con las piernas. Su corazón palpita contra el mío.

—Hola, cariño —dice al cabo de un rato. Rueda a un lado para bajarse y se me queda mirando—. ¿Dónde has estado?

No respondo. Quiero permanecer en este instante. Olvidar todo lo demás. Acurrucarme junto a él, dejar que me abrace, su cuerpo junto al mío. Quiero

volver a tenerlo dentro. Me inclino sobre su cara, le beso los labios. Lo tomo en mi mano, siento cómo va creciendo.

El móvil de Henrik empieza a sonar. Él suspira, murmura que tiene que mirar quién es. Se sienta en el borde de la cama y coge la llamada. Yo trepo a la cama y entorno los ojos. Henrik me azota el culo y yo levanto la mirada. «No te duermas», gesticula con la boca. Pero estoy demasiado cansada. No me queda energía. El cerebro está agotado después de un día largo y despreciable. Siento el cuerpo pesado y flácido. Me tapo con el edredón, noto que Henrik me pellizca el muslo. «No te duermas.»

Cuando Henrik cuelga se queda un buen rato sentado a mi lado. No necesito abrir los ojos para saber que me está mirando. Me hago la dormida y oigo que se viste. Antes de irse me da un beso en la frente. Sale del dormitorio y baja la escalera.

STELLA

Cuando me despierto, Henrik está tumbado a mi espalda. Me doy la vuelta. Él abre los ojos.

—No quería despertarte —digo—. ¿Qué hora es? ¿Es de noche?

—No estaba durmiendo —responde.

—Hacía tiempo. —Deslizo un dedo por su pecho y me acerco, le doy un beso en los labios. Intento ponerlo en marcha de nuevo. Él me acaricia la mejilla y me mira a los ojos.

Me pego a su cuerpo.

—¿Quieres más?

—Quiero hablar —dice.

—¿Estás seguro? —Le mordisqueo el cuello.

—¿Qué pasó ayer? Tarde o temprano me lo tendrás que contar.

Me levanto de la cama. Me pongo una camiseta y me recojo el pelo en un moño.

—Si no recuerdo mal, nos pusimos cachondos. Tuvimos sexo en el suelo...

—Stella, corta el rollo —me interrumpe Henrik. Se incorpora y se apoya en el cabecero de la cama—. Cuando llegaste a casa estabas cabreadísima conmigo. ¿Por qué?

La rabia rebrota con toda su fuerza.

—¿Tú qué crees? ¿Eres tan tonto del culo que no te das cuenta? ¿O estás intentando hacer como si nada?

—No tengo ni la más remota idea de lo que estás hablando. ¿Cómo voy a saberlo? Si soy el último en enterarme de todo. Igual que la otra vez.

—Para —ordeno—. No me eches en cara toda esta mierda.

Cojo la cesta de la colada, aparto su ropa de correr y empiezo a doblar toallas.

—Perdón —dice Henrik—. No debería haber dicho eso.

Tiro las toallas al suelo. Me planto delante de la ventana y miro fuera.

—Cariño, ¿qué he hecho? —Suena sincero. Y la pregunta está justificada.

Pienso en qué contestar. Preferiría no revelar lo que hice ayer, que fui a ver a Daniel.

¿Qué fue lo que dijo que me hizo enfadarme tanto con Henrik, en realidad? Que sé que Henrik ha hablado con él. Que ha traicionado mi confianza. O ¿cómo era? De pronto se apodera de mí una desagradable sensación de que podría haber sacado demasiadas conclusiones de lo que me dijo Daniel.

«Nuestra hija está muerta.
No hay nada que nos puedan contar.
Alice no está.
Hemos seguido adelante.
Tienes un buen marido, se preocupa por ti.
Está preocupado por ti.»

¿O dijo: a lo mejor está preocupado por ti? ¿No está preocupado por ti?
¿Debe de estar preocupado por ti?

Cuando Henrik se siente culpable no lo sabe disimular. Es honrado y suele reconocer sus actos. Yo también suelo serlo. Nuestra relación es así.

Era. No es Henrik quien está siendo deshonesto, soy yo. Y son mis remordimientos los que me hacen acusar a cualquiera menos a mí misma.

Henrik se levanta y se pone el chándal gris.

—Vale, déjame adivinar —dice—. ¿Estás enfadada porque no creo que Alice esté viva? ¿Porque no me creo que la hayas encontrado?

—Odio sentir que pienses que estoy loca. Que crees que me lo estoy inventando. Que le digas cosas a mi madre, a Pernilla, quizá a más personas, a mis espaldas.

—Primero, no he hablado con Pernilla. Ni tampoco con tu madre. No sé qué te hace pensar que lo he hecho, pero no es así.

Trato de añadir algo, pero él levanta una mano como un policía de tráfico.

—Segundo, me estás contando lo que yo pienso, lo que yo creo, lo que *tú crees* que yo le digo a la gente. Tú eres la terapeuta, ¿no es así? Si quieres saber lo que yo pienso, la próxima vez me lo preguntas.

Tiene razón. Y me doy cuenta de que no ha llamado a Daniel.

Henrik continúa:

—Además, me pregunto si alguna vez me has oído decir que estás loca o chiflada. ¿Me has oído alguna vez?

—No —reconozco—. Nunca lo has dicho.

—Entonces deja de adjudicarme cosas de una puta vez.

—Perdón —susurro.

—Sólo porque no me pongo a dar saltos de alegría de buenas a primeras no quiere decir que piense que estás loca. No me cuentas nada, incluso me evitas, y luego te me echas encima. Entenderás que quiera saber qué está pasando.

—Sólo desearía que confiaras en mí —digo.

—Y yo desearía que hablaras conmigo. Es mucho más fácil para mí confiar en ti si me cuentas lo que pasa. —Se sienta otra vez en el borde de la cama—. Eres la mujer más inteligente que conozco. Suelen ser racional y lógica. Pero por el momento no he visto más que arrebatos de cólera y suposiciones vagas. No es propio de ti.

—¿Cómo habrías reaccionado tú? ¿Qué habrías sentido si volvieras a ver a Milo después de veintiún años?

—Has conocido a una chica que se parece a la tía de Alice. Eso es todo. Isabelle *tiene* una madre biológica. Que, por otro lado, está muy preocupada. Aun así tú estás convencida de que es Alice. Piensas que es todo una conspiración para ocultar la verdad. Que todo el mundo está en tu contra. ¿Qué pasa con los médicos, la escuela a la que ha ido Isabelle? ¿Todos mienten o qué? ¿De verdad piensas que alguien puede llevarse a una niña y luego hacer como que es su propia hija sin que nadie sospeche nada?

—Te he avisado, Henrik. Varias veces. Tengo algún problema.

—¿Que me has avisado? ¿Ahora de qué hablas?

—Desde el primer momento.

Henrik lanza los brazos al aire en gesto de abatimiento.

—Me rindo. Ya no te sigo.

—Maldita sea, Henrik. Haces que suene como si yo...

Henrik me hace callar, señala la puerta.

—¿Milo? —dice.

—Papá... —La voz de Milo suena pequeña.

—Entra, cielo.

La puerta se abre y Milo asoma la cabeza. Mira a Henrik, me mira a mí. El miedo en sus ojos me hace daño.

—¿No te vas a dormir? —digo con voz dulce para mostrarle que no es con él con quien estoy enfadada.

—Sólo estaba buscando un cargador.

—Puedes coger el que está en la pared —dice Henrik—. Al lado de la cómoda.

—Ven aquí, cariño —le pido. Milo se acerca arrastrando los pasos. Le doy un abrazo.

—¿Te encuentras mejor, mamá?

—¿Mejor? —pregunto, y le acaricio el pelo.

—Papá me ha dicho que te dolía la cabeza.

Miro a Henrik de reojo, pero él está mirando a Milo.

—Sí, ya me encuentro bien —respondo—. ¿Qué tal el partido?

Se encoge de hombros.

—Bien.

—Vamos, métete en la cama —dice Henrik, y le pasa un brazo por los hombros.

Baja la escalera y oigo que Henrik le habla a nuestro hijo en tono tranquilizador. Recojo las toallas que he tirado al suelo y las vuelvo a meter en el cesto de la ropa.

STELLA

Todavía está oscuro. Me acurruco junto a Henrik, apoyo la cabeza en su hombro. Él se abre de brazos, nos cubre con el edredón.

He dormido mal toda la noche pensando en lo que Henrik y yo hemos hablado. Y en lo que no hemos dicho. A mí me preocupa que Henrik esté preocupado. Me preocupa que esté enfadado conmigo y que mi pasado vaya a destruir toda esta vida que tenemos. Le susurro que no quiero que discutamos más. Le hablo del diario. Le cuento que he leído lo que escribí cuando estaba embarazada de Alice, cuando era pequeña. El día que desapareció y la época siguiente.

La luz de la mañana se cuele en forma de estrías en la alfombra del dormitorio. El mundo se ha detenido. Nos encontramos más allá del tiempo y del espacio en un singular mundo paralelo. Se parece al nuestro, pero no es el mismo en el que vivíamos cuatro semanas atrás. Mi voz suena lejana y tengo la sensación de estar contando un cuento. Henrik yace en silencio, escuchando.

Quiero hacerle entender lo doloroso que es mirar atrás. Que lo estoy reviviendo todo una vez más. Todos los recuerdos, todas las autoacusaciones. La pena y la angustia. Pero no le cuento lo de los ataques de pánico, no le digo nada de la visita a la casa de Kerstin ni de Daniel.

Henrik me dice que debería haberle dicho algo antes. Sé que él lo entiende, ¿no? Que se preocupa por mí.

Le digo que he estado asustada. Muerta de miedo.

Él no quiere que me vuelva a encontrar mal otra vez.

Lo sé.

Y tengo que prometer que no volveré a ver a Isabelle.

Me acaricia la mejilla. Me seca las lágrimas que no puedo evitar derramar. Y luego hacemos el amor sin prisa, con dulzura. Me recuesto de lado y él me toma desde detrás. Cierro los ojos en su regazo y disfruto con nuestro ritual tan conocido. Su cuerpo duro detrás del mío, sus caricias suaves que se vuelven más y más intensas. Cuando me corro él me susurra que me quiere. Me penetra hasta

lo más hondo. Yo le digo que me folla muy bien. Él jadea cuando llega, sus manos me agarran fuerte de las caderas.

Nos volvemos a quedar dormidos en un abrazo.

Más tarde estamos deambulando por los pasillos del súper City Gross. Es un domingo por la tarde como cualquier otro. Le pregunto a Henrik si quiere zumo de manzana o de naranja. Nos dejamos el pan, retrocedemos. Llenamos el carro. Hacemos cola en la caja, nos damos la mano. Yo pago, Henrik llena las bolsas. Es normal, es aburrido y es hermosamente cotidiano. No tengo que pensar, es más fácil arrinconar los remordimientos que me corroen. Salimos al Range Rover, lo cargamos entre los dos. Henrik devuelve el carro, yo arranco el coche. Volvemos a casa.

Cuando llegamos hay un perro en nuestra rampa de acceso. El perro de Johan Lindberg. Lleva el collar y la correa puestos, pero a nuestro vecino no lo vemos. Detengo el coche, Henrik me mira y sonrío. Ni es la primera vez que pasa ni será la última. Se baja del coche y se acerca lentamente al perrito. La bola de pelo del Inversor da marcha atrás soltando berridos estridentes. Después de otro intento, Henrik se da la vuelta y me mira. Se ríe y se encoge de hombros. Me bajo del coche y oteo la calle en busca del dueño.

Johan Lindberg llega haciendo *footing* entre resoplidos y vestido con ropa amarillo fosforito que se ciñe a su cuerpo redondeado. Se me acerca, apoya las manos en las rodillas. Le caen gotas de la nariz, carraspea ruidosamente y suelta un gargajo que aterriza en la calzada.

—Therese quiere que baje de peso —suelta con esfuerzo—. Dice que estoy demasiado gordo para echar un polvo.

Señalo el cinturón de hidratación con la barbilla y sonrío.

—¿Cuántas horas piensas correr?

—¿Horas? ¿No basta con unos pocos kilómetros? No estoy preparado para sacrificar mi vida por un poco de sexo.

Henrik asiente con un sonido gutural de afirmación. Noto que me aprieta la cintura con la mano. No me atrevo a mirarlo porque nos echaremos los dos a reír. Le deseamos buena suerte a nuestro vecino, yo subo el coche al acceso y luego metemos la comida dentro de casa.

Henrik vacía las bolsas de la compra. Yo meto las cosas en la despensa, la nevera y el congelador. Milo está apoyado en la mesa de la cocina y se ríe de las bromas que hacemos a costa del Inversor y su perro. Cuando el móvil de Henrik empieza a sonar le pido que no lo coja.

—¿Por qué? —pregunta, como es de esperar.

—Porque no —respondo. No quiero que nadie nos moleste. Y últimamente él está siempre así. Siempre hay alguien que necesita que le haga caso. En este momento quiero tener a mi marido para mí sola.

—Puede ser importante —continúa.

—Es domingo —me quejo—. Podrá esperar, ¿no?

—Es un número desconocido.

—Un poco de riesgo, papá —dice Milo.

Intento quitarle el teléfono. Henrik se ríe y forcejea jugando conmigo unos segundos antes de responder a la llamada. Yo me vuelvo y continúo con la comida.

—Henrik. Vaya, cuánto tiempo. —En cuestión de un segundo se pone alerta. Lo miro por encima del hombro. Milo dice que va a llamar a un amigo y se va a su cuarto.

—Bien, sí, estamos bien. ¿Y tú?

Henrik habla con su habitual tono correcto, cortés. No puede ser alguien a quien conozca demasiado. Se aparta un poco. Hojea el correo en la encimera. Presta atención antes de decir:

—Creo que ha cambiado de número desde entonces.

Me lanza una mirada fugaz. Me pregunto qué estará pasando.

—¿Quieres hablar con ella? No la tengo lejos.

Gesticulo con la boca, pregunto quién es. Henrik me ignora, escucha a la persona al teléfono. Guarda silencio, se va al salón. Luego vuelve, aún con el móvil en la oreja. Yo lo intuía. Que no debería haberlo cogido. Esto no es bueno.

Henrik se reclina en la encimera y suelta una carcajada, pero no es su risa normal, abierta y transparente.

—Gracias por llamar, te lo agradezco. —Es imposible interpretar su mirada—. Se lo diré de tu parte.

Paso un paño por la encimera. Froto unas manchas que no están ahí.

Henrik cuelga.

Yo espero.

No dice nada.

—¿Quién era? —digo al final. Intento sonar desenfadada.

—Era Daniel —responde él—. Quería saber si ayer llegaste bien a casa.

Darle vueltas a posteriori a lo que habría sido mejor es un desperdicio de tiempo y energía. No suelo darle ningún espacio. Creo que es más provechoso aprender de los errores y tratar de hacerlo diferente en el futuro. Es el consejo que les doy a mis pacientes. Yo no soy capaz de aplicarlo en mi propia vida.

Me lamento como no lo he hecho nunca. Me arrepiento de haber ido a ver a Daniel. Me arrepiento de todo. Debería habérselo contado a Henrik. Debería haber sido honrada y sincera. Jamás se me pasó por la cabeza que Daniel fuera a llamar.

Henrik se asoma por encima de la barra que limita la cocina, mira hacia la habitación de Milo. Supongo que quiere asegurarse de que Milo no nos oye.

—Daniel estaba preocupado por ti —dice—. Ayer cuando te fuiste de su casa estabas alterada. —Me mira como si no me conociera—. Y pide que te comunique que puedes llamarlo si quieres.

Sé lo que Henrik está pensando. Lo veo en su dura mirada. Y él ve en mí que me siento culpable por los sentimientos que afloraron de golpe con Daniel. Pero no vale la pena dar explicaciones. Ahora, diga lo que diga, sólo me dejará aún más en evidencia.

—No es lo que piensas —me limito a decir.

—Dices que te vas a quedar en casa a descansar, pero cuando vuelvo a casa no estás. Luego apareces de repente como una mona. Te arrancas la ropa y nos liamos.

—Sé lo que piensas. Pero te equivocas.

—¿Qué pienso? ¿Qué es lo que tú te imaginas que pienso? Parece que te resulta más fácil decirme lo que yo siento que contar lo que tú misma te traes entre manos.

—No sé qué decir.

—No, ya me he dado cuenta —dice—. ¿Por qué estabas tan enfadada ayer cuando volviste? Puedes empezar por ahí.

—Todos tenéis miedo de que me dé una crisis. Si tan sólo acepto que me estoy equivocando y suelto esto de Alice me sentiré mejor. Pero sois vosotros los que estaréis mejor.

—¿Nosotros? ¿Te refieres a mí y a Daniel? ¿A Pernilla, a Gudrun? ¿De quién estás hablando?

Me encojo de hombros.

—Tú estás más a mano. Te llevas la hostia por todos. Lamentablemente.

—Puedo aguantar tu mierda si eso te ayuda a sentirte mejor. Pero no hace falta que me pegues en la cara la próxima vez que quieras follar.

Se arrepiente en cuanto termina de decirlo. Lo veo. A pesar de ser consciente de que debería respirar hondo una vez más, me vuelvo a enfadar.

—¿Y tú por qué te cabreas? Quería ver al padre de mi hija, ¿te parece tan raro?

—Puedes ir a verlo cuando te dé la santa gana. Pero podrías decir algo, cojones. Oportunidades no te han faltado. ¿Te puedes hacer una idea de lo tonto

que me siento cuando tu ex me llama para asegurarse de que te encuentras bien?
Henrik sacude la cabeza y se va.

Yo siempre he sido una soñadora. Muchas emociones y muy intensas. Que sea psicoterapeuta no implica que haya cambiado. Pero sí me gusta creer que he madurado. Un poco. Sin embargo, puede que me equivoque también en eso.

Estoy más a gusto con la vida a los treinta y nueve que a los diecinueve. Confío más en mí misma. Me siento más segura. Me importa menos lo que piensen y opinen los demás sobre mí. He aprendido a no seguir todos los impulsos, a pensar antes de actuar. A analizar las consecuencias de mis elecciones. Y luego a asumir las consecuencias de mis actos.

Ahora todo eso se ha esfumado.

Entonces, si Daniel no me hubiese parado los pies, ¿me habría acostado con él en su taller? Probablemente, pero no quiero creerlo. Porque es a Henrik a quien quiero tener. Es a él a quien amo y con quien quiero seguir viviendo. Lo último que deseo es perder lo que tenemos.

Voy a buscarlo al garaje. Él está sacando los palos de golf del coche. Me ignora. Le pido perdón. Otra vez. Debería haberle contado que había ido a ver a Daniel. Me avergüenzo, me siento estúpida. Lo digo en voz alta y oigo que me tiritita la voz. Él me mira en silencio. Después me ofrece un taburete.

—Siéntate —me pide—. Empecemos de cero. ¿Qué pasó?

—Daniel tampoco me cree. No quiere saberlo. Reacciona igual que tú. Igual que Pernilla. Si no tuvierais que oír hablar otra vez de Alice, estaríais todos mejor. A la mierda cómo esté yo. —Me da igual si sueno amargada y victimista.

—Sabes que no es verdad —dice Henrik, y se pone en cuclillas. Apoya una mano sobre la mía.

—Estoy tremendamente decepcionada —prosigo—. Conmigo misma, contigo, con todos. Cansada y asqueada de pedir perdón. De que nadie me crea.

—Vale, pongamos que es Alice. ¿Qué haces entonces?

Henrik espera un momento. Deja que asimile la pregunta.

—Y ¿si no es ella? ¿Si estuvieras equivocada? ¿Qué implicaría para ella? ¿Para ti?

Quiere unas respuestas que ni yo misma he encontrado todavía. Y las preguntas que me hace se aproximan demasiado a lo que yo más temo.

—Es demasiado tarde para pensar así —digo—. ¿Tengo que rendirme sólo porque todos los demás tienen miedo?

—No estoy diciendo eso —responde Henrik—. Pero piensa en lo que haces. Es lo único que te pido. Piensa un poco en las consecuencias que puede

tener. Es la segunda vez en muy poco tiempo que recibo una visita o una llamada relacionada contigo. Tómatelo con calma. Utiliza tu sentido común, eres una mujer inteligente. No lo olvides.

—No sé qué hacer, Henrik.

—A lo mejor en este momento no tienes que hacer nada —dice—. Y, por favor, habla conmigo. Prométemelo.

No digo nada, sólo asiento con la cabeza.

Me gustaría prometerle la luna. Me gustaría prometerle que todo irá mejor. Pero ni yo misma lo creo.

ISABELLE

Alguien me da un empujón en el costado. Me vuelvo y pido disculpas. Regreso esquivando las mesas de la cafetería de enfrente de la biblioteca del IRT. Pongo bien la chaqueta en la silla y me siento delante de Johanna.

—¿Ha ido bien? —pregunta.

—Sí, todo bien.

Aun así, miro el móvil una vez más. En realidad quiero devolver la llamada y decir que sí que iré. No es propio de mí echarme atrás en el último minuto. Sobre todo cuando no sé por qué lo hago. Sobre todo cuando pongo por excusa algo que es mentira. Simplemente, no pasa. Mentir siempre me produce malestar.

No digo que nunca mienta, pero siempre hago lo que he dicho que haré. Lo que he prometido. Incluso cuando no quiero. Me da pánico decepcionar a la gente. *Enfadarla*. Es casi lo peor que puede pasar. Pero estoy trabajando en ello. A lo mejor es positivo que me atreva a correr el riesgo de que alguien se enfade porque cancelo un compromiso.

—¿Estás segura de que no quieres ir? —pregunta Johanna. Se da cuenta de mis dudas—. Podemos seguir más tarde.

—No, tampoco era tan importante —digo—. Me apetece quitarme el trabajo este de encima.

—Vale. También fue bastante raro que ella te llamara así por las buenas el viernes.

Johanna ya lo señaló en Joe & The Juice. Seguramente, tiene razón. Pero de todos modos tengo remordimientos por no ir a la cita con Stella. Una parte de mí quiere. Tenerla en exclusividad durante una hora entera y poder hablar sin parar y que me ayude a poner orden en mis pensamientos. Otra parte de mí no lo quiere en absoluto.

Me gusta Stella. Aprecio sus preguntas directas, me obliga a pensar, a reflexionar. A identificar lo que *yo misma* opino, no lo que debería pensar y sentir. Me infunde calma y amabilidad. Me hace sentir cobijada, la veo como una

persona cálida y fiable.

Pero en la última terapia de grupo sus preguntas fueron muy intensas. Es como si exigiera las respuestas, cada palabra que yo decía ella la absorbía con fuerza. Se me hizo raro. Me dio la impresión de que no era propio de ella.

Y la semana pasada la vi en Vällingby. Eso me pareció. Estaba debajo de nuestro piso mirando al vacío, como si estuviera pensando en algo triste.

A lo mejor quería ir de compras al K-fem, a lo mejor vive cerca. A lo mejor sólo era alguien que se parecía mucho a ella.

En cualquier caso, hoy estoy hasta el cuello de trabajo de la uni, lo cual *no* es ninguna mentira. A lo mejor podemos cambiarlo y vernos la semana que viene.

—¿Cabemos?

Salgo de mis cavilaciones y levanto la cabeza. Fredrik nos sonrío, Ola y Mehdi están detrás de él.

—¿Estáis estudiando mecánica? —continúa.

—Sí, eso mismo —responde Johanna—. Sentaos.

Me alegro de no tener que irme a ningún sitio.

Nos sentamos aquí a menudo. En Stories, delante de la biblioteca. Es más acogedor que las salas de estudio y las salitas de trabajo.

La cafetería está llena de estudiantes. El ruido es elevado, pero no me molesta en absoluto. La mayoría de las mesas están iguales que la nuestra, llenas de libros abiertos, libretas de apuntes y calculadoras, estuches, servilletas y tazas de café y botellas de refresco. Es maravilloso. Me encanta la vida de estudiante. Incluso los nervios por los exámenes.

—¿Tú quieres café, Fredrik? —pregunta Mehdi—. Ola, apoquina.

—Genial —responde él.

Johanna se levanta de un salto.

—Yo necesito café. ¿Tú quieres? —me pregunta. Yo niego con la cabeza.

—Oye, Einstein, ¿se te ha ocurrido alguna solución ingeniosa para el tres? —dice Fredrik cuando se han ido. Me tira suavemente del pelo.

—Bueno, ¿qué dices de la página 53? —respondo.

Tiene el libro delante, así que me inclino sobre su libreta para buscar la página. Él no hace ningún ademán de apartarse. Siento su mirada en la nuca, me desconcentra. No encuentro la página correcta. Él me ayuda y su mano roza la mía. Lo miro por encima del hombro, me río nerviosa y me cambio el pelo de lado con una sacudida. Él me mira fijamente a los ojos.

—Son casi verdes —dice.

—¿El qué? —¿Se me notará que no tengo aliento?

—Tus ojos. Son bonitos.

—Gracias. —Me arden las mejillas. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza. Qué vergüenza. Detesto ruborizarme.

—Y tu pelo es fantástico. ¿Lo tienes así de negro de natural?

Enrosca un dedo en un mechón.

—Negro bruja, suele decir mi madre.

—Entonces, puede que me hayas hechizado.

Más bien soy yo la que está hechizada. Cuando Johanna se deja caer en la silla, el instante mágico se rompe. Sonrojada, me vuelvo a retirar. Fredrik coge el café que le ha traído Mehdi y me sonrío. Yo también le sonrío.

Cuando estoy con él la vida se me antoja más fácil. Hace que por un momento me olvide de todo. De que papá está muerto y de que mi madre es exigente y que puede resultar un coñazo ser sociable.

Las manos de Fredrik rodean la taza de café. Dice que aquí dentro hace frío. «Lo cierto es que sí, yo también estoy helada.» Tiene las manos bastante grandes. Manos grandes que me parecen de lo más agradables cuando me acarician la espalda, cuando me cogen el culo, cuando me acarician los muslos. Las miro. Sus dedos también son largos. Me vuelvo a ruborizar. Me sonrojo aún más cuando levanto la cabeza y me cruzo con su mirada. Sospecho que él sabe perfectamente en qué estaba pensando. Muerde su lápiz, se echa el flequillo a un lado.

Es maravilloso.

Mamá lo detestaría, sin duda.

Discutimos acaloradamente, nos reímos y le dedicamos como mínimo el mismo tiempo a hablar de cualquier cosa menos de mecánica.

—¿Es de Falun de donde vienes? —pregunta Mehdi.

—Borlänge —respondo.

—¿Y si nos hemos cruzado? —dice Fredrik—. Sin que lo sepamos.

—¿Por qué íbamos a cruzarnos?

—Peace & Love. Estuve en 2011.

Me río. ¿Sueno histérica?

—Seguro que tú también fuiste, ¿no?

—No, no fui.

—¿Por qué no? Si vives allí. No es una ciudad muy grande, que digamos.

—Lo oímos todo desde casa, eso sí.

—No es lo mismo que estar dentro —dice Ola.

—No soy muy de festivales, la verdad —indico.

—Venga ya —dice Fredrik.

—Es verdad —afirma Johanna. Fredrik me mira indagador.

—Podríamos hacer un experimento —dice.

—¿Me va a gustar? —pregunto.

—Ven a Way Out West el próximo verano. A lo mejor eres una festivalera hasta la médula pero no lo sabes.

—¡Sí, hazlo! —exclama Johanna—. Yo también voy.

—¿Habéis contado con la posibilidad de que me pierda? —digo—. Gastaréis todo el tiempo buscándome a mí en lugar de ver los conciertos.

Se ríen de mí a carcajadas.

—Entonces tendremos que procurar tenerte cerca. —Fredrik bascula sobre las patas de la silla y no para de mirarme.

—No me sabré ni una sola canción. No sé nada de los grupos.

—Aún falta mucho —dice Ola.

—A lo mejor se me va de las manos —digo.

—¿Ah, sí? —Johanna arquea las cejas y me sonrío burlona—. Sería interesante.

—Esto es una conspiración —me quejo y nunca me he sentido más contenta en toda mi vida. Excepto aquella noche cuando me lie con Fredrik y disfruté sintiendo sus manos en mi cuerpo.

Me pregunto si él habrá pensado tanto en ello como yo. Creo que sí. Espero que sí. Quiero que piense en mí. En ese sentido. Como yo pienso en él. Y esta vez quiero hacer algo más aparte de sólo besarnos. Mucho más.

—Date por vencida —dice Mehdi—. Fredrik nunca se rinde cuando se le mete algo en la cabeza.

—¿Y dónde vamos a dormir?

—Tengo un tío en Gotemburgo —dice Ola—. Sobaremos allí.

—Hemos invadido la casa del tío de Ola los últimos años —explica Fredrik—. Está acostumbrado, pero hay que apretarse para dormir.

—Perfecto —contesto.

A quien no le parecería nada perfecto es a mi madre. Pondría el grito en el cielo. Si supiera que estoy considerando dormir apretujada con un chico joven y guapo, le daría uno de sus ataques. «Sólo tienen una cosa en la cabeza, Isabelle, no lo olvides.» ¿Es terrible por mi parte decir que es justo lo que espero? Ya estoy pensando en cómo voy a ir sin que ella se entere. No voy a poder decirle adónde voy, entonces se desataría el infierno. No me olvido de cómo se puso cuando se me ocurrió escaparme a Sälen con Jocke. El que me besó en el coche delante de casa. No sé cómo, se enteró y amenazó con denunciarlo por violación. Después de eso Jocke mantuvo las distancias.

Pero tengo derecho a liberarme en algún momento, ¿no?, ya tengo veintidós años. Me he desvirgado. No sólo en un sentido. No puede estar mal hacer lo que quiero. Por una vez en la vida.

Justo antes de la hora punta de los almuerzos creemos haber resuelto la mayor parte del ejercicio.

—Tengo hambre. ¿Y si nos quedamos a comer aquí, antes de que se llene de gente? —Johanna mira al mostrador de la cafetería. Ya hay varias personas haciendo cola. Dentro de media hora la cola llegará hasta la puerta.

—Buena idea. Así no tenemos que salir al frío hasta dentro de un buen rato. ¿Os quedáis? —les digo a los chicos.

—Mehdi y yo tenemos que pirarnos —dice Ola—. Nuestro grupo de proyecto tiene un almuerzo de trabajo. —Hace una mueca al mirar a la calle y ver cómo llueve. Nos despedimos con la mano cuando se van.

—En verdad tengo mi fiambarrera —dice Fredrik—. Pero cualquiera sale de aquí.

«Yes!»

—Ponte a la cola, Johanna —digo—, y yo hago sitio en la mesa.

Me levanto. Estiro los brazos hacia arriba y me desperezó. Me percató de que Fredrik me mira. Su mirada se desliza lentamente por mi cuerpo. Por mis pechos. Hago como que no me doy cuenta y me estiro un poco más. Me paso las manos por el pelo. El jersey que llevo es ajustado y tiene un escote bastante generoso. Cuando me estiro, se me sube un poco, dejando la barriga al descubierto. Me alegro de habérmelo puesto junto con los tejanos elásticos azul claro. Incluso yo misma opino que me quedan bastante bien. Y a juzgar por la mirada fija de Fredrik, creo que él piensa lo mismo.

Guardo gomas y lápices en el estuche. Recojo las servilletas usadas, las tazas y los papeles en los que hemos hecho cálculos. Me inclino sobre la mesa. Rozo un poco a Fredrik y me estiro para llegar a la basura del fondo. Noto que él pone una mano en mi cintura, en la cadera. Como para darme apoyo. Alargo el momento. Más de lo necesario.

—¿Va bien? —murmura él.

—Mmm —asiento yo. Lo vuelvo a mirar a los ojos. Pongo una mano sobre su hombro. Me gustaría quedarme así de pie, pero me siento ridícula. Me voy a la papelera y tiro la basura.

Cuando vuelvo a la mesa miro por las altas ventanas. La lluvia corre en regueros por los cristales. Es acogedor. Tranquilizador. Es como si aquí dentro no pudiera alcanzarme nada malo. Un sentimiento infantil, lo sé. Pero yo soy infantil.

Un movimiento en el exterior me hace dar un paso atrás y volver a mirar. ¿Es Stella? Una mujer con abrigo gris y chal de colores que lleva un paraguas rojo en la mano. La he visto antes, debajo de nuestra ventana. Melena larga y castaña.

Es ella.

Es Stella.

¿Por qué?

No hay absolutamente ninguna razón para que esté aquí. ¿Sabe que he mentido? ¿Sabe que no estoy enferma?

A lo mejor mi madre está en lo cierto. Hay algo raro en todas las preguntas de Stella. Pero mi madre siempre está preocupada por mí. Siempre parte de que puede pasar lo peor.

Me quedo de pie, escondida detrás de una columna. Veo a Stella caminar por la parte de fuera de las ventanas. De vez en cuando se detiene y trata de ver dentro.

—¿Bella? —Oigo la voz de Fredrik—. ¿Vienes? —Se me acerca y me pone una mano en el brazo.

Me lee como un libro abierto, sabe lo que siento con tan sólo una mirada. Me pregunto si también puede ver lo otro. Mi ira, mi odio contra mi madre. Imagino que le gusto igualmente.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada —digo yo—. Sólo me ha parecido ver a alguien a quien conocía.

Se pone detrás de mí y mira fuera. Stella se ve muy borrosa. Aun así me da la sensación de que tiene claro lo que hace, de que está buscando algo. A alguien.

Que me está buscando a mí.

Se me eriza el vello de los brazos y me abrazo a mí misma. A su vez, noto que Fredrik me cubre los antebrazos.

—¿Quién es? —pregunta. Veo que Stella se detiene. Baja la escalera y desaparece en dirección a la calle Valhallavägen.

—No, me he equivocado —digo—. Ven, vamos a pedir algo de comer. — Cuando volvemos, cojo a Fredrik de la mano. La aprieto fuerte.

STELLA

Esto está mal. Mi comportamiento es despreciable. Estoy caminando junto a los ventanales del vestíbulo de la biblioteca del IRT. Intento ver dentro. Es imposible con la lluvia que cae.

Me alegro de que nadie me vea. Que nadie, excepto yo, sepa lo que estoy haciendo. ¿Es así como se siente un acosador? Posiblemente. Las punzadas de vergüenza en el estómago. La incapacidad de parar, de detenerme a mí misma. El subidón de cruzar el límite que mi propio raciocinio ha trazado dentro de mí y que hace que sea aún más imposible parar.

Qué locura venir hasta aquí. Es ridículo. ¿Cuántos estudiantes hay? Miles. Aunque Isabelle haya contado que suele frecuentar la cafetería de enfrente de la biblioteca, las posibilidades de que esté allí ahora son más bien pocas. Puede estar en cualquier parte del campus, que por lo visto es igual de grande que Gamla Stan, el casco antiguo de Estocolmo. Podría estar en casa. Podría haber salido de viaje.

Pero la gran locura no son las escasas probabilidades de encontrarla. De entrada, yo no debería estar aquí. Tratar de contactar con ella fuera de terapia, yo no hago estas cosas. Ni una sola vez en todos mis años de profesión lo he hecho. ¿Qué pienso decir si la encuentro? ¿Cómo le voy a explicar qué hago aquí? Me alegro de que no me haya visto husmeando.

Por fin llega el autobús y corro a subirme. Me siento al fondo de todo y vuelvo a Fridhemsplan. Apoyo la cabeza en el frío cristal y cierro los ojos. Les doy vueltas a mis decisiones irracionales. Pienso en Isabelle.

En Alice.

Cuando he escuchado el mensaje de que anulaba la sesión, he sentido una mezcla de decepción e impaciencia. ¿Así cómo demonios voy a conseguir respuestas? Ya no puedo esperar más.

El autobús se detiene en Fridhemsplan, me bajo enseguida y abro el paraguas. He perdido casi toda la pausa para almorzar, pero no habría tardado menos cogiendo el coche.

En realidad, no tengo demasiada hambre, aunque debería comer algo. Me da tiempo de meterme en una cafetería, para variar.

Me agazapo en el viento y miro a la acera cuando alguien se me acerca. Me echo a la derecha sin levantar la cabeza. Aun así me llevo un fuerte empujón en el costado. Estoy a punto de soltarle una reprimenda cuando me doy cuenta de que la mujer me resulta familiar.

—Stella —dice—. Soy yo, Eva. Nos conocimos en el parque el otro día.

—Hola de nuevo —saludo, ocultando mi irritación.

—Qué tiempo, ¿no? —Eva me coge del brazo y me lleva bajo el salidizo del techo—. Y qué paraguas tan bonito tienes.

—Gracias, me gusta mucho. Así me ven bien los coches. —Lo sacudo y lo cierro. Hago un gesto con la cabeza hacia Coffeehouse by George, junto a la farmacia.

—Pensaba entrar aquí. ¿Vienes?

Eva dice que sí y me acompaña dentro. Pedimos café y pastas de hojaldre y nos sentamos junto a la ventana. Charlamos del tiempo y yo le pregunto si vive cerca. Ella me explica que está visitando a unos conocidos, sólo está en la ciudad por una breve temporada.

—Debo pedirte disculpas por el otro día —digo—. Supongo que parecía un poco chiflada. —Me río.

Eva pone una mano sobre la mía.

—La vida no es fácil —dice. Suena sincera y comprensiva—. Lo que pasó con tu hija, no puedo imaginármelo. No entiendo cómo pudiste salir adelante. ¿Tuviste más hijos?

—Unos años más tarde. Un niño. Con mi actual marido.

—Qué alegría. Entonces tienes a alguien a quien cuidar, a pesar de todo.

—Lo tengo. Pero nunca he conseguido olvidar. Ni dejar de preguntarme. Y siempre me he imaginado una familia grande. No ha salido así.

Eso no había pensado contarlo. Sé que me he resignado. Pero vuelvo a pensar en ello de todos modos. Lo que había sido evidente ha dejado de serlo.

—¿Qué te lo ha impedido? —quiere saber Eva, y da un sorbo de café. Yo pruebo mi café con leche y pienso.

—Me puse supercontenta cuando me volví a quedar embarazada —respondo—. Pero también me morí de miedo. ¿Y si me coge una psicosis posparto? ¿Y si no logro vincularme a esta nueva vida? ¿Qué pasa si resulta que soy una madre totalmente incompetente? ¿Puede ser que sea una madre inútil?

Henrik tenía veintinueve y yo estaba a punto de cumplir veintiséis cuando la prueba de embarazo dio positivo. Como consecuencia de que yo, en realidad nosotros, hubiera hecho el tonto. Una vez más, había vuelto a ser irresponsable.

Durante un breve tiempo me obcequé con eso, hasta que me di cuenta de que nuestro bebé era un regalo. Milo era deseado.

—Supongo que es normal que una se lo cuestione —dice Eva.

—Puede ser —contesto—. Supongo que tienes razón.

—Entonces ¿cómo fue?

—Él era lo mejor que me podía haber pasado —respondo—. Lo es todo para mí. Lo quiero, es maravilloso ser su madre. Pero he sido sobreprotectora con él. Sigo preocupándome demasiado.

—¿A qué se debe?

—Fue culpa mía que mi hija desapareciera. —Lo digo en voz baja. No quiero que nadie más me oiga, aparte de Eva—. Fue una negligencia. La dejé sola unos minutos. Juré no volver a cometer el mismo error con Milo. En los parques, en las tiendas, nunca lo he perdido de vista. Casi nunca lo dejo ir solo a ningún sitio. Obviamente, a él le parece que soy una pesada.

Eva se ríe.

—Mi hija es igual. Todas las madres deben de experimentar lo mismo con sus hijos cuando se hacen un poco mayores.

—Hablamos de tener más hijos —comento—. Pero yo llegué a un punto en el que me di cuenta de que no me atrevía. —Me quedo callada un momento—. Mi mayor miedo es que le pase algo a Milo.

—No tiene nada de raro —dice Eva—. Pero ¿y tu hija? Dijiste que creías haberla encontrado. Eso es fantástico.

—Sé que he encontrado a mi hija. Sé que es ella. Y esta vez me niego a dejarla ir. —Miro a los ojos de Eva—. Me niego a dejar que vuelva a desaparecer.

Decirlo en voz alta resulta liberador.

Me da la sensación de que Eva lo ha entendido, como si esta mujer desconocida fuera justo el apoyo que necesito en este momento. No hay palabras para describir el gusto que me da hablar con alguien sin toparme con miradas de suspicacia y recelo. No tener que calcular las palabras. No tengo que escuchar que no soy yo, ni que me estoy imaginando cosas. Por fin alguien me cree.

Parece que se le empañen los ojos.

—Te compadezco, Stella. De verdad que lo hago. No lo has tenido nada fácil. Pero ¿qué piensas hacer ahora?

—No lo sé —digo. E ignoro por qué se lo cuento, pero lo hago—. La he seguido. Necesito saber qué hace. Necesito ver cómo vive. Está mal, lo sé y me da vergüenza cuando pienso en ello. Pero no importa. Igualmente, todos creen que estoy loca.

Eva dice:

—Sé por lo que has pasado. Yo también perdí a una hija. Murió hace mucho tiempo. Es más de lo que nadie debería soportar. Así que te entiendo. No te rindas nunca. —Consulta la hora, se levanta y me mira intensamente a los ojos—. ¿Me oyes? —dice—. No te rindas.

Miro cómo sale de la cafetería. Eva también ha perdido a una hija, sabe lo que eso significa. Me entiende. No me juzga ni le parece que mi actitud sea irracional.

Caigo en la cuenta de que ninguna de las dos ha probado bocado. Las pastas de hojaldre siguen en los platillos.

STELLA

A la mañana siguiente Milo y yo estamos sentados a la mesa de la cocina. Cuando termine el desayuno voy a llevarlo a la escuela, después seguiré hasta Norrköping. Va a ser un gran día, lo presiento. Y lo necesito. Todos lo necesitamos.

Sé que encontraré algo en casa de Sven Nilsson. Algo concreto, algo tangible. Algo que se ha pasado por alto y que demuestra que no vivo en un mundo de fantasía.

Miro a Henrik, de pie junto a la encimera. Ayer le conté que Sven Nilsson me ha prometido enseñarme el material del caso de la desaparición de Alice. No quería volver a mentir. Quería mostrarle que puede confiar en mí.

Henrik duda mucho de que sea inteligente por mi parte ir allí. Teniendo en cuenta que no he estado muy estable las últimas semanas. Eso no lo dijo, pero sé que lo pensó. Después cambió de parecer. Dijo que a lo mejor me podía ayudar a ponerle un final.

—Llegaré tarde —dice, y se termina el café.

Le da una palmada a Milo en el hombro y yo lo acompaño a la puerta. Lo observo mientras lleva a cabo su ritual de cada día. Se ata los zapatos, se palpa los bolsillos y comprueba que el móvil y la cartera estén en su sitio. Se pone la americana y se corrige la corbata. Recoge el maletín y coge las llaves de la cómoda del recibidor.

—Pareces cansada —dice—. ¿De verdad vas a ir?

—Sí, voy a ir —respondo.

—¿No puede esperar a otro día?

—Quiero quitármelo de encima. Y él sólo podía quedar hoy.

—A lo mejor debería acompañarte.

Le pongo bien el cuello de la camisa.

—¿Por qué? Dices que tienes reuniones todo el día. Reuniones importantes, por lo que veo.

El traje le queda bien, el nudo de la corbata está impecable, lleva zapatos

nuevos. Se acaba de afeitarse y se le ve guapo y exitoso.

Su móvil empieza a sonar y Henrik lo saca. Se disculpa, se vuelve un poco y responde a la llamada. Sonríe y se ríe.

—Voy de camino. Sí que lo estoy. Dentro de diez minutos me tienes ahí.

Se guarda el teléfono en el bolsillo y me mira.

—¿Seguro que te las apañas?

—Me las apaño.

—Hoy llegaré tarde.

—Ya lo has dicho.

Se acerca a la puerta pero se detiene.

—Por cierto, no podré coger llamadas en todo el día. Mándame un mensaje si pasa algo y te contesto en cuanto pueda, ¿vale?

Sobreentendido: «Estate atenta al teléfono. Procura haber vuelto a casa cuando llegue Milo. No lo olvides, por favor».

—Si hay alguna emergencia...

—No habrá ninguna emergencia —lo interrumpo.

—Y come antes de salir —continúa—. Ya me he dado cuenta de que sólo tomas café.

Sale por la puerta.

—¿Quieres algo más, Milo? —pregunto cuando vuelvo a la cocina.

—No. —Se termina la tostada antes de decir—: ¿Papá y tú vais a divorciaros?

—¿Por qué piensas eso?

—Casi nunca os peleabais —dice—. Ahora lo hacéis cada dos por tres, aunque penséis que no os oigo.

—No estoy de acuerdo. No es cada dos por tres.

—Los dos estáis enfadados, tanto tú como papá. Y a veces tú parece triste.

—No vamos a divorciarnos —aseguro—. Discutimos de algunas cosas. Y no siempre pensamos igual. No se acaba el mundo. Yo quiero a tu padre y él me quiere a mí. ¿De acuerdo?

Milo no parece convencido.

—¿Estás listo? —pregunto.

Él asiente con la cabeza.

—Pues nos vamos.

Dejo a Milo en la escuela. Me despido con la mano y me incorporo al tráfico.

He cancelado todas las sesiones que tenía para hoy. Pronto se empezará a hablar en la consulta. A lo mejor ya está pasando. No puedo seguir de esta manera, ni en el trabajo ni en casa. Y precisamente por eso es tan importante la

reunión con Sven Nilsson. Después de todo lo que ha pasado me merezco buenas noticias. Es terrible que Milo esté preocupado por si nos divorciamos. Es lo último que quiero. Soy feliz con Henrik, y él siente lo mismo por mí. Estoy convencida de ello. A pesar de todo.

En Norrköping está nublado. Cojo la bolsa de bollos que he comprado, abro la puerta del coche y cruzo el aparcamiento a paso ligero bajo la lluvia hasta las casas pareadas. Llamo al timbre. Al cabo de un rato me abre un hombre alto y delgado. Ha envejecido, pero lo reconozco. Hace veinte años ya tenía el pelo ralo, ahora sólo le quedan algunos mechones blancos detrás de las orejas. Los pantalones le van holgados, lleva la camisa medio salida.

—¿Sven Nilsson? —pregunto.

—Ése soy yo —responde.

—Hola, yo soy Stella Widstrand. —Me mira desconcertado. ¿Estoy en el sitio correcto? Es él, de eso estoy segura. ¿Ha olvidado que habíamos quedado? Vuelvo a intentarlo—. ¿Stella Johansson? —digo—. Hablamos antes del fin de semana. Habíamos quedado en vernos hoy, es sobre el caso de mi hija desaparecida.

Ninguna reacción.

—Sobre Alice.

Da un respingo como si hubiese estado metido en un trance.

—Ay, sí, entra. ¿Por qué te has quedado ahí? Entra, entra.

Lo sigo hasta la cocina. Está limpia y ordenada, mire donde mire. Huele a café recién hecho y a algo más. El olor a persona vieja y a orina.

—He comprado un poco de almuerzo —digo y le ofrezco la bolsa.

—Qué bien. Ven, pasa. Siéntate, siéntate. —Empieza a toquetear las tazas de café cuando una mujer morena entra en la cocina. Me mira.

—¿Sven? —dice con un poco de acento. Lo coge del codo y alza la voz—. Sven, ¿vas a invitar a café?

Él la mira, sonrío sin entender.

—¿Vas a invitar a café? ¿C-A-F-É?

—¿Café? —repite Sven Nilsson—. Sí, eso, café. —La mujer le quita las tazas y las deja en la encimera. Sven lleva los bollos hasta la mesa y se sienta a mi lado. La mujer nos sirve café y luego nos deja solos. Me pregunto quién es.

—Entonces, has venido hasta aquí desde...

—Estocolmo.

—Eso, Estocolmo, sí. Por la E-4 se va bastante rápido. Si no hay tráfico.

—Sí, no ha habido ningún problema.

Seguimos charlando del estado de las carreteras, de que he venido de Estocolmo y del otoño pasado por agua. ¿No son lluviosos todos los otoños? Pero da gusto cuando hay muchas setas. El oro de los bosques suecos. Y bayas, este año habrá en abundancia. ¿Cómo estaba la carretera? ¿Has venido desde Estocolmo? ¿Has paseado por la naturaleza, has encontrado el oro del bosque?

Se repite unas cuantas veces. Parece querer alargar el momento. Quizá esté solo y esté aprovechando para hablar un poco. Yo quiero ir al grano, pero disimulo mi impaciencia. Dedicamos otro rato a hablar de distintas visitas obligadas que hay en Estocolmo y del tráfico de las carreteras. Al final ya no me puedo aguantar.

—Sven...

—¿Sí?

—Dijiste que había una pista. Me gustaría mucho saber de qué se trataba.

Me mira como si no tuviera ni idea de lo que acabo de decir, y de pronto siento un impulso de expresar mi frustración de forma física. Tengo ganas de soltarle un sopapo al viejo para que espabile. Pero en lugar de eso me limito a respirar hondo.

—Strandgården, 1994 —digo—. ¿Una pista que no se investigó? Dijiste que tenías información, que conservas todos los papeles.

—La investigación, sí. —A Sven Nilsson se le ilumina la cara—. Papeles, desde luego. Ven conmigo. —Se levanta y da unos trompicones en diagonal antes de ganar velocidad. Me lleva al fondo del pasillo, a un despacho. En el suelo hay varias cajas de cartón apilonadas una encima de otra. El escritorio está repleto de papeles al lado de un ordenador prehistórico con una pantalla enorme.

—Vamos a ver. Johansson, Strandgården. 1994. —Su voz suena más clara, más alerta—. En alguna de estas tres cajas deberías encontrar lo que buscas. —Las señala. Están al fondo, detrás de otras cajas amontonadas, pegadas a los armarios—. Lo siento mucho, pero empiezo a hacerme viejo, tengo que sentarme un rato. Mira sobre todo en la carpeta roja. Y no dudes en avisarme si necesitas ayuda.

Aprieto su mano fina y venosa.

—Gracias, Sven. —Se pone contento.

Después de que salga del despacho aparto una caja tras otra hasta alcanzar las que me interesan. Pesan y empiezo a sudar y me quedo sin aliento antes de llegar a las del fondo.

Me siento en cuclillas y abro la primera caja. Está llena. Levanto la primera capa, compuesta por periódicos, sólo para encontrarme con más periódicos debajo.

Periódicos, montones de periódicos.

Prensa local de 2010, algún ejemplar de 2012 y algunos que se remontan hasta 2002. Los miro del derecho y del revés, no entiendo nada. Las páginas están llenas de marcas en rotulador rojo que no se pueden descifrar. Titulares marcados con un círculo, a veces sólo alguna palabra suelta, flechas trazadas entre distintos artículos. Es imposible comprender la lógica empleada. Si es que la hay.

¿Acaso tiene algo que ver esto con la desaparición de mi hija? Saco los periódicos y los ordeno en el suelo. Le preguntaré a Sven Nilsson al respecto.

En el fondo hay dos carpetas, rebosantes. Ahí está la roja. La abro. Viejos recibos de 2006. Paso las páginas de una en una, pero sólo encuentro porquería. Deben de ser las cajas equivocadas.

Vuelvo a mirar la tapa, «Johansson, Strandgården. 1994». Qué raro. Abro la siguiente caja, la misma historia. Periódicos y más periódicos, recibos, extractos bancarios y viejos papeles de seda. La tercera caja es igual. No entiendo nada. Miro el reloj. Han pasado dos horas.

Me levanto para salir a preguntarle a Sven Nilsson en qué cajas podrían estar mis papeles, pero hay una mujer bloqueando la puerta. Es alta y delgada y tiene rasgos que me recuerdan a Sven. Parece enfadada.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —dice.

—Mmm, hola —logro decir—. Sven me invitó para...

—¿Cuándo hablaste con mi padre?

—Lo llamé el viernes y...

—¿Hablasteis por teléfono? —Mira al techo y suelta un suspiro—. Les tengo dicho que no lo dejen hablar por teléfono con nadie que no sea de la familia. —Observa el desorden del despacho—. Y ¿qué estás haciendo? ¿Por qué estás hurgando en esta basura?

Es como si me hubiesen pillado in fraganti intentando robar algo.

—Tu padre tuvo un caso hace muchos años sobre mi hija. Me invitó para poder participar de él. Pero tiene que haber algún malentendido. —Señalo los periódicos que tengo detrás—. Justo iba a preguntarle.

La mujer me tiende la mano.

—Disculpa, a lo mejor debería presentarme como es debido. Me llamo Petra Nilsson. Ven, vamos a la cocina a hablar.

La acompaño. Cuando pasamos por el salón veo a Sven Nilsson sentado en un sillón. Está durmiendo con la boca entreabierta.

¿Cuál es el problema?

—Adelante, siéntate. —Petra Nilsson señala la misma silla de la cocina en la que me he sentado antes. Me acomodo y espero. Nos sirve más café y se sienta enfrente de mí—. O sea, que mi padre te ha prometido enseñarte material

de un antiguo caso.

Me limito a asentir, no me fío de mi propia voz.

—Por desgracia, tiene alzhéimer. A veces tiene días claros, pero en general está totalmente ido. A lo mejor suena duro decirlo así, pero es lo que hay.

No estoy segura de si suelto un jadeo, pero Petra Nilsson me mira preocupada.

—Durante un tiempo lo metimos en una residencia, pero se deprimió. Perdió el apetito, no comía nada. Aquí en casa va mejor, pero necesita vigilancia las veinticuatro horas del día. Siempre hay alguien de nosotros aquí. Y los servicios sociales, claro.

Me quedo sin aire. Sólo tengo ganas de levantarme y salir de aquí. O ponerme a llorar hecha un ovillo en el suelo.

—No queda ningún papel —continúa Petra Nilsson—. Lo tiramos todo hace tiempo. Como ya has visto, ha llenado las cajas con un montón de basura. Lo dejamos hacer, así está más tranquilo. Siento que hayas venido hasta aquí para nada.

Escondo la cara en las manos y me aprieto los ojos con los dedos. El dolor de cabeza me golpea detrás de la frente. Si Daniel hubiese estado aquí, su reacción me habría aniquilado. O si hubiese venido Henrik. Me habría caído una declaración de incapacidad mental.

—Por teléfono sonó tan coherente... —digo. Me tiemblan las manos. Cierro los puños unas cuantas veces.

—Lo que te digo, tiene días mejores, pero lamentablemente... —Petra Nilsson hace un gesto de rendición con la mano en dirección a su padre.

—Por favor, déjame hablar con él. Me dijo que hay una pista que nunca se llegó a investigar. —No puedo dejarlo aquí. No puedo rendirme sin estar realmente segura.

—No merece la pena.

—Sólo unos minutos.

—No hay que ponerlo nervioso. No le conviene.

—Mi vida depende de ello —digo.

El silencio flota pesado entre las dos.

Percibo la duda de Petra Nilsson, su desaprobación. Tiene pinta de querer echarme de la casa y punto. Me predispongo a seguir argumentando.

—Vale —dice.

—Gracias —respondo—. No te imaginas lo que significa para mí.

—Pero te lo advierto, dirá lo que tú quieras oír. Puede ser cualquier cosa. Ya verás. —Nos vamos al salón, donde se encuentra Sven Nilsson. Vuelve a estar despierto y sentado con la espalda erguida.

—Papá. —Lo acaricia con cuidado en el brazo—. ¿Qué dices de la muerte de Palme? Dicen que fue un asesinato, pero ¿verdad que hay otras teorías? —A Sven Nilsson se le ilumina la cara y clava el puño en el reposabrazos.

—¿El primer ministro Palme? El caso no debería haberse centrado nunca en el asesinato. —Agita el dedo índice en el aire y me mira—. El primer ministro Olof Palme cambió de nombre. Probablemente, ahora esté viviendo en Río. Con su amante. Pero nadie sabe con exactitud dónde. Aquellos imbéciles eran demasiado tontos para hacer una labor policial tan básica. Pero, querida, ¿quién eres tú? —Me mira con ojos entornados. Sven Nilsson no me ha visto nunca. Soy una total desconocida.

Petra Nilsson estudia mi reacción. Un tanto triunfal, pero también se compadece. «¿Ves? Tenía razón.»

Me acerco y me pongo en cuclillas al lado de su padre desubicado.

—Me llamo Stella, nos conocimos hace muchos años. Llevaste el caso de mi hija desaparecida, Alice. —Lo cojo de la mano y la acaricio con cuidado. Lo insto con toda mi fuerza de voluntad a que se acuerde. A que me ayude. A que tenga un momento de clarividencia.

—Alice, Alice, Alice —repite—. De ti me acuerdo.

Mi esperanza vuelve a surgir. Sven Nilsson se inclina hacia mí. Me hace una señal con la mano para que me acerque. Ignoro el olor a pis y me inclino.

Sven Nilsson susurra:

—Alice Babs, Alice Timander, Alicia en el país de las maravillas que desapareció, pero volvió, se hizo pequeña, se hizo grande. Conejo, conejo, el tiempo apremia.

Sigue parlotando, más y más alto, y mi esperanza se hunde como una piedra. Me levanto, le pido disculpas a su hija por las molestias. Ella me acompaña al recibidor y le grita a la chica de los servicios sociales que le eche un ojo a su padre.

—Sí, le encanta hurgar en «antiguos casos» —dice Petra haciendo comillas en el aire—. Lo siento muchísimo, me gustaría que te pudiera ayudar.

Nos dirigimos a la puerta. Sven sigue hablando de fondo. Me detengo y aguzo el oído.

—Niña pequeña que desapareció, nunca nadie la encontró. Piedras, piedras, hallar sosiego, hallar paz. Había algo, algo había. El que sabía iba borracho como una cuba, sólo quería hablar y decir sandeces.

La mujer lo hace callar en el salón.

Me abrocho la rebeca y me vuelvo para irme cuando él grita:

—¡Stella. Stella Johansson. Él iba a contarlo todo. Pero murió de repente. De repente murió. Antes de poder decir nada más!

Miro a Petra Nilsson. Ella pone los ojos en blanco, abre la puerta y me deja salir.

KERSTIN

Pronto llegaré a Estocolmo. A casa de Isabelle. Gracias a Dios. Detesto ir en tren. Lo odio. Nunca sabes a quién tienes al lado. Nunca falla, siempre es alguien con ganas de hablar, alguien con un montón de opiniones, alguien que mastica demasiado fuerte o que ocupa todo el asiento. Y ¿cómo puede ir el vagón tan lleno un miércoles? Qué viaje más horrible. Pero el coche hace el tonto y habría sido aún peor quedarme tirada en la carretera. He tenido que llevarlo al taller. Espero que no me timen los últimos ahorros que me quedan.

¿Tiene que hablar tan alto ese niño del otro lado de la mesa? Los padres de hoy convierten a sus hijos en pequeños monstruos. Les permiten correr, gritar, molestar, comportarse como les dé la gana. Los buenos modales han dejado de existir. Ya no hay ninguna consideración ni civismo.

Le lanzo otra mirada de enfado a la madre. No se entera de nada. No le importa. El niño le da una patada a mi bolso, pero ella hace como que no se da cuenta. Al final tomo las riendas. Le sujeto la pierna al niño y le digo que se comporte. El niño empieza a llorar y la madre se horroriza. Me mira como si todo fuera culpa mía. Por lo que parece, en la sociedad actual los adultos no pueden, no *deben*, tomar medidas. Que los críos se desmadren cuanto quieran.

Cojo el bolso y me voy de allí. Me siento en un sitio libre en el siguiente vagón. Ya no falta mucho.

No le he dicho a Isabelle que voy. Seguro que intentaría detenerme. Querría haber bajado ayer mismo, pero tuve que trabajar. No tengo ni idea de si está en casa o no. En el peor de los casos tendré que esperar en el portal hasta que llegue. Le he pedido una copia de las llaves del piso, por el momento no me la ha dado. Ahora lo resolveremos.

Si pudiese, me habría encantado ver su horario semanal. Hacerme una idea de su día a día. No estoy segura de que sepa sostenerse por sí misma. Debe de necesitar toda la ayuda que le pueda dar su vieja madre.

El tren entra en la estación central de Estocolmo. Espero hasta que todo el mundo haya bajado del vagón para levantarme. El niño diabólico y su madre

horrorizada caminan por el andén. Nuestras miradas se cruzan y ella me pone mala cara. Bajo los peldaños del tren, cruzo el andén, me meto en la estación. Aquí siempre hay mucha gente. La voz de los altavoces anuncia trenes con retraso, un manto de risas humanas, charlas humanas, gritos humanos. Los olores me azotan por todos los flancos, café, pizza, bollos recién hechos, perfume, sudor.

Bajo la escalera mecánica para coger el metro. Aquí abajo es aún peor. Un infierno. Una calle ancha donde la gente se deja llevar en una sola corriente. Todo el mundo llega tarde, todo el mundo se apresura, todos corren. Deprisa deprisa deprisa. Me provoca un estrés tremendo.

Primero me equivoco de dirección, voy hacia el tranvía. Dar media vuelta y volver es toda una odisea. Estoy empapada de sudor incluso antes de llegar a las barreras del metro. Busco mi tarjeta de SL en el bolso. Las barreras estas me dan un poco de miedo. Grandes vallas de cristal que se abren y se cierran casi sin darte tiempo a cruzar. Pero me las arreglo. Bajo otra escalera mecánica. Espero el metro en la línea que lleva a Vällingby.

Me subo y me abro paso hasta un asiento libre. Cuando llegue, llamaré a Isabelle. Ni un minuto antes. Así sabré cómo mi hija vive la vida cuando se cree que estoy a una distancia prudencial.

STELLA

La mañana del miércoles va avanzando a rastras. Me veo con mis pacientes, se sientan en mi consulta y hablan, me cuentan sus problemas y dificultades.

Yo no escucho.

Estoy ausente.

No consigo que me importen.

No valgo como terapeuta.

Mientras mis pacientes hablan, yo fantaseo con cómo termino. Viajando a otro país. Cambiando de nombre. Empezando de cero con algo totalmente distinto.

El día de ayer fue una broma de mal gusto. No logro gestionar el revés que me llevé en casa de Sven Nilsson. Pensaba que iba a obtener respuestas. Descubrir lo que se hizo para encontrar a mi hija. Creía que él tenía una especie de pista que podría seguir. Algo que demostrara que tengo razón. ¿Todo el material a la basura? ¿Se puede hacer eso? Supongo que no. Menudo escarnio. Tirarlo todo. Tirar documentos que tratan de Alice. De una vida.

La vida de mi niña.

Quizá nunca hubo ningún documento. Quizá Sven Nilsson sólo dijo lo que yo quería escuchar, tal como sugirió su hija.

¿Había siquiera una pista? Seguro que la había. La insinuación de que no son más que fantasías de un anciano es demasiado difícil de asimilar. El desconsuelo se me echa encima como la marea sobre una playa desierta. Incluso me entristezco al ver la comparación tan cutre que me ha salido. Es vergonzoso cómo me revuelco en la autocompasión.

Ayer Henrik llegó tarde a casa. Me preguntó cómo me había ido y yo se lo dije. No había nada de interés. Ha pasado demasiado tiempo y el informante está muerto a estas alturas. No era toda la verdad. No fui capaz de contarle que Sven Nilsson tiene alzhéimer. Basta con que yo misma me haya reído de mi propia desgracia.

Henrik lo lamentó y quiso saber cómo me encontraba.

Le dije que no era del todo inesperado. ¿Qué pensaba obtener pasados veintiún años?

Henrik me ayudó a bajar la escalerilla del desván. Volví a dejar mi diario en su sitio en la maleta con estampado de cachemira al fondo, detrás de las cajas de cartón.

Henrik se mostró atento conmigo toda la noche. Me hizo café, encendió unas velas y me dio un masaje en la espalda, y me tapó con una manta en el sofá. Mis errores anteriores estaban perdonados y olvidados. Una de las cosas que más aprecio en él es que nunca guarda rencor.

Además, creo que se sintió aliviado de que ya no haya ningún hilo del cual yo pueda tirar. Y de que, aparentemente, no me lo haya tomado tan a pecho. Porque él ha sabido todo el tiempo que no iba a haber ninguna información después de tantísimos años. Estoy muy agradecida de que no viniera conmigo a casa de Sven Nilsson.

Sé que él quiere que yo saque el agua clara de lo que le pasó a mi hija. Más que ninguna otra persona. Porque me quiere. Porque me desea lo mejor, que me encuentre bien.

El único problema es que él no considera que mi hija pueda seguir con vida.

Henrik es atento, se preocupa por mí. Pero está muerto de miedo por mi posible reacción en el caso de que llegara a darme cuenta de que estoy equivocada. Tal como él dijo, ¿qué hará eso conmigo?

Los dos lo sabemos.

Son casi las doce. Pronto toca almorzar. Luego, terapia de grupo.

Por fin podré ver a Alice.

ISABELLE

He cogido un catarro de narices. Siento la cabeza como si estuviera llena de algodón, estoy afónica y tengo fiebre. No mucha, pero suficiente como para quedarme en casa. En realidad no quiero. Pero mi madre me ha enseñado que no hay que salir cuando se está enfermo. Hay que ponerse calcetines gruesos, meterse en la cama y descansar.

Así que aquí estoy. He obligado a Johanna a coger apuntes de las clases que me voy a perder. No es tan meticulosa como yo, pero sí mejor que Susie.

Llaman al timbre. Miro el reloj. Las doce y veinte. Me pregunto quién será. Salgo rodando de la cama y me miro en el espejo. Estoy un poco pálida. Pero claro, no voy maquillada. Me paso las manos por el pelo y salgo al pasillo. Cuando abro me alegro de llevar los *leggings* tejanos y no el pijama viejo que pensaba ponerme. Pero me arrepiento del jersey de capucha rojo holgado. Y debería haberme maquillado.

Fredrik se apoya en la pared delante de mi puerta con una amplia sonrisa en la cara.

—¿Cómo has entrado al portal? —¿No se me puede ocurrir nada mejor que decir?

—Alguien ha salido y yo he entrado. —Pasa por mi lado, se mete en el recibidor y se quita la chaqueta—. Me he enterado de que estabas en cama. Soy tu mensajero privado. —Me entrega dos tarros de Ben & Jerry's.

—¿Helado? —digo.

—Mi madre me ha enseñado que el helado es la mejor medicina cuando estás enfermo. ¿La tuya no te lo ha contado? —dice.

—Ella apuesta más por la desinfección —digo—. Y el té.

—*Strawberry cheesecake* es mi preferido. Pero a las tías os chifla el chocolate, así que he cogido otro de *chocolate fudge brownie*.

Se quita los zapatos. Lleva los pantalones de pinza bastante bajos en la cintura y se ajustan a sus piernas. Una camiseta de flores de color rosa y azul. Noto que sonrío. Él me mira y me devuelve la sonrisa. Dejo los helados en la

mesita del recibidor y me acerco un paso a él. No sé cómo sucede, pero de repente nos estamos abrazando.

—Hola —susurro.

—Hola —responde y me acerca hacia él. Me pongo de puntillas, recuesto la cara en su cuello.

—A lo mejor te contagio —digo.

—Acepto el riesgo —contesta, y me acaricia la mejilla—. Estás tan guapa cuando sonríes, con tus hoyuelos...

—¿Tú crees?

—Toda tú eres guapa.

«Es el mejor día de mi vida.»

Me meto en la cocina con el helado y saco dos cucharas mientras Fredrik pasea la mirada por el piso. Pongo el helado y las cucharas en la mesa de mi cuarto, rebusco un poco de ropa en la cómoda y le digo que voy al lavabo. Me quito el jersey de capucha, me echo un poco de perfume y me pongo el sujetador negro de encaje. Luego me pongo el jersey nuevo que me compré el viernes con Johanna. Mis *leggings* me sientan bien, no me los cambio. Antes de salir me pongo algo de rímel y me miro en el espejo. Me doy la vuelta y me observo el culo, me toco los pechos y los coloco.

Cuando vuelvo a la habitación Fredrik se ha sentado en la cama. Chupa lentamente la cuchara y me contempla. El cambio de ropa ha sido una buena jugada.

—¿Piensas compartir? —digo y me siento a su lado. Él me ofrece la cuchara y yo pruebo—. ¿No has ido a clase hoy?

—He salido antes —dice—. Te echaba de menos.

—¿Volverás después de comer?

Él me dedica una larga mirada.

—Tú necesitas compañía y cuidados.

«Sí, sí, sí, necesito montones de cuidados.»

Saboreamos el helado, él me lo va dando, discutimos sobre cuál es el mejor sabor y por qué. «Tenía razón, me ha gustado más el de chocolate.» Fredrik apoya la cucharilla helada sobre mi barriga desnuda y se ríe a carcajadas cuando grito. Me recuesto un poco en la cama y él hace lo mismo. Disfruto con la tensión que hay entre nosotros, de sus miradas, de cómo me chincha.

Pregunta si no nos ponemos una peli y yo le pido que elija una. Él enciende el ordenador y yo voy a guardar el helado en el congelador. Hago un bailecito de felicidad en la cocina.

—Creo que yo también me estoy poniendo enfermo —dice cuando vuelvo a la habitación.

—Oh, no, ¿es culpa mía?

—Seguramente. Como castigo, espero que cuides bien de mí.

Me sonrío burlón y yo le tiro un cojín. Él me coge la mano y me baja hasta la cama y me hace cosquillas. Lo miro a los ojos y cruzo los dedos para que me bese. Pero él sólo me mira. Largo y tendido. Después se retira. Baja el ordenador a la mesita de bandeja que tiene al lado, junto a la cama. Yo me acomodo mientras pone en marcha la peli. Me pregunta si veo algo y le digo que está bien.

Una comedia romántica. Eso no me lo había esperado. Estamos tumbados uno al lado del otro en silencio. Sólo puedo pensar en lo cerca que lo tengo. En que quiero tocarlo entero. Sentir su cuerpo contra el mío.

Al cabo de un rato, los personajes de la película hacen como nosotros, se sientan a ver una peli. Me pregunto en qué estará pensando Fredrik. Me acurruco un poco más cerca de él y apoyo la cabeza en su brazo.

La peli continúa, los protagonistas tienen sexo.

Miro de reojo a Fredrik y paso una pierna por encima de la suya, doblo la rodilla y empiezo a deslizar el pie por su espinilla, hacia arriba y hacia abajo. Él murmura y me pone una mano en la pierna como para que se quede quieta.

—No pareces muy enfermo —susurro.

Tanteando, pruebo de subir la rodilla más y más arriba; confirmo lo que me había parecido ver hace un instante cuando he echado un vistazo. Una protuberancia dura debajo de sus pantalones. Él se mueve y me mira.

—O sea, que te parezco guapa.

—Me vuelves loco —dice Fredrik en voz baja—. Cada segundo a tu lado sin poder tocarte es una tortura.

—Pues hazlo. —Me lamo los labios, veo que se le achinan los ojos.

—¿No estabas enferma?

—Tampoco muy enferma —respondo y me incorporo para colocarme un poco encima de él.

Me paso el pelo por detrás de la oreja. Noto sus manos deslizándose por mi cintura. Le paso la lengua por los labios, despacio, probando. Luego lo beso. Y él me besa.

Nos liamos. Su lengua en mi boca, la mía en la suya. Nerviosas, luego lentas, luego otra vez impacientes. Sus manos en mi pelo, por mi cuerpo, en mi culo. Me retiro, noto que tengo las mejillas calientes. Fredrik está muy sexy, ahí tumbado, estudiándome. Contento, satisfecho. Quiero hacerlo mío. Desde luego que quiero.

Me recuesto sobre su brazo, entrelazo mi mano con la suya y suspiro. Feliz. Él se ríe. Cojo el móvil, nos hago un montón de *selfies*. Los dos tumbados de lado, él mordiéndome la oreja y yo riendo, besándonos, en algunas poniendo

caras.

—¿Me vas a dar méritos porque te he traído helado? —murmura con los labios pegados a mi pelo mientras yo repaso las imágenes.

—Por supuesto. «*Hashtag*: el mejor novio del mundo», quizá. —Contengo la respiración a la espera de su respuesta.

—Lo triste es que el helado se lo ha zampado mi novia ella sola.

—¡No es verdad!

Se ríe cuando le doy un pellizco y me aparta el pelo a un lado antes de besarme.

Volvemos a liarnos. Nuestras lenguas, nuestros labios, nos damos todo el tiempo del mundo para disfrutar. Saber que va a haber más me hace explotar de calentura y felicidad.

Y el corazón me late más fuerte. Siento el pulso palpitando en mis genitales. Paso una mano por su barriga, la poso sobre la protuberancia. Noto que se hace aún más grande. La acaricio con los dedos, toco, aprieto. Él traga saliva, aspira mi nombre.

Mi teléfono empieza a sonar. Levanto la mirada y veo que Fredrik hace una mueca de desagrado. Yo me río entre dientes y le doy un beso. Ignoro el móvil por segunda vez cuando vuelve a sonar. Susurro que no es importante. Él se pone encima de mí. Sus manos en mi culo. Me pego a él con fuerza, me froto con su cuerpo y disfruto sintiendo lo duro que está. Le susurro al oído que quiero que me haga suya.

Él me pasa una pierna por encima y rueda. Se ríe cuando chocamos con la mesita de bandeja. Fredrik se incorpora, cierra la tapa del ordenador y baja toda la mesita al suelo. Yo observo su cuerpo mientras está sentado a horcajadas sobre mí. Él esboza media sonrisa, se quita la camiseta y se vuelve a tumbar encima de mí. Ahora me besa más acaloradamente y me acaricia los pechos. Sus muslos entre los míos, serpentecemos y nos frotamos el uno contra el otro.

Vuelven a llamar.

Miro al techo y suelto un taco. No lo hago casi nunca y cada vez me suena igual de ridículo. Fredrik tira de mí para hacerme bajar otra vez a la cama. Le quito el sonido al teléfono antes de aterrizar entre sus brazos.

—¿Por dónde íbamos? —murmura, y me toca los pechos por debajo del jersey.

Le desabrocho los botones de los pantalones, meto la mano por debajo de los calzoncillos y toco. Está dura, pero al mismo tiempo es de lo más suave. Mis dedos alcanzan justo para rodearla, está caliente y es agradable, y me pregunto a qué sabrá. Quiero lamer, pero no me atrevo. Lo acaricio, arriba y abajo. Fredrik respira más deprisa, lo noto crecer más todavía. ¿Cómo es de grande?

Me arranca el jersey. Me siento a horcajadas encima de él. Mis pechos se vislumbran a través del sujetador y me los acaricio con las manos, lo veo mirar mis pezones erguidos. Él baja la cintura de mis pantalones y pone una mano y me empieza a acariciar. Me levanto un poco para que pueda llegar mejor, noto sus dedos por debajo del tanga. Jadeo, balanceo las caderas para liberarme de los pantalones. Fredrik intenta ayudarme y, cuando uno de los dos le da un golpe al teléfono y éste cae al suelo, oímos que está vibrando.

—¿Quién coño está llamando todo el rato? —Su voz suena afónica e impaciente.

—Lo voy a apagar. —Me asomo por el borde de la cama y veo un montón de llamadas perdidas y las primeras líneas de un SMS en la pantalla.

El calor de mi cuerpo se apaga. Estoy sentada encima de Fredrik, el teléfono en la mano, e introduzco el código de desbloqueo. Él se incorpora, noto sus besos en mi cuello, sus dedos jugando con mis pezones.

—Mierda —digo entre dientes al leer el mensaje.

—¿Qué pasa? —pregunta Fredrik.

Me besa el hombro, me baja la tira del sujetador. Cierro fuerte los ojos y lo dejo hacer unos pocos segundos. Estoy a punto de llorar de frustración. De decepción.

—Fredrik, tienes que irte —digo y lo aparto—. Tienes que irte ahora.

STELLA

No se ha presentado. Y éstos son los noventa minutos más inútiles de toda mi vida. Totalmente desperdiciados.

¿De qué trata la conversación de hoy? Ni idea.

¿Me está evitando? ¿Por qué?

Después de la terapia de grupo tengo una sesión con Ulf.

—Sé que no debería haberlo hecho, pero no lo pude evitar. Simplemente, pasó.

Ulf habla sin parar. Yo lo oigo, pero no escucho como debería. Me pregunto cuántas veces he escuchado lo mismo a lo largo de estos dos años que lleva conmigo.

—¿No pudiste? ¿O no quisiste? —pregunto.

Ulf da un respingo. Se da perfecta cuenta por mi tono de voz que estoy irritada. Una vez más, Ulf ha trasnochado, ha bebido más de la cuenta y ha vuelto a casa como una cuba. Una vez más, ha iniciado una bronca malévolamente con su mujer. Y todo es culpa de su madre, que no estuvo ahí cuando era pequeño. Buaa, buaa, pobre Ulf, pobrecito niño incomprendido y desgraciado.

Es un puerco. Un cerdo machista inmaduro y egocéntrico.

Lo que más necesita es una patada en el culo. O una buena hostia en la boca. Le he propuesto que pruebe otra forma de terapia o que se busque un hobby, directamente. Que vaya a Alcohólicos Anónimos. Él no entiende que le hace falta. Y así se ha pasado una semana tras otra. Ya no puedo seguir escuchándolo. Y por primera vez en mi vida me arrepiento de haber escogido esta profesión.

Tiro a un lado la libreta que tengo en el regazo.

—Ulf, ¿qué demonios haces aquí? —espeto—. En realidad, ¿qué sentido tiene continuar?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué sigues viniendo? ¿Qué sacas de todo esto? Sólo ocupas mi tiempo.

Se queda boquiabierto, como si no tuviera la menor idea de lo que estoy hablando. Le explico que sigue tropezando con la misma piedra que cuando lo conocí por primera vez. Que se baña en la misma mierda y comete los mismos errores lamentables, una y otra vez. Que siempre utiliza las mismas excusas insustanciales, que cada semana transforma el autodesprecio que siente en rabia hacia su pobre madre. Le explico que si no madura y se responsabiliza de su propia vida, continuará encallado en la misma problemática el resto de su vida.

—¿Qué coño sabes tú? —dice.

Me levanto, me abalanzo sobre la puerta y la abro de un bandazo. Grito:

—¡No vuelvas a venir. No quiero volver a verte aquí nunca más!

Ulf se apresura a salir colorado. En el pasillo está John, un compañero de trabajo. Renate se asoma por encima del mostrador de recepción. Los dos me miran con los ojos como platos, comentan algo entre susurros. Cierro la puerta de golpe.

Enseguida alguien llama a la puerta.

—Adelante —digo. Renate abre. Me observa con mirada severa.

—Stella. Siempre me has gustado. Pero ya es hora de que te plantees tomarte un descanso.

Sé que está pensando en Lina. Que todos piensan en Lina. Creen que, a pesar de todo, las acusaciones tienen su fundamento. Que la denuncia a la Inspección de Salud y Asistencia es totalmente legítima. Ahora que acabo de echar a Ulf. Todos lo ven. Todos lo saben.

Tengo graves problemas.

Sola en mi despacho. Hundida en la silla, detrás de mi escritorio. Apago el ordenador, saco el móvil. La llamo. Varias veces. No lo coge. Una y otra vez. Me rindo. Me reclino y cierro los ojos. El móvil tintinea y lo cojo nerviosa. Un mensaje de Henrik.

¡Joder! ¿Estás de broma? Jennie, ¡eres fantástica! Elige restaurante. Doy por hecho que me vas a costar un ojo de la cara.

No lo entiendo. Lo releo varias veces. ¿Por qué mi marido le escribe a alguien que se llama Jennie? No sé quién es Jennie. Y ¿por qué la va a llevar a un restaurante? ¿Qué significa esto?

Últimamente, Henrik ha estado muy pendiente del móvil. Más de lo normal. Ha dicho que la empresa tiene mucho trabajo. Ha llegado tarde a casa. A menudo. Ha recibido llamadas y ha contestado a mensajes al mismo ritmo tanto los días laborables como los fines de semana, durante el día e incluso a altas

horas. ¿Fue Jennie la que llamó ayer por la mañana? ¿Era ella a quien tenía que pasar a recoger?

«Voy de camino. Sí que lo estoy. Dentro de diez minutos me tienes ahí.»

Siento los celos recorriéndome por dentro y envenenándome.

«¿Papá y tú os vais a divorciar?»

Me duele el estómago. Escribo una respuesta. La borro. Empiezo de nuevo. Vuelvo a borrar. Pienso un buen rato antes de dar con algo que no suene histérico.

Lo siento, no soy Jennie. Pero me encantaría ir de restaurante ;-)

El móvil permanece oscuro, callado. La espera se me hace eterna. Debería llamarme. Me pregunto qué tiene que decir. Cómo sonará su voz. Tarda un rato en llegarme su mensaje.

Me he equivocado. :-) Llego a casa pasadas las siete.

Me levanto y me paseo por el despacho. Ninguna explicación, ninguna disculpa. Hace como si no hubiera pasado, como si yo no entendiera que tiene algo con esa tal Jennie. Cojo el gran jarrón de cerámica que hay en el rincón, el que me regaló Henrik cuando inauguramos la consulta. Lo levanto por encima de mi cabeza y lo tiro con todas mis fuerzas al suelo.

Los fragmentos vuelan y el ruido es fuerte.

Pero esperaba que lo fuera aún más. Que sintiera más el estruendo en mi interior que mi rabia, que la contrarrestara. Pero ni por asomo.

Gritarles a los pacientes y destrozar jarrones de cerámica no basta.

Nada sirve contra la impotencia y el temor que siento.

KERSTIN

Me siento en un banco debajo de su casa y la llamo. Isabelle no contesta. La llamo cuatro veces sin obtener respuesta. Al final le mando un mensaje de texto. Al cabo de un rato me responde. Dice que no lo ha oído, que estaba descansando. Enseguida bajará a abrir. Sólo tiene que vestirse. Al menos está en casa. Pero ¿qué está haciendo?

El portal se abre y me pongo de pie. Sale un chico rubio. Los pantalones parece que se le vayan a caer de un momento a otro. Camina con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos y no me dedica más que un vistazo. La juventud de hoy en día ni modales tiene ya. Puedes volverte loca con menos.

Poco después sale ella. Mi hija, tan mayor y tan guapa. Le doy un fuerte abrazo y le echo un buen vistazo. Se la ve cansada. Y ¿qué lleva puesto? Es cierto que ya había intuido un cambio. Ahora que la he cogido por sorpresa veo cómo viste realmente en la actualidad. El top y los vaqueros se ciñen a su cuerpo, muestran sin pudor alguno todas sus curvas. Los pechos jóvenes y erguidos, la delgada cintura, el culo y la entrepierna. Y el top es demasiado corto. Cuando se mueve se le sube, va enseñando la barriga. Es de lo más inapropiado. Parece una puta. ¿Por qué no pasearse desnuda, ya puestos?

Es culpa de Johanna. Es una mala influencia para Isabelle. Es todo culpa de esa pequeña furcia. Con su pelo teñido, su aro en la nariz, alguien como ella no debería poder acercarse a mi Isabelle.

La miro detenidamente. Le brillan los ojos. ¿Bebe? ¿Ha empezado a tomar drogas?

—Vigila con vestirte así —le advierto—. Los chicos sólo tienen una cosa en la cabeza. A estas alturas ya deberías saberlo.

Veo que se pone tensa. Por lo visto, he dicho algo que no tocaba.

—¿Comes bien? —paso a preguntar—. ¿Has bajado de peso?

—Sí, mamá, como bien. Y no, mamá, no he adelgazado. —Me sujeta la puerta del portal.

Subimos en ascensor en silencio. Isabelle parece estar de muy mal humor.

Abre con llave y entra primero en el piso. Paseo la mirada. Es luminoso y bonito. Sólo he estado aquí unas pocas veces, pero no me habría importado venir más a menudo de visita. Habría preferido estar presente y echar una mano con la mudanza. Colgar cortinas y cuadros, darle un poco de calidez. Esas cosas que les toca hacer a las madres. Pero ahora Isabelle tiene la necesidad de marcar su nueva independencia. Más bien parece una rebelión. Intento no mostrar lo mucho que me afecta. Pero me cuesta. La verdad es que me hiere. Duele horrores cuando se distancia de mí.

Isabelle pone la cafetera y yo voy al baño. Después de hacer mis necesidades inspecciono los armarios. No encuentro ni medicinas ni anticonceptivos. A continuación asomo la cabeza a su cuarto. El edredón está puesto de cualquier manera sobre la cama, como si la hubiese hecho de prisa y corriendo. Enseguida me entran los malos presagios.

¿Se está acostando con alguien? ¿Con varios? ¿Mi propia hija ha empezado con esas cosas? El chico que he visto salir del portal, ¿quién era? ¿Venía de ver a Isabelle? ¿Ha estado aquí con ella, en su cama? ¿Se ofrece a cualquiera que pasa? ¿Se expone como una fulana, se retuerce debajo de ellos mientras jadean y resoplan y cogen lo que quieren? La imagen de Isabelle en una situación así me horroriza. Me infunde un asco que no está escrito. ¿No entiende lo triste que me pongo? Pero aún es débil. Todavía necesita a su madre. Ya me encargaré de poner orden en su vida.

Doy media vuelta y me meto en la cocina. No hago el más mínimo gesto de saber lo que está haciendo. Me siento a la mesa y miro cómo trajina.

—La dichosa inactividad en el tren, con tantas horas quieta he retenido líquidos, ¿ves? —Me quito el calcetín y se lo demuestro apretando mi pie hinchado. Dejo una huella claramente visible en la piel.

—¿No habrías estado igual de quieta en casa? —dice Isabelle sin tan sólo mirar hacia mí.

Estas pullas constantes. Esta total falta de respeto. ¿En quién se ha convertido? ¿Por qué no puede ser la niña adorable para siempre? Mi niña. Quien consideraba que yo tenía todas las respuestas, a quien yo le parecía insustituible cuando la consolaba y le curaba las heridas. Ahora sólo le doy vergüenza. Soy cansina. Tonta. Pesada.

Me trago el disgusto.

—¿Qué tal los estudios?

—Van bien. Ningún examen de recuperación, por el momento. —Parece satisfecha.

—Estoy orgullosa de ti —afirmo—. Papá también lo habría estado. —Soy yo quien la ha educado. Su transformación es momentánea. Todo saldrá bien.

Isabelle sirve café y saca un pastel de zanahoria.

—Sabe muy bien —digo.

—Lo hice ayer.

—Siempre te ha gustado la repostería. Lo has sacado de mí. ¿Recuerdas todos los pasteles y dulces que hemos hecho juntas?

—¿Qué estás haciendo aquí, mamá?

Hasta ahora no me doy cuenta de que Isabelle suena afónica.

—¿Estás resfriada? —Le pongo una mano en la frente. La tiene un poco caliente. ¿No estará embarazada?

—Pronto se me pasará —asegura.

—A lo mejor deberías acostarte. Descansar un poco. Puedo hacer té.

—Pero, mamá, si apenas tengo fiebre.

—¿Has estado todo el día en casa? —quiero saber.

—Sí, aquí mismo. Y he seguido tus reglas. Al dedillo. Me he quedado en casa, me he puesto calcetines gruesos. —Levanta un pie y dobla los dedos—. He tomado cosas calientes, me he lavado las manos por lo menos ocho veces y he cambiado las sábanas de la cama. —Ahora me sonrío por primera vez. Mi querida hija sonrío y siento calor en mi interior. Es como cuando las nubes se disipan y por fin sale el sol.

—Ésa es mi niña —digo y también sonrío—. Qué bien que no hayas ido a ninguna parte. ¿Ni siquiera a terapia?

Se le vuelve a ensombrecer la cara. Mira que ser tan sensible... Pero estamos obligadas a pasar por esto. En eso consiste la maternidad, ¿verdad que sí? Sacar incluso los temas más difíciles. Educar, guiar y proteger.

—Te acabo de decir que he estado todo el día en casa.

—¿Sabes? Me gustaría que no volvieras a ir.

Isabelle echa la silla para atrás. Emite un ruido terrible al rozar el suelo. Se levanta, se queda de pie junto a la encimera, de espaldas a mí. Sé que está enfadada, pero entrará en razón. Sólo tiene que escucharme. Sólo tiene que tomar conciencia, recuperar el sentido común.

Al final lo entenderá.

Tiene que hacerlo.

ISABELLE

Mi pánico se dispara. Estoy tan enfadada que me doy miedo a mí misma.

¿Por qué siempre tiene que hacer esto? Venir y entrometerse, hurgar en lo que es privado. ¿Por qué nunca me deja tener algo de paz?

Quiero concentrarme. No quiero dejar que la rabia tome el control. «Es difícil, estoy furiosa.» Si no me detengo a mí misma y me trago la ira, todo irá a peor.

¿O es como dijo Stella? Que es peor si no pongo un límite. Si siempre evito mostrarle a mi madre que no puede gobernarme.

Ésta es mi vida. Son mis decisiones. Tengo que ser sincera y decir las cosas como son. Me doy la vuelta y la miro.

—Eso no lo decides tú —digo con voz tranquila.

No suelo enfrentarme a ella. Nunca suelo contradecirla. Pero ya no puedo seguir así. Una buena relación tiene que poder aguantar la discrepancia. Mamá parece sorprendida con lo que acabo de decir. Se siente insultada. Ofendida. Salta a la vista. Su cara se vuelve flácida, la boca le cuelga abierta. Parece que le acabe de dar un bofetón. Y ya veo que empieza a preparar uno de sus discursos de lo triste que la pongo y lo desagradecida que soy por no apreciar todo lo que ha hecho por mí.

Pero me han educado y guiado toda la vida. Tiene que llegar el día en que haga lo que yo quiera. Si me ha educado y guiado tan bien como ella dice, no debería haber ninguna razón para preocuparse.

Mi madre deja la taza en la mesa con un golpe y me mira con severidad.

—No me parece que ése sea el tono apropiado.

—Ahora soy adulta —digo—. Tomo mis propias decisiones. Y esto quiero hacerlo. Por mí y por nadie más.

Estoy orgullosa de mí misma. Mi reacción prueba que la terapia me ha ayudado. Me atrevo a decir lo que pienso, a pesar del riesgo de generar un conflicto. Para mí es mucho.

Mi madre no está nada impresionada. Me mira como hacía cuando yo era

pequeña. Cuando le daba dolor de cabeza. Cuando se marchaba porque yo la decepcionaba.

Frunce la boca.

—Hay cosas que no sabes —dice y me mira con desagrado. Desplaza las migas en la mesa—. Ven y siéntate.

Oigo el tono inamovible de su voz. Aunque no quiero oír lo que me quiere decir, me siento. Sé que es algo pesado. Y desearía que no estuviera aquí. Desearía que Fredrik se hubiese quedado conmigo. Ahora estaríamos metidos en la cama. Desnudos. Estaríamos haciendo el amor. No es ni feo ni sucio, como se cree mi madre.

Pienso en ello todo el rato, lo noto en todo mi cuerpo: Fredrik y yo vamos a acostarnos. Vamos a hacer el amor durante horas. Vamos a hacer el amor toda la noche y luego seguiremos haciendo el amor todo el día.

Y es lo que estaríamos haciendo ahora mismo.

Si mi madre no se hubiese presentado de repente.

No debería haber leído su SMS, debería haberme atrevido a hacerla esperar y no dejarlo todo para acudir a su llamada. A toro pasado es fácil ser lista.

Mi madre interrumpe mis cavilaciones.

—Tu terapeuta, Stella. Tiene problemas.

—¿Cómo sabes eso? ¿Cómo puedes saber nada de ella?

—Estoy preocupada por ti. Puedo ver que has cambiado.

—¿No será porque me he enterado de que he vivido una mentira? ¿Casi toda la vida?

Mamá se echa para atrás. Guarda silencio, hace un esfuerzo por no perder el control.

—¿Qué quieres decir con eso? —Susurra las palabras. Se le empañan los ojos. Siento que vuelvo a tener cinco años. Quiero calmarla. Quiero repararlo. Quiero que se me perdone y hacer que todo vuelva a estar bien.

—Hans no era mi padre, ¿verdad? —continúo—. Mi padre biológico. No me parece que haya sido lo más fácil del mundo enterarme de eso.

Mamá se hunde en la silla, apoya la cara en las manos.

Hora del drama.

—Lo sé. Cariño, perdóname. Lo entiendo. Lo hago. Y tenía la esperanza de que no necesitara contarte esto.

Y mi madre continúa. Me explica, con la máxima confianza, que mi terapeuta está siendo blanco de severas críticas. Y, como de costumbre, pone una voz especial, un tono que es una mezcla de ira, mofa y gozo. Sinceramente, a veces me pregunto si mi madre no tiene un problema. Un problema grave.

—Una antigua paciente suya intentó quitarse la vida, ¿sabes? Era un poco

más joven que tú y, como era de esperar, los padres quedaron destrozados. Habían visto las señales, pero aun así habían confiado en que la ayudarían. Así de mal puede ir cuando una chica joven pone su vida en manos de otra persona. Las manos de una desconocida.

—¿Cómo sabes eso?

—Llevo mucho tiempo preocupada por ti.

—Sí, ya lo has dicho. —No es ninguna sorpresa. Siempre lo está. Las últimas veces que hemos hablado siempre ha comentado lo preocupada que estaba.

—He buscado en internet. He encontrado esa información. Incluso he hablado con los padres. Parecen personas estupendas y honradas. Y me niego a quedarme sentada mirando cuando te pase a ti. ¿Entiendes? —Mamá me coge de las manos y ladea la cabeza.

—No tengo conductas suicidas, lo juro —digo, y trato de reír. Mi madre sigue poniendo mala cara. Sus manos me aprietan más fuerte. Me duele. Me libero.

—Confío en Stella, mamá. Puede ser que ese suceso en verdad no fuera culpa suya. No sabemos nada de lo que realmente pasó.

—Isabelle, escúchame bien. Esa mujer está loca. No es normal. Está enferma. —Mi madre me mira seriamente antes de continuar—. Perdió a una hija hace muchos años. Una niña pequeña. Ella era muy joven por aquel entonces. Y no quedó del todo claro cómo ocurrió. Ella era sospechosa, pero nunca encontraron ninguna prueba. En cualquier caso, la ingresaron un tiempo. En el psiquiátrico. En el manicomio. Que alguien así pueda llegar a ser terapeuta es algo que supera mi capacidad de comprensión. A lo mejor ha matado a su propia hija.

La interrumpo, pero mi madre me hace un gesto para que siga callada.

—Creo que se le ha metido en la cabeza que esa niña eres tú —dice—. Es trágico y lamentable, en eso estoy de acuerdo. Pero una cosa tienes que saber, esa mujer es peligrosa. Stella Widstrand está enferma y es peligrosa.

Pienso en el monólogo de Stella sobre la pena y siento un escalofrío.

Mi madre se inclina sobre la mesa.

—Me dijiste que te preguntó por tu infancia. Y por mí. ¿Verdad? ¿Puede que te haya preguntado si soy tu madre auténtica?

Mi incomodidad va en aumento. Lo ha hecho. Ha mostrado bastante interés por mi infancia.

Mi madre dice:

—Como terapeuta, tiene un gran poder de influencia en las personas. Y se aprovecha de ello, ¿entiendes? Porque ella misma no está bien. Te hace

cuestionártelo todo, incluso lo que sabes que es cierto. ¿Y si incluso ha llegado a seguirte hasta casa? ¿Y si te está espiando?

Vi a Stella aquí abajo, delante del piso. La vi en la universidad.

Mamá tiene razón.

Lo que yo he interpretado como implicación es otra cosa. Una especie de obsesión enfermiza.

Al mismo tiempo, Stella ha conseguido hacerme sentir confiada. Y a primera vista me gustó. Pero ¿me atrevo a fiarme de mi nueva percepción? No consigo encajarlo. No logro darle sentido.

Mamá rodea la mesa y me pasa un brazo por la espalda.

—Quiero que vayas con cuidado. No quiero perder a mi niña, lo entiendes, ¿verdad?

Levanto la cabeza para mirarla. Es una pesada, a veces incluso llega a ser horrible. Pero es mi madre. Y realmente quiere cuidar de mí. Podría llegar a hacer cualquier cosa con tal de protegerme.

—Lo sé, mamá —digo—. Te prometo que iré con cuidado.

STELLA

Miércoles por la noche; estoy sentada en el sofá con las piernas recogidas, observando a Henrik. Él está de pie, apoyado en la barra de la cocina y hablando con Sebastian, el nuevo novio de Pernilla. Se ríe y gesticula. Después de quince años, sus formas me son muy familiares. Aun así, lo estoy mirando con otros ojos. Y me doy cuenta de que todo el rato estoy buscando señales que lo delaten. Debería preguntárselo sin rodeos, pero soy demasiado cobarde. No es propio de mí. Pero si él lo niega rotundamente, me voy a sentir aún más desquiciada y paranoica de lo que ya me siento. Si confiesa, ya no quedará nada de mi vida.

Sebastian y Pernilla han traído a Milo a casa después del tenis. He pedido unas pizzas, he sacado una botella de vino. Cuando Henrik ha llegado los ha saludado y ha subido al dormitorio a cambiarse. Lo he seguido con la copa en la mano.

Le he preguntado cómo le ha ido el día. Él ha contestado que bien. Se ha quitado la camisa y se la ha cambiado por una camiseta. Me he quedado allí mientras se ponía los tejanos viejos y se los abotonaba. Se ha metido el móvil en el bolsillo.

Pensaba que me comentaría algo del mensaje. Que me hablaría de Jennie. Que daría una explicación. Algo, cualquier cosa. No ha dicho nada. Se ha limitado a preguntarme qué estábamos celebrando, echando un vistazo a mi copa de vino.

El amor, quizá, he dicho.

Antes nos habríamos reído. Hoy Henrik ha esbozado su sonrisa formal y me ha preguntado si no deberíamos bajar antes de que se enfriara la pizza.

Parece relajado, ahí de pie en la cocina. Contento y satisfecho y relajado. ¿Quién coño es Jennie? ¿Se ríe así con ella? ¿Qué aspecto tiene? ¿Es más joven, más guapa? ¿Cuánto tiempo llevan con esto? ¿Cuántas veces se han acostado?

Pernilla me tira un cojín y doy un respingo. Está recostada en la otra punta

del sofá y me mira con detenimiento. Me toquetea la pierna con el pie.

—¿En qué piensas? —dice.

—Nada, sólo he tenido un día muy largo —respondo, y doy un trago largo de vino. Pernilla me atrapa la mano, me sube la manga del jersey. Tengo unas leves marcas azuladas alrededor de la muñeca.

—¿Qué has hecho?

Aunque no quiera, mi mirada vuelve a posarse en Henrik. Se ríe en voz alta con lo que dice Sebastian. Gira la cabeza, me mira directamente a los ojos. Se pone serio. Interrumpe el contacto visual, me da la espalda.

—¿Te ha tratado mal? —pregunta Pernilla.

Siento una ola de calor al pensar en la noche del sábado. En cómo Henrik me besó y me sujetó las muñecas y me lo hizo en el suelo.

—¿Marcas de amor? —Pernilla suelta una carcajada gutural—. Te lo veo, ya me lo puedes ir contando.

—No hay nada que contar —digo, y sonrío—. No pasó nada en la alfombra del dormitorio. Nada de nada. —Pernilla se ríe. No se da cuenta de que mi sonrisa es fingida. No tiene ni idea de que hay otra mujer en la vida de Henrik y que yo lo sé. Él nos vuelve a mirar.

—¿Estáis a gusto? —Se sienta en el reposabrazos que tengo detrás.

—¿Has empezado a hacer yoga, Henrik? —dice Pernilla.

Él se ríe.

—¿Yoga?

—Me han dicho que puede ser fantástico. —Pernilla pone cara de inocente—. Una alfombra en el dormitorio puede ser un buen sitio para practicar.

—¡Pernilla! —protesto, y miro rápidamente por encima del hombro. Henrik me mira primero a mí, luego a ella. Hay una reticencia a tocar ese tema. ¿Por qué? ¿Ahora sólo piensa en Jennie? ¿Ella lo satisface mejor que lo que puedo hacer yo?

—Quizá tendré que probarlo alguna vez —dice, y me aparta la copa de vino.

Yo la vuelvo a coger y la lleno hasta arriba. Tengo derecho a relajarme después de todo lo que ha pasado. Tengo derecho a sentirme bien, aunque sólo sea por un momento. Y estoy contenta, ¿a que sí? Estoy conversando y estoy siendo simpática y equilibrada. La Stella afable y maja. Que es tan inteligente y comprensiva. Siempre tan armónica.

Más tarde me inclino hacia Henrik, le acaricio el muslo y le susurro al oído que quiero poseerlo. Que le prometo que se lo puedo hacer pasar mejor que ninguna

otra persona.

Él arruga la frente, pregunta si de verdad pienso beber más. Mira a Pernilla. Él le hace una mueca. Debería ser suficiente. No hago caso a las miradas que se intercambian. ¿Qué les pasa? ¿Qué problema tienen todos?

Henrik me aparta la mano y se va con la botella de vino a la cocina. Pernilla dice que se está haciendo tarde. Vacío mi copa de un trago.

Oigo a Milo y Hampus discutir sobre el campeonato de básquet que se va a celebrar en Estonia.

—Mamá —dice Milo—. ¿No puedo ir yo solo?

—¿Solo? —pregunto.

—Tú has venido cada vez —continúa—, sabes cuántos monitores hay. Por favor.

—No creo que sea una buena idea —respondo.

Tarda un segundo. Menos de un segundo.

La neurotoxina del temor me paraliza, me vuelve difícil, inflexible e irritable.

—Pero, mamá, no te enfades. Puedo hacerlo, sabes que puedo.

Pernilla dice:

—Hampus va a ir, así que a lo mejor...

—No quiero que vayas solo al extranjero —la interrumpo—. Sólo tienes trece años. —Le doy un trago a la copa de Pernilla. Ella me mira de reojo, lanza una mirada a la cocina. Después alarga el brazo para recuperar su copa, pero yo la dejo fuera de su alcance.

—Sólo es a Estonia —resopla Milo.

—Luego lo hablamos.

—Mamá.

—Milo. Luego lo hablamos, he dicho. Deja de dar el coñazo, joder.

Henrik viene al salón. Me mira desubicado, primero a mí y luego a Milo.

—Papá, quiero ir solo al campeonato de básquet, pero mamá se enfada.

Henrik le pone una mano en el hombro.

—Ya lo arreglaremos —asegura.

—Nunca —digo y salpico vino en el sofá—. Jamás. —Intento limpiarlo con la mano, pero lo único que hago es esparcir el vino todavía más.

Henrik me quiere quitar la copa. La aparto de golpe y salpico más vino.

—¿Qué haces? —le digo, y yo misma oigo que balbuceo.

Pernilla me acaricia el brazo, pero me la quito de encima. De nuevo ella y Henrik intercambian una mirada.

—Stella, tranquila —dice Henrik—. No hace falta que grites. Ya lo hablaremos otro día. ¿Vale?

—No estoy gritando. No estoy gritando. Y no hay nada que hablar.

—¡No entiendes nada, mamá! —exclama Milo—. No va ninguna otra madre, joder. Tú siempre tienes que estar. Lo odio.

Se va del salón a toda prisa.

—¡Ninguna otra madre entiende que no hay que dejar solo a su hijo! —chillo a su espalda.

Sigo sentada en el sofá. Sola.

Milo se ha encerrado en su cuarto.

Sebastian, Pernilla y Hampus se han ido a casa. He oído a Pernilla preguntarle entre susurros a Henrik si había algo que podía hacer. Él le ha dado las gracias, también susurrando, no sé qué le ha dicho. Después ha llamado a la puerta de Milo, él lo ha dejado entrar y han vuelto a cerrar.

Sigo sentada aquí sola. Noto cómo me voy hundiendo.

No puedo controlar el miedo.

No puedo controlarme a mí misma.

No puedo controlar nada.

Estoy enferma.

STELLA

Mis párpados están pegados y tengo que forzarlos con los dedos. El jersey que llevo es el de ayer y huele a sudor y resaca. Tengo la boca pegajosa, me apesta.

Estoy en la cama del cuarto de invitados. Henrik ha pasado por aquí en algún momento de la noche y me ha echado el edredón por encima. Al menos no recuerdo haberlo hecho yo. Ni siquiera recuerdo haber venido aquí para acostarme. Cuando me incorporo, la cabeza está a punto de estallarme. Repaso la lista de todas las cosas por las que me puedo avergonzar, siento lástima por mí misma durante un rato. Después me dirijo al dormitorio.

La cama está vacía. Miro el reloj que aún tengo en la muñeca. Pasan pocos minutos de las siete. Me quito el jersey y la ropa interior. Me doy una ducha larga y caliente. Después me cepillo los dientes, me paso hilo dental y hago gárgaras con un colutorio.

No me siento ni de lejos una persona nueva, pero sí estoy un poco mejor que antes. Me maquillo, pero sigo teniendo un color cetrino. Me recojo el pelo en un moño. Me pongo los pendientes que Henrik me regaló la noche de bodas. Elijo un vestido liso hasta la rodilla con corte en los lados. Azul marino. Media manga. Me veo en el espejo. Aparto la mirada.

Henrik está sentado a la mesa de la cocina leyendo el periódico. Va vestido y está listo. Pantalones de traje negro, jersey de lana gris azulado. Se levanta, me da los buenos días y me pregunta qué tal he dormido.

No contesto. Intento exprimir una sonrisa de disculpa. Henrik no reacciona, pliega la prensa y sale al recibidor.

Hay un abismo entre los dos.

Le grita a Milo, quien sale corriendo de su cuarto. Los veo hablando por la ventana, Henrik se ríe y le da una palmada a Milo en el hombro. Se meten en el Range Rover de Henrik y se van.

Busco la caja de Treo en el armarito de encima de la encimera, echo dos pastillas en un vaso con agua. Me siento a la mesa, observo las pastillas mientras se disuelven con un burbujeo y luego me lo tomo todo de un trago.

Hay vaho en la ventana, colas en el puente de Tranebergsbron, niebla sobre las aguas grises del lago Mälaren. Está exactamente igual que el día que empezó todo.

Me detengo en la calle Sankt Eriksgatan delante del portal de mi consulta. Me quedo sentada en el coche observando el tráfico. Las personas que pasan por la acera. Miro al aire.

Un fuerte golpeteo en la ventanilla me hace reaccionar.

Un vigilante del aparcamiento.

Me dice que aquí está prohibido aparcar y hace un gesto para indicarme una señal de tráfico que hay más adelante. Arranco y salgo de sopetón.

Estoy sentada con un café con leche junto a la ventana del Wayne's Coffee en la librería Akademibokhandeln, con vistas a la plaza Hötorget. Miro los puestos de los fruteros y a los floristas y a sus clientes.

Después deambulo un rato por la ciudad, me meto en tiendas, miro zapatos y ropa, pero me aburro.

Cojo el coche y me voy al sur de la ciudad.

Voy al cementerio de Skogskyrkogården. Aparco. Me quedo un largo rato en el coche antes de bajarme.

Voy a la tumba de Alice. Me siento en cuclillas y contemplo la lápida y la paloma blanca encima del texto.

ALICE MAUD JOHANSSON

Siempre añorada, nunca olvidada

Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que vine. Me pregunto si no debería haber comprado unas flores, hasta que caigo en la cuenta de lo absurdo de la idea.

Alice no está aquí.

Mi hija nunca ha estado aquí.

Henrik y yo cenamos en la cocina. He comprado patatas al horno con ensaladilla de gambas en Erssons Deli de camino a casa para no tener que cocinar.

—¿Me pasas la mantequilla? —dice Henrik.

—Claro.

—Por cierto, ¿te ha dado tiempo de lavarme los tejanos?

—Sí —respondo—. Están tendidos en el lavadero.

—¿Las camisas también?

—En el armario.

—Gracias.

—De nada.

Me parece ridículo haberme molestado en encender las velas. Los ánimos entre Henrik y yo están lejos de ser románticos. Le llega un SMS. Se disculpa y saca el móvil. Responde, vuelve a guardar el teléfono. Seguimos cenando en silencio. No tengo ánimos para preocuparme de si es Jennie u otra persona. Ahora mismo sólo pienso en mi hijo. Milo está en casa de un compañero de clase haciendo un trabajo para la escuela. Me gustaría que estuviese en casa. Quiero hablar de lo que pasó. Quiero pedirle perdón.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Henrik.

—Estoy cansada —reconozco, y dejo los cubiertos en la mesa. La comida no sabe a nada.

—¿Has ido al trabajo?

—Sí.

—¿Crees que ha sido buena idea?

La pregunta me molesta. ¿Considera que no soy capaz de trabajar? ¿Que no sirvo?

Él se da cuenta.

—Sólo preguntaba —dice—. Y ¿no mantienes el contacto con Isabelle?

—No —respondo—. Ningún contacto.

Él asiente con la cabeza. Me ofrece algo así como una sonrisa.

—¿Vas a poder soltar todo esto, Stella?

Me gustaría que no hiciera tantas preguntas. No estoy de humor para un interrogatorio.

—Eso creo —digo.

—A lo mejor deberías hablar con alguien. Aquélla a la que fuiste en su día, ¿Birgitta? ¿Aún trabaja?

—No lo sé. —Alargo la mano por encima de la mesa. Debo intentarlo, aunque ya sea demasiado tarde.

Henrik toma mi mano. Me mira y parece sopesar lo que va a decir. Piensa contarme lo de Jennie.

Llaman al timbre de la puerta. Henrik me suelta, se levanta y se va al recibidor. Oigo que abre y que habla con alguien. Vuelve.

—Stella. —Su tono revela que es serio. Me levanto y rodeo la mesa. Una mujer negra y un hombre bajito están detrás de él en el recibidor.

—¿Stella Widstrand? —dice la mujer.

Parece tener mi edad. Alta y delgada, su piel oscura es tersa, no le veo ni una sola arruga. Nos damos la mano. Sus dedos están un poco fríos. Su mano es firme.

—Sí, así es —afirmo.

—Me llamo Olivia Lundkvist y soy inspectora de la Policía Judicial. Él es mi compañero, Mats Hedin.

El hombre parece antipático. Es más bajo que Olivia Lundkvist, tiene el cuello ancho y un cuerpo corpulento. Antebrazos musculosos y cara marcada. Sus ojos son suspicaces. Me mira igual que hizo Per Gunnarsson.

No digo nada, me quedo en el sitio a la espera de una explicación de por qué están aquí.

—¿Podemos sentarnos en algún lugar? —pregunta Mats Hedin.

Henrik los invita a pasar al salón. Se sientan en una esquina del sofá. La inspectora Olivia Lundkvist pasea la mirada.

—Qué bonito lo tienen —indica—. Muy bonito.

—Gracias —digo, y me quedo de pie.

—¿Sabe por qué estamos aquí?

¿Se supone que tengo que decir algo? ¿El qué, en tal caso? Miro a Henrik de reojo, él frunce el entrecejo.

—Ni idea —reconozco—. ¿Tiene algo que ver con Alice? Quiero decir Isabelle... ¿Qué ha pasado?

Noto que Henrik me clava la mirada.

—¿Sería tan amable de sentarse? —me pide Olivia Lundkvist.

Intento tragar saliva, pero mi garganta está seca. Henrik me hace sentar en la otra punta del sofá y me pone una mano en la pierna. «Tranquilízate.»

Durante el resto de la conversación tengo una experiencia extracorporal. Oigo las preguntas. Las respondo. Pero aun así estoy en otra parte. Cuando Henrik deja caer la cabeza entre las manos, entiendo que todo se ha resquebrajado.

ISABELLE

Llaman a la puerta de mi habitación. Mi madre ya se ha levantado, yo sigo tumbada en la cama. La puerta se abre y enseguida se hace visible un mechón de pelo de color lila. Johanna asoma la cabeza y hace una mueca. «A sí misma, supongo que por lo de ayer.»

—Tu madre ha preparado el desayuno, Bella —dice.

—Vale, ya voy.

—Antes me da tiempo de hacer esto.

Johanna se echa de un salto a mi lado en la cama. Me abraza y me da un beso en la mejilla.

—Gracias —dice.

—¿Por qué? —digo y me seco la mejilla con la manga del jersey.

Johanna se ríe y añade:

—Isabelle Karlsson.

—¿Qué?

—¿Sabes que a veces estás en otro puto planeta?

Al principio me siento un poco dolida. Pero la gran sonrisa de Johanna me hace entender a qué se refiere.

—Supongo que tienes razón —reconozco, y me río yo también.

Mi madre entra y se sienta a nuestro lado en la cama. Mira a Johanna, me mira a mí. Pone la mano sobre la mejilla de Johanna y luego sobre la mía.

—Criaturas locas —dice—. Sois geniales. Pero estáis locas.

Sé que considera que Johanna no es buena para mí. El *piercing*, el pelo lila, la ropa ajustada y los chicos y las fiestas y todo, todo, todo. Pero luego pienso en lo que pasó ayer. Cojo la mano de mi madre y la abrazo. Nuestras miradas se cruzan.

Todo vuelve a estar bien.

No suele pasar. Para ser sinceros, casi nunca. Pero ahora mismo estoy orgullosa de mi madre. Normalmente está preocupada y es severa, y muestra desprecio por la gente que es de otra manera. Y cuando Johanna llegó a casa

después de que hubiese venido la policía pensé que mi madre iba a explotar. El novio de Johanna, Axel, había cortado con ella y venía borracha. Se había tomado un montón de chupitos y cervezas y una botella de vino entera ella sola. Lo primero que hizo en cuanto cruzó la puerta fue vomitar en la alfombra de la entrada.

Y mi madre lo vio todo.

Johanna me dio mucha pena. Pero también fue terriblemente embarazoso. Cerré los ojos y esperé a que mi madre arrancara y empezara a echarnos la bronca tanto a mí como a Johanna. Y sabía perfectamente lo que iba a decir. Esto es lo que pasa cuando una no se comporta, esto es lo que pasa cuando andas con chicos «que sólo quieren una cosa», esto es lo que pasa cuando partes peras con los padres, esto es lo que pasa cuando te crees más adulta de lo que eres.

Mamá no dijo nada.

Ni una sola palabra.

Se limitó a buscar un cubo y me ayudó a sujetar a Johanna mientras seguía vomitando. Le secó la boca y la nariz con papel de cocina (teniendo muchísimo cuidado con el aro en la nariz) y le fue susurrando palabras de consuelo. Como solía hacer cuando yo era pequeña y me había hecho daño o estaba enferma.

Después, entre las dos conseguimos llevar a Johanna al cuarto de baño. Allí se abrazó al váter y vomitó una vez más. Y cuando hubo terminado se echó a llorar. Se tumbó en el suelo y lloró a moco tendido. Los lagrimones le corrían por la cara y gritaba que nadie la quería, que no quería vivir en esta mierda de mundo donde todas las personas no hacían más que comportarse como animales las unas con las otras, y principalmente todos los putos tíos, que eran peores que los cerdos.

Mamá le mesó el pelo y le dijo que ahora todo iba a ir bien, que no tenía por qué estar triste. Me dijo que fuera a buscar una toalla y ropa limpia. Yo hice lo que me dijo y ella desnudó a Johanna, la sentó en la bañera y la duchó. Después la secó, la ayudó a ponerse el chándal y una camiseta de manga larga. La cogimos por debajo de los brazos y la arrastramos hasta su cuarto. Mamá la metió en la cama y se quedó sentada a su lado hasta que se durmió. Yo me quedé sentada en el suelo mirándolas. Y fue entonces cuando lo sentí.

Mi madre estaba tranquilamente sentada acariciándole el pelo a Johanna, la mejilla, tarareando en voz baja. No recuerdo haber querido tanto a mi madre como en ese momento. Haberme sentido jamás tan orgullosa.

Y luego, cuando Johanna se hubo dormido, tomamos café en la cocina. Le dije que había estado enfadada cuando se había presentado aquí en casa, pero que ya se me había pasado.

—¿Y qué sientes ahora? —dijo mi madre.

—Que eres la mejor madre del mundo —contesté yo, y le di un abrazo.

Ella lloró, me parece. «Nunca lo hace.» Noté que tenía la mejilla húmeda. Nos abrazamos mucho rato. Le pedí perdón por haber sido tan mala, y mamá dijo que todo volvía a estar bien ahora que yo había pedido perdón.

Después me habló de cosas que hicimos juntas cuando yo era pequeña. De algunas me había olvidado, otras las recordaba perfectamente. Creo que es el momento más bonito que hemos pasado desde que murió papá. Es una pena que no hayamos podido tener ratos así un poco más a menudo. Quizá sea culpa mía. Mamá no lo ha tenido fácil.

—Si quieres, te puedes venir unos días a casa —dijo—. No quiero obligarte, Isabelle. Pero te echo de menos, lo sabes.

Le prometí que me lo pensaría. Después no volvimos a hablar de ello. Tampoco comentamos la visita de la policía. Fue como si eso pudiera esperar, como si en aquel momento nos molestara. Pero mamá comentó que estaba abierta a discutir cualquier cosa.

—Sé que he sido pesada —dijo—. Pero intentaré cambiar, claro que sí.

He sido injusta con ella. Mamá no es en absoluto tan horrible como a veces me digo. ¿Estamos consiguiendo tener una relación mejor? Yo creo que sí. Quiero que la tengamos. Y sé que ella también lo quiere.

—Vamos, niñas —dice mamá—. El desayuno está servido. —Vuelve a irse a la cocina y nos deja solas un rato.

—Tu madre es para flipar —dice Johanna—. Si hubiese sido la mía, estaría jodida. Me habría caído una bronca monumental. Y me las tendría que haber arreglado yo sola. Nadie me habría cuidado como hizo tu madre.

—Ella es así —respondo—. A mi madre le gusta cuidar de otros.

—A lo mejor por eso trabaja de cuidadora, ¿no?

—Eso creo.

Johanna quiere darme otro beso, pero la aparto.

—Te apesta la boca. —Me quito el edredón de encima y me levanto de la cama.

—Y tú hueles a pedo —se ríe Johanna y me da un azote en el culo.

Salimos a la cocina, nos sentamos a la mesa. Mamá ha preparado un desayuno espectacular. Café para mí y para ella, té verde para Johanna. Zumo y leche, yogur, panecillos recién hechos con distintos embutidos que ha ido a comprar.

—Bueno, pues al ataque —dice, y se sienta.

Después del desayuno Johanna quiere fumar. Salimos al balcón mientras mamá quita la mesa y friega los platos.

—¿Quieres un cigarro, o no puedes por tu vieja? —dice Johanna.

—Sabes que detesto fumar. Es asqueroso.

—No, mola.

—No sabía que habías vuelto a fumar.

—Siempre fumo cuando estoy deprimida. Me siento mejor. —Johanna da una calada profunda y me echa el humo en la cara. Mira de reojo a mi madre, que sigue trasteando en la cocina—. ¿Ya has perdido la virginidad? He oído que Fredde pasó por aquí.

Aparto el humo con la mano.

—¿Cómo lo sabes? —digo.

—¿Que eres virgen?

—Joder, qué plasta eres a veces, Johanna. No, que Fredde estuvo aquí.

—Tu madre pensaba que habías traído a alguien. Supe al instante que era Fredde. Pero tranqui, no le dije nada. No es que piense que tu madre no lo pillara. La verdad es que es mucho más maja de lo que me habías contado.

—Sí —asiento—. Supongo que sí.

—¿Entonces?

—¿Qué?

—Para ya. —Johanna se ajusta la chaqueta. Me mira entornando los ojos y sujeta el cigarrillo con la comisura de los labios. Se la ve bastante guay, de una forma que yo no seré nunca—. No soy de esas que van por ahí contándolo todo. Lo sabes.

—¿Sobre qué? —digo yo, y sigo sin entender a qué se refiere Johanna. Ella echa una nube de humo hacia el cielo. Baja la vista para mirar la entrepierna de mis pantalones de chándal.

—¿La virginidad?

Aún no estoy igual de cómoda que Johanna a la hora de hablar de estas cosas. Sobre todo me he limitado a escuchar sus largas disquisiciones sobre sus distintos novios y hombres un poco mayores que ha conocido. Pero cuando pienso en cómo Fredrik y yo nos pusimos la ropa a toda prisa, en él empujándome contra la pared del ascensor y en cómo nos metimos mano todo el trayecto hasta abajo, en cómo me colgaba de él con una pierna enrollada a su cuerpo, me muero de ganas de contárselo. Él me murmuró que deberíamos haberlo hecho en cuanto él se presentó. Entonces nos habría dado tiempo. Nos reímos y nos volvimos a besar. Antes de irse me acarició el pelo y la mejilla y me pidió que lo llamara. Tuve que darme un rato para serenarme y arreglarme el

pelo antes de atreverme a salir a por mi madre. «Siento que me acaloro ahora que pienso en ello.»

Miro por la ventana. Mamá está ocupada ordenando la vajilla en los estantes sobre la encimera. Se vuelve y me mira, como si sintiera que alguien la está observando. Se la ve contenta. La saludo con la mano y ella me responde con el mismo gesto.

Me vuelvo hacia Johanna, me inclino hacia ella y susurro:

—Casi. Estuvimos taaan cerca... Él es maravilloso. Pero luego llegó mi madre.

—¿Es grande?

—¿Qué?

—Cuenta, quiero saberlo.

—¿Cómo que grande? ¿Te refieres a...?

Johanna asiente con la cabeza. No entiendo cómo puede preguntar algo así y no me faltan ganas de decirle que cierre el pico. Pero entonces nos miramos y nos echamos a reír.

Fuera hace frío, pero nos quedamos en el balcón un rato más. Johanna se desahoga sobre Axel, pero mientras tanto yo pienso en Stella. Y en lo que mamá dijo de ella.

Y los policías que estuvieron aquí.

Me pidieron que les hablara de mi psicoterapeuta y yo les dije las cosas tal cual son, que me parecía haberla visto tanto aquí delante como en el IRT. Pero que no le tengo miedo. «Desde luego que no.»

Lo que sí me da miedo es que todo esto haya ido demasiado lejos. Que mi madre esté exagerando su preocupación. Ella también habló con la policía. Una mujer alta, negra. En realidad, mi madre no dijo nada que no fuera cierto, pero es como si no acabara de sonar bien. Seguro que a Stella le va a caer un marrón por todo esto. Y creo que puedo haberlo empeorado, por lo que dije.

Les pregunté a los agentes que por qué nos interrogaban, qué pensaban hacer. Por qué habían venido, yo no los había llamado. No me contestaron. Me dieron las gracias y se despidieron, vamos a resolver esto. No te preocupes. Pero ya habían conseguido que me preocupara de lo lindo. Tengo que llamarlos en el acto si la vuelvo a ver. Tenía pensado verla cada miércoles. Pero no me pareció buen momento para decirlo.

Mamá los acompañó a la puerta y siguieron hablando en el recibidor. No oí lo que decían. Ni siquiera sé si quería saberlo.

Intento unir las piezas. No encajan. Hay algo alterado, que me desconcierta. Pero no tengo ningunas ganas de pensar en ello. Ahora no. No me siento con fuerzas. Tendrá que esperar.

Johanna apaga la colilla en una maceta y volvemos a entrar. Para mi gran asombro, mamá nos pregunta si Johanna y yo queremos echar una partida de Scrabble. Johanna dice que le encantaría. Y se acerca a mi madre y le da un abrazo.

Mi móvil suelta un tintineo. Lo cojo y miro la pantalla. Un SMS de Fredrik.

¿Todo bien? ¿No puedes venir pronto? ¡Te echo de menos! Beso

Me meto en el lavabo y contesto.

Por aquí todo bien, he estado liada. ¡Yo también te echo de menos! Quiero verte. Te llamo por la tarde. Beso

Me responde al instante.

Yo también te quiero ver. ¡Ven!

En cuanto mamá se vaya cogeré el metro hasta su casa y olvidaré todo lo que tiene que ver con niñas muertas e interrogatorios de la policía.

STELLA

Me han denunciado a la policía por acoso y acercamiento indebido. Quizá también por persecución y vigilancia indebida.

La mirada de Henrik. No soy capaz de enfrentarme a ella. Me mira como si fuera una loca con la que ha chocado en la calle. Me contempla con desprecio. Una nube venenosa de decepción flota entre nosotros.

La inspectora Olivia Lundkvist es la que hace las preguntas. Mats Hedin me observa sin inmutarse. Estoy en la picota y no hay forma de salir de aquí.

Sí, conozco a Lina Niemi.

Sí, ha hecho terapia conmigo.

Sí, se supone que intentó suicidarse, pero no es toda la verdad.

No, no vi ningún indicio de su comportamiento suicida.

Sí, sé que sus padres consideran que crucé una frontera y que tuve un trato demasiado íntimo con ella. No es cierto.

Sí, soy consciente de que me han denunciado.

A la Inspección de Salud y Asistencia. Ustedes también lo saben. No es ningún secreto.

Sí, conozco a Ulf Rickardsson.

Sí, va a terapia conmigo.

¿Que si suelo mostrar intimidad con mis pacientes? Todos los que tienen este tipo de oficio lo hacen en cierta medida. Pero no en el sentido que ustedes sugieren.

En absoluto. Esto es un error. Nunca llegué a tocarlo.

No, eso tampoco es correcto.

No le grité. Puede que alzara la voz.

¿Se sintió amenazado? ¿Físicamente?

¿Mis compañeros? ¿Cuándo?

No, hoy me he cogido el día libre.

No, he olvidado dejar el recado.
Es correcto. Isabelle Karlsson es mi paciente.
Participa en una terapia de grupo en mi consulta.
No he terminado el contacto con ella. Aún no.
No, sé que ella es mi hija. Escuchen, yo...
¿No pueden escucharme por lo menos?

Le busco la mirada a Henrik. Él se levanta y se queda de pie junto a la ventana y mira al jardín. Yo cierro los ojos.

Inspiro. Espiro.

Sí, he estado en Vällingby.

Delante de la casa en la que ella vive, sí.

No lo entiendo. ¿Qué quieren decir?

También he estado en Borlänge.

No, no entré en la parcela. Los vecinos mienten. Es mentira.

No, no, me quedé sentada en el coche.

Sé que estudia en el Instituto Real de Tecnología.

Sólo una vez.

He llamado a Isabelle algunas veces.

Sí, le he dejado mensajes.

No recuerdo lo que dije.

No he actuado de forma antiprofesional en nuestras sesiones de terapia.

No, no lo he hecho.

¿Vernos fuera de la terapia de grupo? Sólo era una propuesta. Dentro del marco de la terapia.

Henrik se vuelve hacia la inspectora Olivia Lundkvist. Aún no me ha mirado ni una sola vez.

—Entonces ¿se trata de un paciente actual que ha denunciado a mi mujer por acoso y Dios sabe qué más? —dice.

—Sí, así es —responde Olivia Lundkvist—. Junto con los padres de Lina. Existe un riesgo bastante elevado de que Stella pierda su licencia. Ya la han denunciado antes a la ISA. Y ahora a la policía. La verdad es que el panorama no pinta nada bien.

Olivia Lundkvist me mira expectante, con esa especie de seriedad que dice

que al culpable hay que recordarle por ración doble la gravedad del asunto.

Estoy condenada de antemano.

—¿Qué va a pasar ahora? —quiere saber Henrik.

Olivia Lundkvist habla de interrogatorios, de una investigación, de que un fiscal considerará si hay que dictaminar auto de procesamiento.

En casa reina el silencio. Henrik se ha ido hace un rato, poco después que los policías.

Él también me ha hecho preguntas.

¿Por qué cojones he continuado ocultándole cosas? ¿Cómo me atrevo a mentirle directamente a la cara una y otra vez? ¿Por qué lo hago? ¿Qué es lo que me empuja?

Le he dicho que todo es un gran malentendido. Le he dicho que en ningún momento he querido exponer a nadie a esto. A él a quien menos.

Henrik me pregunta cómo puede tratarse de un malentendido. Si yo misma he reconocido que he espiado a Isabelle, que la he llamado y que sigo viéndola. Al contrario de lo que le había dicho. O sea, ¿que aún pienso que es Alice? Además, hoy no he ido al trabajo, aunque es lo que he dicho. ¿Qué he estado haciendo todo el día?

He ido a la piedra conmemorativa de Alice.

¿Y Borlänge? ¿Qué es lo que me hizo ir hasta allí? ¿Hay más cosas que no sabe? Consigo decirle que no me quedé en casa aquel fin de semana que él y Milo estuvieron en Nyköping. Que fui a Strandgården.

Más mentiras.

Henrik se ha puesto el abrigo y ha salido pegando un portazo. He oído que arrancaba el Range Rover y que se iba de aquí.

Estoy tumbada en el sofá. Me incorporo y miro fuera.

Hay alguien de pie en el jardín. Alguien con un abrigo deforme y la capucha bajada, ocultándole la cara. No puedo moverme. Apenas puedo respirar.

Nos miramos.

Cierro los ojos.

Cuando los vuelvo a abrir, ya no hay nadie.

Es un toldo roto que ha arrastrado el viento hasta que se ha enganchado a un árbol.

Me levanto y me acerco lentamente a la ventana. Miro el jardín, observo con atención cada parte que lo conforma.

¿He empezado a ver cosas? Cosas que no son, que sólo existen en mi mente trastornada.

¿Qué más me estoy imaginando?

¿Alice?

La idea se me hace insoportable.

Me voy a la cocina.

Descorcho una botella de vino.

Bebo directamente a morro.

STELLA

Me despierto en el sofá con dolor de cabeza. La botella de vino ha desaparecido. Henrik ha recogido por mí. Supongo que para que Milo no vea lo mal que está la cosa. El reloj del móvil indica que son las nueve y cuarto. He visto que Henrik me ha escrito un mensaje poco después de las ocho.

Dime algo cuando te despiertes.

Un rato más tarde:

Quédate en casa, prométemelo. Tengo que hacer una cosa en el trabajo. Volveré lo antes que pueda, hablamos luego.

Ningún «te quiero» ni «beso» ni «abrazo». Ningún «todo irá bien».

Lo que más quiero es que me diga que todo irá bien. Si él lo piensa, a lo mejor yo también podré creerlo.

Pienso en el día de ayer y en las últimas semanas. Hay muchas cosas que podría haber hecho de manera diferente.

Que siguiera siendo la terapeuta de Isabelle fue un auténtico despropósito. Un error en toda regla. Mis compañeros, mis pacientes..., todos han dejado de creer en mí. Carezco de la capacidad de mantener una distancia profesional.

Ya no soy psicoterapeuta.

Debería ir yo a ver a uno.

Debería ser yo una paciente.

Isabelle ha cancelado nuestras últimas sesiones. Y la entiendo. La he espiado, he acosado a mi paciente.

Daniel no quiere volver a saber nunca nada más de mí.

Y mi marido... La forma en que me miró ayer, como si fuera una desconocida. Pero lo entiendo. Me he convertido en una extraña, incluso para mí misma.

Henrik guarda las distancias, es frío y no se deja alcanzar. Y es única y

exclusivamente por mi culpa. Cree que estoy desquiciada por completo. Que estoy psíquicamente enferma.

¿Por qué nunca hablé con él? ¿Por qué no he podido ser sincera?

Porque estoy muerta de miedo.

El miedo lleva ahí más de veinte años y ha destrozado mi vida.

Me doy miedo a mí misma, me da miedo estar enferma.

Me da miedo que Henrik esté mejor sin mí, y Milo también.

Estoy muerta de miedo. Y eso me hace repeler.

Mi temor se convierte en una profecía cumplida.

Jamás lograré descubrir lo que le pasó a Alice. Nunca nos volveremos a ver, jamás tendremos la oportunidad de conocernos.

Son poco más de las diez cuando Henrik me llama. No lo cojo. Miro el móvil con apatía. Él cuelga.

Vuelve a llamar. No lo cojo. Me doy cuenta de que no podré evitarlo para siempre. Me siento. Me suben arcadas y salgo corriendo al baño. Toso y me asomo a la taza, pero no sale nada. Vuelvo al sofá.

Me llama por tercera vez. No lo cojo. Miro el teléfono fijamente mientras parpadea y vibra. Su nombre, su foto sonriéndome en la pantalla. El aparato se desliza por la mesa hacia mí, como si me exigiera que lo cogiese. Deja de iluminarse, deja de vibrar.

Me inclino por encima de él, veo el reflejo en el cristal oscuro. La persona que veo ahí es alguien de quien no quiero saber nada ni con quien quiero tener nada que ver.

Esa mujer está loca.

Trastornada. Enferma. Psicótica.

Sus ojos vidriosos me miran titilantes. Su boca se mueve, como si fuera a decir algo. Le doy un puñetazo. La golpeo una y otra vez hasta que se resquebraja en mil pedazos y cae al suelo.

STELLA

La casa de alquiler del otro lado de la calle. Cerca del centro comercial. Vuelvo a estar aquí.

No estoy enferma, no estoy loca. Estoy más sana de lo que he estado en toda mi vida. Estoy haciendo lo correcto. Más allá de las elecciones, de las alternativas. De toda duda. Lo único que queda es la verdad.

Alice. Ya estoy aquí.

Sé que tú lo entiendes. Mi querida hija. Estamos entrelazadas por siempre. El lazo de sangre nos une. Estás viva. Vives dentro de mí.

Te siento respirar con cada latido que da mi corazón.

Nadie puede detenerme. Nadie puede impedírmelo. Lo que me trae hasta aquí es más grande y más poderoso que todo lo demás. Más grande y más poderoso que yo misma.

Y ahora te veo. Tan sólo con que me escuches. Unos minutos. Sé que nos une algo especial. Sé que llego hasta ti.

Te me acercas caminando. Me doy cuenta de que me ves. Tienes frío. Te detienes. No parece que sientas miedo, pero estás vigilante.

¿Por qué?

Confía en mí. Créeme. Di que eres mía.

Te tiendo una mano, para mostrarte que no soy peligrosa. Sé que tú lo entiendes. Sé que tú también lo sientes.

Vives dentro de mí, siempre lo has hecho.

Estás aquí, en mi interior.

En mi sangre.

ISABELLE

Me arrastro a casa desde el súper. Está nublado y las nubes van cargadas de lluvia. Me siento mucho mejor y ya no tengo fiebre. Ha sido agradable salir un rato.

Johanna está en la universidad, pero yo no. Estoy estresada por haberme saltado tantas clases, pero también me ha gustado quedarme en casa con mamá. Aun así, no pienso irme con ella cuando hoy se vaya. Necesito estar sola. Necesito digerir todo lo que ha pasado. A lo mejor subo el próximo fin de semana. O después de exámenes.

Stella. Pienso en ella más de lo que en realidad quiero. Me pregunto qué tiene que ver con la policía. ¿Va a ser raro ir a terapia de grupo el miércoles que viene? Me siento como si le hubiese sido desleal. Al mismo tiempo, se me hace un poco incómodo que me haya estado siguiendo. «Teniendo en cuenta lo que me contó mamá.» No quiero pensar en ello. Aparto a Stella Widstrand de mi mente y la cambio por Fredrik.

He aprovechado para llamarlo mientras estaba en la tienda. Cuando recuerdo su voz, las palabras que ha dicho, me pongo enferma de añoranza. Cuento los segundos que faltan para volver a estar entre sus brazos. «A lo mejor no tiene por qué faltar tanto.» Sonrío para mí y pienso en la ropa que me pondré. Cruzo la plaza y la calle. La veo de pie delante de nuestro edificio, mirando nuestra ventana. Igual que la otra vez.

Suele ir bien vestida, maquillada y cuidada, y con el pelo grueso y rizado bien arreglado. Suele verse elegante. Pero ahora no.

Lleva el pelo recogido en un moño hecho de cualquier manera, tiene bolsas oscuras bajo los ojos. El vestido está arrugado, parece que haya dormido con él.

Me pregunto qué quiere. Por qué ha venido. Pero luego caigo en que la policía debe de haber hablado con ella. «Está enfadada conmigo, evidentemente.»

—¿Qué haces aquí? —digo.

Ella casi tartamudea, como si no se hubiera esperado verme.

—Yo... yo... Tenía que verte.

—¿Por qué?

Parece triste. Acongojada.

Está a punto de romperse.

—Sólo me preguntaba qué ha pasado —indica—. Pensaba que te gustaban nuestras conversaciones. Sentía que teníamos algo en común.

Miro al suelo. «¡No rasques así con el pie, Isabelle!» Dejo de hacerlo. Enderezo la espalda. Me obligo a cruzarme con la mirada de Stella.

—Me gustan —digo.

—Pero ¿por qué no viniste? Ni el lunes ni el miércoles. ¿Por qué me has denunciado a la policía?

No entiendo nada. No sé de qué está hablando. Después siento un presentimiento. Echo un vistazo rápido hacia arriba, al piso, pero no veo a mamá detrás de ninguna cortina, espiando, vigilando. «¿Qué ha hecho?»

Vuelvo a mirar a Stella. Ella señala un banco que queda cerca.

—¿Te quieres sentar un momento conmigo?

No quiero, pero aun así la acompaño hasta el banco. Me siento a cierta distancia.

—A lo mejor tú no lo sabías —dice Stella. Suena comprensiva, pero no espera una respuesta—. No pasa nada, sólo quiero resolver todos los malentendidos.

—No lo sabía —digo—. Lo siento, pero no lo sabía.

—Se arreglará —asegura, y me acaricia la espalda—. He pensado bastante en lo que me has contado. De tu infancia, de tus cavilaciones. La relación con tu madre.

—Ya.

—Una vez tuve una hija —dice Stella—. Hace mucho tiempo.

Reconozco esa mirada en sus ojos. Estaba ahí cuando nos habló de su pena. Ese tono de voz. Como si estuviera desesperada, como si la empujaran unos sentimientos tan intensos que ha perdido el control sobre ellos.

—Un día desapareció —continúa Stella—. Nunca supe lo que había pasado. Todos dijeron que se había ahogado. Todos creyeron que estaba muerta. Yo no. Yo sabía que seguía viva. Que alguien había cuidado de ella.

Stella me mira a los ojos. Yo bajo la cabeza, no soy capaz de sostener su mirada penetrante y turbada.

—¿Alguna vez te has preguntado si Kerstin es tu madre biológica? ¿Tu madre de verdad?

Me levanto del banco.

—Tengo que irme.

—Por favor, Isabelle, escucha. Déjame hablar antes de que te vayas.

Stella hurga en su bolso y me pasa una fotografía. Le tiembla la mano.

—Mira. Ésta es Maria. Creo que no te he hablado de ella. Me recordaste a ella la primera vez que te vi. Más que eso, sois como dos gotas de agua.

Miro la foto. Podría ser mi hermana.

—Maria es tu tía —dice Stella y saca otra foto—. Y mira, es una foto tuya. De mi niña, cuando tenía diez meses. ¿Ves el pelo negro? ¿La oreja? ¿El hoyuelo? —Stella hace una pausa. Me deja mirar antes de continuar—. ¿Tienes fotos tuyas de cuando eras realmente pequeña? No lo creo. Creo que te preguntas muchas cosas sobre esa época.

Ya he tenido bastante. No quiero ver ni escuchar nada más.

Stella saca un juguete del bolso. Una araña de tela.

—Esta araña era tu preferida. La adorabas —dice con lágrimas en los ojos—. Creo que eres mi hija desaparecida. —Me tiende una mano.

—Te equivocas —replico, y doy un paso atrás—. Te equivocas. Estás completamente loca.

—Entiendo que esto te suponga un *shock*.

—¡Calla! —grito—. Deja de perseguirme. Mi madre tenía razón, dijo que dirías esto. —Oigo un zumbido en la cabeza. Más y más alto. Me aprieto las orejas con las manos.

Stella se pone de pie y se me acerca. Me abraza.

—¿Quién? ¿Kerstin? ¿Sabes?, me gustaría verla. Quiero saber qué tiene ella que decir sobre todo esto.

—¿Por qué? —Oigo que estoy sollozando—. ¿Por qué haces esto? Pensaba que eras buena, pensaba que te preocupabas por mí. Sentía que eras la única persona con la que podía hablar. Pero sólo has estado fingiendo. Todo el tiempo. Estás enferma de la cabeza. —La aparto de un empujón. Ella retrocede tambaleándose y se hunde en el banco.

—Isabelle, si tan sólo me dieras una oportunidad... —suplica—. Piénsalo. Tú misma has pensado en por qué sois tan distintas, por qué no la sientes como una madre.

—Ya he perdido a mi padre. Ella es lo único que me queda. Y justo ahora ha sido mejor que nunca. ¿Qué te hace pensar que puedes hacerme esto? Ir soltando estas mentiras. —Vuelvo a insistir.

Stella alarga la mano.

La aparto de un golpe.

—¡Vete a la mierda! Eres peor que mi madre cuando se le cruzan los cables. Ella no es perfecta, pero por lo menos es sincera. Tú eres una falsa. Mientes, manipulas. Desaparece y déjanos en paz.

Stella me mira suplicando con los ojos y con cara implorante.

—Yo soy tu madre —dice—. Te llamas Alice. Eres mi hija. Sabía que volverías a mí. Llevo esperándote desde que desapareciste.

Salgo corriendo lo más rápido que puedo. Llego al portal, introduzco el código y empujo la puerta y la cierro de golpe a mi paso. Me he dejado la bolsa de la compra. Miro al banco. Allí hay una mujer abatida sentada. Sola con sus fotos y con una araña de peluche.

KERSTIN

Las he visto. No he oído ni una palabra, por supuesto, pero no era necesario, las he visto. Estoy tan enfadada que no puedo dejar de temblar.

¿Es raro que una mujer quiera defender a su hija a cualquier precio? ¿Está mal? ¿Es antinatural si una madre reacciona coléricamente cuando ve amenazada a su hija?

No. No está mal. Es natural. Es así como debe ser.

Isabelle abre la puerta y se mete en el recibidor. Yo sigo doblando la ropa limpia. Ella entra en el cuarto. La miro. Está llorando. Está de pie en el umbral de la puerta sin atreverse ni a entrar ni a retirarse. Y está igual que cuando era pequeña. Vuelve a ser mi niña.

Dejo las sábanas que tengo en las manos. Me acerco a Isabelle y la rodeo con los brazos. Ella llora desconsoladamente. Las lágrimas corren a chorretones por sus mejillas y ella gimotea y gimotea, hipa y coge aire.

Ya está, ya está, cariñito mío. Mamá está aquí y nada malo puede pasar. Es lo que debería decir.

Es lo que suelo decir.

Suelo acariciarle el pelo y susurrarle palabras de consuelo. Mostrarle que la entiendo, que estoy aquí para apoyarla y ayudarla, para hablar.

Esta vez no.

Abrazo a mi niña, eso sí que lo hago. Pero estoy callada, no digo ni una sola palabra.

Quiero que Isabelle sienta lo peligrosa que es esa mujer, lo enferma y loca que está. Me trago las palabras de consuelo, dejo que el temor le haga mella un rato más. Por fin tiene una oportunidad de comprender. De endurecerse y encontrar su fuerza interior. Sigue siendo débil. Me necesita. A su madre. Y aquí me tiene. Siempre estaré aquí para mi niña.

Isabelle sigue sin entender muchas cosas de la vida.

Pero lo hará.

STELLA

Estoy tirada en el suelo del recibidor.

Tumbada bocarriba con el abrigo puesto y mirando al techo. Aniquilada. Destrozada. He llorado todo el trayecto de vuelta a casa y he tenido que salirme de la carretera y aparcar para sosegarme un rato antes de poder continuar hasta casa.

Repaso de principio a fin el encuentro con Alice.

Lo que yo he dicho.

Lo que ella ha dicho.

Cómo lo he dicho.

Cómo ha reaccionado.

La he asustado, he hecho que me desprecie. Le he hecho sentir rabia y asco. Lo único que quería era poder hablar con mi niña, mi propia hija.

La humillación es total.

¿Mi instinto está equivocado? ¿Mi intuición, mi sensibilidad?

Soy consciente de que no me encuentro bien, de que estoy lejos de estar estable. Entiendo que voy de camino a un estado de obsesión. Pero por el momento aún conservo la capacidad de reflexionar sobre lo que siento y pienso, no la tengo del todo fuera de juego. Si no, no podría estar aquí tumbada repasando mi situación. Y ahora mismo estoy dispuesta a ver la verdad tal como es, estoy dispuesta a doblegarme ante la realidad.

Así que, ¿qué es real? ¿Qué es verdad?

La respuesta es Alice.

Alice es real.

Que ella es mi hija también es verdad.

Todo empieza y acaba con ella. Mis problemas empezaron cuando comencé con mis pesquisas. Cuando comencé a hacerle preguntas a Isabelle sobre su infancia. Fue entonces cuando me llegó la amenaza por carta, fue entonces cuando el hombre con chubasquero apareció delante de casa, en la calle. No me lo he inventado, no es una cuestión de fantasías. Es real.

¿O me equivoco? ¿Es esto, simplemente, una forma más que tengo de apegarme a algo que no es más que una ilusión retorcida?

No, son todos los demás los que se equivocan.

Yo tengo razón.

Lo único que pasa es que no lo puedo demostrar.

Suena el teléfono, no estaba segura de si aún funcionaría. Debe de ser Henrik. No tengo fuerzas para mirarlo. Quédate en el trabajo. Si vienes a casa y me encuentras así, me mandarás directa a urgencias psiquiátricas. Y no quiero volver allí.

Suena y suena una y otra vez. Al final saco el maldito móvil. Miro la pantalla agrietada. Número desconocido.

Lo cojo.

—¿Es Stella Widstrand? —La voz suena lejana.

—Sí.

—Te llamo con motivo de tu hijo. Milo Widstrand.

Me incorporo.

—¿Sí?

—Hoy ha ido de excursión con el colegio. Cuando tenían que volver, no lo han encontrado. Ahora lo echamos en falta aquí en la escuela. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Cómo que desaparecido? ¿Quién eres?

—Lamentablemente, no sé nada más, sólo que te tenía que llamar.

Ahora la voz suena aún más lejana, se oye una interferencia. El móvil suena mal después de los golpes que le he asestado.

—¿Quién eres? ¿Tú estabas en la excursión? ¿Qué ha pasado? ¿Qué le habéis hecho a mi hijo?

Se corta la llamada.

Corro por los pasillos hasta la sala de profesores. Golpeo la puerta. Abre una mujer a la que no conozco. Le grito.

—¡Mi hijo ha sido secuestrado! ¿Quién es el responsable? ¿Habéis llamado a la policía?

—¿Secuestrado? No sé nada de eso. ¿Cómo se llama tu hijo?

—Milo Widstrand. 7.º B. Han ido de excursión. ¿No tenéis ningún tipo de control o qué? ¡Joder!

La mujer va a buscar una carpeta. Va mirando horarios. Está tardando demasiado.

—¿Dónde están? ¿Dónde está toda su clase?

—En el aula —responde ella, y me mira con ojos asustados.

Cruzo un pasillo como un torbellino. Hay un chico de pie sumido en su teléfono móvil. Lo aparto de un empujón. Sale volando y choca contra la pared, cae al suelo y el móvil se le escurre de las manos. Me grita: «¡Vaya zorra!». Sigo corriendo.

Abro la puerta del aula de un bandazo. Todo se detiene, todas las miradas caen sobre mí. Me acerco al profesor. Es más joven que yo, tiene barba y gafas redondas. Lo empujo contra la pizarra. Lo golpeo en el pecho.

No grito. Rujo:

—¿Dónde está mi hijo? ¿Quién se lo ha llevado? ¿Dónde está Milo?

—¿Mamá?

Doy la vuelta. Milo está de pie junto a su pupitre, mirándome. Está pálido. Los ojos como platos por el *shock* y la vergüenza.

Toda la clase permanece inmóvil. Hay un silencio sepulcral.

Sollozo, me abalanzo sobre Milo. Lo abrazo, lo aprieto, le digo que lo quiero y que no pienso volver a dejarlo.

Jens Lilja, el director de la escuela, entra en el aula seguido de la mujer de la sala de profesores.

—¿Qué pasa aquí? —dice—. Peter...

El profesor asiente con la cabeza y se corrige las gafas.

—Todo bien —afirma.

—Stella. —Jens me pone una mano en el hombro—. ¿Qué ocurre? —Me vuelvo hacia el director. No suelto a Milo, lo pego a mí.

—He recibido una llamada —digo—. Diciendo que habéis ido de excursión. Que mi hijo había sido secuestrado. —Señalo con un dedo acusador al director, al profesor, a la mujer de la sala de profesores—. Me debéis una explicación.

Jens Lilja se vuelve hacia Peter, hablan en voz baja entre ellos. Al cabo de un momento el director asiente con la cabeza y dice:

—Stella, no te ha llamado nadie de la escuela.

—He recibido una llamada —digo—. Alguien me ha llamado. Alguien de aquí.

—Hoy no hemos ido de excursión —explica Peter—. Fue en septiembre.

—Y, como puedes ver, Milo está aquí —continúa Jens Lilja. Me coge del brazo con firmeza. Yo me agarro a Milo.

—Alguien me ha llamado —insisto—. Alguien de aquí me ha llamado y me ha dicho que Milo no estaba.

—¿Es tu madre, Milo? —susurra alguien.

—Vaya vieja —dice un chico—. De manicomio total.

Una ola de risitas y mofa recorre toda la clase. Milo se libera de mis brazos.

Sale corriendo del aula y cierra con un portazo.

—Vamos, Stella —dice Jens Lilja en voz baja y con tono afable. Lo acompaño, me dejo guiar fuera del aula. Las miradas en mi espalda me queman.

Me quiero morir.

STELLA

Henrik y yo estamos sentados en su coche en el aparcamiento, delante de la escuela de Milo. Se ha ocupado de las llaves de mi coche, ha hecho que me lo lleven a casa. No sé quién.

Está tranquilo. Más frío y distante que nunca. Me pregunta una y otra vez. Yo intento reproducirle la conversación telefónica palabra por palabra. Cada vez que me pregunta me sale peor.

—¿Quién te ha llamado?

—No lo sé. Era una mujer, creo, pero no ha dicho...

—¿A qué hora te ha llamado?

—Justo antes de venir aquí.

—¿Ha dicho que Milo había sido secuestrado?

Me aprieto los ojos con los dedos y pienso.

—No, pero... No. Él, a ver..., ha desaparecido mientras volvían de la excursión, pero creo que...

—La excursión que no existe. —Henrik se contiene.

—En ese momento yo no lo sabía.

—¿Estás segura de que eso es lo que has oído? —Se reclina en el asiento, pasea la mirada por el aparcamiento—. ¿Seguro que te ha llamado alguien?

—¿Qué quieres decir?

—¿O te puedes haber confundido?

—¿Confundirme?

Saco el móvil. Se lo enseño a Henrik.

—Mira el historial. Mira y verás que no son alucinaciones mías.

Él coge el teléfono y ve que la pantalla está rota.

—¿Qué ha pasado?

—Se me ha caído al suelo esta mañana.

Por la cara que pone me queda claro que no me cree. Introduce el código, mi año de nacimiento.

—Y ¿a qué hora has recibido la llamada?

—Ya te lo he dicho. Justo antes de venir aquí.

—Qué raro. Tu móvil se ha colgado. —Me lo muestra. No se puede desbloquear.

—O sea, que estás diciendo que no me crees —digo.

—No es la primera vez que lo dices. Que le pedí a Erica que te llamara para pedirte que no fueras a buscar a Milo. Cosa que no hice. Cosa que la misma Erica niega haber hecho, por otro lado. —Me mira—. ¿Estás totalmente segura de que te ha llamado alguien?

Sé perfectamente qué es lo que le preocupa. Lo sé. Él cree que no, pero su cara revela todo lo que piensa y siente. Y ahora mismo puedo ver qué es lo que más teme. Y me doy cuenta de que tiene razón.

—Joder, Stella. ¿No ves lo que está pasando?

—Te crees que me lo invento. Que he perdido el norte por completo —digo. Henrik señala el edificio de la escuela.

—¿Qué crees tú?

No respondo.

—Necesitas ayuda —dice, arranca el motor y sale del aparcamiento—. Necesitas que te ingresen.

En Affektivt Centrum, hospital Sankt Göran.

La doctora Savic es pequeña y enérgica. Es directa, dice las cosas tal cual. Con compasión e inteligencia, no se la puede engañar. Ha sido mi doctora desde que era adolescente. Nos hemos visto cuando me he encontrado bien, cuando he estado alicaída y ansiosa. Lo sabe casi todo de mi vida.

Me pregunto cuándo ha llamado Henrik aquí. Antes de salir hacia el coche, diría yo. Después de haber tranquilizado a Milo, de haber calmado a Peter y al equipo directivo del colegio. Henrik Widstrand cuida de su esposa. Tiene psicosis y padece una enajenación mental total.

La doctora Janet Savic me visita. Escucha mi corazón y mis pulmones, me ilumina los ojos, me mide la presión sanguínea. Todo lo que corresponde a la rutina. Totalmente inútil, pero la dejo hacer. Protestar no me ayudará lo más mínimo dadas las circunstancias.

Hablamos de las últimas semanas. Le soy sincera y se lo cuento todo. No oculto nada.

Le hablo de Isabelle. De Alice. Le cuento lo que pasó en la consulta. Mis crisis. Mis ataques de pánico. He seguido a Isabelle. He subido a Borlänge.

La doctora Janet Savic me escucha con la cabeza apoyada en la mano. Ha cruzado una pierna por encima de la otra, el pie se mueve de aquí para allá.

—Todo lo que he hecho tiene que ver con Alice —digo—. Porque está viva, porque ha vuelto. Es la única razón.

Mi voz suena fina. Suplica comprensión. Suplica no tener que ser ingresada.

—Supongo que entiendes que quiero tenerte aquí unos días —dice Janet Savic.

La miro sin responder. Ella me observa, la arruga entre sus ojos significa que aún no está segura.

—No quiero —digo—. Si consideraras la posibilidad de dejarme descansar en casa, te lo agradecería.

—¿Estás segura de que puedes con ello? ¿Que no servirá para empeorarlo todo?

—Sí.

Janet Savic me analiza con la mirada. Miro al suelo, anestesiada por la vergüenza, la impotencia y el arrepentimiento. Saber que ella ve cada debilidad, cada frágil defensa que he levantado para protegerme es demasiado. No quiero que me ingresen. No quiero.

Janet Savic se levanta, abre la puerta y llama a Henrik, quien entra y se sienta a mi lado. Ahora ella se dirige a él. Ya sé lo que va a decir.

—¿Stella come bien? —le pregunta.

Henrik me lanza una mirada fugaz.

—No, se podría decir que no. Come muy poco.

—¿Duerme bien?

—Se levanta por las noches. Tiene un sueño intranquilo. Bebe demasiado.

La doctora Janet Savic se baja un poco las gafas y mira primero a Henrik, luego a mí. Nos dice que escuchemos. Ha decidido si ingresarme o no.

Su valoración es que estoy expuesta a un enorme estrés. Ha sido muy acertado que Henrik me trajera. He perdido peso. Tengo la tensión muy disparada. Tengo gastritis. Las manos me tiemblan notablemente. He sufrido varios ataques de pánico.

—Vamos a cortarlo antes de que te obsesiones —propone—. Te daré la baja médica. Te recetaré pastillas para dormir y también algo contra la ansiedad. Y a partir de ahora dejas de beber. Por completo. El cóctel químico que tienes en el cerebro reacciona mal con el alcohol. No te ingresaré. Aunque quizá sería lo mejor, pero ahora te quedas en casa, Stella. No haces nada más que descansar. ¿De acuerdo?

—Sí —digo—. Sólo descansaré.

—Y estaría bien que volvieras a hacer terapia. Birgitta Alving se ha jubilado, pero te daremos hora con otro terapeuta que conozco.

Henrik asiente con la cabeza.

—Es una muy buena idea —dice.

La doctora Savic pica en el teclado a toda velocidad. Manda las recetas, imprime la baja médica.

—Te espero dentro de dos semanas, Stella —dice. Henrik coge el papel con la nueva hora de visita y el de la baja. Se considera que yo ya no puedo gestionar documentos tan importantes como éstos.

—A casa a descansar. Deja que tu marido cuide de ti. Y prométeme que te lo tomarás con calma.

Henrik se levanta, le estrecha la mano a la doctora Savic.

—Gracias —dice.

Yo no digo nada, me limito a salir.

A lo mejor debería estar contenta. A pesar de todo, Henrik no me ha llevado a urgencias psiquiátricas. No me han ingresado a la fuerza.

Aún no.

Empieza a lloviznar mientras caminamos hacia el Range Rover de Henrik. Él me alcanza. Vamos uno al lado del otro, pero guardamos las distancias. Henrik abre el coche y me abre la puerta. Su brazo me bloquea el paso cuando intento sentarme.

—¿Piensas decir algo? —pregunta.

—¿Qué voy a decir? —Fijo la mirada en un punto en la distancia.

—¿Que estás cabreada conmigo?

—¿Cabreada?

—Sí.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Por esto. —Señala la entrada del hospital.

—No, no lo estoy.

—¿No?

—No puedo reprocharte nada.

—¿Entiendes por qué lo hago?

No contesto. Por lo visto se piensa que estoy totalmente fuera de mí.

—¿Si hubiese sido yo? —dice—. Si yo hubiera estado comportándome así, ¿qué habrías hecho? Si me hubiesen denunciado a la policía, no un paciente sino dos. Si te hubiese llamado gente para saber cómo estaba. Si hubiese tenido ataques en casa, si me hubiese puesto a gritar en la escuela de Milo. Si hubiese actuado de forma tan irracional. ¿Qué consideras tú que debería hacer? Por favor, explícamelo. De verdad que lo quiero saber.

Está controlado, pero la desesperación, el enfado y la impotencia se filtran igualmente.

Lo miro.

—Te he dicho que no te reprocho nada.

Henrik baja el brazo, rodea el coche y abre la puerta del conductor. Entra y cierra la puerta de golpe. Yo me siento a su lado. Espera a que haya cerrado mi puerta y me haya puesto el cinturón, después nos vamos.

Se pone las gafas de sol y conduce en silencio. Se detiene delante de la farmacia. Me pide que le dé el carnet de conducir. Se lo doy. No soy más que una cría que no sabe qué es lo que le conviene. Me niego a mirar a Henrik.

Vuelve. Deja una bolsita en mi regazo. Medicinas que no quiero tomar. Las odio. Detesto el efecto insensibilizador que tienen.

—Mis padres han ido a recoger a Milo a la escuela —dice—. Se va con ellos a pasar el fin de semana al campo. Por favor, Stella, piensa en lo que estás haciendo. Esto no funciona. Ni para Milo ni para mí.

Continuamos el trayecto en el tráfico de media tarde.

Henrik con sus gafas de sol. Yo en una nube de angustia.

—No te fías de mí —digo entre dientes.

—¿Qué has dicho? —Henrik suena formal. El tono es exageradamente cortés. Sabe que no lo soporto.

—Temo perder a Milo —digo, pestañeo y trago saliva—. No quiero llorar. No quiero que me dé un ataque. Ahora no me puede dar otro, ya he perdido una hija. ¿Eso me vuelve una enferma mental? Para ti es fácil juzgarlo.

—Estás exagerando —dice Henrik—. No tengo fuerzas para seguir escuchando estas historias.

Tiro al suelo las carpetas que hay entre los asientos. Todos los papeles quedan esparcidos.

—¿Te parece tan raro que tenga miedo?! —grito.

Henrik pega un volantazo. Se mete en un aparcamiento y frena de golpe. Se quita las gafas de un manotazo.

—¡Siempre he estado aquí para ti! —ruge—. Siempre he confiado en ti. Te he dejado ser sobreprotectora con Milo todos estos años. He entendido por qué.

—¿Y eso ha sido enfermizo?! —le grito yo a él.

—Milo no es Alice.

—Lo sé, lo sé, lo sé. Deja de hacerme sentir como una imbécil.

—Échate un vistazo a ti misma. En cómo has actuado últimamente. Cómo sueñas. Joder, si ya ni te reconozco.

Se vuelve a colocar las gafas de sol, pone en marcha el coche y se incorpora a la carretera. Yo miro por mi ventanilla. Estamos callados todo el trayecto hasta

casa.

Henrik sube a nuestra rampa de acceso y aparca al lado de mi coche. Su teléfono empieza a sonar. Lo saca, mira la pantalla y responde. Escucha, se ríe. Oigo por su voz que está hablando con una mujer. Hablan de una fiesta.

—Pues nos vemos más tarde —dice. Se vuelve a reír, hace como que no existo—. ¿Seguís en la oficina? Ah, no, con Milo ha ido todo bien, gracias por preguntar. De acuerdo, nos vemos en breve.

De nuevo mira la pantalla, hace algo, escribe algo que no quiere que yo vea. Estoy destrozada.

—Me voy —anuncia—. Le pediré a tu madre que venga para hacerte compañía.

—No necesito ninguna mierda de compañía —suelto.

Henrik se quita las gafas de sol y me mira.

Mi propio marido ya no me conoce.

Yo no lo conozco a él.

Ahora somos dos extraños.

—Como quieras —dice Henrik—. Tú decides, Stella. Pero aprovecha esta oportunidad. Si esto no te ayuda —hace un gesto hacia la bolsita en mi regazo—, no dudaré ni un instante en ingresarte.

Vuelve a mirar el móvil, espera a que me baje. Salgo del coche y cierro la puerta lo más fuerte que puedo. Henrik sale haciendo chirriar las ruedas. Me quedo donde estoy mirando cómo se va.

Todo el mundo cree que estoy loca.

Y tienen razón.

Estoy como una puta regadera.

ISABELLE

Ya es de noche. Estoy sentada en una vieja silla de jardín mirando las estrellas. Aquí en Barkargärdet se ven claramente. En Estocolmo no consigo verlas casi nunca. Hace frío. El aire es más fresco y ligero. Pero lo mejor de estar en casa es el silencio. Sólo oír el viento siseando entre las copas de los árboles. Aquí me resulta más fácil pensar. En Estocolmo hay un constante zumbido de sonidos distintos.

No me arrepiento de haber venido con ella. Y mamá se ha puesto contentísima. Es un alivio que volvamos a estar tan bien. Lo cierto es que mamá ha cambiado. Ya no es para nada tan pesada como antes. Pero no puedo dejar de pensar en Stella y en nuestro encuentro de esta mañana. No puede ser normal ir a buscar a tus pacientes de terapia en tu tiempo libre. Mamá dice que un terapeuta no puede hacerlo. Todas las preguntas sobre mi infancia, sobre mi madre. Todo muy retorcido.

Aun así, no puedo dejar de pensar en lo que ha dicho.

¿Podría ser yo su hija desaparecida?

¿Soy yo Alice?

No.

Ni de broma.

Sólo es Stella que desea que sea cierto. Está enferma. Incluso da miedo pensar que alguien pueda volverse así. Siento lástima por ella, lo siento. Y me sigue gustando. Desearía que no hubiese pasado todo esto. Pero a lo mejor hay una explicación lógica.

Mi teléfono suelta un tintineo. Otro mensaje de Snapchat de Fredrik. Cada vez tengo esa sensación. Es un *selfie* con un filtro que le pone unas orejas de perro ridículas y hocico. Pone cara de triste y ha añadido un texto: «¿Tienes que estar fuera todo el fin de semana?!».

Me río. Fredrik me hace sentir de una forma nueva. Como si fuera alguien cualquiera, no una persona inhibida y rara con la vida más extraña del mundo. Levanto el teléfono y me saco una foto a mí misma. Imito su cara de pena y elijo

un filtro con una corona de flores en la cabeza. Pienso en lo que voy a escribir. «¡Dos días enteros!»

Cinco segundos más tarde me llega un SMS.

Qué pena. Pensaba que vendrías a casa mañana. A dormir.

¿Por qué he venido aquí? Ha sido impulsivo. Nada cambia sólo porque yo esté aquí. Si me hubiese quedado en Estocolmo, habría ido a casa de Fredrik. Habría dormido con él hoy mismo. Ahora sólo voy a volverme loca echándolo de menos. Pienso en qué le voy a responder. Pero decido llamarlo. Lo coge al primer tono. Su voz hace que lo eche aún más de menos. Y se lo cuento.

Le pregunto si recuerda aquella vez que pensé que alguien me estaba mirando en el IRT. Le cuento que mi terapeuta ha resultado ser un poco rara. Que me ha estado buscando, por eso he subido a casa.

Se muestra comprensivo, considerado, me pregunta cómo me encuentro. Noto que estoy a punto de ponerme a llorar. Espero que no se dé cuenta. Le digo que estoy bien, que ha sido bueno venir a casa, pero que ya tengo ganas de volver. Que lo echo de menos.

Él también me echa de menos. Comenta que anhela besarme otra vez. Comer más helado y abrazarnos en la cama. Y luego dice algunas cosas más que me hacen sentir calor, un cosquilleo me recorre el cuerpo con sus palabras. Sé que está igual de frustrado que yo. Lo oigo en su voz. Y pensaré en él cuando me acueste. Tendré fantasías con lo que habríamos hecho si hubiésemos estado juntos.

¿Y si vuelvo mañana mismo?

Colgamos después de cuarenta y ocho minutos.

En cuanto cuelgo me llega otro mensaje de Snapchat. Un Fredrik contento con el pulgar arriba. Lleva una camiseta negra, el flequillo le cuelga de lado por encima de un ojo. Está tirado en el sofá y es superguapo. A pesar del frío, me quito la chaqueta, me desabrocho el primer botón del top. Me reclino y veo que el pelo se me esparce como un abanico en la silla de jardín. Le devuelvo una foto en la que sonrío alegre con la cabeza ladeada.

Mi barbilla es puntiaguda, mis hoyuelos, profundos. Mi tez es pálida, el pelo es espeso y negro como el carbón. Mis ojos son grandes y verdes. Tampoco estoy tan mal, a pesar de todo, pienso. Y acto seguido me avergüenzo de haberlo pensado. Después de la soberbia viene la caída, habría dicho mi madre. Pero me llega un mensaje en el que me deja claro que soy la hostia de sexy.

Me habría encantado seguir ahí sentada mandando más mensajitos, pero a estas alturas hace un frío pelón aquí fuera. Entro.

La casa está desordenada y sucia. Todas las estancias se ven deplorables, la única que está como siempre es la mía. Sigue igual que la última vez que vine.

En el baño del piso de arriba hay una tubería que pierde y una gotera en la cocina. Mamá se ha limitado a poner un cubo debajo. Dice que no tiene ánimos de ocuparse de todo después de la muerte de papá.

Me entran remordimientos. Es como si los tuviera todo el rato ahora que estoy en casa con mamá. Debería haber venido antes, como ella quería. No creo que pueda irme mañana mismo. Se decepcionaría tanto... Después de todo lo que ha hecho, tanto por mí como por Johanna. Debería mostrarme más agradecida.

STELLA

Sentada en el suelo en un rincón del salón con la mirada perdida.

Apesto a sudor, el pelo me cuelga inerte. No tengo fuerzas para ponerle remedio. Ni para moverme. Ni para arrastrarme escaleras arriba hasta el cuarto de baño.

Estoy a punto de que me ingresen por la fuerza.

Me han dado la baja médica.

Me han denunciado a la Inspección de Salud y Asistencia.

Me han denunciado a la policía.

Henrik no está.

Milo no está.

Alice no está.

Todo ha terminado.

He perdido mi vida.

Psíquicamente inestable. Preparada para una sección restringida. Y envenenada por la suspicacia. ¿En quién me he convertido? El cerebro hiperrevolucionado. Imposible dormir. Isabelle. Alice. ¿Dónde estás? ¿Qué piensas? Milo. ¿Cómo lo estás llevando? ¿Me odias? Henrik. Lo que tú piensas de mí ya lo sé. Lo que no sé es si esta noche has quedado con Jennie. Necesito saberlo. Lo necesito, aunque no quiera.

Me levanto del suelo. Voy a buscar el iPad y abro la aplicación.

Henrik tiene el Facebook abierto. Hace tiempo que no actualiza su estado. Ha compartido enlaces de la página web de la empresa, un amigo le mandó un saludo en agosto. Montones de felicitaciones por su cumpleaños en mayo. Por lo demás, nada. Ninguna amistad nueva agregada. Ninguna foto etiquetada. Cierro la aplicación.

Veo que tiene Instagram instalado. ¿Desde cuándo? Milo no lo usa. ¿Henrik? Pulso el icono. El usuario es el nombre de la empresa. Recuerdo que resopló ante la idea. «¿Cuántos clientes nuevos nos van a llegar porque tengamos Instagram?»

Bajo por las imágenes. Están bien compuestas y son modernas y profesionales. Nada de ángulos raros ni papeleras llenas de fondo. Fotos de obras. Fotos de planos sacadas de cerca. Las oficinas, el vestíbulo. Un equipo alegre, a todos les encanta trabajar. Jóvenes y modernos. Guapos, sonrientes y exitosos.

Fotos de Henrik.

Con una sonrisa, sostiene la taza de café que Milo le regaló el día del Padre, la de Superman. Ocupado en una conversación con un compañero, están mirando algo en el iPad. Haciendo presentaciones en distintas ocasiones, una gran pantalla de fondo. Se lo ve bien. Arreglado. Relajado. Profesional. La camisa arremangada, como hace a menudo cuando cae la tarde. Un hombre exitoso que adora su trabajo y que sabe que es jodidamente bueno en ello.

Vuelvo a subir por la pantalla. Hago clic en una foto. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Está bailando en el vestíbulo? Lo han pillado en mitad de un movimiento, con los brazos por encima de la cabeza. Se ríe. Seguro de sí mismo y encantador. Camiseta blanca y tejanos. Los claros y desgastados que le hacen tan buen culo.

#eljefesoltándose

#diversiónenlaoficina

#disfrutandodelviernes

Ciento ocho «Me gusta». Los abro. Se despliega una larga lista de seguidores. «Seguidores», provocadoramente chorra. Ojeo la lista. Qué nombres de usuario más ridículos se pone la gente. Estoy a punto de cerrar cuando veo que a jennie_89 le ha gustado la foto.

«¡Jennie, eres fantástica!»

Siento náuseas.

Hago clic en el nombre de usuario. Se me abre una cuadrícula con sus fotos. La reconozco de una de las fotos de grupo de la plantilla de Henrik. Debe de ser nueva.

Todas las largas jornadas de trabajo, las tardes en la oficina.

Henrik aparece en la primera línea de su Instagram.

Echo un vistazo a las demás fotos. Muchos *selfies*, obviamente. Es guapa. Es joven. Es delgada. Es rubia. Tiene labios carnosos y pechos erguidos y bien formados que expone con camisetas ajustadas o camisas ceñidas.

Henrik también aparece en una imagen más abajo. Sonriéndole a la cámara. Cejas arqueadas como diciéndole a la fotógrafa que deje de hacer tonterías. Relajado. Festivo.

Feliz.

La sangre me palpita en los oídos. Me tiemblan las manos y las abro y cierro varias veces para conseguir que paren.

Abro la última foto que le han sacado a Henrik. Subida hace dos horas.
Ahí están. Henrik y Jennie.

Más gente alrededor, pero yo sólo veo a Henrik y a Jennie. Él tiene el pelo revuelto, mirada reluciente. Una botella de cerveza en la mano, me sonrío directamente. Su sonrisa más sexy. Se inclina hacia Jennie. La mano de ella descansa ligera sobre el pecho de Henrik. Echa la cabeza hacia atrás y está riendo.

«*After work* con el mejor jefe», ha escrito Jennie. Catorce emoticonos diferentes.

#unatardeputamadre

Cincuenta y seis «Me gusta».

Uno de los comentarios: «¡Qué jefe tan sexy!». Cuatro emoticonos.

Otro comentario: «¡Qué guapos!». Cinco corazones.

Nunca he dudado de él. Ni una sola vez. Sé que no es infiel. Pero esto es distinto. Todas las conversaciones telefónicas, su mensaje equivocado. Y ahora las fotos en Instagram.

Lo he alejado de mí.

Hacia jennie_89.

Estoy tumbada en la cama, esperando. Son casi las tres y media de la madrugada cuando lo oigo abrir la puerta de casa. Se trastabilla en la escalera. Golpea los dedos del pie en la cómoda y maldice en voz alta. Viene como una cuba. Apesta a cerveza y a humo de cigarro. Huele a ella.

Henrik y Jennie.

Me lo imagino dando tragos a la cerveza. Compartiendo cigarrillo con Jennie. Susurrándole al oído. Ella pega su cuerpo esbelto y entrenado al de Henrik. Se desliza sobre él. Henrik se ríe. Ella se ríe. Se ríen juntos.

Se ríen de mí.

Él da otra calada y le dedica a Jennie su sonrisa sexy. Ella le acaricia el cuello, le susurra que quiere sentirlo dentro. Se besan. Él nunca ha disfrutado tanto, se lo dice mientras follan.

Yo, su esposa denunciada a la policía que ya tiene casi cuarenta años, espero en casa. Un desecho humano apestoso con enfermedad mental. Quiero preguntar cuánto tiempo llevan. Interrogarlo sobre cada detalle. Pero no encuentro las palabras. Él me mira, coge su edredón y sale tambaleándose por la puerta.

Ni siquiera le apetece dormir a mi lado. Sigo tumbada. Inspiro. Espiro.

No puedo quedarme en la cama.

Bajo la escalera y lo veo dormir en el sofá. Tengo ganas de apartarle el pelo que tiene en los ojos. Me siento en cuclillas a su lado, lo oigo roncar con suavidad.

Recuerdo cuando vi a Henrik Widstrand por primera vez en mi vida. Me miró directamente con sus ojos azules. Recuerdo el caso que me hacía, sus sonrisas seductoras. Todas las noches que nos quedamos despiertos, riendo y hablando de todo. Me acompañó a la piedra conmemorativa de Alice, me cogió de la mano. Nunca me juzgó.

Se convirtió en mi mejor amigo, mi amante, mi marido. Recuerdo nuestro primer beso, la primera noche juntos. Cuando nos fuimos a vivir juntos a la calle Industrigatan y trabajamos duro, él intentando conseguir que su empresa arrancara, yo centrándome en mis estudios. Su alegría cuando le conté que estaba embarazada de Milo, lo mejor que hemos hecho nunca, y aquí estamos.

Me levanto, salgo corriendo al recibidor. Cojo las llaves de mi coche y abro la puerta de casa de un bandazo y salgo corriendo al frío. Ya no me puedo quedar en la casa. No puedo estar donde está él. Henrik la lleva a ella consigo. Su olor, su sonrisa maliciosa.

Henrik me ha traicionado.

Mi marido me ha dejado por una mujer más joven.

Fuera, al frío, a la lluvia. Parece que esté a bajo cero. Voy descalza, llevo pantalones de chándal y camisón. Me subo al Audi y me voy.

He mentido, le he ocultado secretos a Henrik. He intentado esconder lo que estoy haciendo. He sido desleal.

Pero, sobre todo, me he mentido a mí misma.

Debería haberlo visto. Las señales eran claras. He estado ciega. Lo único que he visto ha sido a Alice.

Henrik, borracho y feliz. Recién enamorado, recién follado. Ahora tiene a otra. Tiene a Jennie. Joven y hermosa y sexy y rubia. Con un cuerpo atlético que nunca ha tenido hijos, sin cosas que cuelgan ni estrías.

Henrik ha hecho su elección. Lo odio. Pero también lo entiendo, lo cual me hace odiarme aún más a mí misma. ¿Quién quiere una mujer enferma de la cabeza, de mediana edad y que se ahoga en su autocompasión? Su paciencia se ha agotado. Está harto.

Soy una mujer inestable y agresiva que ha perdido la noción de la realidad. Que aparta a todas las personas de su alrededor. Que se niega a escuchar a su gente más cercana cuando sólo la quieren ayudar. Que se niega a ver la verdad.

Estoy enferma.

Y Alice es parte de mi enfermedad.

Necesito ayuda.

Detengo el coche, me bajo. Camino y corro. Lluvia gélida, vientos gélidos.
Camino y corro. Me tropiezo. Me tambaleo y caigo.
Me quedo tirada en la calle llorando.

ISABELLE

Es domingo y ahora debería estar en Estocolmo.

Pero a mamá le ha dado un ataque de migraña cuando he ido a comprar el billete. Hacía tiempo que no le cogía tan fuerte. Se ha puesto muy mal y no he podido dejarla sola. Por suerte no me pierdo nada en la uni. Aparte de estudiar con las demás.

Pasar el fin de semana aquí en casa me ha recordado lo aislada que he vivido toda la vida. Desde que papá murió es aún más evidente lo sola que está mamá. No se relaciona con nadie. Nunca. Es sorprendente que alguien pueda vivir en un pueblo tan pequeño y aun así consiga evitar el contacto con otras personas.

Echo de menos a Fredrik. A Johanna también. Echo de menos mi vida independiente en Estocolmo. Nos hemos mensajado mucho Fredrik y yo. Me escribe cosas que me hacen flotar entre las nubes. Que me hacen añorar y fantasear todo el rato.

Pero también ha estado bien estar en casa. He ayudado a mamá con lo más gordo del desorden. Me he encargado de limpiar los platos y he aspirado toda la cocina y el salón.

Estamos preparando una cena tardía juntas. La radio está encendida y mamá está poniendo la mesa con la vajilla cara, lo cual me hace reír. Comemos y miramos el *collage* que hay en la mesa de la cocina. Recuerdo cada foto, dónde fueron tomadas y lo que estábamos haciendo. Es agradable.

—Mamá.

—Dime, mi niña.

—¿Quién es, en realidad, mi padre?

Noto en el acto lo tensa que se pone. No quiere hablar de ello.

—Hemos estado mucho mejor sin él, créeme —dice mamá, y suena cortante—. Era una persona terrible. Una mala persona.

Puede que tenga razón. Quiero decir, no es que él se haya esforzado para ponerse en contacto conmigo. Aun así, su respuesta me ha entristecido. Mamá lo

corta, levanta un muro. Como hace siempre que pregunto sobre mi infancia. Lleva veintidós años considerando que no es importante. Aun así, yo pensaba que estos últimos días que hemos pasado juntas habrían cambiado algo. De acuerdo que mis preguntas sean incómodas, pero se trata de mi vida.

—Has hecho un buen *collage* —reconozco.

—¿Verdad que sí?

—¿Por qué no hay ninguna foto mía de bebé? Creo que nunca he visto alguna en la que tenga menos de un año.

—Ya sabes que naciste en Dinamarca.

—Sí. —Espero una explicación. Pero no me da ninguna—. ¿Te refieres a que no hay fotos por eso? —digo.

Mi madre suspira. Se levanta y pone en marcha el hervidor de agua. Saca dos tazas y un par de bolsitas de té.

—Nos volvimos a Suecia. Fue todo de un día para otro. No cogimos las fotos. ¿Ahora también vas a hacerme sentir mal por eso? ¿Hay algo más de lo que he hecho que esté mal?

—¿Qué es lo que te hizo volver a Suecia? ¿Te peleaste con él?

Mamá no contesta. Me da la espalda, me muestra que no quiere hablar.

—¿Acaso él estuvo presente en algún momento? ¿Por qué nunca ha llamado?

—Lo único que necesitas saber es que era un hombre muy peligroso.

—¿Era malo? ¿Te pegaba? ¿Era un criminal?

—Isabelle. —Doy un brinco cuando ella clava el puño en la encimera. Se da la vuelta—. Todas estas preguntas. Tú ya sabes que me dejan agotada. Sabes que no soporto que fisgonees. Me coge migraña.

Me mira y ve que estoy asustada, me coge de la mano. Las cosas no fluyen en absoluto con la misma facilidad que en el piso de Vällingby. Un momento va todo bien, al rato siguiente va como ahora. No sé por qué. A lo mejor es porque estamos aquí, en esta casa. Demasiados años de dinámicas marcadas. O bien es por mí. Mis preguntas, mi charla de que echo de menos a mis amigas, mi tendencia a decepcionarla.

Ha sido un error acompañarla a casa.

—No has sido así de preguntona desde que tenías cinco años —dice, y fuerza una sonrisa—. ¿Recuerdas cómo me llevabas al borde de la locura? ¿Cuándo, cómo, dónde, por qué? —Mamá me aprieta la mano y me levanta de la silla—. Ven.

La sigo hasta la biblioteca, junto a la cocina. Me dice que me siente. Hago lo que me dice. Me pasa la taza, me caliento las manos y saboreo el té. Es dulce. Mamá le ha echado una buena dosis de miel. Me dice que cierre los ojos.

Obedezco.

La oigo abrir la cerradura del armario que hay debajo del escritorio con la llave que tiene escondida en la estantería. Conozco el escondite, pero ella no lo sabe.

—Ya puedes mirar —dice y se sienta a mi lado con una carpeta.

—Aquí están los papeles del Hvidovre Hospital de Copenhague —apunta—. Donde tú naciste. El 29 de agosto de 1993. —Hacía tiempo que no la oía hablar con este tono tan dulce y amoroso—. Yo llevaba tanto tiempo deseándote...

—Y fue el mejor día de tu vida —añado.

—¿Quién ha dicho eso? —bromea.

Me quedo asombrada. No es habitual verla bromear.

—Claro que lo fue —dice—. Pero, al mismo tiempo, lo peor que he hecho en toda mi vida. Estuve al borde de la muerte. Estuviste a punto de costarme la vida, pequeña.

Me apoyo en su brazo.

—Vuelve a contármelo. Yo soy Rh positivo y tú Rh negativo, y nuestras sangres se mezclaron, ¿no? ¿Era así?

—Eso mismo. Sufrí una repentina infección de sangre. Me estuve debatiendo entre la vida y la muerte durante varios días. No te vi hasta que tenías tres días de vida. —Me pasa los dedos por el pelo.

—Pero ¿no es el bebé el que se pone enfermo si se mezcla la sangre? —digo—. Eso es lo que yo tengo entendido. Y, sobre todo, es el siguiente bebé el que está en la zona de peligro. *Inmunización*, se llama. —He leído lo mío desde que se comentó en la terapia de grupo.

—Pero ya te he dicho que yo sufrí una infección de sangre, ¿acaso no lo he dicho? —pregunta mi madre.

—Pero has dicho que se debió a que...

—Por favor, cielo. —Mamá se pone una mano en la frente. «Aviso de migraña otra vez»—. Sabes que odio que subrayes las palabras de esa manera. ¿No está rico el té? El viernes estuviste mucho rato fuera, en el frío. No te puedes poner enferma otra vez.

Me bebo lo que me queda de té. Será mejor hacer lo que dice mi madre. Ella sigue pasando hojas.

—Naciste muy pequeña, ¿ves? 2.850 gramos, 49 centímetros. Y una mata de pelo gruesa, encrespada y rubia. En mitad de la cabeza. Eras mi muñeca.

—¿Encrespada? ¿Y rubia? —Arrugo la frente. Me miro el pelo que me cuelga por el hombro.

Mamá cierra la carpeta con un golpe y se levanta.

—Sí, no es tan inusual. —Se ha cansado. Se ha hartado de mis preguntas. He echado al traste nuestro momento—. Maldito dolor de cabeza. Ahora tengo que subir a echarme —dice—. Esa loquera desquiciada. Te ha retorcido la mente que se ha quedado a gusto. Deberías haberme escuchado en lugar de cuestionarlo todo. Estropearlo. Estarás contenta.

Mamá se pone de pie, mete la carpeta en el armario, cierra con llave y la deja en la librería. Se olvida de decirme que cierre los ojos. Sale de la biblioteca y se va al pasillo.

—Perdón —le grito a su espalda.

Ella lo ningunea con un aspaviento y sube la escalera con pasos pesados y dificultades para respirar. ¿Cuántas veces ha tenido lugar esta escena?

Desearía no haber estropeado este momento. Pero hay muchas cosas que no entiendo, para las que quiero respuestas. Pero mi madre se lo guarda todo.

A lo mejor me he visto más afectada por Stella de lo que yo pensaba. Mamá ha pasado una mala época, lo sé. Me he equivocado presionándola de esta manera. Dejo la taza en la cocina. Subo a mi cuarto.

Como siempre, tengo un gran nudo en la garganta. Como siempre, me tumbo en la cama, me abrazo a la almohada y lloro. Me gustaría que Fredrik estuviera aquí para cuidarme.

ISABELLE

La casa debería estar en silencio, pero no lo está. Las escaleras y las paredes crujen y rechinan. El viento hace sonar el techo, los canalones se agitan y en el sótano la caldera se pone en marcha con un rugido.

Nunca me ha gustado el ambiente que hay aquí, pero ahora lo vivo como algo directamente amenazante: esta casa está viva, me ve. Está esperando a que me tropiece y me golpee, a que me corte con un cuchillo o me ponga gravemente enferma. Hay un ente invisible aquí dentro, un fantasma que me quiere mal.

Me digo a mí misma que estoy siendo infantil, que soy ridícula. Pero la sensación no cede. Abro la puerta de mi habitación. Me quedo quieta y aguzo el oído. Salgo de puntillas al pasillo, me quedo un rato de pie delante del cuarto de mamá con la oreja pegada a la puerta. Ni un solo ruido ahí dentro.

Bajo la escalera a paso ligero, salgo a la calle y cojo mi bici y me alejo en dirección a Ornäs. El ruido del tráfico en la autovía retumba sobre mi cabeza cuando paso por debajo del viaducto.

Sigo pedaleando. Al cabo de un rato veo el quiosco Ornäskiosken y la pizzería. Me pregunto cuántas veces convencí a la abuela para venir a comprar pizza en lugar de cenar comida de verdad. «Como quería mamá.» Sigo adelante hacia el paso a nivel. Por suerte no viene ningún tren. Si no, me tendría que quedar aquí parada varios minutos. Cruzo las vías montada en la bici y giro a la izquierda para coger la cuesta que baja al pueblo donde vive la abuela.

El torrente del antiguo molino de ladrillo desciende con virulencia. El sol se abre paso entre las nubes, y los campos de cultivo se extienden a ambos lados, más allá titila el lago Ösjön. A la derecha está Ornäsgården, el extremo del cabo. Cada vez que paso por aquí me pregunto si de verdad es cierto que Gustavo Vasa se escapó de los daneses huyendo por la letrina, o si sólo son invenciones. En cualquier caso, es una buena historia. Y cada año los turistas van hasta allí y beben café carísimo y se hacen *selfies* delante del viejo cobertizo destartalado.

La cuesta arriba es larga, así que me pongo de pie en los pedales y hago fuerza cuando paso junto a la cancha de tenis de Haganäs. Allí abajo hay un sitio

para bañarse, pero nunca he ido. Sólo tienen acceso los empleados de la acería, lo cual no deja de ser un poco raro, teniendo en cuenta la ley de libre circulación de Suecia. ¿Qué pasaría si te bañases, de todos modos? ¿Hay patrullas de vigilantes controlando quién tiene derecho a estar ahí?

El edificio grande y rojo a mano derecha es una vieja escuela. Cerrada desde hace muchos años, y lleva vacía una eternidad. Una vez la has dejado atrás, no falta mucho para el cartel. KYNA. De pequeña me parecía que sonaba muy exótico. Como si la abuela viviera en China.

La carretera entre Ornäs y Kyna me la conozco bien, las curvas entre los prados, el paisaje que cambia con las estaciones. Para mí esto es mi casa, más de lo que lo ha sido jamás Barkargärdet. Si echo de menos la provincia de Dalarna es por esto.

Si continuase recto unos cientos de metros más llegaría hasta el palo de Midsommar. Está allí todo el año, excepto poco antes de celebrar el solsticio, cuando lo bajan y lo vuelven a vestir de hojas verdes. He celebrado Midsommar muchas veces aquí, he ayudado a coger botones de oro, perifollo y trébol en los prados y las cunetas para los aros y el corazón que se cuelgan del palo. He corrido mil veces por aquí mientras la abuela trabajaba junto con los demás para terminar el palo. Ella me enseñó a hacer coronas de Midsommar y siempre recolectábamos siete tipos de flores para poner debajo de la almohada esa noche. He oído a los músicos tocar sus violines vestidos con el traje regional, he comprado el número de la rifa en el prado y he cruzado los dedos para que me tocara. Después, la abuela y yo teníamos la tradición de volver a casa cogidas de la mano y merendar en el cenador.

Debajo del palo de Midsommar, el sendero baja hasta el agua donde me he bañado cada verano de mi vida. Excepto este año.

Dudo entre bajar o no a tocar el agua, pero reduzco la marcha cuando me acerco al desvío que lleva a casa de la abuela. Miro hacia atrás por encima del hombro y giro a la izquierda, por el camino de tierra. En la bajada aprovecho para coger velocidad y veo la casa al otro lado de las vías. El olor en el paso a nivel es especial. Si el verano ha sido caluroso, las traviesas alquitranadas desprenden su aroma. Cruzo la verja montada en la bici, la dejo tirada en el caminito de gravilla que lleva a la casa y subo la escalinata del porche.

Como siempre, la abuela no me oye cuando llamo a la puerta. No está cerrada con llave, así que la abro y entro. La encuentro en el sillón delante de la tele. Pega un brinco cuando la saludo, contenta de verme. Se levanta sin ayuda, se acerca a mí balanceando el cuerpo y me da un cálido abrazo.

Prepara café para ella y sirve un vaso de leche para mí. Saca bollitos de canela y varios tipos de galletas. Me pregunto cuántas veces habré estado aquí

sentada. Subida a un taburete junto a la mesa de la cocina, con un vaso de leche y una montaña de galletas delante.

La abuela se alegra de que por fin vuelva a estar en casa. Le pregunto cómo se encuentra, ella me habla de sus achaques y de su trabajo de voluntaria con niños refugiados. Me pregunta si estoy a gusto en Estocolmo y yo le digo que lo único que echo de menos es a ella. Hablamos hasta que fuera se hace de noche.

—¿Cómo está mamá realmente? ¿Lo sabes? —digo.

—¿Le pasa algo en especial?

—¿Has visto cómo tiene la casa? Y está muy rara. Más de lo normal.

La abuela titubea.

—No hemos hablado demasiado últimamente —explica, y limpia las migas de la encimera.

—Está todo el rato exigiendo amor —digo—. Si las cosas no salen como ella ha previsto, le coge un ataque de rabia. Pero cuando está contenta es un trozo de pan y es maravillosa. Nunca he entendido qué es lo que la hace cambiar así de humor. De pronto pasa, y ya está.

La abuela se sienta a la mesa. Vuelve a titubear, parece que esté pensando en cómo expresarse.

—Creo que deberíamos haberle buscado ayuda. Nos estuvimos preguntando si no tendría alguna patología. Pero cuando conoció a Hans se volvió más estable, nos pareció que se ponía mejor. Y tú eras todo su mundo. Te ponías enferma muy a menudo y Kerstin te cuidaba siempre tan bien...

—Nadie me ha contado eso. Es como si no supiera nada de mi propia madre.

La abuela me mira.

—No la juzgues tan duro, Isabelle. Llegó a nosotros como una niña de acogida cuando tenía doce años, ya lo sabes. Luego se fue de casa demasiado pronto. No quiso tener contacto con nosotros durante varios años. Y luego un día volvió a casa. Contigo. Eres lo mejor que le ha pasado.

Intento sonreír.

—¿Y sus padres? Tampoco sé nada de ellos.

—La madre de Kerstin tenía graves problemas. Bebió durante el embarazo, bebió y tomó drogas todo el tiempo que Kerstin estuvo con ella. Era mala y cruel. Yo creo que se prostituía, pero no estoy segura. No pudimos enterarnos de todo.

—¿Y su padre? ¿Mi abuelo biológico?

—Él no estuvo presente en ningún momento. Kerstin fue a verlo una vez, creo. No sé cómo fue aquel encuentro. Nunca ha querido hablarme de ello.

—¿Y mi padre? ¿No sabes nada de él?

—Lo único que sé es que Kerstin le tenía miedo.

—¿Por qué?

La abuela me mira, parece triste.

—No lo sé, Isabelle. No sé nada de tu padre biológico. Tu madre se negaba a hablar de él.

Me pregunta si quiero más galletas y me ofrece el tarro. Me sube una arcada y me tapo la boca con la mano.

—Pero, cariño, ¿qué tienes? Estás pálida.

—A lo mejor he comido demasiadas —digo.

—¿Quieres echarme un rato?

—Tengo que ir a casa a hacer la maleta. Vuelvo a Estocolmo mañana a primera hora.

La abuela sonrío.

—Te acerco con el coche. No quiero que vayas en bici a oscuras.

Cuando nos detenemos delante de la verja me da unas palmaditas en el brazo.

—Me alegro de que hayas encontrado tu lugar en el mundo. Incluso puede que hayas conocido a alguien. —Me guiña un ojo.

—Pues lo cierto es que sí —contesto, y pongo una mano sobre mi barriga intranquila—. Se llama Fredrik. Es monísimo. Tengo fotos, pero no he encontrado mi teléfono cuando iba a salir de casa.

—Luego podrías mandarme un mensaje con una foto —sugiere la abuela—. A ver si la puedo abrir con mi teléfono.

—Eres demasiado, abuela —afirmo, y me río.

—Ay, mi cielo precioso —dice, y me acaricia la mejilla.

STELLA

Las voces, las reconozco. Una mujer y un hombre que están discutiendo en el recibidor.

—¿Dónde está? Sigue aquí, ¿no?

—Baja la voz.

—¿Por qué ha venido aquí? ¿Por qué ayer no me dejaste entrar?

—Estabas de resaca. Enfadado. No era lo que Stella necesitaba.

—¿Dónde está?

—Tranquilízate. O te vas fuera.

—Estoy tranquilo. Pero me preocupé cuando desapareció, sin más. Si estaba durmiendo cuando llegué a casa...

—¿Cuándo llegaste a casa? ¿El sábado por la mañana? ¿Y dónde estabas? ¿Y con quién?

—¿Con quién? No he estado en ninguna parte con nadie.

—Eres igual que el padre de Hampus. Puedo ver que estás mintiendo. Se nota al instante.

—Teníamos una fiesta de empresa, si es lo que quieres saber.

—Ah, fiesta de empresa.

—Pernilla, yo...

—¿Qué pasó cuando llegaste a casa?

—Nada, Stella estaba durmiendo.

—Pero ¿por qué vino aquí? Algo tiene que haber pasado.

—No ha pasado nada, Pernilla.

—Me la encontré en la calle, helada y aturdida. Oí que alguien gritaba y asomé la cabeza, y allí estaba. Había tropezado y estaba en el suelo llorando. Fue horrible. La arrastré hasta aquí y la tumbé en el sofá. Decía cosas sin sentido sobre Alice y Milo. Sobre ti y Jennie.

—¿Jennie?

—¿Quién es, Henrik? ¿Qué coño has hecho?

Henrik no responde.

—¿Cómo pudiste dejar sola a Stella para irte de fiesta? ¿Con Jennie? Maldito capullo. ¿Qué coño has hecho?

—Nada, Pernilla. No he hecho nada de nada. Era una fiesta en la empresa, del personal. ¿Puedo hablar con mi mujer, por favor?

—No hasta que te hayas tranquilizado.

—Estoy tranquilo. Estoy la hostia de tranquilo.

—No se nota.

—Estoy preocupado por mi mujer, Pernilla.

Silencio.

—Vale, sólo un momento. Luego quiero que te vayas.

Henrik está sentado a mi lado. Me coge de la mano y dice que quiere ayudarme. Pero que no sabe cómo. Lo miro. Es transparente. Puedo mirar a través de él. Se difumina, desaparece. Se lo digo. Dice que no sabe qué hacer. Me da un beso en la frente. Se levanta.

Le dice a Pernilla que deberían llevarme a urgencias psiquiátricas. Ella le contesta que cuidará de mí. En este momento él no es de ninguna ayuda. Es mejor que se vaya a casa. Sí, ella se encargará de que me tome la medicación.

Henrik se inclina sobre mí. ¿Está llorando? ¿O soy yo?

Lo miro mientras sale de la sala.

Ya no está.

Se ha ido.

STELLA

Arena en los ojos, garganta seca.

La cabeza está llena de barro.

Pernilla está tumbada en un colchón junto al sofá. Veo que llevo unos *leggings* que no son míos y una camiseta gris sin mangas. Camino hasta el baño arrastrando los pies. Hago pis, me limpio. El reflejo en el espejo de encima del lavabo me asusta. Tengo aros oscuros bajo los ojos y estoy blanca como un cadáver. El pelo es una masa revuelta, me lo recojo en un moño en la coronilla, me enjuago la cara y bebo agua del grifo.

Busco el paquete de tabaco que Pernilla tiene escondido en una lata de galletas en la cocina. Cojo un vaso de zumo y salgo al balcón y me siento en el pequeño sofá de madera. Me enciendo un cigarro y le doy una calada profunda. Noto el aire frío en mis brazos desnudos, pero el sol me calienta la cara.

A pesar de que mi vida se ha ido al carajo, el mundo sigue existiendo ahí fuera. El castillo de Karlberg al otro lado del agua. *Runners* y padres de baja con los cochecitos de los críos por el camino peatonal debajo de Kungsholms Strand. Observo el humo que abandona el balcón y se disipa. No tengo la menor idea de cómo llegué hasta aquí.

Pernilla sale a verme.

—No hace calor, que digamos —señala.

—Por lo menos hace sol.

—¿Cómo estás?

—Estoy viva —respondo, y me pongo la rebeca que me ofrece, acepto la taza de café. Se sienta a mi lado, nos tapa las rodillas con una manta y coge el cigarro. Le da una calada y me lo devuelve.

—No pienso darte la murga con que te tomes las pastillas.

—Bien.

Pernilla deja un teléfono sobre la mesa.

—Henrik quiere que lo llamemos cuando te despiertes.

Miro el móvil. Reconozco la funda protectora, pero la pantalla está entera.

—¿He venido con un teléfono nuevo? —En este momento me siento tan destrozada que el menor gesto de amabilidad me hace llorar. Aunque no quiera, el gesto de Henrik hace que me broten las lágrimas.

—Nos diste un susto de narices, Stella —dice Pernilla—. Henrik vino el sábado asustadísimo. De resaca y cabreado. Lo llevé hasta casa, le dije que necesitabas paz y tranquilidad. Volvió el domingo y estuvo sentado contigo. ¿Lo recuerdas?

—Un poco.

—¿Recuerdas cómo llegaste hasta aquí?

—No del todo.

—¿Te lo cuento?

—Prefiero que no.

—Vale, te libras.

—Gracias.

—Henke te dejó el móvil y una bolsa con ropa limpia.

Apago la colilla. Pernilla me pasa un brazo por los hombros. Nos quedamos así sentadas un rato largo.

—¿Qué pasó el sábado? —pregunta—. Hablabas de Alice. Se ha ido para siempre, dijiste. Muerta. Milo se ha ido para siempre. Henrik también. Y pensabas matar a alguien que se llama Jennie.

—¿Eso dije?

—Sí.

—¿Que iba a matarla?

—La odias, dijiste. Ibas a darle una paliza hasta matarla.

—¿Dije eso?

—Sí. La voy a reventar.

Me río.

—Sí, seguro.

—¿Quién es?

Enciendo otro cigarro. Luego le explico lo que me ha hecho volverme enfermizamente suspicaz y celosa. Confieso que estuve husmeando en las redes. Le hablo de jennie_89.

Pernilla saca su teléfono y busca su foto en Instagram. La mira detenidamente.

—Joder, Henke —dice—. Maldito cerdo.

Me río. Sueno afónica. Endeble.

—¿Crees que te está siendo infiel? —pregunta Pernilla—. ¿Con ella?

—¿Tú qué piensas?

—Dices que apenas habéis tenido sexo desde el verano pasado. Luego

tenemos a esta rubia joven y buenorra. —Pernilla vuelve a mirar la foto—. Él es guapo. Ella se pone cachonda con él, eso está claro. Difícil resistirse. No deja de ser un macho.

—Gracias, me siento mucho mejor.

—Esposa de mediana edad en plena crisis vital, una rubia guapa quince años menor.

Miro al agua.

—No es una elección difícil —digo.

—O bien hay una explicación —apunta Pernilla—. Él nunca ha tenido ojos para nadie más que para ti. ¿De verdad crees que se está acostando con ella?

Enciendo un tercer cigarro, noto la mirada de Pernilla. Sostengo el pitillo entre los dedos, lo contemplo.

—No cabe duda de que fumar tiene un efecto contra la ansiedad —digo—. ¿Sabes lo normal que es empezar a fumar en el psiquiátrico? Nos dejaban fumar en una sala para fumadores. En la sección cinco. O salir a un balcón con una reja alta. Parecía una jaula de gallinas. Para protegernos de la tentación de saltar cuatro pisos. No sé qué es lo que a Helena le parecía peor. Si verme llena de angustia y drogada hasta las cejas con la medicación, o si verme fumar un cigarro para calmar los nervios.

—Ella se preocupaba por ti, Stella.

—Últimamente, no os lo he puesto fácil a ninguno.

—No, desde luego que no.

—¿Henrik te lo ha contado todo?

—Tú deberías haberlo hecho hace tiempo.

Doy la última calada, aplasto la colilla.

—*Sorry*.

—Y ¿Alice? Cuando viniste dijiste que estaba muerta. ¿Lo sigues pensando?

Me viene algo a la cabeza y cojo el teléfono. Busco entre las imágenes y encuentro la captura de pantalla que hice. Pernilla coge el móvil y me mira.

—¿Qué es eso? ¿Es ella? —Le cambia la cara. Amplía la imagen y coge aire—. Si es una copia de Maria. —Pernilla me mira—. ¿Qué piensas hacer? —pregunta—. ¿Qué quieres hacer? ¿Lo sabes?

—Sí —respondo—. Sé lo que quiero.

—Cuenta.

—Voy a darme un baño largo y caliente.

Entro en el cuarto de baño y lleno la bañera. Toco con la mano, está hirviendo.

Me quito la ropa. Abro la ventana, dejo que entre el aire de otoño, que hace erizarse el vello de mi piel. Saco todos los medicamentos que Henrik compró en la farmacia. Los tiro a la basura que hay debajo del lavabo.

Me meto en el agua humeante. El calor me escuece en la piel, contengo la respiración. Apoyo las manos en el canto de la bañera, cierro los ojos y me hundo. Hago respiraciones cortas, resoplando.

Me reclino, miro al techo y aspiro el frío que entra por la ventana abierta. Todos mis pensamientos se diluyen con el vaho. Todas las preguntas. Toda la culpa y la vergüenza. Mis elecciones enloquecidas, mis intentos desesperados. Todos los fracasos y las mentiras.

Todo empalidece y se aleja.

Cuando salgo de la bañera el agua ya está helada. Seco el vaho del espejo. La mujer que me encuentro me mira desubicada.

La conozco, la conozco muy bien. La conozco mejor que nadie. Lo sé todo de esa mujer. No tiene secretos, no puede ocultarme nada.

Y estoy cansada de ella.

Cansada de sus falsas creencias. Cansada de todos los conflictos que genera, de sus limitaciones, de las consecuencias de sus actos, estoy cansada de todo ello. Ella lo sabe. Y al mirarla veo que lo entiende.

Levanto las manos y las mantengo delante de mí. Firmes, fuertes. Ya no tiritan. Cierro la ventana, me ato una toalla alrededor del pecho. Me cepillo el pelo con movimientos largos y enérgicos. Abro la puerta del armarito del cuarto de baño, encuentro unas tijeras. Deslizo el dedo índice por el filo y me hago un pequeño corte. Una gota de sangre brota de la herida.

Las tijeras están afiladas.

Son perfectas.

KERSTIN

He podido cuidar de ella varios días. Y ahora está enferma. Menos mal que no se ha subido al tren para bajar a Estocolmo. Se quedará en casa hasta que se recupere.

He limpiado. He quitado el polvo y pasado la aspiradora, fregado el suelo y ordenado todo. Incluso he regado las flores. Isabelle me ha ayudado un poco.

La casa ha recobrado vida. No se puede describir con palabras. Yo he recobrado vida. A pesar de todos los impedimentos y la tristeza que me ha dejado Hans. A pesar de haberme pasado las últimas semanas con una preocupación que no me dejaba conciliar el sueño.

Somos Isabelle y yo. Siempre ha sido así. Y a ella le va bien parar un tiempo. La han animado en su búsqueda de «la verdad». Tan sólo con que descubra quién es exactamente su padre, por qué no ha estado presente en su vida, algo se liberará. ¿El qué? Según ella, no sabe de lo que habla. Pero yo sí. Isabelle no tiene ni idea de lo repugnante que es la verdad. Si lo supiera, se arrepentiría profundamente de haberlo preguntado. El hombre a quien ella llama *padre de verdad* preferiría no conocerlo. Y por fortuna, eso nunca va a pasar.

¿De qué sirve diseccionar mi vida, mis elecciones, mis decisiones? La verdad nunca es tan liberadora como uno desearía. Al contrario. Eso no son más que mentiras. La verdad hiera. La verdad desgarrar y estropear. La verdad duele.

Traer hijos al mundo puede hacerlo cualquiera. Educarlos, darles carácter y fuerza, amarlos, eso es otra cosa.

Hans no era el padre biológico de Isabelle. Pero era más padre de lo que su auténtico padre habría llegado a ser jamás. Cometí un error con él. Un error que me vi obligada a corregir. Pero de nada sirve hurgar en el pasado. Nada puede mejorar por ello.

Isabelle y Hans estaban muy conectados. Lo agradezco. Fue un buen padre para ella. Isabelle debería contentarse con eso. Sólo me gustaría que lo apreciara un poquito más. Que mostrara más amor, como cuando era pequeña. Nos queremos. Ella me quiere, lo sé. Pero me gustaría verlo en ella. Me gustaría

sentirlo. Estamos hechas de la misma carne y la misma sangre.

Las miradas. Las pullas. Las preguntas. Las sospechas.

Antes ella no era así. Y los días que pasamos en su casa en Vällingby fueron diferentes. Ahora las preguntas me caen como un chubasco repentino. Súbitamente hay muchísimas cosas que necesita saber cuanto antes. Yo se las respondo lo mejor que puedo, pero no se contenta con ello. Ha cambiado. Es como si la hubiesen envenenado. Las mentiras que le han germinado. Son las mentiras las que lo están sacudiendo todo.

Podría amargarme por las elecciones que he hecho. Elijo no hacerlo. Las cosas son como son. ¿Habría sido mejor para Isabelle saber antes que Hans la había adoptado? Lo dudo mucho.

Intento ser paciente. Me cuesta. La vida no es ningún lecho de rosas. Los jóvenes de hoy en día están malcriados, viven preocupantemente acomodados. Los puntos de vista son inamovibles y evidentes, sin ningún arraigo más profundo. Se hacen pasar por tolerantes y abiertos, hasta que alguien no está de acuerdo con sus opiniones. Entonces eres una persona que está llena de odio, se sienten humillados y obstaculizados. Se encuentran mal por aquello a lo que sus padres los han expuesto y quieren afrontarlo, ser críticos.

Creced, digo yo. No os quedéis sentados lloriqueando, no tenéis motivos para quejaros. No sabéis nada de lo que es el auténtico sufrimiento.

Mi propia madre era una inútil. Una persona incapaz, una borracha. Aun así, me he desenvuelto bastante bien. Nunca se me habría pasado por la cabeza ir a una terapeuta a llorar por lo mala que ella fue. Nunca me habría atrevido a cuestionar sus decisiones. Eso no se hace, así de simple. Es de locos. Dejar que un extraño hurgue en lo más hondo de tu ser. Dejar que un extraño te dé todas las respuestas. La mera idea ya dice por sí sola que es de locos. Es antinatural.

Pero yo me trago la rabia. Como madre, me toca hacerlo.

Sé que Isabelle me considera ridícula cuando reacciono ante la ropa que se pone. Pero lo que es chocante es la experiencia de ver lo diferente que es Isabelle ahora respecto a la niña que era cuando se fue de casa.

Si sólo se hubiese tratado de una cuestión de moda, a lo mejor yo lo habría podido entender. A lo mejor. Pero la he visto enfadada, crítica, desagradable, no ha sido ella. Como si quisiera ser de otra manera. Como si quisiera ser otra persona.

He estado esperando el día en que la veré también a ella con un tatuaje o un *piercing*. Pero incluso ahí trato de mantener la boca cerrada. En lugar de discutir, le sirvo té y la arropo en la cama. Pronto se pondrá bien. Pronto volverá a ser ella misma.

Volverá conmigo. Al final todo se arreglará para las dos. Por supuesto que

tiene ganas de volver a Estocolmo, pero yo intento vivir el presente. Intento enseñarle a hacer lo mismo.

Descansa.

Tómate el té.

Abrígate los pies.

El resto vendrá por sí solo.

Todo se arreglará. Me ocuparé de ello.

Todo volverá a ser como antes.

STELLA

Un rizo largo cae al suelo.

Uno a uno, los mechones se van precipitando.

Cuando termino contemplo el resultado en el espejo.

Después me pongo la ropa que Henrik me ha traído. Tejanos negros elásticos, una camiseta blanca y una sudadera gris.

En la cocina huele que alimenta. Pasta, ajo, gambas, queso fresco, tomates, especias. Me ruge el estómago, tengo hambre.

Pernilla me mira. Para en seco, boquiabierta.

—Stella, ¿qué has hecho?

—Un cambio —digo, y me meto una gamba en la boca. Pernilla me toca el pelo.

—Hace años que no lo llevas así de corto. Desde secundaria —dice—. ¿Recuerdas la foto de final de curso?

—Demasiado bien.

Se ríe.

—No sé si fue atrevido o temerario. Pero esta vez queda muy chulo. Se te ve distinta.

—Me siento distinta.

Después de comer voy a buscar la bolsa. Saco mi MacBook Air y mi agenda, me recuerdo a mí misma que una vez tuve un trabajo. Hojeo la agenda. Hace una eternidad que no la utilizo a diario. Antes reservaba horas, hacía anotaciones, tenía una vida. Dentro hay un papelito doblado. Lo cojo y lo despliego. Mi esquelita. No tengo ni idea de quién es el hombre del chubasquero ni por qué me quiere ver muerta, pero me niego a seguir teniendo miedo.

—No te olvides de llamar a Henrik —dice Pernilla—. Si tú no lo llamas, tendré que hacerlo yo. Le prometí que lo haría.

Guardo el portátil y la agenda con la amenaza de muerte en la bolsa. Luego llamo a la consulta y hablo con Renate. Ella me cuenta que Henrik ya se ha puesto en contacto con ellos y les ha informado de que me han dado la baja

médica. La conversación es breve.

Llamo a Henrik, quien lo coge al segundo tono.

—Hola —le saludo.

—Hola —dice él.

Hay ruido de fondo. Enseguida se silencia, se ha metido en su despacho.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto.

—Bueno —responde—. ¿Cómo te encuentras tú?

—Me encuentro bien. ¿Y Milo?

—Pregunta por ti.

—¿Qué le has dicho?

—Que has estado estresada últimamente. Que estás en casa de Pernilla descansando un poco.

—Lo echo de menos.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Vuelvo a casa.

Silencio largo.

—Entiendo que te lo cuestiones —digo—. Pero me encuentro mucho mejor.

Y quiero hablar con Milo de Alice.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir?

—Sólo pienso en lo que es mejor para él.

—Él también es mi hijo, Henrik —digo—. Y Alice es su hermana. Milo tiene derecho a una explicación.

—¿Qué piensas decirle?

—Que creo que está viva.

—¿De verdad te parece necesario? Será una carga más para él.

—Tenga o no tenga yo razón, es el motivo de todo lo que ha pasado.

Henrik se aclara la garganta. Dice que no quiere discutir de esto por teléfono. Esta tarde Milo se va a casa de Jonatan. Dice que pasará a recogerme sobre las cinco y media, así podemos dar una vuelta y hablar antes de que Milo llegue a casa.

Le agradezco el gesto, pero lo rechazo.

—Iré directamente a casa.

—Cuando Milo se haya ido.

—Sí —accedo—. Cuando Milo se haya ido.

Terminamos la conversación.

Eso me dará tiempo. Tiempo para recuperar el control.

Tiempo para obtener respuestas.

STELLA

Giro y me meto por la calle Pater Nostervägen en Hammarbyhöjden. Aparco al otro lado de la calle, enfrente de la casa. Cojo el bolso, me bajo del coche y miro hacia arriba, al piso donde vive Lina Niemi.

La fachada está gris y sucia. Tres plantas, balcones pequeños con barandillas blancas excepto en el extremo de cada lado, donde por alguna razón son de color verde. Antenas parabólicas, maceteros olvidados, persianas bajadas. Estoy corriendo un gran riesgo por el mero hecho de estar aquí.

Echo un vistazo antes de cruzar la calle. Un hombre sale del portal en el que me tengo que meter. Corro los últimos metros, agarro la puerta antes de que se cierre. Subo al segundo piso.

Börje Niemi abre la puerta.

Su rostro se estremece cuando ve que soy yo.

Grita:

—¡Fuera de aquí! —Intenta cerrar la puerta. Su mujer, Agneta, sale al recibidor.

—¿Quién es? —pregunta.

Meto el pie y empujo la puerta. Paso por al lado de Börje y entro en el recibidor. Los dos me miran despavoridos.

—¿Está Lina en casa? —pregunto—. Tenemos que hablar.

Ninguno de los dos contesta. Se miran el uno al otro, después a mí.

Una puerta se abre y Lina sale por ella. Se apoya en el marco de la puerta, masticando chicle y tratando de hacerse la chula. Más bien parece una niña que está siempre de morros y anda perdida.

—Hola, Lina —saludo, y entro y me siento a la mesa de la cocina. Les hago un gesto a los padres para que se sienten ellos también. Lo hacen, si bien con reticencia.

—Os pido disculpas por presentarme así —digo—. Pero hay algunas cosas que necesito aclarar.

Agneta aparta la vista. Lina mastica su chicle con desinterés. Börje se cruza

de brazos.

Cojo la agenda de mi bolso, saco la nota necrológica y la pongo delante de Lina.

—¿Esto lo has hecho tú? —le pregunto.

Lo lee. Me mira con ojos asustados. Ya no tan segura de sí misma.

—¿Qué es eso? —pregunta Börje, y se hace con la nota.

—Mi esquila —respondo—. Me la encontré en el buzón hace un tiempo. Pensé que a lo mejor Lina había vuelto a pasar por mi casa.

Ella da un respingo. Su mirada salta entre los padres.

—Te vimos delante de casa en primavera —continúo—. En un par de ocasiones.

—Pero qué coño... —empieza Börje. Lo hago callar con un gesto de la mano.

—No debería ser ninguna sorpresa —digo—. Ya os lo había contado. Pero no quisisteis escuchar.

—Esta vez no fui yo —asegura Lina.

—No estoy enfadada —digo—. Sólo quiero saber la verdad. —Hago una pausa, vuelvo a mirar a Lina. Ella mira a la mesa. Me inclino hacia delante, buscando sus ojos—. Conozco el blog —continúo—, y sé que tus padres me han denunciado a la Inspección de Salud y Asistencia. Que han hablado con una mujer y le han contado tu historia. Esa mujer me ha denunciado a la policía por amenazas y acoso. Son cosas serias las que has puesto en marcha, Lina.

—Yo no he escrito eso —dice, y hace un gesto hacia el papel.

—¿Seguro?

—Nunca he deseado que mueras. Nunca. Sólo quería ser parte de tu familia.

—¿Por eso fuiste al trabajo de mi marido? —pregunto—. ¿Por eso nos seguiste cuando salíamos a cenar?

—Sí —dice entre dientes.

Börje maldice en voz alta, Agneta suelta un jadeo.

—¿Por qué querías ser parte de nuestra familia?

—Porque parecíais tan felices... Porque tú siempre eras tan comprensiva. Y buena. Y tu marido también parece bueno.

—¿Sigues pensando que me comporté indebidamente? ¿Que te hice depender de mí?

Lina mira por la ventana. Niega lentamente con la cabeza.

—Me enfadé —dice—. Y sentí miedo. No quería ir con ninguna otra terapeuta.

—He vuelto a ver a alguien delante de mi casa. La última vez hace dos

semanas. ¿A lo mejor fuiste tú, Börje? —digo, y lo miro.

Se pone rojo. Me fulmina con la mirada pero sin decir nada.

—¿También fuiste tú quien escribió la esquila? No es ningún secreto lo que opinas de mí.

—No —contesta—. Nunca haría algo así.

A Agneta ni le pregunto. Es demasiado asustadiza como para hacer semejante maniobra. Los miro, de uno en uno. Después les pido disculpas por haberlos molestado. Me levanto y me dirijo a la puerta. En el recibidor Lina viene a buscarme.

—Stella, espera. —Se tira de la camiseta, mira al suelo—. Perdón.

—Ya te he perdonado, Lina —afirmo.

—Voy a retirar la denuncia. Estuvo mal. Nunca debería haberlo hecho. He estado hecha una mierda con todo esto.

—Espero que te vaya todo bien. —Lo digo lo más amablemente que puedo, y lo digo en serio.

Salgo del piso. Me detengo un rato en la acera delante del portal. Lina no ha escrito la nota necrológica, sus padres tampoco. Su padre no ha estado delante de casa en chubasquero y estoy convencida de que no me miente. El hombre que oculta la cara bajo la capucha podría ser cualquiera.

El sol y el calor de media mañana se han visto sustituidos por nubes de color plomo. Fuera está oscuro y la tormenta pesa en el aire. Cuando cruzo el puente de Tranebergsbron llueve a raudales.

Subo a nuestro acceso y aparco detrás del Range Rover de Henrik. Abro la puerta de un bandazo y corro hasta casa. Cuando entro veo a Henrik de pie en la cocina. Está de espaldas a mí.

—Hola —digo—. ¿Milo ya se ha ido?

Henrik se mira el reloj de pulsera.

—Sí, se ha ido caminando hará treinta y cinco, cuarenta minutos.

—¿Caminando?

—Iba a casa de Jonatan. Suele ir solo.

—No lo decía en ese sentido. Estaba pensando en el tiempo, está lloviendo a cántaros.

—Le he pedido que se abrigara bien y que cogiera un paraguas. —Henrik mete los platos en el lavavajillas y después se da la vuelta. Se me queda mirando—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—¿Qué te parece?

—Se me hace raro.

Está vigilante. Lo entiendo. Después de mi crisis tiene motivos de sobra para ir con cuidado. Dejo el teléfono en la cómoda del recibidor, me quito el abrigo.

—Entonces ¿te encuentras mejor? —dice.

—Sí.

El teléfono empieza a sonar. Lo vuelvo a coger, miro la pantalla.

—Número desconocido —informo, y contesto.

Una vez más, una llamada de parte de una persona desconocida.

Una vez más, se trata de Milo.

ISABELLE

Hacía tiempo que no me ponía tan enferma. Había reservado el billete y por fin iba a volver a casa. A Estocolmo. ¿Cuánto tiempo he estado aquí? ¿Qué he cogido?

Oscilo en un constante duermevela. Creo que he estado inconsciente un rato. Mamá me cuida. Me trae té. Me dice cosas para que me anime.

No quiero más té. Ya ni siquiera quiero estar aquí. Mamá no me escucha. Me arropa, me dice que tengo que descansar. «No te resistas. Si te resistes tardarás más en volver.»

Hace unos días me sentía más animada. Después empeoré. Hoy vuelvo a estar mejor, pero mi cuerpo está débil. Puedo sentarme un rato en el borde de la cama, es lo más lejos que llego. Qué ridículo.

Me siento sola. Pero en Estocolmo tengo amigas que me están esperando. Personas en mi vida a las que les importo. Eso me pone contenta. Me pregunto qué le habrá dicho mamá a Johanna. Le pedí que la llamara y le contara que sigo aquí, que estoy enferma. Y Fredrik debe de estar preguntándose por qué no lo llamo. Mi móvil ha desaparecido, no sé dónde lo he dejado. No tengo fuerzas para buscarlo y mamá no lo encuentra en ninguna parte. Ha puesto toda la casa del revés y dice que soy una despistada. Estoy segura de que no lo he perdido por descuido. Es demasiado importante. Pero tampoco tengo fuerzas para discutir con ella.

Mi sofá de flores bajo la ventana del rincón. Papá me lo compró de segunda mano, a pesar de los resoplidos de mi madre y de que le pareciera feo. Me he sentado en él muchas veces, mirando fuera y soñando despierta.

Gateo por el suelo, trepo hasta subirme a él y resoplo por el esfuerzo. Disfruto un momento de la luz del día antes de que vuelva a desaparecer.

Veo a Gunilla al otro lado del seto. Intento levantar la mano para saludar. No lo consigo. Miro hacia abajo, a la parte de delante del jardín. Recuerdo cuando jugaba allí de pequeña. El buzón. Con tan sólo mirarlo me siento mal. No sé por qué, pero los recuerdos y los sentimientos de mi infancia están

regresando. Imágenes sueltas que surgen dentro de mí y vuelven a desaparecer.

¿Es por la terapia? ¿Por Stella? Quizá sean los días en esta casa tan horrible. ¿O es el delirio causado por la fiebre?

Algo ha pasado que me está haciendo recordar.

Pero no estoy segura de si es lo que quiero.

STELLA

Han atropellado a Milo y el conductor se ha dado a la fuga.

Ha perdido el conocimiento y lo han llevado en ambulancia al hospital infantil Astrid Lindgren.

Se lo cuento a Henrik y me vuelvo a poner el abrigo. Cojo el bolso y salgo corriendo a mi coche. Henrik me sigue enseguida.

Cuando llegamos a urgencias Milo aún no se ha despertado. El médico con el que hablamos nos explica que tiene una herida en la sien, probablemente se ha golpeado con la acera al caer. Tiene magulladuras en la cara y los brazos y las piernas. En la izquierda presenta varias fracturas. Es todo lo que nos dicen.

Estamos sentados en la salita de espera. Henrik está pálido y callado. Yo he llamado a mi madre y a mis suegros. Les he contado lo sucedido y que estamos en el hospital, que estamos esperando a que nos informen. Quieren descartar heridas en el cráneo e inflamación del cerebro.

Hojeo unos folletos. Miro por la ventana. Vuelvo a hojear unos folletos. No tengo ni idea de lo que pone. Me levanto, leo la portada una vez más. Hacen falta más donantes de sangre. Falta sangre en el hospital.

«Donasangre.ya Vida: 1 – Muerte: 0»

Un eslogan desagradable. No quiero pensar en la muerte.

Repito el mismo procedimiento, la misma vuelta, los mismos folletos, la misma revista, la misma ventana.

Henrik sigue en el sofá, inmóvil. Me acomodo a su lado y apoyo la cabeza en su hombro. Le digo que todo irá bien, que Milo se pondrá bueno. Henrik no contesta, pero me coge la mano.

Llevamos aquí una eternidad. Puede que más. Cuando el médico con el que hemos hablado al principio llega caminando por el pasillo, Henrik me aprieta tanto la mano que me hace daño.

Milo ha sufrido una leve conmoción cerebral, pero no tiene ninguna herida

que ponga su vida en peligro. Está despierto y ahora ya podemos entrar a verlo.

Milo está tumbado en la cama del centro de la habitación. Parece un niño pequeño. La parte de la cara que no está amoratada se ve pálida e incolora. Tiene una venda en la cabeza y los dos brazos están cubiertos de cardenales. Veo que su pierna izquierda está hinchada bajo la manta amarilla de hospital.

—Mamá —dice con voz débil. Le acaricio la mejilla y le doy un beso en la frente. Henrik le susurra que lo quiere.

—¿Te duele? —le pregunto.

—Todo.

Llamo a una enfermera. La mujer llega y nos dedica una amplia sonrisa, se presenta como Ellen. Charla un poco con Milo, le explica lo que está haciendo y le da otra dosis de calmante.

Tienen que operarle la pierna, pero no lo harán esta noche, nos dice Ellen, y asegura que Milo dormirá toda la noche. Estaría bien si nosotros también aprovecháramos para descansar. Sale de la habitación.

—¿Cómo se puede atropellar a un niño y darse a la fuga? —susurra Henrik —. No se puede entender. Milo podría haber muerto.

No tengo respuesta.

La tarde se convierte en noche. Milo duerme profundamente. Henrik está reclinado en su butaca, tiene los ojos cerrados.

—¿Duermes? —pregunto.

—No —dice, endereza la espalda y me mira—. Imposible dormir.

—¿Te vienes un rato afuera? A lo mejor podemos encontrar café en algún sitio.

En el pasillo nos cruzamos con una auxiliar que nos acompaña hasta un *office*. Saco dos tazas, pongo una en la cafetera y le doy al botón. Cuando termina de borbotear se la paso a Henrik, quien se sienta en el sofá que hay junto a una pared. Yo cojo la otra y me siento a su lado.

—Entiendo que estés enfadada conmigo —dice al cabo de un rato.

—¿Por qué iba a estar enfadada?

—Porque he dejado que Milo se fuera solo —responde—. Porque lo han atropellado porque estaba solo.

—Hace unas semanas yo también lo habría dejado ir solo. Últimamente lo ha hecho varias veces.

—La última vez que te vi estabas hecha una mierda. ¿Qué ha pasado? —pregunta.

Subo las piernas al sofá, doy un trago al café y pienso la respuesta.

—Ya no quiero seguir teniendo miedo —digo.
—Entonces ¿ahora seguimos como siempre? ¿Continuamos como si nada?
—No me refiero a eso.
—Bien. Porque me estoy acostando con Jennie.
Lo miro a los ojos, veo el desafío en su mirada.
—Sé que no lo haces —digo—. Me equivoqué.
—Pensaba que confiabas en mí.
—Lo hago. —Le cojo la mano—. Me encontraba muy mal. Estaba muerta de miedo. Me entró el pánico.
—¿Por qué siempre tienes que ser tan condenadamente dramática?
—Cuando te marchaste, el día que toqué fondo, tuve una recaída. Me di cuenta de que nunca sabré lo que le pasó a Alice. Me había comportado fatal con Milo y me daba pavor que os hubiese alejado tanto a él como a ti de mi lado.
Henrik se frota los ojos.
—¿Por qué Jennie precisamente?
—¿Porque te escribe y te llama a menudo?
—Trabaja para mí. Como quizá recuerdes.
—Lo cierto es que no lo sabía. ¿A lo mejor porque es joven y guapísima?
¿Porque se pone cachonda contigo?
—Venga ya.
—¿A lo mejor porque me mandaste un SMS que era para ella?
Henrik frunce la frente, como si no tuviera recuerdo alguno de ello.
—¿Eso hice?
—¿A lo mejor porque vi una foto de Instagram de aquella noche?
—¿Qué foto?
—Ni siquiera querías dormir a mi lado.
—¡No te quería despertar!
Nos callamos en el momento en que dos auxiliares cruzan por el pasillo y nos miran de reojo. Cuando han pasado de largo me encojo de hombros.
—Da igual. Estoy cansada de tener miedo. Si lo tengo, todo se tuerce. —
Dejo la taza en la mesa y me acurruco junto a él. Me rodea con el brazo, me acerca.
—Te he echado de menos —dice—. ¿Qué va a pasar ahora?
—¿Con Isabelle, quieres decir?
—Sí.
—Nada.
—¿Nada?
—No puedo hacer nada más. —Me retiro para poder mirar a Henrik, su brazo no se despegaba de mis hombros—. No quiere volver a verme nunca más.

Milo está durmiendo cuando regresamos. Su respiración es profunda y regular. Nos quedamos de pie en la oscuridad mirándolo.

STELLA

Me despierto con la voz de Milo. He estado tumbada en una mala postura en el plegatín, con las piernas recogidas, y me duelen las lumbares. Me incorporo y veo a Henrik durmiendo en la butaca junto a la cama de hospital.

—Mamá... —La voz de Milo es débil—. Me duele.

Me siento a su lado en el borde de la cama.

—Estoy aquí.

—Te he echado de menos, mamá.

—Y yo a ti, cariño. —Me inclino, le doy un beso en la frente y aspiro su aroma—. Me siento tan mal por todo lo que he hecho... ¿Me podrás perdonar?

Milo me abraza, se sorbe los mocos.

—Tienes el pelo más corto —dice, y me mira.

—A lo mejor es un buen momento para arreglarte la melena a ti también. — Le estiro un rizo que asoma por debajo de la venda.

Henrik se despereza y se incorpora. Tiene barbita en la barbilla y las mejillas, sus ojos están cansados. Le acaricio la mejilla y él apoya la cabeza en mi mano.

Otra enfermera que no es Ellen no tarda en llegar y nos cuenta que a Milo lo van a operar en algún momento de la mañana.

—Lamentablemente, no puedes desayunar, debes estar en ayunas —dice.

—No pasa nada —responde Milo—. Tampoco tengo hambre.

Henrik le recuerda a Milo el juego del superhéroe al que siempre jugábamos cuando era más pequeño. ¿Qué característica era la que más nos gustaría tener de superhéroe? ¿Qué cualidad es la mejor cuando te tienen que operar? Quizá no sentir dolor. ¿O tener fuerzas de supercuración? ¿Poder acelerar el tiempo?

—Viajar en el tiempo y no tener que pasar por nada de esto —dice Milo—. Que no me atropellaran.

Milo nos cuenta que llovía tanto que apenas se veía nada. Estaba oscuro y cuando oyó el coche detrás de sí se giró. El coche frenó. Pero de pronto volvió a

acelerar. Se lo llevó por delante.

—El conductor debió de haberme visto. Llevaba tu paraguas rojo, el que tiene reflectantes.

Sigue contándonos, pero yo ya no oigo nada después de lo que acaba de decir.

Milo llevaba mi paraguas. Mi paraguas rojo. Lo arrollaron brutalmente con un coche. Bajo la lluvia, en la oscuridad.

Alguien pensaba que era yo.

Stella Widstrand nos ha dejado de forma precipitada e inesperada. Nadie se apena ni la echa en falta.

La persona que dejó la amenaza de muerte hablaba en serio.

¿Quién es?

STELLA

Estoy sentada junto a Milo cuando lo anestesian y se lo llevan a la sala de operatorios. Después salgo a buscar a Henrik.

Esperamos.

Pienso en mi hijo. Milo, solo por la calle, mi paraguas en la mano. Alguien reduce la marcha, luego pisa el acelerador a fondo y lo atropella. Se da a la fuga. Lo deja inconsciente y sangrando bajo la lluvia.

Milo en una cama de hospital, en una sala amarillo claro con cuadros baratos y cortinas de flores. Pálido y magullado. Asustado y valiente.

Mi hijo expuesto a un intento de homicidio. Debería haber sido yo.

Quien haya hecho esto no duda en matar.

La cabeza me va a mil por hora, pero entre todos los pacientes masculinos a los que he tratado a lo largo de los años no hay nadie que me levante sospechas. Nunca me habían amenazado de muerte.

—Debería haber sido yo.

Henrik me mira.

—¿De qué hablas?

—Llevaba mi paraguas. Mi paraguas rojo que se ve a kilómetros de distancia.

—¿De qué estás hablando? —El lenguaje corporal de Henrik muestra que no quiere escuchar nada más.

Abro mi bolso y saco la esquila.

—¿Te acuerdas de esto?

Henrik coge el papelito con el texto y la cruz y lo mira. No dice nada.

—Esta amenaza y mi paraguas rojo son la razón por la que ahora van a operar a Milo. Además, alguien me ha llamado y me ha mentido sobre Milo. Un hombre con chubasquero y la capucha bajada me ha estado vigilando.

Henrik me devuelve la nota y se sienta a mi lado. Me observa con atención.

—Tú misma dijiste que tuviste una recaída. A lo mejor te imaginas cosas. Otra vez.

Lo miro a los ojos.

—No me he imaginado voces que no existen. Ni sucesos que no han pasado. Alguien me llamó para decirme algo de Milo. Dos veces. Ha habido un hombre delante de nuestra casa. También en dos ocasiones.

Henrik mira al suelo.

—No sé, Stella. Aún me siento inseguro contigo.

—¿Acaso no es esto real? —Levanto la amenaza de muerte.

—Puede haber sido Lina quien la ha escrito. O sus padres. Quizá uno de ellos, o Lina misma, te haya llamado para decirte lo de Milo.

—No es así. He hablado con ella. También he hablado con sus padres. No ha sido ninguno de ellos.

—¿Cuándo? ¿Cuándo has hablado con ellos?

—Ayer. Necesitaba saberlo.

—Te han denunciado. No puedes tener contacto con Lina ni con su familia.

—Van a retirar la denuncia.

—¿En serio? Eso es una buena noticia. —Henrik parece sorprendido—. Pero, entonces ¿quién es? ¿Quién te odia tanto que está dispuesto a ir tan lejos? —Señala la sala de operatorios.

—No lo sé. Pero esto me llegó poco después de toparme con Alice —digo—. Tiene que ser de alguien que sabe lo que pasó cuando desapareció. Alguien que no quiere que la verdad salga a la luz. Y que quiere hacerme parecer una desequilibrada.

Henrik suelta una risotada. Corta, sin alegría. No considera que mi razonamiento se sostenga.

—Es evidente que nadie me va a creer si parece que me haya inventado algunas cosas —continúo—. Como que no tengo que ir a recoger a Milo o que ha desaparecido de la escuela.

—Eso es muy muy rebuscado, Stella.

—Si me denuncian a la policía, no puedo volver a ver a Alice. Pero ¿cuál es el motivo de la denuncia, en realidad?

Henrik se reclina y se mete las manos en los bolsillos del tejano.

—Si no le he hecho nada a Isabelle —digo—. Nunca me he mostrado amenazante ni he actuado de forma agresiva. No le he hecho daño. Es raro.

—No es tan raro que la madre de Isabelle se preocupara cuando tú pensabas que su hija era tuya.

—Isabelle no me tuvo miedo en ningún momento. No hasta la última vez que nos vimos. Y entonces fue como si ya supiera lo que le iba a decir. Como si alguien ya le hubiera contado lo que yo quería. Que le iba a decir que era hija mía. ¿Cómo podía saberlo? ¿Quién se adelantó a mi versión?

—¿A qué te refieres?

—No fue un hombre el que se plantó delante de nuestra casa.

—¿Ah, no?

—Sólo puede ser una persona —respondo.

—¿Quién?

—Tú lo sabes. La has visto.

ISABELLE

Mamá abre la puerta de golpe. Entra en la habitación y me ve en el sofá. Debo de haberme quedado dormida aquí. Debo de haber dormido mucho rato. Vuelve a haber luz fuera, creo que es una nueva mañana.

Mamá me pregunta qué hago levantada. Su voz es fría y dura. Sus ojos, maliciosos. Corre las cortinas.

Le digo que quiero ver la luz.

Mamá contesta que estoy enferma. No necesito luz, dice, necesito descansar. La luz te va mal. Es mejor dormir a oscuras.

Después ladea la cabeza y sonrío. Vuelve su parte buena. Es mejor que coma un poco de sopa de pollo. Ella cuidará de mí. Pronto volveré a estar en pie. Pero primero tengo que descansar. Tumbarme en la cama y descansar.

Dejo que me acaricie la mejilla, como un poco de sopa. Huele mal, sabe mal. No quiero más. Mamá me fuerza a meterme el resto. ¿Cómo me voy a curar si no me alimento?

Parece contenta. Dice que a lo mejor podemos irnos de vacaciones cuando me encuentre mejor. Me mete en la cama. Oigo que me quejo, que me duele la barriga.

Mamá se lamenta, me aparta el pelo y me humedece la frente con un paño mojado. Dice que todo mejorará. Todo volverá a ser como antes. Mamá se ocupará de ello.

Me encuentro mal otra vez, estoy sudando.

El bol de cristal en la estantería de la pared, lo veo con más claridad que nunca, lo veo mejor que si estuviera justo a su lado. Cada variación en el cristal curvado, cada reflejo de luz, las irregularidades y las pequeñas burbujas de aire. La lámpara de papel de arroz que cuelga del techo gira y aparece una grieta por la cual se cuele un rayo de luz cegadora. El pájaro de cerámica de color naranja en el escritorio flota en el aire, se vuelve hacia mí, me mira con ojos muertos y vacíos. El techo se comba hacia abajo y luego hacia arriba, como una piel elástica, y las paredes se deslizan hacia atrás, vuelven a su sitio, el suelo es de

agua, las olas se extienden por mi cuarto.

Papá ha hablado conmigo. Me ha dicho que estaba abajo, en el jardín. Que me estaba esperando. Me ha preguntado si quería ayudarlo a lavar el coche.

Y luego el viento en las copas de los árboles, cantando.

Surgen en el letargo.

En el sueño, antes de que yo vuelva a subir a la superficie.

Los recuerdos.

El buzón junto a la verja. De pequeña me parecía muy emocionante. Nadie más tenía un buzón que semejaba una casita. Era amarillo claro, con detalles de carpintería, almenas y torres y un porche, flores de cerámica que trepaban hasta el techo. Yo solía quedarme mirándolo, imaginando que vivía allí en lugar de en nuestra casa. «Ahí dentro no podías ser más que feliz.»

Un día me lo llevé por delante con la bici. Aún no había aprendido a frenar del todo, cogí demasiada velocidad y me fui directa contra el buzón. Cayó al suelo y se rompió.

Yo lloré. Me dolía el costado, las rodillas se me cubrieron de rascadas. Sentí vergüenza por haberle roto el buzón a mi madre.

Papá me abrazó y dijo que era algo natural. Recogió el buzón, le prometió a mamá que lo arreglaría cuando volviera del trabajo. En cuanto se hubo marchado, mamá me agarró del brazo, me arrastró dentro de casa y me plantó en una silla de cara a la pared. Estuve allí sentada una eternidad. Llorando y pidiendo perdón. Ella se paseaba de aquí para allá a mis espaldas, pegando gritos de que le había dolido mucho lo que había hecho, que era una niña inútil. Que ella lo había dado todo por mí, pero yo no mostraba ningún agradecimiento. Yo le dije que no había sido a propósito. Me dio una torta. Y luego salió de casa. No sin haberme advertido de que no me levantara del sitio.

Cuando volvió ya se me habían dormido las piernas y el culo. Yo no sabía dónde había estado ni cuánto rato. Me hizo levantarme, dijo que era mi madre. A una madre se la respeta y se la quiere. Entonces todo va bien. Respeto y amor. Amor es respeto. La misma cosa.

Después se lamentó por mis heridas. Las roció con alcohol. Me quemaron y escocieron, y yo lloré todavía más. Pero mi madre me consoló. Me hizo calmarme y me dijo que era necesario. Me secó las lágrimas y me abrazó fuerte, «demasiado fuerte», y luego hicimos un bizcocho para cuando regresara papá, porque todo seguía como siempre. Todo volvía a estar bien.

Solíamos plantar cosas en el jardín juntas. Mamá me enseñaba las zonas climáticas de Suecia y la resistencia de cada planta. Nuestro jardín estaba bien

cuidado y era hermoso. Era lo que más me gustaba, ayudar a mi madre, verla contenta. Un día quise darle un ramo de flores. Cogí los tulipanes del arriate. Corté las flores, dejé los tallos. Después de aquello nunca más me dejó ayudarla.

Cuando yo me he hecho daño o he estado enferma, ella ha tenido sus mejores momentos. Me ha leído, me ha arreglado el pelo, me ha consolado y curado las heridas. Pero después siempre ha aflorado su otra parte. Ha bastado con una palabra, una mirada, una pregunta formulada de la forma incorrecta. Yo nunca me he sentido segura con ella. Aprendí a estar en guardia. A escoger bien mis palabras si quería tener a mi madre de buen humor.

La escalera del sótano. La empinada y oscura escalera del sótano. Los escalones se me echan encima, revolotean a mi alrededor y me golpean, los rígidos cantos se me clavan en la cabeza, los brazos y las piernas. Aterrizo de espaldas en el suelo del sótano. Miro hacia arriba y percibo una silueta oscura en el umbral de la puerta. Primero no veo quién es, pregunto: «¿Quién eres? ¿Por qué me has empujado?».

La lámpara del techo se enciende. La silueta oscura ha desaparecido y ahora es mamá, pone cara de desconcierto. Se lleva las manos a la boca y pega un grito. Baja corriendo la escalera, me coge entre sus brazos. Me consuela, me consuela, me consuela. Dice que debo de haber tropezado en la oscuridad. Tienes que aprender a ir con cuidado, Isabelle. Ay, mi niña, ¿qué has hecho?

¿Sabía papá cómo era ella conmigo? No lo sé. No lo creo. No del todo. A lo mejor no quería verlo. Detestaba los conflictos. Pero las veces que ella realmente perdía los estribos, él me defendía. Así que mamá elegía bien el momento. Cuando estábamos solas. Y yo nunca se lo contaba a nadie. Era culpa mía que ella se enfadara y no quería que papá también se pusiera en mi contra.

Ahora entiendo el odio que he sentido hacia ella. Entiendo por qué he deseado que muriera. No sé cuántas veces me he imaginado que moría. Cuántas veces he escupido en su tumba. Pero bajo el odio y la rabia siempre ha habido temor. Y ese temor me ha impedido recordar. He vivido atemorizada por mis propios recuerdos.

Mamá siempre ha sido buena en hacer que todo vuelva a estar bien. Y cuando estaba bien, estaba muy bien. Yo no quería estropear esos momentos buenos. Y me sigue pasando. Deseo con mucha fuerza que sea real cuando está pasando por una fase amable. Pero puedo sentir su yo verdadero. Aunque no me lo haya reconocido a mí misma, sé quién es. Eso me asusta más que cualquier otra cosa.

Me ha dicho que me quiere. Pero es un amor exigente, un amor bajo las condiciones que ella impone. Quiere que yo la quiera al mismo nivel. Pero nunca he sabido cómo hacerlo. Porque nunca es suficiente.

Estaba celosa de la relación que teníamos papá y yo, lo sé. Aunque ella también lo necesitaba. Él era más importante de lo que yo tenía entendido.

Desde que él murió, mamá vuelve a tener esa mirada en los ojos. Ya la había visto antes, la conozco y estoy acostumbrada a ella.

Pero ahora es más intensa.

Nunca llega a desaparecer del todo.

Me pregunto qué es lo que ella ve dentro de sí misma.

Me pregunto qué ve cuando me mira a mí.

Y me doy cuenta de que no son mis recuerdos los que me han dado miedo.

Es mi madre.

STELLA

Henrik se cruza de brazos a la espera de lo que yo le vaya a decir.

Me levanto, me acerco a la ventana. Me doy la vuelta y regreso.

—Es la misma persona que te contó que yo pensaba que Isabelle era Alice —digo—. Ya en aquel momento estaba sembrando la duda sobre mi estado de salud mental. Quería hacerme parecer psíquicamente enferma. Impredecible, necesitada de ayuda.

Henrik arruga la frente y me mira dubitativo.

Mientras, yo me pregunto cómo puede ser posible. ¿Cómo lo sabía? ¿Me ha estado vigilando todos estos años?

Ha sido ella todo el tiempo. Fue ella la que me vio cuando fui a su casa en Barkargärdet la primera vez, no los vecinos, como yo pensaba.

Y ahora sabe que yo lo sé.

Teme que la verdad salga a la luz, está lo bastante asustada como para querer detenerme. Para matarme.

Henrik dice:

—La mujer que yo conocí era afable y simpática. Una madre preocupada. En definitiva, no es ninguna psicópata, tal como pretendes describirla.

Me guardo la esquila en el bolso. No tiene ningún sentido hablar ahora de ello. No ha cambiado nada desde ayer. Y primero tenemos que centrarnos en Milo.

—Voy a comprar café —digo—. ¿Tú quieres?

Henrik no contesta, se limita a negar con la cabeza.

Bajo en ascensor hasta la planta baja. Aquí abajo también hay un póster. DONA SANGRE. Me pido un café con leche en la cafetería y luego vuelvo a subir. Me bajo y me quedo de pie delante de la ventana panorámica que hay en el pasillo de los ascensores.

El cielo parece estar hecho de pizarra. El cementerio delante del hospital está cubierto de hojas caídas. Por al lado pasa la E-4, largas colas tanto de entrada como de salida a la ciudad. Todas esas personas, de camino a alguna

parte un miércoles cualquiera. Ahí van, como si nada hubiese sucedido.

En breve empieza la terapia de grupo en la sala grande. ¿Irá hoy Alice? Me pregunto quién habrá asumido el grupo. Da igual. Ya nada de todo eso tiene ninguna importancia.

La operación ha ido bien y Milo está en la sección de vigilancia intensiva pediátrica. Lleva la pierna izquierda enyesada hasta la rodilla. Le han quitado la venda de la cabeza, le han puesto una tirita en la herida de la sien. Sigue estando pálido. Duerme.

Cuando se despierta lo llevan de vuelta a la cama de la sala amarilla. Hablamos y jugamos a las cartas. Milo me enseña un juego en el móvil. Los moratones de la cara han oscurecido un poco. Dentro de un par de días tendrán una pinta aún peor, dice el médico al hacer la ronda.

—Estará guapísimo —dice Henrik, y Milo sonrío.

Más tarde llegan los padres de Henrik de visita. Margareta me da un largo abrazo. Yo se lo correspondo, la sostengo entre mis brazos.

—Parece que te encuentras mejor —constata—. Me gusta tu nuevo peinado.

—Deberíamos comer —dice Henrik—. Tendrás hambre, ¿no, Milo?

—Quiero un Big Mac, menú grande. Una hamburguesa con queso extra. Henrik se ríe.

—Veré lo que puedo hacer. —Se vuelve hacia mí.

—Yo no tengo hambre —digo—. Me las apaño con el café.

—Tienes que comer algo —insiste Henrik—. Pronto tendrás más café que sangre en las venas.

Me lo quedo mirando.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué pasa?

—¿Qué has dicho? —repito.

Henrik hace una mueca.

—Deberías comer, llevas sin comer por lo menos...

—No, no, lo otro. Lo del café.

—Más café que...

—Sangre en las venas.

Un comentario tonto que en realidad no significa nada. Pero que me hace ver lo evidente. Debería haberlo pensado antes.

«Donasangre.ya Vida: 1 – Muerte: 0»

ISABELLE

Agudo y cortante. El ruido se abre paso por la niebla. No para nunca. Al cabo de un rato se hace el silencio. Después vuelve a empezar. Y otra vez. No para nunca y no me sirve de nada taparme los oídos. Nuestro viejo teléfono fijo suena horrible. Me pregunto por qué no lo coge.

Me levanto con esfuerzo y me siento en el borde de la cama. Me sube un vómito por la garganta, pero me lo trago. Consigo ponerme de pie, me apoyo en la pared y salgo de mi cuarto arrastrando los pies.

Los tonos del teléfono en la mesa del pasillo del piso de arriba se desgañitan. Quiero avanzar más deprisa, pero mi cuerpo va por libre, no me hace caso.

Al final lo alcanzo. El aparato calla. Me hundo en el suelo, apoyo la espalda en la pared. No tengo fuerzas para regresar.

Vuelven a llamar. Alargo la mano y agarro el auricular, me lo llevo a la oreja. Pesa una barbaridad, apenas puedo sostenerlo.

Una mujer al otro lado dice mi nombre. Lo repite varias veces. Creo que su voz me suena, pero no estoy segura.

Consigo soltar un «¿Hola?».

Se pone nerviosa, me pide que la escuche. La mujer me pregunta qué grupo sanguíneo tengo.

—¿Por qué? —inquiero.

La mujer me dice que soy donante. Acto seguido me da una explicación sobre los grupos sanguíneos. No entiendo nada.

Todo lo que dice sale del teléfono y se cuela en mi oído, después se precipita desde el oído dentro de mí, al pecho, al estómago. Las palabras revolotean por mi interior, vueltas y vueltas y vueltas.

Me encuentro mal otra vez.

—Más lento —pido—. Tienes que... hablar lento.

La mujer habla más despacio. Me lo vuelve a explicar todo una vez más. Y ahora sé quién es.

—Stella —digo.

Me arrastro por el suelo en dirección a la escalera que lleva abajo. Me doy la vuelta para poner primero los pies. Me tumbo bocabajo y me deslizo. Como cuando era pequeña. Como no me dejaban hacer, porque ponía de los nervios a mi madre. Ahora no está aquí. Pero puede venir en cualquier momento.

Un escalón tras otro. Descansar, apoyar la cabeza. Respirar, secar el sudor de los ojos. Siguiendo escalón. Y el siguiente.

Estoy abajo. La pared se inclina sobre mí. Cierro los ojos, vuelvo a mirar. La pared ha dejado de curvarse. Estoy sudando. Vuelvo a encontrarme mal. Las piernas no me obedecen. Mis brazos, mis manos, nada sale como yo quiero.

Gateo, luego me pongo de pie. Me apoyo en las paredes, camino hacia el recibidor. La cartera está en la chaqueta. Y en ella está el papel. Lo apunté, como hago siempre. En el autobús de donantes que vino a la universidad. Presión sanguínea y concentración de hemoglobina. Mi grupo sanguíneo. Lo apunté en un papel, me lo guardé en la cartera.

Es demasiado difícil. Demasiado denso. Demasiado pesado. Demasiado complejo.

Pero se lo he prometido a Stella. Tengo que intentarlo.

Llego al colgador, cojo la chaqueta. Meto la mano en el bolsillo interior. Encuentro la cartera. Me tiemblan las manos, se me cae. De rodillas, al suelo. Recojo la cartera, busco el papelito.

Las cifras y las letras saltan ante mis ojos. Los entorno, contengo el aliento, los obligo a enfocar.

Presión: 110/60
Hemoglobina: 129
Grupo: A negativo

Arrastro mi cuerpo por el suelo, cruzo el pasillo a cuatro patas. Más rápido, tengo que moverme más rápido. Mamá no puede verme aquí abajo. La biblioteca, al lado de la cocina. El cuarto que más odio de la casa. Las paredes marrones, el parquet en espiga desgastado, las cortinas de color gris amarillento ante las pequeñas ventanas. Una habitación llena de secretos silenciados.

La llave sigue en su sitio en la librería. La cojo, me la pongo en la mano y la observo. Nunca he fisgoneado entre sus cosas. Nunca. Sé lo que pasará si me descubre.

Tengo las manos sudadas, la llave se me escurre. Aterrizo en el suelo y se cuela por debajo del escritorio. De rodillas. Tumbada. Meto la mano debajo de la

mesa y tanteo con los dedos, busco. Respiro polvo, la alfombra huele mal. Noto la llave, la toco con el dedo índice. Consigo acercarla, ahora la tengo bajo la palma de la mano, la agarro. La sostengo en alto. La rodeo con los dedos, fuerte.

Me muevo como bajo aguas profundas. Todo es lento y correoso. Es imposible que lo encuentre a tiempo. Mamá no tardará en llegar a casa. Me va a matar.

Me incorporo. El sudor me corre por el cuerpo y necesito ir al baño. Sujeto la llave con ambas manos. Respiro, respiro. Las manos quietas, quietas. La llave raspa, araña el armarito debajo del escritorio. Abro los ojos como platos, los entorno, los vuelvo a abrir. Cierro uno y apunto con el otro. La llave raspa, se resbala.

Si mamá vuelve a casa. Si entra en el cuarto. Si me ve.

Me seco el sudor de los ojos con la manga del jersey. Me trago una arcada ácida. Sujeto la llave con ambas manos. Hago puntería, consigo meterla en la cerradura y la giro. Abro el armarito. La carpeta sigue ahí. La saco, la pongo en el suelo. Respiro, respiro. Lo he conseguido, lo he hecho a tiempo. Voy a mirarlo todo, buscaré lo que Stella quería saber y luego volveré a guardarlo. Y después subiré a la cama. Antes de que llegue mamá.

Los informes del parto y el certificado de nacimiento están arriba del todo.

Niña. Nacida el 29-08-1993 a las 18.52.
2.850 gramos. 49 centímetros.

Leo, leo, leo. Y luego lo veo. Tiene razón.
Stella tiene razón.

La madre tiene grupo sanguíneo 0 RhD-, el bebé tiene grupo B RhD+. Sin inmunización Rh. Septicemia.

El bebé es B positivo.

En mi papel del autobús de la central de donantes pone A negativo.

La situación crítica de mi madre no fue por septicemia.

Miente.

Al final de todo hay algo en una funda de plástico.

Fotografías. «Kerstin e Isabelle, Copenhague, febrero de 1994», pone en el reverso de la primera. No hay fotos más de cuando era pequeña, es lo que siempre me ha dicho. En eso también miente. ¿Por qué?

Le doy la vuelta a la foto. Una versión más joven de Kerstin. Me mira y sonrío. Lleva un bebé en brazos. Una niña, unos meses de edad. Tiene la cabeza cubierta de rizos rubios.

Otra foto del mismo momento. Primer plano de una Kerstin feliz. Y un bebé rubio.

Examino la niña con atención. Está sonriendo, pero no tiene hoyuelos. Su oreja derecha no se parece a la mía. ¿Quién es? ¿Ésta es la auténtica Isabelle? Y, en tal caso, ¿quién soy yo?

Cierro la carpeta. Intento meterla, pero hay algo que bloquea el paso. Dejo la carpeta en el suelo y las fotos se esparcen. Miro qué hay en el pequeño estante del armario. Mi teléfono. Mi móvil estaba encerrado en el armario del escritorio de mi madre. Otra mentira.

Tengo que ponerme bien. Tengo que salir de aquí.

La puerta de la calle se abre. Una voz grita mi nombre.

Pasos por el suelo. Oigo un largo suspiro y el martilleo de mi propio corazón. Giro la cabeza y miro arriba.

Mamá está en el umbral de la puerta. Me mira. Mira el escritorio. Ve la carpeta y las fotos esparcidas por el suelo.

Se me acerca, se inclina sobre mí.

Yo cierro los ojos y me protejo con los brazos.

STELLA

No me ha devuelto la llamada.

Llevo horas esperándola.

Algo ha pasado.

Henrik y Milo están durmiendo. Pero mi plegatín es duro y he estado despierta todo el rato. Me doy la vuelta y consulto el móvil. Las 2.16. Alice no me llamará a estas horas.

Iba a mirar unos papeles, me ha dicho. Sonaba ausente, como si estuviera drogada. No creo que me haya entendido cuando le he dicho que tenía que salir de ahí cuanto antes. Pero me ha prometido que me diría algo.

Kerstin ha mostrado de lo que es capaz.

¿Qué hará si descubre que Alice y yo hemos hablado?

Debería coger el coche y subir a Borlänge, pero espero. Milo me necesita aquí. Y Alice ha ido allí por sí sola. Por propia voluntad, me ha dicho. La creo. Mientras Kerstin no sepa que ella sabe la verdad, no hay peligro. Eso es lo que me digo a mí misma. De momento.

Vuelvo a mirar el teléfono. Las 2.48. Nada.

Me doy la vuelta y cierro los ojos.

Me despierto porque Henrik me sacude el hombro. Ya va vestido y está agachado al lado del plegatín.

—Tenemos que hablar —dice—. Acompáñame al *office*.

No me espera. Me pongo los pantalones y una camiseta de manga larga, cojo prestado un jersey de punto de Henrik y lo sigo. Me ofrece una taza de café.

—La policía viene de camino. Quieren que Milo les cuente lo que pasó. ¿Tienes alguna objeción?

—Mientras se vea con fuerzas supongo que no hay problema —indico.

—El médico ha dado su visto bueno —dice Henrik.

—Vale. Será mejor hacerlo cuanto antes.

Henrik me mira por encima del canto de la taza.

—¿Piensas decir algo?

—¿De qué?

—¿Piensas acusar a alguien por intento de homicidio?

—¿Acaso no fue un intento de homicidio? —pregunto—. Lo atropellaron. Lo abandonaron en la calzada y nadie se ha hecho responsable.

—Sabes a qué me refiero.

—Ayer la llamé.

Henrik me mira.

—¿Ahora de qué estás hablando?

—Hiciste aquel comentario sobre el café en las venas —digo—. Caí en la cuenta de que el grupo sanguíneo de Isabelle no puede coincidir. Tuve que llamarla.

Veo que Henrik se molesta, pero continúo:

—¿Y sabes dónde está? En Borlänge. Con Kerstin.

—¿Sabes qué? No podría importarme menos.

Dejo la taza.

—No puedes decirlo en serio. Kerstin ha intentado matar a nuestro hijo. ¿No entiendes que hace cualquier cosa con tal de ocultar lo que ha hecho? Que me robó a mi hija.

Henrik deja la taza en la mesa con un golpe.

—Eres tú la que no se entera. Tu hija lleva muerta más de veinte años, Stella. Tu hijo está vivo. Milo está aquí. Ahora. Y te necesita.

—Estoy aquí por él —digo—. Estoy aquí, Henrik.

—¿Qué hace falta para que pares? ¿Hasta dónde piensas llegar? ¿Estás dispuesta a sacrificarlo todo? ¿A Milo? ¿A nosotros?

—¿Es un ultimátum? ¿Mi hija o mi hijo? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Henrik no contesta, se limita a sacudir la cabeza y a mirar al suelo.

Lo dejo en el *office* y salgo al pasillo. Me meto en el baño. Cierro los puños y golpeo la pared con todas mis fuerzas. Me siento en la tapa del váter, apoyo la cabeza en las manos y dejo que la rabia se pose hasta desaparecer.

Los hombres son seres peculiares. Es imposible entenderlos cuando la estupidez coge las riendas. Y esa clase de estupidez empecinada que Henrik está mostrando en este momento siempre me saca de quicio.

Cojo el móvil y hasta ahora no me doy cuenta de que alguien me ha enviado un SMS. Desbloqueo el teléfono y veo un número uno rojo en el icono verde de mensajes de texto. Lo pulso. No reconozco el número. Leo el mensaje pero no entiendo lo que significa. Después lo vuelvo a leer y me percató de que es de Kerstin.

KERSTIN

Mi pobre niña. Estás tan y tan enferma... Mamá cuida de ti. Pronto te pondrás mejor. Dejarás de vomitar, dejarás de encontrarte mal, pronto se habrá terminado. Cuando ya no estés envenenada. Cuando lo malo haya salido de tu cuerpo. Puede llevar tiempo, pero yo te ayudaré. Yo nunca te fallo.

Suena el teléfono. Suena una y otra vez e Isabelle se intranquiliza. Aunque apenas esté despierta, veo que se agita y se sacude. Cojo el teléfono, respondo con mi nombre y pregunto quién llama.

Una voz severa de hombre:

—Mats Hedin. Policía de Estocolmo.

Estoy a punto de colgar de sopetón. No me interesa en absoluto nada de lo que tenga que decirme. Pero me trago la rabia. Como siempre hago. Kerstin Karlsson hace lo correcto y lo debido. Kerstin Karlsson siempre hace lo mejor que puede.

—¿Y bien? —digo—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Tengo algunas preguntas sobre su hija, Isabelle Karlsson —explica el tal Mats Hedin.

Oigo lo que dice. Lo que no entiendo es qué puede querer de mí.

—¿Hola? —dice—. ¿Sigue ahí?

—¿Preguntas? ¿Sobre qué? —inquiero.

—¿La ha visto últimamente?

¿Adónde quiere llegar? ¿Qué anda buscando? Ya he dicho todo lo que tengo que decir acerca de Stella Widstrand.

—¿Que si he visto a Isabelle? —repito—. ¿Por qué lo pregunta? Claro que la he visto. Si acabo de llegar de Estocolmo.

—Su hija está declarada desaparecida —anuncia Mats Hedin—. Su amiga, Johanna, la vio el viernes por la mañana. Antes de que Isabelle subiera a Dalarna con usted. Según ella, Isabelle debería haber vuelto el domingo, hace cuatro días. Pero no apareció. No ha llamado y no la localizamos. Johanna dice que ha intentado comunicarse con usted sin éxito.

—¿Declarada desaparecida? —exclamo.

—Debido a su reciente denuncia en la que afirmaba que la habían estado espiando y acosando, nos estamos tomando este asunto con la máxima seriedad. Pero tenemos que descartar que siga en su casa.

—No, no —niego—. Lo han entendido todo mal. Ella sólo me acompañó hasta la estación central en Estocolmo, nada más. No tengo ni idea de dónde ha sacado Johanna todo eso.

—¿Ah, no? Pero ¿cuándo tuvo noticias de ella por última vez?

—Cuando me dijo adiós en Centralen. Me acompañó hasta allí, como le he dicho. No me diga que creen que puede haberle pasado algo.

Mats Hedin guarda un momento de silencio.

—Eso aún no lo sabemos.

—Esa mujer. Stella Widstrand. Sé que es ella. Si le ha pasado algo a Isabelle, a mi hija...

—Bueno, bueno, nadie dice que haya pasado nada.

—Se presentó en Vällingby, poco antes de que yo me volviera a casa. Se plantó en la calle, sin más. Donde vive mi hija. Lo vi todo desde la ventana. Estaba loca. Se abalanzó sobre mi hija, la hizo entrar en pánico. Por suerte Isabelle se resistió y salió corriendo. Cuando subió al piso estaba desesperada. Lloraba tanto que temblaba.

—¿Por qué no nos llamó entonces?

—Pero ¿cuántas veces tengo que denunciar a esa persona antes de que actúen? Ya les he dicho que es peligrosa. Se cree que Isabelle es su hija. Está intentando quitarme a mi hija.

—O sea, que no sabe nada de Isabelle desde el viernes pasado.

—No, nada.

—¿Y no ha intentado llamarla? ¿Ni una sola vez? —Mats Hedin suena prejuicioso. Descarado.

—Estoy intentando dejar de llamar a Isabelle cada dos por tres. No le gusta cuando lo hago. Tiene su propia vida, en Estocolmo, y yo lo respeto. Pensaba que a lo mejor estaría en casa de su novio. No quería molestarlos.

Estoy llorando, me preocupo muchísimo. Sollozo claramente al teléfono.

—¿A pesar de que la hayan vuelto a acosar, la misma mujer a la que ya había denunciado?

—Casi parece que me estén acusando, no lo entiendo. ¿Qué he hecho mal ahora? Haga lo que haga, todo sale mal.

—Nadie la está acusando, Kerstin —dice Mats Hedin—. El novio, ¿cómo se llama?

—Fredrik. Fredrik Larsson. Van a la misma clase, creo.

Se hace el silencio. Después me dice que lo llame si tengo noticias. Van a volver a interrogar a Stella Widstrand. Me pregunto por qué no lo han hecho ya. Me pregunto por qué no está ya en el calabozo.

—Le daremos prioridad al caso, nos lo estamos tomando con la máxima seriedad —asegura Mats Hedin—. Pero no podemos meter a alguien entre rejas sin antes tener razones de peso para hacerlo.

No digo nada. No vale la pena.

No confío nada en la justicia. Ni una pizca. No conseguí ninguna ayuda cuando la pedí. A mí nunca me tomaron realmente en serio. Tuve que buscarme la justicia por mi propia cuenta. Como siempre.

Mats Hedin dice que también hablarán con su novio, y que me volverán a llamar.

Lloro, suelto un gracias y le digo una vez más que estoy tan tan preocupada. Luego cuelgo. No me sobra tiempo. Tengo otras cosas que hacer.

«Novio.» Ese Fredrik no será nunca el novio de Isabelle. He leído los mensajes que le ha mandado a su móvil. Todos. He leído lo que ella le ha contestado. Lo sé todo. Todas las guarrerías que quiere hacer con ella. Cómo ella «se muere de ganas» de hacer guarrerías con él. Es tan asqueroso que me dan ganas de vomitar.

He visto las fotos que ella le ha enviado. Fotos indecentes. Se ofrece como una puta. Para ponerlo cachondo. Y vaya si se puso. Primero se expresa con finura, le dice que es hermosa, que quiere verla, que anhela eso. El «eso» ya se sabe, no es ningún secreto. Yo misma vi la cama mal hecha a toda prisa. Sé lo que están haciendo.

No entiende con qué fuerzas está jugando. A pesar de todo lo que le he dicho, de todas las advertencias, no ha aprendido nada.

El hombre sólo persigue una cosa. Empieza con palabras bonitas, empieza con promesas y sonrisas dulces. Después coge lo que quiere, y a ser posible lo coge con violencia.

Usa a la mujer una y otra vez, y lo hace con violencia.

Después la deja.

La deja tirada, inconsciente, en su propia sangre.

Su cuerpo era lo único que él veía, lo único que perseguía.

Lo que ella tenía entre las piernas.

Quería deshonrarla y mancillarla.

Exprimirle la vida.

Luego tirarla como algo ya utilizado.

Quería follársela.

Usarla con violencia.

Se te echa encima aunque tú no quieras.
Te pega en la cara, te escupe.
Te llama *guarra*, te llama *zorra*.
Te llama *puta*.
Y duele, duele tanto que gritas.
Hasta que no puedes gritar más.
Se te hacen heridas.
Sangras, sangras.
Pagas tu sufrimiento con sangre.
Cómo algo tan feo, tan ignominioso y tan péfido pueda engendrar un bebé
es algo que no se puede entender. Una muñeca que sostener, que sólo es tuya.
Lo más bonito y hermoso que existe.
Queridísima Isabelle.
Si tan sólo supieras con qué estás jugando.
Pero estás perdida y desconcertada.
Estás envenenada.
Eres débil.
Te crees que es amor, que es bonito.
Deberías estar contenta de que yo te salve, de que te proteja y cuide de ti.
Deberías estar agradecida de que yo sea tu madre.

STELLA

Cruzo el pasillo corriendo. Me meto en el *office* y le enseño el móvil a Henrik. Él me lo quita de la mano y lee. Veo el *shock* aumentado en su rostro.

Lástima que sobreviviera. Lástima que no lo vieras morir. Así no te habría quedado ningún hijo.
Es culpa tuya que tu hijo esté herido. Tendrías que haber sido tú. No vales nada como madre. Lo expusiste al peligro. Como siempre haces con tus hijos.
Ahora ella es mía.

Ellen entra a buscarnos.

—Disculpad que os interrumpa. La policía está aquí.

—Ya vamos —digo.

Henrik me coge de la mano y me mira a los ojos.

—Dejemos que Milo haga su declaración —dice—. Luego nosotros declararemos que no ha sido ningún atropello y fuga. Ha sido un intento de homicidio.

Henrik y yo estamos sentados en sendas sillas junto a Milo cuando llaman a la puerta. Los inspectores de la Policía Judicial Olivia Lundkvist y Mats Hedin entran en la habitación. No entiendo por qué están ellos aquí. ¿No deberían haber venido dos agentes uniformados normales y corrientes?

Henrik y yo intercambiamos una mirada antes de que él se ponga de pie y les ofrezca la mano. Mats se la estrecha, a mí me saluda con la cabeza. Olivia Lundkvist hace lo mismo. Yo me quedo al lado de Milo.

—Hola, Milo, me llamo Mats. Mi compañera se llama Olivia. Qué chichón más guapo.

Mats Hedin se sienta enfrente de nosotros, apoya sus brazos musculosos en la mesa. Milo lo mira seriamente. Henrik se vuelve a sentar. Olivia Lundkvist se apoya en la pared y, aunque yo evite mirarla, noto que me está observando.

—Nos han dicho que tuviste un accidente —le dice Mats Hedin a Milo—. ¿Nos puedes contar lo que pasó?

El inspector Mats Hedin se comporta diferente cuando habla con nuestro

hijo. Transmite calidez y paz.

—Me fui de casa como a las cinco y media —cuenta Milo—. El martes. Por la tarde. Iba a casa de Jonatan, vive bastante cerca. Un kilómetro o así. Estaba oscuro, llovía un montón. Iba por la acera y allí hay farolas. Y llevaba el paraguas rojo de mi madre, con reflectantes. Se me debería haber visto bastante bien.

—Tú no hiciste nada mal —dice Mats Hedin—. El sitio tiene buena iluminación. Y he visto el paraguas, se te veía muy bien. ¿Verdad que sí, Olivia? —Ella le asiente a Milo, quien sonrío.

Milo cuenta que oyó el coche detrás de sí. Cuando se dio cuenta de que el coche frenaba, se volvió para mirar. No vio el modelo ni la matrícula, sólo que era un combi oscuro, que quizá era negro, o azul marino. Entonces el conductor aceleró a fondo y lo embistió. Después ya no recuerda nada más. A lo mejor intentó esquivarlo de un salto, no está seguro.

—Gracias, Milo —dice Mats Hedin—. Necesitamos robarte a tus padres un momento. ¿Te parece bien si acompañas a Ellen a la cocina? Quizá te apetezca desayunar.

Ellen abre la puerta como si hubiese oído lo que Mats Hedin acaba de decir. Nos sonrío a todos y se acerca a Milo y lo ayuda a levantarse de la silla. Le acaricio el brazo cuando pasa por mi lado y le susurro que lo quiero.

La inspectora Olivia Lundkvist se sienta en la silla de Milo. Cruza las piernas, junta sus manos delgadas sobre la mesa. Se vuelve hacia Henrik.

—Hemos oído un testimonio que confirma lo que Milo acaba de contar —dice—. Una persona vio el coche frenar y luego acelerar, directamente hacia vuestro hijo. Milo saltó a un lado. Es probable que eso le salvara la vida. No hay ningún indicio de que el conductor estuviera bajo los efectos de alguna sustancia. Tanto Milo como el testigo consideran que la conducción estaba controlada. El testigo también cree que el conductor atropelló a Milo adrede.

Junto las manos con fuerza en la rodilla. Quiero contarles que sé quién lo ha hecho, quién conducía el coche. Quiero contarles que deberían detener a Kerstin Karlsson. La mujer que me robó a mi hija. La mujer que casi mata a mi hijo.

—Es imposible definir las señas del conductor —continúa Mats Hedin—. Parece que llevaba una capucha o un gorro en la cabeza.

Me vuelvo hacia Henrik. Él me responde a la mirada y veo que entiende que he tenido razón todo este tiempo. Me alarga la mano y yo se la cojo.

—Lamentablemente, el testigo tampoco pudo distinguir qué modelo de coche era, pero los dos coinciden en que era un vehículo oscuro, SUV o combi, ninguna matrícula en concreto. —Mats Hedin se pone aún más serio—. Sólo podemos esperar que la persona que lo atropelló se presente por sí sola y se haga

responsable del accidente.

—No fue ningún accidente —dice Henrik.

—¿Ah, no? ¿Qué quiere decir?

—Milo llevaba el paraguas de Stella. El conductor creía que era mi mujer.

—Y ¿qué es lo que le hace pensar eso? —inquire Olivia Lundkvist.

Voy a buscar la nota necrológica que me dejaron en el buzón. Pongo el papelito en la mesa. Les enseño el SMS que me ha llegado esta noche.

—Sé de quién son —afirmo—. Y sé quién ha atropellado a Milo.

—¿Se refiere a que es el mismo hombre? —quiere saber Olivia Lundkvist.

—La misma mujer.

—¿La misma mujer?

—La he visto delante de nuestra casa. Con chubasquero y la cara oculta bajo la capucha. La misma mujer que atropelló a nuestro hijo.

La inspectora Olivia Lundkvist coge el papel con la amenaza de muerte.

—¿Esto lo ha denunciado? —pregunta.

—No —respondo, y noto el brazo de Henrik por mi espalda. Siento su apoyo—. Pero quizá debería haberlo hecho.

—Quizá sí —dice Mats Hedin—. ¿Esto es normal?

—¿El qué?

Mats Hedin respira hondo y suelta el aire poco a poco.

—Que un terapeuta reciba amenazas.

—A veces pasa que un paciente amenaza a su terapeuta, aunque no sea habitual —respondo—. Hay quien lucha contra dolencias afectivas, hay quien carece de control sobre sus impulsos, hay quien tiene problemas en los que el comportamiento agresivo forma parte del cuadro de los síntomas.

—Y ¿por qué querría ella matarla a usted? —pregunta Olivia Lundkvist.

—Tal como pone en el mensaje, tiene a mi hija de reh...

—¿También tienen una hija?

—Se lo conté la última vez que nos vimos —digo—. Mi hija desapareció hace veintiún años. Es la misma persona. La mujer que secuestró a mi bebé atropelló a Milo creyendo que era yo. Quiere detenerme, hacer que pare.

Los dos inspectores intercambian una mirada. Olivia Lundkvist coge mi teléfono y vuelve a leer.

—Aquí no pone eso, ¿no cree? —opina y me mira—. ¿Pone en algún sitio que haya secuestrado a tu hija hace veintiún años?

—No, explícitamente no, está claro —convengo. Ahora impaciente—. Lea. Pone que quiere verme muerta. Pone que las deje en paz, porque «ahora ella es mía». Dice que expongo a todos mis hijos al peligro, así que tiene que saber algo de mi hija, ¿no?

—Me gustaría preguntarle sobre eso. ¿De qué manera ha expuesto a su hijo al peligro? ¿Puede hablarme de esa cuestión?

Aprieto la mandíbula. Siento que estoy a punto de sufrir un ataque de ira. Los dedos de Henrik me rodean el brazo.

—¿Cuál es el objetivo de estas preguntas? —quiere saber—. Denunciamos que nuestro hijo ha sido atropellado. Que mi mujer ha sufrido amenazas. Además, nos llega una confirmación de que ella era el objetivo, ya han leído el mensaje ustedes mismos. ¿No deberían centrarse en eso? ¿O no se lo toman en serio?

—Evidentemente, nos lo tomamos muy en serio —dice Mats Hedin con una sonrisa que no me gusta—. Pero, sintiéndolo mucho, Stella, tenemos que preguntarle dónde estuvo el viernes pasado.

Los dos me miran. Henrik también.

—¿El viernes pasado? —repito—. No tengo ni idea de lo que hice el viernes pasado.

—Puedo ayudarla a recordar —dice Olivia Lundkvist—. Fue a ver a Isabelle Karlsson. ¿Ahora lo recuerda? ¿O necesita más? Estuvo delante del bloque en el que vive, a pesar de que se le hubiera ordenado que guardara las distancias. Se presentó allí hecha una furia y se echó sobre ella en la calle delante de su portal.

Se refiere a ese viernes. Mi último intento desesperado.

—Estuve allí, pero no me eché encima de ella.

—Según los datos que tenemos, su comportamiento fue agresivo y desconcertado.

—Yo no fui agresiva. En absoluto.

—Pero ¿desconcertada?

—Puede que estuviera un poco agitada.

Olivia Lundkvist frunce la boca.

—Y ¿a qué hora fue esto?

—Sobre las once, doce, creo.

—Y ¿qué hizo el resto del día?

—Primero me fui un rato a casa. Luego, al colegio de Milo, quizá sobre las tres. Al mediodía salí a dar una vuelta con Henrik.

Olivia Lundkvist mira a Henrik.

—¿Es eso correcto?

—Sí —confirma él.

—¿Y luego, por la tarde? ¿Entre, pongamos que las seis y las diez?

—Estuve en casa.

—¿Puede confirmarlo? —Olivia Lundkvist vuelve a mirar a Henrik. Yo sé

que no puede y una sensación de hundimiento me llena el estómago.

—¿De qué va todo esto? —pregunta Henrik—. ¿Tenemos que hablar con un abogado?

—Son libres de hacer lo que quieran —responde Olivia Lundkvist—. Pero facilitaría las cosas si colaboran.

—No estuve en casa —dice Henrik—. Dejé a Stella sobre las cuatro y media, las cinco, creo. Me fui directamente a un evento en el trabajo. Hay por lo menos veinticinco, treinta personas que pueden confirmar dónde estuve.

—No hace falta —repite Olivia Lundkvist—. O sea, que estuvo de fiesta. Henrik le aguanta la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Acaso ahora es ilegal?

—¿Cuándo volvió a casa? —pregunta ella.

—Tarde. A lo mejor tengo un recibo del taxi en alguna parte.

—A las tres y media —digo—. Yo me fui a casa de una amiga de madrugada. Poco después de que Henrik llegara a casa. Hablen con ella para saber a qué hora llegué. Pernilla Dahl.

—¿Por qué se fue allí? —pregunta entonces Olivia Lundkvist.

—Habíamos discutido.

—¿Por qué habían discutido?

—Por nada.

—¿Nada? Mi experiencia en discusiones me dice que normalmente se deben a algo. Pero por lo visto para ustedes no funciona así.

—Fue un malentendido —digo, y miro a Henrik. Él sonríe. Yo miro a los policías—. Un simple malentendido.

—No me parece que eso no sea nada —opina Mats Hedin—. ¿De qué clase de malentendido estamos hablando?

—Creía que mi mujer había conocido a alguien. Estaba celoso —explica Henrik—. No es así. Me equivoqué. ¿Satisfecho?

Mats Hedin se retuerce en la silla y Olivia Lundkvist mira burlona a Henrik.

—O sea, que entre las cuatro y media de la tarde y como a las cuatro de la madrugada nadie puede confirmar dónde estaba —me dice Mats Hedin.

—No. ¿Por qué quieren saberlo?

—Isabelle Karlsson está desaparecida —informa Olivia Lundkvist.

—¿Desaparecida? Pero si yo sé dón...

—Espere. —La inspectora Olivia Lundkvist levanta la mano y se inclina hacia delante—. Isabelle se ha perdido cosas en la universidad. Por lo visto, nunca había pasado. No ha actualizado su estado en Facebook. Ninguna señal de vida en las redes sociales desde el sábado. Lleva varios días sin coger el móvil. Su novio y la chica con la que vive están convencidos de que algo le ha pasado.

Olivia Lundkvist se inclina y me observa detenidamente.

—Según el novio de Isabelle, estaba preocupada porque alguien la estaba acosando. A usted la han denunciado por ese motivo. Aparte de su madre, es la última persona que vio a Isabelle. Cosa que acaba de confirmar. Será mejor que nos lo explique. ¿O tenemos que ir a comisaría?

—Ya basta —dice Henrik—. La conversación se ha terminado. Si tienen más preguntas nos las pueden hacer junto a nuestro abogado. —Está a punto de levantarse, pero yo le pongo una mano en el brazo.

—Yo sé dónde está —declaro.

—¿Ah, sí? —La inspectora Olivia Lundkvist se reclina en la silla—. Pues explíquenoslo.

—Ayer llamé a Kerstin Karlsson y...

—¿Por qué? —me interrumpe Olivia Lundkvist—. Tiene que mantener la distancia y no ponerse en contacto con ella. Bajo ninguna circunstancia.

—Pero ¿no oye lo que le estoy diciendo? Isabelle está en Borlänge. Con Kerstin Karlsson. Es con ella con quien tienen que hablar.

—Ya hemos hablado con la madre de Isabelle —señala Mats Hedin—. Isabelle no está allí.

—Kerstin está mintiendo. Sí está allí —constato—. Hablé con ella. Sonaba drogada. Llaman a sus compañeros en Dalarna. Envíen a alguien de inmediato, antes de que Kerstin desaparezca con mi hija. Otra vez.

—Isabelle es la hija de Kerstin, que nosotros sepamos. Pero hemos entendido que usted no opina lo mismo.

—Pero ¿cómo coño proceden en su labor policial? Tienen una persona desaparecida y yo sé dónde está. Isabelle está en Borlänge, en la calle Faluvägen. Compruébenlo.

—Relájese —dice Mats Hedin—. Es usted la que tiene una denuncia. Nadie más. Yo que usted intentaría tenerlo en mente. Además, está a un tris de que se la considere sospechosa de la desaparición de Isabelle Karlsson. No hay nadie que tenga motivos tan contundentes como usted. Y que ya haya mostrado un interés tan desmesurado por ella.

Me levanto de la silla y alzo la voz:

—Mi hija está secuestrada. A mi hijo lo han atropellado. Hagan algo. Antes de que sea demasiado tarde.

—Quiero que se relaje un poco —pide Olivia, y señala la silla—. Siéntese.

Me quedo donde estoy. Los dos policías me miran como si estuvieran dispuestos a arrestarme.

—Son ustedes los que tienen que relajarse —indica Henrik—. Nuestro hijo ha estado a punto de morir atropellado. Mi mujer ha estado sometida a un estrés

enorme. Su actitud no hace más que empeorar las cosas.

—Tenemos trabajo que hacer —dice Mats Hedin—. Por favor, siéntese, señora Widstrand.

—Hemos terminado —señalo sin moverme del sitio—. Se pueden ir.

—Queremos que se quede en la ciudad. Que esté localizable.

No contesto.

—¿Ha entendido lo que ha dicho mi compañero? —Olivia Lundkvist arquea las cejas.

—Ahora me gustaría estar con mi hijo. Si no tienen nada más que decir.

—La llamaremos —comunica Mats Hedin. Se levanta y sale de la habitación. Olivia Lundkvist lo sigue, pero se detiene en el umbral.

—La gente como usted siempre es igual de difícil de tratar —espeta.

—¿La gente como yo?

—La gente que se cree que sabe más que los demás.

Me acerco hasta ella.

—Me la suda si le gusto o no. Lo único que me importa son mis hijos.

La cara de la inspectora Olivia Lundkvist está a menos de diez centímetros de la mía. Por un instante creo que me soltará un nuevo comentario cortante, o que quizá incluso me lleve a rastras hasta comisaría. Pero entonces veo una sonrisa asomándole en la comisura de la boca.

—Vale —dice, da media vuelta y se va.

STELLA

Henrik me acoge en su regazo. Nos quedamos un rato largo de pie en la habitación, abrazados. Me apoyo en su pecho, noto su respiración en el pelo. Han pasado tantas cosas recientemente que necesitaríamos hablar de ello durante días, semanas. Pero en este momento sobran las palabras.

Milo vuelve a la habitación y se tumba en la cama. Yo me siento a su lado y le cuento lo de su hermana mayor. Le explico que sigue viva.

—Pensaba que estaba muerta —dice.

—Y yo también. Pero, al mismo tiempo, no. Suena raro, pero no puedo explicarlo más que así.

—Pero si tiene una tumba. Y una piedra con una paloma.

—Nunca la encontraron. Allí debajo no hay nadie.

—Pero ¿por qué crees que está viva?

—La he visto.

—¿A Alice?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace unas semanas. Al principio no estaba segura. Ha pasado mucho tiempo. Por eso he estado tan rara.

Milo toquetea la manta.

—Has sido un coñazo.

—Sé que debería haberte dicho algo mucho antes —digo y le acaricio la mejilla—. Tanto a ti como a papá. Lo siento mucho.

Milo mira a Henrik.

—¿Tú qué crees, papá? ¿Es Alice?

—Estoy completamente seguro de que es ella —dice Henrik—. Tu hermana mayor.

Les enseño la foto que tengo en el móvil. Milo y Henrik la estudian con detenimiento.

—Tiene hoyuelos como nosotros, mamá —dice Milo.

—Los tiene, sí —digo.

—Siempre has dicho que se parece a Maria —comenta Henrik—. Pero a mí me parece que ha salido a ti.

—Pero ¿qué pasó? —pregunta Milo—. ¿Dónde ha estado?

—Es una larga historia. Te lo contaré todo más adelante. Pero primero voy a ir a buscarla. —Le doy un largo abrazo y un beso en la frente. Después Henrik me acompaña al pasillo.

Nos besamos. Me abraza fuerte y yo lo miro a los ojos. Él asiente despacio con la cabeza. Aunque no quiera que vaya, sabe que tengo que hacerlo.

STELLA

La rampa de acceso de la casa está vacía. Paso de largo y continúo por la calle Faluvägen. Paso por delante de unas cuantas casas unifamiliares y me acerco a una fábrica abandonada en el lado contrario. Cruzo la calzada y me detengo, doy la vuelta con el coche y vuelvo a la casa.

Paso de largo una vez más y luego me meto por un camino de tierra estrecho a mano derecha. Paro y apago el motor, miro la casa, que asoma entre los árboles. Quizá debería llamar a la policía, a pesar de todo. Pero después de la reunión de esta mañana sé que no serviría de nada. La sospechosa soy yo. Y tengo terminantemente prohibido estar aquí. Me bajo del coche, me meto entre los árboles y camino en dirección a la casa.

Paro detrás de un gran abeto y oteo entre las ramas. La casa parece vacía. Las cortinas están corridas y las persianas bajadas.

Cruzo el jardín de césped, subo la escalinata del porche hasta la puerta y llamo al timbre. No funciona. Llamo con los nudillos, pego la oreja y escucho. Bajo la manilla y tiro de la puerta. Está cerrado con llave. Vuelvo a descender los escalones y miro a la ventana de la cocina, donde las persianas sólo están echadas hasta la mitad. Me subo al lavavajillas que hay debajo de la ventana, me apoyo en el cristal y miro dentro. Mesa y sillas, una alfombra de plástico en el suelo.

Rodeo el edificio hasta la parte de atrás y llego a una terraza de madera. Unos grajos alzan el vuelo, sus estridentes graznidos me hacen frenar en seco. Junto a la puerta de la terraza hay una bolsa de basura negra. Hay cajas de huevos, latas de conserva vacías y restos de comida esparcidos a su alrededor. Me acerco a la puerta de cristal, miro por la ranura entre las cortinas, que llegan al suelo. Veo la cocina y una habitación anexa con paredes marrones. Hay una mesa de escritorio volcada.

«Tiene papeles. En el escritorio. Voy a mirarlos.»

Saco el móvil y marco el número. Oigo unos tonos agudos en el interior de la casa. Miro a un lado y al otro, luego golpeo el cristal con el teléfono a la altura

de la manilla. El ruido del vidrio al romperse suena fuerte en el silencio. Contengo el aliento, pero al ver que no aparece ningún vecino meto el brazo, giro la cerradura y abro.

Entro en la cocina, me quedo quieta y aguzo el oído. Se oye agua goteando en alguna parte. Paseo la mirada. Un cubo amarillo de plástico en el rincón de la pared del fondo. Hay una gotera en el falso techo.

En la encimera hay varias cajas de medicamentos. Les doy la vuelta y leo: Sertralina, Omeprazol, Zopiclona, Levomepromazina.

Continúo hasta el cuarto contiguo y enciendo la lámpara del techo. Alguien lo ha puesto todo patas arriba aquí dentro. Hay una estantería volcada, las demás están vacías, los libros están tirados por el suelo. Junto a la pared hay una mesita decorativa bocabajo. Al fondo, detrás del escritorio, asoma una lámpara con la pantalla de cristal agrietada. La mesa está de lado y la puerta del armarito está entreabierta. Me pongo en cuclillas y la abro. Vacío. Me vuelvo a poner de pie, miro la habitación. En el suelo, donde había estado la estantería, hay tiras de polvo, largas y grises como la piel mudada de una serpiente. Levanto la lámpara y veo un iPhone asomando por debajo de un libro. Lo recojo y lo enciendo. El fondo de pantalla se hace visible.

Alice.

Está riendo con los ojos cerrados. Un chico rubio le besa el cuello. Intento desbloquearlo, pero necesito el código. La batería está agotada y el teléfono se apaga. Lo dejo en la estantería. En el suelo hay algunas fotos esparcidas. Recojo una. «Kerstin e Isabelle, Copenhague, febrero de 1994», pone en el reverso. Antes de que me dé tiempo de mirarla oigo una voz a mi espalda. Me guardo la foto en el abrigo y me doy la vuelta. Hay una mujer con pelo cobrizo plantada en la puerta. Pasea la mirada por el caos de la habitación y luego me mira con expresión desafiante.

—Te he preguntado quién eres.

Me acerco unos pasos y alargo la mano. Ella no me la estrecha.

—Stella Widstrand —me presento, y dejo caer la mano—. Estoy buscando a Kerstin Karlsson. He dado la vuelta a la casa y he visto que habían entrado a robar.

La mujer me mira de pies a cabeza. ¿Está destapando mi mentira? A lo mejor me ha oído romper el cristal.

—¿Has visto a alguien más por aquí? —digo.

La mujer se agacha y recoge una figura de porcelana del suelo. Un corzo al que le falta una pata. Lo deja en la estantería y me mira. En la pared hay un reloj de péndulo en marcha. Estoy esperando a que diga que va a llamar a la policía.

—Me llamo Gunilla, soy la vecina de Kerstin —dice la mujer. Me ofrece

una mano y ahora sí que nos saludamos—. No estoy tan segura de que hayan entrado a robar. Ayer por la tarde oímos un jaleo tremendo aquí dentro. Gritos y voces. Yo quería llamar a la policía, pero Nils opinaba que no debíamos entrometernos.

—¿Ayer por la tarde? —digo. Debió de ser después de que yo hablara con Alice.

—La vi toda la mañana corriendo de la casa al coche con ese chubasquero horrible que suele ponerse. Iba cargando bolsas y maletas.

—¿Adónde iba?

—No se lo pregunté. A Kerstin no le gusta demasiado charlar. Le parece que estás cotilleando.

—Qué pena —digo—. Tenía muchas ganas de hablar con ella.

—No parece encontrarse demasiado bien —dice Gunilla—. Se le nota. Va murmurando cosas. Se encierra en casa con las persianas bajadas. Y ha descuidado el trabajo. Lleva así desde que Hans murió, la primavera pasada. Su marido.

—Qué mala pata —digo—. ¿Dónde trabaja ahora?

—Trabajaba —suelta Gunilla, y resopla—. Lo último que he oído es que la han echado de la residencia Hällsjöhemmet. Conozco a gente allí, por eso lo sé.

—¿Dónde queda?

—Cerca de aquí. —Señala con el dedo—. Sólo hay que seguir un poco por la calle Faluvägen, luego a la derecha por Hemgatan. Está indicado, no te perderás.

—Gracias —digo, paso por su lado y salgo a la terraza. Cuando llego al caminito de gravilla ella sale y me llama.

—Oye. No te irás de aquí así sin más, ¿no?

Continúo a paso ligero hacia el coche. Gunilla me grita, quiere que me quede. Me subo al Audi, arranco y doy marcha atrás hasta la calle Faluvägen. Después llamo a Henrik, quien lo coge al primer tono. Me pregunta qué está pasando. Le cuento que se me han escapado y que la casa está patas arriba. He encontrado medicinas y me da miedo lo que Kerstin haya podido hacer con Alice.

Henrik opina que debería llamar a la policía de inmediato. Se ha puesto en contacto con un abogado y me ruega que no corra más riesgos.

—Primero tengo que mirar una cosa —digo, y cuelgo.

ISABELLE

Voy tumbada en el coche. Mamá está sentada al volante y conduce. Habla sola y niega con la cabeza. Sólo capto una pequeña parte de lo que dice.

Miro fuera pero no reconozco nada. ¿Adónde vamos? ¿Cuánto rato llevamos? Cierro los ojos y los recuerdos afloran como a través de una lente borrosa y deformada. Sin sonido, todos los movimientos desenfocados.

Mamá vuelve a casa. Yo estoy sentada en el suelo, apoyada en el escritorio. Ella ve la carpeta que estoy mirando. Ve las fotografías. Grita y ruge. Me aparta a rastras. Me golpea la cabeza contra la pared y tira al suelo todo lo que hay en las estanterías, vuelca una y me empieza a tirar libros. Yo me tumbo en posición fetal en el suelo y me cubro la cara con los brazos. Intento alejarme gateando por el suelo. Mamá grita que no sé qué es lo mejor para mí, me pregunta una y otra vez por qué la odio a pesar de todo lo que ha hecho por mí. Al ver que no contesto vuelca el escritorio encima de mis piernas. Luego me deja allí tirada y se va al salón. Enciende la tele, la oigo insultar una noticia que dan. Se pasea de aquí para allá por la sala, hablando sola.

Cuando vuelve me dice que la pongo triste. Le pido perdón, quiero apaciguarla y hacer que todo vuelva a estar bien. Mamá dice que me dará una oportunidad más a pesar de que no me la merezca. Aparta el escritorio, se lamenta por mí. Me promete que todo irá bien. Me ayuda a llegar hasta el sofá. Prepara té, me dice que me lo tome todo. Obedezco. Me acaricia el pelo y tararea una nana. El sonido de la tele está muy alto, una serie inglesa sobre gente de clase alta en un castillo. Desaparezco.

El teléfono de casa empieza a sonar.

Levanto la cabeza y me pregunto si será Stella. Mamá lo coge, su voz es fingida. Miente y dice que yo no estoy aquí, que no me fui con ella a casa. Habla de Stella, dice que es peligrosa.

Ya he visto antes a mi madre enfadada. La he visto manipular. Pero por primera vez en mi vida caigo en la cuenta de que está enferma y de que nunca se va a curar. Que *ella* es la peligrosa.

Y ahora ya no se molesta en intentar disimularlo.

Mamá me obliga a tomar más té. Intuyo que está malo, que lo ha adulterado. Lo escupo cuando no me ve. Cuando voy al baño me meto los dedos y vomito.

Me saca de casa y me lleva hasta el coche.

Me escuecen los ojos y la luz me ciega. Me duele la parte superior del muslo, donde me cayó el escritorio. Gunilla y Nils suelen estar fuera. Ahora no los veo por ninguna parte. Ni una persona hasta donde alcanza la vista.

¿Dónde estáis? ¿Por qué no hacéis nada? ¿Por qué le dejáis que me haga esto?

Todas las veces que fui a ver a la enfermera del colegio. Rascadas y moratones, dolor de barriga y de cabeza. Dolores reales e inventados. ¿Por qué no reaccionó nunca? Ni una sola vez me preguntó cómo estaba en casa.

El coche se desliza por la calle. Me doy la vuelta y miro la casa. Sé que es la última vez que la veré.

Mamá para en una gasolinera. Finjo que sigo dormida y la observo. Baja del coche, entra y habla con el chico de la caja. Él la acompaña fuera. Ahora es otra persona, alegre y fácil. ¿Cómo lo hace?

Siempre ha sido una falsa. Delante de los demás miente y actúa. Tiene la capacidad de hacer que la gente la crea, que confíen en ella. Nadie ha advertido su verdadera forma de ser, ni siquiera yo, que me he criado a su lado.

El chico parece simpático. Quiero que lo entienda, deseo con todo mi corazón que pueda ver quién es ella realmente. Que se dé cuenta de lo loca que está. Pero él sólo se ríe con alegría.

KERSTIN

El chico de la caja me sonríe. Yo le sonrío. Me siento tan tonta, digo, pero creo que se me ha fundido un intermitente. ¿Por casualidad no sería tan amable de ayudarme a cambiar la bombilla? No quiero hacer enfadar a la policía de tráfico de forma gratuita. No quiero que me paren.

Por supuesto que me ayuda, enseguida se pone. Ahora mismo no hay mucho que hacer. Charlamos un poco mientras tanto. Le explico que acabo de recoger el coche en el taller, pero que por lo visto se han despistado. El chico es afable y atento. Nos reímos y le parezco simpática. Puedo serlo si quiero. Sé cómo se hace.

Me pregunta cómo está mi hija. Parece dormir profundamente, dice.

Está bien, respondo. Lo necesita. Le cuento que está enferma.

Él desea que se recupere pronto.

Gracias, seguro que sí.

No me gusta la mirada que le lanza, pero elijo pasarla por alto. Me está ayudando mucho. Y mi intermitente vuelve a funcionar.

Voy al maletero y saco el bidón de agua, después acompaño al chico otra vez a la gasolinera. Meto unas cuantas latas de conserva en un cesto de la compra, pago y le doy las gracias por la ayuda.

Hans siempre se encargaba de arreglar este tipo de cosas. Ahora que no está tengo que apañármelas yo sola. Y así lo hago. El problema con Hans era que él me hacía débil. Pero no puedo permitirme ser débil, tengo que ser fuerte. Por mi niña. Y lo soy. Más fuerte de lo que nadie se puede imaginar.

Hans no tendría que haberse entrometido entre mi hija y yo. No tendría que haber recibido el amor que era concebido para mí. Nunca debería haber convencido a Isabelle para que se mudara a Estocolmo. No debería haberla animado a quedarse allí todo el verano.

Me vi obligada a deshacerme de él.

Y con su último aliento desapareció también mi debilidad. Vi en sus ojos que finalmente lo entendía. Fue su último regalo para mí.

Un gran SUV con la carrocería elevada ha aparcado delante de la entrada. La música suena a todo volumen. O la supuesta música. Más bien parece un único grito de las profundidades. Hay varios jóvenes apoyados en el coche, un puñado de chuletas y chicas con ropa ligera. Se me quedan mirando cuando salgo, ponen caras y se ríen.

Un chico joven con la gorra del revés se me acerca. Choca a propósito contra mi hombro al pasar.

—Mira por dónde vas —le digo.

Me fulmina con la mirada como si fuera culpa mía. Después me levanta el dedo y me suelta algunos insultos.

Me trago la rabia y sigo caminando.

Niñato maleducado.

Voy hasta la estación de servicio a la vuelta de la esquina y lleno el bidón con agua. Pesa mucho y va rebotando contra mi pierna. Hago una pausa y cambio de mano.

Por fin llego al coche. Está vacío.

ISABELLE

Los veo entrar otra vez en la tienda de la gasolinera. Abro la puerta del coche y logro salir. El corazón me palpita en el pecho, la sangre corre a toda prisa en mis oídos como una cascada. Siento el cuerpo pesado y me desequilibro.

En el aparcamiento hay más coches, pero no hay nadie dentro. Un poco más lejos hay un autobús y, al lado, un camión. Camino en dirección a la carretera y le hago señales a un coche, que aminora y se detiene a mi lado. El conductor me mira. Un hombre mayor con gorra de cuadros marrones y gafas de montura gruesa. Me saluda con la mano, pasa de largo y desaparece.

Más coches pasan por la carretera. Nadie me ve, nadie advierte mis achacosos intentos de agitar los brazos. Grito pidiendo ayuda, pero mi voz es demasiado débil. Me seco el sudor de la cara con la manga. Miro al suelo y veo que voy sin zapatos. La hierba que piso está mojada, mis calcetines de rayas azules están empapados.

Miro a la derecha, luego a la izquierda. Podemos estar en cualquier parte de Suecia. Banderas rojiblancas con el nombre de la cadena de gasolineras. Un parque infantil a la derecha, la autovía a la izquierda y, al otro lado, campos y prados. Unas pocas casas y más allá un cobertizo, y luego bosque. Me doy la vuelta y veo un rótulo con letras verdes fluorescentes sobre un edificio de color rojo. Entorno los ojos, intento ver. LA FONDA DE RINGARUM, pone.

Tengo que encontrar a alguien que me pueda ayudar. Antes de que mamá salga, antes de que me vea. Vuelvo al autobús. Un hombre gordo con uniforme de conductor se está encendiendo un cigarro. Le pregunto si me puede ayudar. Me mira y frunce el entrecejo. Me llama *drogata* y me grita que me largue.

—Necesito ayuda —explico, y me acerco—. Por favor, ¿puedo esconderme en el autobús?

El hombre me da un empujón y se va. Me desplomo en el asfalto. Siento una punzada de dolor en el muslo. La cabeza me late por el golpe que mamá me dio contra la pared. Intento levantarme, pero no tengo ni la más mínima fuerza en el cuerpo.

—Hola... —dice una voz. Un hombre joven con pelo largo y barba está agachado a mi lado—. ¿Cómo estás? ¿Te has hecho daño? —Me pone una mano en el hombro.

—Ayúdame.

—¿Estás sola? —Mira a nuestro alrededor, se levanta y dirige la vista a la gasolinera.

Lo cojo de la mano y lo hago bajar a mi lado, le susurro:

—Tengo que salir de aquí.

El hombre me ayuda a levantarme.

—Tengo el coche allí —indica, y señala un Volvo plateado.

Camino lo más rápido que puedo con su brazo por mis hombros a modo de apoyo. El coche está demasiado lejos. Mamá no debe verme.

Abre la puerta y me meto en el asiento de atrás. En el asiento del copiloto va una chica con el pelo rapado y rasgos asiáticos, se vuelve y me mira.

—¿Qué te ha pasado? Parece que te hayan dado una paliza.

—Tiene que ir al hospital —dice el hombre—. Le han pegado.

—¿Quieres que te llevemos al hospital? —pregunta la mujer.

Niego con la cabeza. Empiezan a debatir entre ellos. Les suplico que nos vayamos.

—Nos dirigimos a Västervik —dice él—. ¿Quieres venir?

Asiento con la cabeza.

Por fin arranca el coche y empieza a conducir hacia el carril de incorporación.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en la ventanilla.

STELLA

La residencia Hällsjöhemmet es un gran edificio de ladrillo con techumbre verde lima y tres alas redondeadas del mismo color en la parte de delante. Entro por la puerta de la calle y sigo hasta la puerta doble siguiente. En un aparador de cristal hay objetos decorativos que, probablemente, han sido elaborados en algún tipo de actividad terapéutica. Manoplas, cuchillos de untar mantequilla, un tapiz con texto bordado.

Un pasillo largo cruza toda la planta baja. A la derecha, salón Gaby, una peluquería junto a la pedicura; a la izquierda, una cafetería y una farmacia. Recto hacia delante están los ascensores, y más lejos hay una especie de sala de estar con mesas y sillas de madera clara. Al otro lado de los grandes ventanales se ve un valle y un barrio residencial.

Según el cuadro informativo de la pared junto a los ascensores, las secciones están en las plantas dos, tres y cuatro. Me meto en uno y subo hasta la cuatro. En cuanto salgo del ascensor, una mujer con pantalones blancos y blusa de sanidad azul viene corriendo hacia mí, pero pasa de largo sin percatarse siquiera de mi presencia.

Me meto por el pasillo de la derecha y me pregunto por qué he venido en realidad. Kerstin difícilmente estará aquí con Alice.

—¿Te puedo ayudar? —Una mujer robusta con acento finlandés sale de un pequeño almacén.

—Estoy buscando a una conocida que trabaja aquí —digo.

—¿Quién es?

—Kerstin Karlsson.

A la mujer le cambia la cara.

—¿Kerstin? Ya no trabaja aquí.

La plaquita que lleva en la blusa me chiva que se llama Ritva. Vuelve al almacén cojeando. Yo la sigo y me paro en el umbral.

Ritva saca desinfectante de una caja de cartón y continúa:

—Se ha saltado varios turnos sin ni siquiera llamar. Y cuando venía se

quejaban de ella.

—¿Se quejaban?

—Siempre ha sido especial, pero últimamente se ha portado mal con los viejos. Dura y rabiosa. Además, han desaparecido medicamentos. —Ritva endereza la espalda y me mira—. ¿Eres conocida de Kerstin?

—De Isabelle.

—¿La hija de Kerstin? —dice Ritva—. Cuando era más pequeña solía venir por aquí. Una niña muy dulce, una monada.

—Llevo varios días sin localizarla —digo—. Pensaba preguntarle a Kerstin si ella sabe dónde está.

Ritva cierra la puerta del almacén y empieza a caminar por el pasillo.

—Hace tiempo que no veo a Isabelle. Ahora vive en Estocolmo. Siempre ha sido buena y cumplidora. —Se detiene delante de la puerta de la sala de personal—. Espero que la encuentres.

—Yo también lo espero —digo, y miro una foto enmarcada en la pared. Un árbol con fotografías pegadas con celo en las ramas.

—Somos las que trabajamos aquí —comenta Ritva, y señala—. Aquí estoy yo. Y aquí tienes a Kerstin.

Repica con un dedo en una foto de arriba a la derecha. Las fotografías están descoloridas y no tienen ninguna gracia, Ritva y Kerstin llevan tiempo trabajando aquí.

—Da pena ver a una persona cambiando de esa manera. —Ritva me deja y entra en la sala.

Vuelvo a examinar la foto. La cara es redonda, los ojos son pequeños. El pelo es ralo y parece teñido. Debajo de la foto hay una nota escrita a mano. «Kerstin Karlsson.»

La he visto antes.

Pero entonces se hizo llamar de otra manera.

ISABELLE

Nos acercamos a Västervik. Soy libre. Por cada kilómetro que avanzamos, mis nervios ceden más y más.

Miro por la ventanilla con mis ojos entornados. Tras las copas de los árboles asoman unas nubes grises a punto de disiparse para dejar pasar el sol. Sobre los campos de cultivo flota una neblina borrosa. De vez en cuando pasamos por al lado de una granja. Caballos y vacas paciendo. Bosques hasta donde alcanza la vista.

Hanne y Ola discuten sobre si parar en un súper Willys o un Ica Maxi. Parece que les gusta el jaleo. Pero también se ríen a menudo y se tocan. Echo terriblemente de menos a Fredrik.

—¿Me dejaríais un móvil? —pregunto.

Hanne se vuelve y me pasa su teléfono. Al cabo de unos tonos, Fredrik lo coge.

—Fredrik, soy yo.

—¿Isabelle? ¿Dónde estás? Te he llamado un millón de veces. ¿Sabes que te han declarado desaparecida?

—Mi madre se ha vuelto loca —digo—. Pero me están ayudando. Ahora voy de camino a Västervik. Aunque no sé cómo voy a llegar a casa.

—Cogeré prestado el coche de mi madre y te iré a buscar. ¿Puedo llamarte a este número?

—Por un rato —respondo.

—Te llamo dentro de diez minutos.

—Vale.

Colgamos, me seco las lágrimas y le devuelvo el móvil a Hanne.

—¿Quién era? —dice ella.

—Un amigo. Vendrá de Estocolmo para recogerme. ¿Puedo quedarme con vosotros hasta que llegue?

—Claro —responde Ola—. ¿Verdad que sí, Hanne?

—Por supuesto —dice ella—. No te soltaremos hasta que sepamos que

estás a salvo.

Me sonrío y yo también sonrío. Me doy cuenta de la suerte que he tenido de toparme con ella y Ola. Sin ellos no habría conseguido nunca escapar. No tengo ni idea de adónde pensaba llevarme mamá. Pero tengo la sensación de que el viaje que me había obligado a emprender habría acabado mal.

Al cabo de un rato Hanne dice que tiene pis. Ola le pregunta por qué no ha aprovechado en Ringarum.

—Porque allí no tenía —dice.

—Aquí no se puede parar —suelta él.

—Sí que se puede.

—No, no se puede.

—Claro que sí.

—Claro que no.

—Para en Hjorten.

—Odio ese sitio, es cochambroso. Mis padres siempre paraban allí a merendar cuando yo era pequeño.

—Venga ya, Ola.

—No puedes entrar a mear, sin más. No sin pedir algo.

—Cómprate un helado.

—No es verano, Hanne.

—Pues café. —Se vuelve hacia mí—. ¿Tú quieres café, Isabelle?

—Sí, gracias —respondo.

—¿Has oído? —dice ella y le da a Ola una palmadita burlona en el cogote.

—Auuuu —exclama él y finge que le duele. Los dos se echan a reír y yo me sumo.

Vamos bordeando un lago a la derecha y pasamos un cartel: FONDA HJORTEN. Quinientos metros más adelante Ola sale de la carretera y puedo ver un edificio bajo de color rojo con vistas al agua. Antes de que haya tenido tiempo de aparcar como es debido Hanne ya está abriendo la puerta, baja de un salto y corre hacia la cafetería.

Ola mira por el retrovisor y pone los ojos en blanco. Gira el volante y mira a un lado para dar marcha atrás. Se oye un golpe violento, el coche pega una sacudida y sale despedido a un lado. El cinturón me corta en el pecho y veo el pelo largo de Ola meciéndose hacia atrás y luego hacia delante en cámara lenta cuando su cabeza golpea el volante.

Luego, silencio.

Pasos apresurados por el asfalto. Una sombra oscura al otro lado de la ventanilla.

Primero no veo quién es. Y cuando caigo en la cuenta ya es demasiado

tarde.

Tanteo el cinturón, la puerta se abre de un bandazo y mamá me agarra por el pelo y empieza a tirar. Yo grito y bajo del coche tambaleándome.

Ola salta del asiento del conductor y le corta el paso. Se lleva una mano a la cabeza y hace muecas de dolor.

—¿Qué cojones haces? —le grita a mi madre.

Mamá lo aparta de un empujón y me arrastra hacia su coche. Yo hago acopio de todas las fuerzas que me quedan y me resisto.

—¡Que pares, coño! —grita Ola y agarra a mamá por el brazo.

Ella levanta el brazo trazando un gran arco y golpea a Ola. Una fuente de sangre brota de su cuello. Ola se la queda mirando desconcertado y se desploma junto a la puerta del conductor. Su camisa se empapa de sangre, yo noto salpicaduras en la cara, veo mi propio jersey teñirse. Ahora veo que mamá tiene un destornillador en la mano. Lo tira al suelo y me lleva a rastras hasta el coche.

Se oye un grito desgarrador y me pregunto si soy yo, hasta que veo a Hanne acercarse corriendo a nosotras.

Se echa de rodillas junto a Ola, aprieta las manos contra su cuello y trata de parar la hemorragia.

Me escuecen los ojos y noto las lágrimas corriendo por mis mejillas.

Mamá me tira del pelo y me espeta que debería espabilar.

Las manos de mi madre son duras y descuidadas, se aferran, tiran, empujan, pegan.

—Sube al coche.

Le pregunto por qué hace esto, qué es lo que quiere de mí.

Mamá me mira sin entender. Dice que es mi madre. Que yo soy su niña. Que hará cualquier cosa con tal de protegerme. Está dispuesta a matar por mí, si fuera necesario.

Tiene una linterna negra en la mano. La levanta en el aire y yo me defiendo del golpe.

KERSTIN

Un volvo SUV de color plateado está parado en la salida. Al volante hay un chico de barba y pelo largo, a su lado hay una chica o un chico rapado, no puedo distinguir qué es.

Pero en el asiento de atrás vas tú, Isabelle.

Grito y agito los brazos avisando al conductor de que no se vaya. Le grito que pare, que mi hija va en su coche. Él no me oye, no me ve. Pero sólo lo finge, es evidente que no paso desapercibida para él.

Se está llevando a mi hija. Me la está robando.

¿Por qué?

Pregunta tonta. Ya sé la respuesta.

Y la idea de lo que piensa hacer con ella me enciende de rabia. No sabe quién soy yo. De lo que soy capaz. No sabe que pienso seguirlo hasta el fin del mundo para recuperar a mi hija.

¿Por qué, Isabelle? ¿Por qué? Engañar a propósito, hacerte la dormida y luego salir corriendo tratando de escapar. Debería haberlo entendido, debería haber sido más precavida.

Me subo al coche y me incorporo a la E-22.

No tengas miedo. Estoy aquí.

Ahora duele. Pero también tiene un sentido. El dolor da fuerza. Sólo es un momento, pronto pasará. Después te consolaré y cuidaré de ti, como siempre hago. Limpiaré la sangre de tu frente, enjugaré tus lágrimas. Después podemos preparar algo juntas, si te apetece. ¿Qué tal unas magdalenas de chocolate?

Ahora estás durmiendo. Eso está bien.

Pronto te habrás curado. Cuando yo te haya curado.

Y empezaremos de cero. Siempre lo hacemos. Porque esto no es propio de ti. Ésta no eres tú. Es tu debilidad. Yo siempre estaré aquí para guiarte por el camino correcto. Espero que lo sepas. Creo que entiendes lo importante que eres

para mí.

Te estuve deseando tanto tiempo antes de que llegaras..., que lo sepas. Eres el mejor regalo que me ha brindado la vida.

¿Por qué no puedes, simplemente, quererme? Lo único que quiero es que nos queramos la una a la otra. Que me dejes cuidarte. Cuando te has hecho daño, yo te he consolado, cuando te has hecho una herida, yo te la he curado, y cuando te has puesto enferma, yo te he atendido.

Me han alabado mucho por mi atención. Todo el mundo ha visto la madre sacrificada que soy. Para mí es lo mejor que hay, cuando puedo cuidar de ti. Cuando me dejas abrazarte, consolarte. Por favor, no parezcas tan asustada. Mi niña loquita, es sólo por tu bien.

Hace un día bonito, el sol brilla para nosotras. Pronto habremos llegado. Pronto habremos vuelto.

Pronto estaremos en casa.

STELLA

Miro atónita la foto de la sonriente mujer.

La he visto antes, hemos hablado.

Hemos tomado café en Coffeehouse by George.

La foto que miro es de Eva.

Era cálida y empática y consiguió que le hablara de todo. Le conté lo de Alice, le dije que la había encontrado. Que estaba convencida de que Isabelle era mi hija, mi niña desaparecida. Eva me animó a seguir buscando la verdad, aunque todo el mundo me tomara por loca. Le conté que había ido a Vällingby y al IRT con la esperanza de ver a Alice. Le hablé de Henrik y le expliqué que no le había contado nada. Le revelé que él me había llevado una vez a urgencias psiquiátricas y que no estaba segura de que fuera a creerme.

Compartí con ella parte de mi vida, me abrí de par en par. Le hablé de mi miedo a volver a ser madre. De la pena de no tener más hijos. Y le hablé de Milo. El terror que me infundía la idea de que le fuera a pasar algo, que me lo arrebataran a él también.

Eva me escuchó. Eva me entendió. Eva me consoló y me dio buenos consejos.

A Eva le gustó mi paraguas rojo.

Casi he salido de Hällsjöhemmet cuando me viene a la cabeza la foto que me he metido en el bolsillo. Hago un alto y la saco. Una Kerstin más joven con un bebé en brazos. «Kerstin e Isabelle, Copenhague, febrero de 1994.» El bebé es rubio. Tiene el pelo encrespado y está riendo, pero no tiene hoyuelos. Ésa no es Alice. Es otra niña.

Y si no es ella, ¿quién es, entonces?

Voy al aparcamiento que hay delante de la entrada. Me siento en el coche, me reclino en el asiento y empiezo de nuevo por el principio.

El día lluvioso de septiembre cuando Isabelle se presentó en mi consulta. Sacudió su pelo largo y negro y me sonrió. En aquel momento ya supe que era Alice.

Mi diario. Todos los recuerdos.

Daniel y nuestra historia.

El error de no ser sincera con Henrik desde el comienzo. El miedo a que no me creyeran, el miedo a equivocarme. El pánico a verme ingresada de nuevo en el psiquiátrico.

Eva me engañó y consiguió que se lo contara todo.

Kerstin fue a ver a Henrik y usó lo que yo le había confiado en mi contra. Su llamada sobre Milo me hizo ir a la escuela y montar una escena. Lo cual provocó que Henrik me llevara a ver a la doctora Savic.

La falsedad de Eva, las mentiras de Kerstin.

Atropelló a Milo creyendo que era yo.

La visita a la casa de Sven Nilsson. La pista de la que me habló. La pista falsa. «Él iba a contarlo todo. Murió de repente. Antes de poder decir nada más.»

Strandgården cerró poco después de que nosotros estuviéramos allí. Elle-Marja me explicó que la hija ya no quería seguir con la empresa después de morir Lundin.

«Murió de repente.»

Kerstin también debió de estar en Strandgården en 1994, pero no recuerdo haberla visto. ¿Qué estaba haciendo allí? No estaba hospedada en ninguna de las cabañas, de eso estoy segura. Cuando salíamos a pasear con el cochecito o bajábamos a la playa acostumbábamos a hablar con los demás huéspedes.

Roger Lundin murió de forma inesperada.

«Iba a contarlo todo.»

¿Sabía él algo? Y, en tal caso, ¿qué?

Él tenía una hija. «Se mudó aquí una temporada aquel mismo año y luego volvió a desaparecer. Tenía un bebé, supongo que fue demasiado ocuparse de todo ella sola.»

La foto que he encontrado. «Kerstin e Isabelle, Copenhague, febrero de 1994.»

Y me viene la voz de Alice: *Nací en Dinamarca.*

Saco el móvil, busco el número de teléfono de Elle-Marja en Google. Doy con él y la llamo.

—¿Diga?

Reconozco la voz, nasal y aguda.

—Hola, Elle-Marja, me llamo Stella Widstrand. Nos conocimos en Strandgården hace unas semanas. —Le doy tiempo. Oigo un ladrido de fondo.

—Sí, ¿hola? —dice Elle-Marja.

Lo vuelvo a intentar, repito mi nombre y le recuerdo que nos hemos visto una vez.

—Sí, sí, me acuerdo de ti —afirma Elle-Marja—. Te recuerdo muy bien. Cállate, *Buster*, estoy hablando.

—Necesito tu ayuda —digo—. Necesito saber una cosa sobre Roger Lundin de Strandgården, sobre su hija.

—¿Sí?

—Me contaste que él murió en 1994.

—Murió en el sofá de su casa, descanse en paz —dice Elle-Marja—. Y fue su hija quien lo encontró. Llamó a una ambulancia, pero ya estaba muerto cuando llegaron.

—¿De qué murió?

Elle-Marja tose enérgicamente y pide disculpas.

—Tenía diabetes. El último verano se aficionó un poco demasiado a la botella, ¿entiendes? Fue el golpe de gracia, por así decirlo.

—Dijiste que su hija volvió a casa —señalo—. Que iba con un bebé.

—Me la crucé con el bebé en un par de ocasiones. En primavera, en marzo o abril, creo. Una preciosidad. Como un ángel.

Varios meses antes de que nosotros estuviéramos allí. ¿Qué pasó con aquella niña? ¿Qué pasó con la auténtica Isabelle?

—Fue a principios de verano cuando ella se encerró —continúa Elle-Marja—. No salía de casa, no interactuaba con nadie. Corrían rumores.

—¿Qué rumores?

—La gente decía que tenía problemas.

—¿Problemas con la bebida? ¿Como su padre?

—Más bien problemas mentales. Nadie sabía a ciencia cierta cuál era el problema. Pero es lo que la gente decía. Y cuando Lundin murió, ella y la niña se mudaron.

—¿Cómo se llamaba la hija de Lundin?

—No estuvo demasiado tiempo aquí. Y ahora todo está destartado. Es una auténtica lástima. Imagina que ella se hubiese hecho cargo de esto.

Otro ataque de tos.

Me estoy impacientando.

—Elle-Marja, escúchame —digo—. ¿Recuerdas cómo se llamaba?

—Lo siento, pero no. No tengo la más remota idea de cómo se llamaba.

—¿Kerstin? ¿Se llamaba Kerstin Lundin?

Elle-Marja titubea.

—No, yo diría que no. Espera un poco. Voy a ver...

La línea chisporrotea, oigo a la vieja mujer murmurando de fondo. Espero. La escucho hablando sola y trasteando.

—Ya lo tengo —dice al final—. Tengo un libro con la historia de la zona,

¿sabes? Estaba detrás de los demás libros de la estantería.

Elle-Marja me explica que el libro contiene un registro de los edificios de Storvik y alrededores. Los dueños que han tenido desde hace más de cien años. Sucesos históricos, anécdotas y antiguas fotos de cómo era antes y cómo es ahora. Seguro que puedo conseguir un ejemplar; si así lo deseo, se lo puedo comprar a la mujer que compiló todo el material. Berit Larsson se llama, Elle-Marja la conoce. No es nada caro y es muy bonito de ojear si quieres saber más de Storvik y Strandgården.

Me pregunto adónde quiere llegar. Probablemente, a ninguna parte. Otra persona mayor con ganas de hablar un rato, pero que lo ha entendido todo mal. Que está despistada y se va por las ramas. Y por un instante pienso que quizá ella también padece de alzhéimer.

—Y aquí, ¿sabes?, aquí hay una foto maravillosa de Strandgården en su mejor momento —dice Elle-Marja—. Flores por todas partes. Es de junio de 1994. El pie de foto dice así: «Roger Lundin, orgulloso dueño y emprendedor que ha dirigido Strandgården desde 1969. En la foto aparece junto a su hija Kerstin y su nieta Isabelle».

KERSTIN

La primera vez que estuve aquí el porche estaba rebosante de flores. Macetas colgantes, jardineras, tiestos. Los arriates estaban brotando y se veían bien cuidados, eran una auténtica maravilla.

Me encantaba ayudar a mi padre con esa parte del trabajo. Por lo visto mi talento para las labores de jardinería lo heredé de él. Cuando nos vinimos a vivir aquí pasamos mucho tiempo juntos. Yo estaba a gusto, me sentía en casa. Sin prisa pero sin pausa, la vida fue regresando.

¿Por qué no pude criarme aquí en Strandgården con él? Eso lo habría cambiado todo. Pero no, fui saltando de un hogar de acogida a otro. Ningún sitio estable, nunca sentí que perteneciera a ninguno de esos lugares. Ni siquiera con Aina, adonde llegué a los doce años. Ella sólo tenía buenas intenciones. Era una buena persona. Aun así, me fui de allí en cuanto tuve la oportunidad. Me estuve mudando otra vez de una casa a otra hasta que acabé en Copenhague.

Después de deshacerme del padre biológico de Isabelle fui a buscar a mi propio padre. Y cuando volvimos aquí desde Dinamarca supe que era aquí donde íbamos a vivir mi niña y yo. Aquí ella podría tener una infancia armoniosa y bonita. Iba a darle todo lo que yo nunca había recibido.

No fue así.

Nada ha salido nunca como lo había pensado.

Aparco, me bajo del coche y me desperezó. El viaje hasta aquí ha supuesto más esfuerzo del que había previsto. Y meter a Isabelle en la casa es una batalla. Se resiste, pelea y se enterca. Le explico que necesita entrar y dormir un rato más. Recuperarse de todas las penurias. Esta vez sólo una pastillita para dormir, lo justo para que se calme un poco.

Llora, se queja. No, no quiero, lloriquea. Me hacías esto de pequeña, para, no quiero. Has matado a Ola.

No sabe lo que dice, sigue en *shock*, evidentemente.

Le explico que la he salvado. Que ese hombre sólo ha recibido su merecido. Ha sido en defensa propia. Y ahora tienes que descansar. ¿No lo entiendes?

Dormir, descansar.

Como todos los niños pequeños.

Descansan, duermen. Están callados. Los niños pequeños duermen la siesta. Las madres necesitan un rato de paz, de vez en cuando, no tiene nada de raro. Todas las madres necesitan un poco de tiempo para sí mismas alguna vez.

Estaba demasiado activa. Demasiado salvaje.

Queja queja queja.

Grito grito grito.

Llanto llanto llanto.

Así no puede seguir.

Tiene que haber paz y tranquilidad, tiene que haber calma.

Tiene que haber silencio.

Y al final se hace.

Me quedo un rato largo sentada a su lado. Le meso el pelo.

Todo lo que pasa tiene una razón de ser, estoy segura de ello.

Todavía hay leña cortada y astillas de encendido en el cesto junto a la cocina de leña. Encuentro cerillas en el estante de encima, abro la puertecilla e introduzco una carga y le prendo fuego al papel de periódico y a las astillas. Espero hasta que haya prendido y luego meto unos cuantos leños. Enseguida se empieza a notar el calor y la casa se vuelve de lo más acogedora.

Salgo y bajo los escalones y continúo hacia la derecha. Más abajo veo Strandgården. El largo edificio principal con el porche, las cabañas de fondo, el circuito de minigolf y la hilera de lavabos y duchas que pertenecían al camping.

Ha perdido su brillo de antaño. Pero éste es mi sitio en el mundo. Mi sitio en la vida.

Me doy la vuelta y camino hasta el mirador del barranco. Acaricio al corzo, que desde su sitio vela fielmente por la historia de Isabelle y la mía.

Esa niña lo es todo para mí. Es un milagro. ¿Quién se habría imaginado que los dolores que fui obligada a soportar me darían a Isabelle?

Ahora tiene que dormir. Tardará un rato, tiene cólicos y llora.

Llora y llora y llora.

Le doy unas palmaditas. Con cuidado, con cuidado. Le doy palmadas otro ratito. Ella protesta, grita aún más fuerte. Con una mano la sujeto y con la otra le voy dando palmadas. Le bajo la cabeza contra el cojín. Con cuidado pero con decisión. Los niños necesitan límites. La sujeto abajo y le doy palmadas. Le doy palmadas y la aguanto. Ella intenta pelear, por supuesto, vigorosa y despierta como es. Pero debo ser firme, dejar claro quién manda. Una madre no puede ceder. Las rutinas son importantes, sin ellas todo es un caos. La niña necesita dormir. Le aguanto la cabeza contra el cojín y sigo dándole palmadas. Le canto,

tarareo una nana.

Ahora está durmiendo en la cuna y yo me duermo a su lado.

Después me despierto. Pero Isabelle sigue durmiendo.

Duerme y duerme y duerme.

Me siento con ella en brazos. Le hablo con dulzura y amabilidad. Ella está quieta, su pequeño cuerpo está flácido. Después se pone frío. No debe resfriarse. La agito un poco, sólo un poco. No se despierta. La muevo un poco más, pero no sirve de nada. La sacudo y grito su nombre. La sacudo, incluso le suelto alguna que otra torta. Ella sigue durmiendo sin inmutarse.

Niña mala.

Niña mala, mala y desobediente.

Papá piensa que es culpa mía.

No me pregunta lo que ha pasado, pero lo veo en sus ojos. Veo que me tiene miedo. Se cree que he sido yo. ¿Cómo puede pensar que le he hecho daño a mi hija? Ella, que lo es todo para mí.

No hice nada malo. Soy una buena madre, siempre lo hago lo mejor que puedo.

Soy una buena madre.

Los días pasan. Ella siempre está conmigo. Le leo cuentos, ella duerme a mi lado en la cama. La lavo, le cepillo el pelo. Desayunamos juntas. Salimos de paseo. Ella yace en el suelo envuelta en la manta y yo le canto. Todo es fácil, ha dejado de llorar. Está conmigo todo el tiempo. Le digo que está bien si llora. No pasa nada, Isabelle, te lo prometo.

Pero tú permaneces callada.

Duermes y duermes y duermes.

Una noche papá entra en la habitación. Isabelle está tumbada a mi lado, envuelta en su manta rosa. Es tan pequeña e indefensa... Quiero tenerla conmigo para siempre. ¿Por qué a él le cuesta tanto entenderlo? Que tengo que protegerla contra todo lo malo.

A él le dan igual mis lágrimas, y yo le suplico y le ruego. Él me aparta de un empujón y la levanta. La mete en una bolsa de basura, echa unas cuantas piedras y la ata con una cuerda de nailon.

Yo grito. Pego y pataleo. A él no le afecta. Haga lo que haga, por mucho que llore, por mucho que le suplique. Me quedo arriba en el borde, viéndolo remar más y más lejos con el bote. Levanta el hatillo, lo lanza por la borda. Observo a mi hija mientras se hunde en la oscura profundidad.

Cada noche me siento aquí con ella. Me siento un largo rato después de que se haya puesto el sol. Quiero estar cerca de mi niña. Mostrarle que no la he abandonado. Arrastro un corzo de piedra hasta aquí. Lleva velando por ella

desde entonces.

Y luego, un día, vinieron ellos.

Eran guapos, eran felices. Llegaron a Strandgården y se comportaron como si esto fuera suyo.

Puedo verlos. La familia preciosa. Puedo verlos caminando otra vez por la playa. Puedo verlos reír y hacer tonterías. Y se tocan como no hay que tocarse cuando hay gente alrededor. Ni siquiera son adultos, sólo un par de niños maleducados. Niños malcriados y maleducados de la gran ciudad. Con un bebé. Juegan con ella, se ríen a carcajadas, no tienen preocupaciones. Se creen que saben lo que es la felicidad. Se creen que dura para siempre.

¿Han experimentado la tristeza? ¿Han sentido el temor y el autodesprecio presionando como un yugo en la nuca cada día?

Nunca.

Follan. Seguro que disfrutaban con ello. Suenan como animales. No tienen ni la menor idea de lo que se siente al tener una mano tapándote la boca y otra desgarrando la ropa interior y manoseando ahí abajo. Lo que se siente cuando te abren de piernas. El dolor y la vergüenza echando raíces para siempre dentro de ti. La rabia y la impotencia quemando el cuerpo por dentro como un veneno. La sangre que no deja nunca de correr. Los genitales convirtiéndose en una herida que no se cura jamás.

Follan. Disfrutaban. Les sale un bebé sano y precioso.

¿Han experimentado la angustia de tener una niña y luego perderla?

Nunca.

No deberían dejarlos tener hijos. Si ellos mismos no son más que unos críos.

Los sigo. Los espío y me da asco lo que veo y oigo. Caricias, besos, jadeos. Cuerpos llenos de deseo, serpenteantes, culebreando uno pegado al otro. A pesar de que hay una criatura durmiendo en la habitación.

Alguien debería enseñarlos, dejarles claro que cualquier cosa puede pasar. Cualquier cosa. Alguien debería enseñarles la otra parte. Cómo es la vida cuando la felicidad desaparece.

Voy hasta allí una y otra vez. Voy para mirar y escuchar. Es como si algo me empujara a seguirlos. Como si tuviera que hacerlo. Como si una fuerza invisible me obligara.

Y entonces lo veo.

Veo lo que nadie más ve, lo que nadie más puede entender.

Lo que he estado esperando. Lo que he estado anhelando, lo que he estado deseando que volviera.

Mi niña ha vuelto.

Mi Isabelle.

Ahí estás.

Me desafiaron y he superado la prueba. He mostrado fortaleza, no debilidad. Ahora le toca a esa zorra altanera superar el desafío.

Levanto a mi cariñito, con cuidado, con cuidado. Le doy un beso en la frente y en la mejilla tan blandita. Es conmigo con quien debe estar.

Yo soy su verdadera madre.

Quiero enseñarle a papá el milagro que ha tenido lugar. Estamos sentadas en la mecedora junto al hogar cuando él vuelve a casa. Mezo a Isabelle adelante y atrás, no pasa nada si llora. Llora mucho. Yo la consuelo. Canto y tarareo. Le susurro en voz baja al oído.

Papá no lo entiende. A pesar de mi tranquilidad, a pesar de explicárselo. No quiere escuchar, no quiere entender. Isabelle ha vuelto conmigo. ¿Lo ves, papá? ¿Has visto qué milagro?

No quiere escuchar, no quiere entender.

Mi padre es débil. Siempre lo ha sido. Un hombre débil y cobarde. Si no, no me habría dejado sola con la puta que tenía por madre.

Me dice que lo asusto. Que estoy enferma. Me dice que le doy miedo.

¿Por qué tienes miedo? No lo entiendo. Si soy yo, tu hija. ¿Por qué te iba a asustar? ¿Cómo puedes decir que no es propio de mí? ¿Que estoy enferma? ¿Cómo te atreves a insinuar que Isabelle no es mi hija?

La levanto y se la enseño. Es Isabelle, tu nieta. Vamos a vivir juntos aquí. Tú y yo, y mi pequeño tesoro.

Papá se niega. Va a buscar una botella. Bebe hasta emborracharse. Se pone como una cuba. Igual que mamá. Una borrachuca. Un desecho humano que ha perdido toda la dignidad. Yo nunca me convertiré en eso.

Más tarde oigo que papá llama a la policía. Balbucea que tiene información sobre la niña de Strandgården. La que desapareció. Dice que sabe lo que pasó. «Venid mañana a primera hora. Os lo contaré todo.»

Se me rompe el corazón. Le digo que lo he oído todo. Mi propio padre, me la has jugado, eres un traidor. Te odio.

Papá dice: «Todo se arreglará, Kerstin, todo se arreglará». Tiene lágrimas en sus ojos enrojecidos. Y sé lo que piensa hacer. Piensa quitarme a mi niña otra vez. Envolverla en una manta y meterla en una bolsa de plástico. Como si fuera basura que hay que tirar. Piensa hundirla hasta el fondo del mar.

Va borracho. Farfulla y se tambalea por casa. Va soltando cosas como un chiflado. Se ha vuelto loco. Es él quien está enfermo.

Al final queda abatido en el sofá.

«Papá, ¿te has puesto la insulina? Deja que te ayude. Toma tu dosis.»

Es más fácil de lo que me creía.

Igual que cuando me ocupé del padre de Isabelle. Aquella vez que tomó una sobredosis de heroína.

Siento alegría, siento alivio.

Siento liberación.

Aun así, lloro mientras le inyecto la insulina. Siento cosas por mi padre, a pesar de todo el mal que me ha hecho. Y en aquel momento lo desconozco, pero sentiré lo mismo con Hans. Lloraré cada vez que le dé la medicina anticoagulante.

La vida y la muerte.

Hay un camino para todo. Lo sé por propia experiencia.

Mi querido padre se ha ido.

La policía llega al día siguiente, al mismo tiempo que la ambulancia que he llamado. Les pido que no hagan ruido porque por fin se me ha dormido la niña. Ha estado toda la noche inquieta y llorando. Ha aprendido a decir *mamá*.

«Mamá, mamá, mamáaaaa.»

Lo ha estado gritando toda la noche. La alegría que siento no se puede describir con palabras.

Abro la puerta.

—Qué bien que hayan venido tan rápido, mi padre está aquí dentro. —Los hombres de la ambulancia y uno de los policías entran en casa.

»Ayer estaba borracho —digo—. Estuvo bebiendo toda la tarde. Y, como siempre, se pasó de la raya. Me lo he encontrado esta mañana. Supongo que le dio un ataque.

—¿Un ataque? —pregunta el policía.

—Una bajada de azúcar —digo—. No es la primera vez que le pasa. Tiene, tenía, diabetes.

Sven Nilsson es afable. Es sencillo tratar con personas así. Son fáciles de embaucar. La gente normal y amable que nunca ha experimentado la otra cara de la vida. Que no se ha visto obligada a vivir en la sombra.

—Supongo que ya estás enterada de que ha desaparecido una niña en Strandgården —me dice—. Tu padre dijo que sabía algo. Entiendo que estés afectada, pero tengo que preguntártelo.

—Sí, lo he oído. Terrible. Qué pena. Ayer hablamos de ello, pero él iba borracho. Bebe bastante. Bebía, quiero decir. Yo también tengo una hija, la madre debe de estar pasando por un momento terrible.

—¿Qué dijo tu padre? ¿Lo recuerdas?

—¿Sobre qué?

—Sobre la niña. Alice. Se llama así la niña que desapareció.

—Lo siento —digo—. No puedo ayudarlos.

—Dijo que sabía lo que había pasado —continúa Sven Nilsson—. Que iba a contarlo todo. ¿No tienes ni idea de a qué se refería?

—Habló de que el cochecito estaba cerca del agua. Y que justo allí hay mucha corriente. Se conocía las aguas de la zona como la palma de su mano. Pero mi padre solía hablar mucho cuando se emborrachaba. La mitad de las cosas que dijo no las oí. La pequeña estaba inquieta y me pasé la mayor parte del tiempo a su lado.

Me seco las lágrimas. Tengo tantas cosas en la cabeza, ahora mismo... Mi padre ha muerto. Estoy atónita. Mi pobre padre ha muerto y la tristeza es abrumadora. Mi querido papá. Era el mejor padre que una puede llegar a tener. Teníamos una relación maravillosa.

Sven Nilsson se muestra comprensivo. Me da el pésame y espera no haber sido demasiada molestia. Los agentes se retiran.

Tuvimos una nueva oportunidad Isabelle y yo. Una nueva vida.

Y ahora volvemos a estar en el sitio donde todo empezó.

ISABELLE

Un silbido monótono en mis oídos, luces que titilan.

Lo último que recuerdo es que la cabeza me estaba a punto de estallar. Aún noto el dolor palpitando en ella. Intento moverme para ver dónde estoy, pero mi cuello apenas tiene fuerzas para sostenerme la cabeza. Me palpo la coronilla con la mano, algo pegajoso se me ha secado en el pelo. Sabor a hierro en la boca, olor a sangre. Me despierto en una habitación oscura y con una manta por encima.

Estoy tumbada en un colchón con bultos, el olor a moho me penetra la nariz. Noto una corriente fría por el suelo y a través de la pared. El aire es frío y húmedo. Una tenue luz se filtra por los postigos de la ventana.

No quiero pensar en lo que ha pasado con Ola, pero veo su imagen. Sus ojos, el *shock* y el pánico que los inundaba. La sangre brotando como una fuente, que seguía saliendo a borbotones de su cuello a pesar de que Hanne intentaba detenerla. La parte delantera de mi jersey está acartonada en las zonas donde su sangre se ha secado.

Y pienso en Fredrik. ¿Qué está haciendo ahora? ¿Ha hablado con Hanne? Y ¿qué le ha dicho ella? ¿Ha llamado a la policía? ¿Me está buscando?

Me quito la manta y me incorporo. Estiro los brazos y las piernas. Tengo las articulaciones rígidas, me duelen. Noto todo el cuerpo dolorido, sobre todo la cadera. Voy descalza, mis calcetines han desaparecido. Tengo hambre. A pesar de llevar un anorak, estoy tiritando de frío.

Oigo un ruidito detrás de la pared. ¿Es un ratón? ¿Una rata? Levanto los pies del suelo y paseo la mirada por la oscuridad. Una mesa, algunas sillas, una vieja cómoda y una librería pegada a una de las paredes.

Hay un cubo de chapa y un rollo de papel higiénico en el rincón. Me levanto del colchón y me bajo los vaqueros, me siento sobre el cubo y meo. Cuando termino voy hasta la puerta. Me quedo quieta, respiro lo más silenciosa que puedo y aguzo el oído en busca de algún sonido. Nada. Bajo la manilla.

Cerrado con llave.

Vuelvo al colchón. Noto algo bajo el pie. Me agacho y lo recojo.
Un folleto.

Bienvenidos a Strandgården.
La perla de la costa báltica.
Sol, viento y agua para toda la familia.

Bajo el texto de la portada se ve una familia feliz jugando en la orilla de una playa bañada por el sol. El folleto se descompone en varios trozos cuando intento separar sus páginas humedecidas.

Al cabo de un rato oigo pasos. Una luz amarilla se cuelga por debajo de la puerta. Una llave traquetea en la cerradura. La puerta se abre.

Mamá lleva un farolillo de queroseno en la mano. Su cara está iluminada desde abajo y apenas puedo reconocerla. Está tarareando y sonrío. Sus ojos brillan como dos canicas de cristal. No me atrevo a preguntarle qué piensa hacer.

Sin decir una palabra me coge por debajo del brazo y salimos de la habitación. Cruzamos un pasillo y llegamos a una cocina. Está más iluminada que el cuarto cerrado, no hay postigos en las ventanas. Y en el resplandor del farolillo veo que está igual de sucia. Aquí no ha entrado nadie en muchos años. Pero se está caliente. El calor de la cocina de leña llena la estancia y noto pinchazos en los pies a medida que se desentumecen.

Miro a mi alrededor. La cocina es amplia y diáfana, ventanas al mar y al jardín. Estantes en las paredes, armaritos de color verde limón. En el centro hay una mesa fabricada con tablones anchos y rodeada por seis sillas.

Por encima del mar el cielo reluce con distintos colores que a cualquier niño le encantarían. Naranja y rosa y rojo. En breve caerá la tarde.

Mamá tararea sin parar. Me limpia la sangre de la frente y dice que pronto estará todo bien. «Pobrecita mía, con lo mal que lo has pasado. Pero has sido descuidada, tendrás que aguantarte.»

Reconozco la forma en que me mira. El brillo de sus ojos. Todas las veces que me he hecho daño, cuando después ella me ha consolado. Le encanta consolar, curar heridas y ofrecer cuidados. Enseñarles a todos lo amorosa que es como madre.

Por primera vez en la vida me doy cuenta de que esto es lo que siempre ha hecho.

Entenderlo hace que el dolor que siento en la cabeza se desvanezca. El miedo que se había apoderado de mi cuerpo desaparece. Es como si me despertara de un sueño asfixiante en el que he estado sumida toda mi vida. Ya no siento pavor.

Siento rabia.

—Todas las veces que me hice daño, todas mis heridas. Eras tú. Siempre eras tú —digo.

Mamá se detiene. Ladea la cabeza y me mira.

—Cariño mío —responde—. Tenías que aprender. Pensaba que ya lo habías entendido. —Sigue curándome la herida con un algodón humedecido. Me escuece, aparto la cabeza y la miro.

—Y ¿cuando quise ir con la clase al parque de atracciones de Gröna Lund? Me golpeaste el brazo con la puerta del coche. Varias veces. Te dio igual que yo estuviera gritando y pidiéndote que pararas. ¿Por qué? ¿Qué sacabas con protegerme?

—No podía dejar que te pasearas sola allí abajo. No con ella tan cerca.

—¿Quién? ¿Quién estaba tan cerca allí abajo? —Quiero que lo diga. Quiero escuchar la verdad.

—Yo nunca te he hecho daño, Isabelle. Nunca. Te he protegido. Te he educado. —Saca una tirita y me la pone en la frente—. Quiero hacerte fuerte. Es lo que una madre hace. Consuela. Cuida y protege.

—¿Dónde estamos? —digo.

—Esto es nuestro escondite particular. Puede que no sea gran cosa, pero es nuestro. Ahora estaremos la mar de bien las dos juntas.

—¿En Strandgården? ¿Dónde queda?

—En el paraíso.

Da unas vueltas por la cocina, saca una cacerola de debajo de la encimera y abre una lata de sopa de guisantes.

—Opino que deberíamos empezar por comer. Seguro que estás muerta de hambre.

Mamá me sonrío y me acaricia la mejilla. Su contacto físico me provoca un escalofrío que me recorre todo el espinazo.

—Estás enferma —constato—. Estás enferma de la cabeza.

Se ríe. Se ríe a carcajadas, como si yo acabara de soltar una auténtica sandez. Yo también exprimo una risotada para dejarle claro que ya no me infunde ningún miedo.

—Yo quiero que volvamos a casa —declaro luego en tono tranquilo—. Podemos empezar de cero en casa. Será como antes. Será aún mejor. Ahora que hemos pasado por todo esto juntas. Ahora somos aún más fuertes. Más fuertes que nunca.

Digo cualquier cosa con tal de engañarla. Puede que funcione si digo lo que ella quiere oír. Si finjo que lo que ha hecho no tiene ninguna importancia. Si finjo que todo es como siempre.

—Y realmente necesitaría llamar a Johanna —explico—. Me he perdido

algunas clases que son obligatorias. Seguro que se está preguntando qué me pasa.

Mamá suspira.

—Ella no era buena para ti, Isabelle.

—Si quieres, volveré a mudarme a casa. Podemos estar juntas todo el tiempo.

Ella mira por la ventana y remueve despacio en la cacerola con el cucharón. Los reflejos de su cara en el cristal muestran la imagen de un ser macilento y retorcido. ¿Me está escuchando?

Mamá deja de remover.

—No hace mucho pensabas dejarme —dice—. Pensabas verte con *ella*. — Escupe la palabra.

—He dejado la terapia. No voy a verla nunca más.

—Fue culpa tuya que atropellara a su hijo. No tuve más remedio. Me vi engañada por aquel paraguas tan feo. Creí que era ella. Y ahora ella debería haber estado ocupada con él. No tendría que haber intentado localizarte. No tendría que haberte hecho fisgonear. Pero es que tampoco se preocupa por su otro hijo. Ella es así. Sólo piensa en sí misma.

Una oleada de malestar me azota entera. ¿Qué ha hecho? ¿A cuántas personas más ha matado?

—¿De qué estás hablando? —susurro.

Mamá me mira. Vuelve a sonreír y saca un pan de molde y un cuchillo.

—Lo siento, pequeña. No podemos volver a casa. Ella no se rendirá. No parará nunca. Nos encontró allí. Nos encontrará aquí también.

—Y ¿por qué quiere encontrarnos? Explícamelo.

—Es culpa suya que tengamos que huir. Todo es culpa suya. Piénsalo, Isabelle. ¿Cómo te has sentido, en verdad, desde que la conociste? No has sido la misma. ¿Cómo crees que le sienta a una ver que su hija se encuentra tan mal, verla cambiar de esta manera y no poder hacer nada? Tampoco querías escucharme.

Empieza a cortar el pan, pero levanta el cuchillo y lo observa. No es un cuchillo de pan lo que tiene en la mano. Es puntiagudo y está afilado, uno de esos que se usan para deshuesar carne.

La expresión de su cara cambia de golpe.

Ira. Pena. Amargura.

—Ella lo tenía todo, aunque no se lo mereciera. Nunca se preocupó por ti. Créeme, te hice un favor. ¿Verdad que hemos estado bien, tú y yo?

—Yo no soy tu hija —digo—. Tengo un grupo sanguíneo diferente. Tú no eres mi madre.

—Nada de eso tiene ninguna importancia. Ahora eres mi niña. Y yo soy tu madre.

—¿Quién es el bebé que sale en las fotos que tenías escondidas?

Mamá pega la vuelta. Levanta el brazo y me lanza el cuchillo antes de que me dé tiempo a reaccionar. Pasa por al lado de mi brazo y oigo que choca contra la pared antes de caer al suelo.

El silencio que sigue es ensordecedor. Mamá cierra los ojos, se aprieta la cabeza con las manos. Está temblando, mece el cuerpo. Miro la puerta de la casa y me pregunto si está cerrada con llave. Pero aunque estuviera abierta de par en par no llegaría muy lejos.

—Querida mía. Mira lo que has hecho. —La mirada de mi madre vuelve a ser afable. Su voz, dulce.

Se me acerca y me toca el pelo. Me lo mesa, una y otra vez.

—Tú siempre has sido mía. De buenas a primeras vi que habías vuelto conmigo. No te preocupes, Isabelle. Siempre estaremos juntas. Hans intentó estropeárnoslo. Pero lo paré a tiempo.

No quiero oír nada más. Pero mamá continúa.

—No tuve elección, ¿entiendes? Tuve que dejarlo ir. Pero no estés triste, pequeña. No sintió nada. No le dolió.

Me levanta la barbilla y quiere captar mi mirada. Yo miro a un lado.

—Tú ahora no lo entiendes, Isabelle. Pero una madre tiene que estar dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de proteger a su hija.

STELLA

Ya ha caído la tarde cuando me incorporo al camino que conduce hasta Strandgården. Aparco el coche, me bajo y cierro la puerta. Lo único que se oye es el viento en los árboles, las olas que rompen en la playa un poco más adelante.

La puesta de sol tiñe el cielo de rosa, naranja y amarillo. Todo me resulta irreal. Saber que Alice está aquí, en Strandgården. La idea de haber estado dirigiéndome hacia este instante desde el mismo día en que desapareció.

A lo largo de los años me he imaginado muchos escenarios distintos. Cómo iba a recuperarla, cómo íbamos a reencontrarnos de nuevo. He soñado despierta, he sufrido pesadillas. Mi propia añoranza y el temor a que ésta me fuera a consumir por completo.

Me acerco al edificio principal. No hay indicios de que alguien haya pasado por aquí. Los postigos siguen cerrados. Las cabañas permanecen vacías y desoladas. Me vuelvo y me dirijo al Sendero de los Problemas. La casa de más arriba, en la colina, debió de ser la vivienda de Lundin. Paso junto al Círculo de las Preocupaciones, pero al cabo de unos metros paro, vuelvo atrás. Recojo una piedra, tanteo su peso en la mano. Me la guardo en el bolsillo y sigo adelante.

Llego a lo alto de la colina y descubro la casa. En la ventana se ve un resplandor amarillo y hay un coche aparcado delante. Un Nissan oscuro.

El coche era oscuro, quizá negro. O azul marino. Modelo familiar. Cuando frenó me volví para mirarlo. Entonces el conductor pisó a fondo. Me embistió a propósito.

Saco el móvil y llamo a Henrik. No lo coge. Le mando un SMS contándole dónde estoy. Luego sigo caminando hacia la casa. Es bonita, tiene detalles de carpintería y ventanas biseladas. Casi he llegado a la escalinata cuando la puerta se abre y una mujer con jersey holgado de marinero sale a mi encuentro. Tiene un farolillo en la mano.

—Sabía que vendrías —declara—. ¿Quieres un café? —Kerstin me contempla con una sonrisa. Me estaba esperando.

Vuelve a meterse en la casa.

La sigo.

El recibidor es espacioso y tiene el techo alto, la cocina queda a la izquierda. Aquí dentro hay más farolillos repartidos. Está sucio y las ventanas necesitan un repaso. Parece que la electricidad está cortada, lo cual no es tan raro teniendo en cuenta que la casa lleva más de dos décadas deshabitada. El calor de la cocina proviene de una vieja cocina de leña.

En las encimeras hay una tostadora y un mortero de mármol, así como algunas latas de conserva y un bidón lleno de agua. En la mesa hay una pila de periódicos antiguos, con fecha de 1994. Todo está cubierto por una capa de polvo.

—Qué casa más bonita —digo.

Kerstin ladea la cabeza. Mira por la ventana.

—Sí, lo era. Pero por mí ya la podrían quemar entera. —Enciende otro farolillo y vuelve a sonreír.

Kerstin.

Eva.

Mi nueva amiga.

—Sería una lástima —digo, y veo un cuchillo en el suelo, debajo de la mesa de la cocina. Kerstin está de espaldas a mí, doy unos pasos hacia la mesa. Me veo agachándome y recogéndolo, levantándoselo a Kerstin y obligándola a contarme dónde está Alice.

—Y ya nos hemos visto antes —digo—. En Kronobergsparken.

Un paso más, me muevo despacio. Otro más, sólo uno.

Kerstin se vuelve de repente y se apresura hacia la mesa. Se agacha y coge el cuchillo. Me apunta con él y niega lentamente con la cabeza.

—Deberías haberme escuchado —dice—. Te avisé. Te dije que lo dejaras correr. Te dije que dejaras las cosas tal y como siempre habían estado.

—Has atropellado a mi hijo —digo—. Casi lo matas.

—Tú me obligaste. Me vi forzada a detenerte.

—Y al mismo tiempo fuiste tú quien me animó a que descubriera la verdad.

—Porque te entiendo —responde—. Perder a una hija, como te pasó a ti. Qué tragedia, sobre todo cuando es por tu culpa. Te compadezco, desde luego que sí. Pero alguna vez tendrás que entender que Isabelle es *mi* hija. Ésa es la verdad.

Cree en sus propias palabras. Está convencida de que tiene razón.

—Has estado en mi casa —digo—. Te he visto en mi calle, con chubasquero y escondiendo la cara bajo la capucha. Tú me dejaste la esquila en el buzón. Me has llamado, te has inventado mentiras sobre mi hijo. ¿Por qué?

Kerstin se ríe. Después se pone seria.

—Tú siempre has sido engreída. Siempre te has creído superior. A pesar de estar siempre en la cuerda floja. No fue difícil darte el empujón para que te la pegaras.

Llena una cafetera con agua del bidón, la pone en el fogón de leña y mide la cantidad de café molido. Somos dos viejas conocidas que vamos a merendar juntas y a charlar un poco. Me siento a la mesa.

—Me lo pusiste muy fácil —dice—. Me contaste todo lo que quería saber. «Mi marido, él nunca me creerá. Pensaré que estoy loca.» Sentías lástima por ti misma, claro. No puede haber sido sencillo para alguien tan singular como tú verse en el manicomio.

Su voz es compasiva y comprensiva.

—Tú no me conoces —digo—. No tienes ni idea de quién soy.

—No estés tan segura de eso. Sé más de ti de lo que tú te crees.

—Cuéntame, me muero de curiosidad. ¿Llevas vigilándome todos estos años?

Sus ojos se empequeñecen, su cara se pone rígida de rabia. Por un segundo pienso que me atacará con el cuchillo. Pero al instante siguiente vuelve a estar tranquila.

—No eres tan importante como te crees —dice—. Pero claro que me molesté en enterarme de quién eras, lo que hacías. Conociste a aquel chico de clase alta. Te casaste con un rico y ascendiste en la escala social —continúa—. Tu marido es muy simpático, debo decirlo. Cuando quedé con él y le hablé de ti, se comportó correctamente. Y es muy elegante, supongo que no te conformas con menos. Pero yo ya sé cómo son los hombres. En el fondo son como cerdos. Como animales salvajes. Son pocos los que muestran deferencia, como hacía Hans. Él me dejaba en paz, nunca se entrometía.

Kerstin se sienta enfrente de mí.

—Y, naturalmente, tuvisteis un crío. Por lo visto considerabas que te tocaba volver a ser madre otra vez. Y os comprasteis una casa bonita en un barrio acomodado. Tenías todo lo que una mujer puede desear. A pesar de no merecértelo, después de lo que habías hecho. Pero me alegré por ti, que lo sepas. Incluso lloré un poco.

—Debió de ser terrible para ti —digo—. Isabelle vino a mí. De todas las terapeutas que hay, tuvieron que derivarla a mí. ¿Crees en el destino, Kerstin? ¿En el karma? ¿Crees en que nuestros peores actos se ven castigados? ¿Que al final la verdad siempre vence?

Kerstin se levanta y limpia la encimera. Después saca una fuente con bollitos. Tiene el cuchillo en la mano todo el rato.

—Eso es de perdedores —dice finalmente—. De débiles. Como tú.

—¿Y tú eres fuerte? ¿Tú tienes la fuerza que hay que tener?

—Nunca lo entenderás —contesta Kerstin—. La vida no te ha puesto a prueba como a mí. A la menor adversidad, sucumbiste por completo.

—Sé que Isabelle es mi hija —digo—. Que es Alice.

Kerstin me mira.

—Nunca la mereciste. Tú misma lo dijiste, que a lo mejor no lo llevas dentro. Eres una mala madre, las dos lo sabemos. Dejas que tu hija desaparezca y que a tu hijo lo atropellen. Eres realmente una madre espantosa. Hacerlo de esta manera ha sido lo mejor. ¿No lo crees tú también?

—Tú has atropellado a mi hijo. Tú me robaste a mi hija. ¿Qué clase de persona hace algo así?

La voz de Kerstin está cargada de sarcasmo:

—Alguien que se atreve a hacer lo necesario. Alguien que sabe llevar el control. ¿Te crees que no he sufrido? —dice—. ¿Te crees que no sé lo que implica estar aislada de lo que los demás dan por hecho? ¿Sabes lo que se siente al ser destrozada? ¿Que te desgarran la vida? No lo creo. Pero ¿por qué ibas a librarte tú? ¿Por qué tú lo tienes que tener todo gratis, sin pagarlo caro, como he hecho yo? —Kerstin vierte el agua caliente sobre el polvo.

Me meto la mano en el bolsillo y aprieto la piedra. Podría hacerlo ahora. Golpearla en la cabeza. Dejarla inconsciente.

Pero espero. Primero tengo que descubrir dónde ha escondido a Alice.

—¿Dónde está? —digo.

En ese mismo instante suena mi móvil. Meto la mano en el otro bolsillo, lo toco con el dedo, lo silencio. Saco el teléfono por debajo de la mesa y miro la pantalla.

Henrik.

Kerstin deja tranquilamente la cafetera en la mesa. Me mira y extiende la mano. Si contesto a la llamada, nunca más veré a Alice. Le entrego el teléfono. Kerstin lo coge, lo mira mientras los tonos se van sucediendo. Después abre la puertecilla de la cocina de leña, tira el móvil al fuego y cierra.

—Ya no lo necesitas.

—Te lo vuelvo a preguntar —digo—. ¿Dónde está?

Kerstin no responde. Coge un farolillo, sale al recibidor y me hace un gesto con el cuchillo para que la acompañe.

Cruzamos el salón, donde los muebles están cubiertos con sábanas blancas. Doy un respingo con la atenuada explosión que se oye en la cocina de leña al estallar la batería.

El sol se ha puesto, sólo unas pocas estrías rojas incandescentes se demoran en el cielo. Las altas ventanas tienen unas vistas asombrosas al mar.

Nos detenemos ante una puerta al final del pasillo. Temo lo que estoy a punto de ver. Mi mano aprieta la piedra en el bolsillo. Kerstin mete una llave en la cerradura y la gira. Abre la puerta.

En un rincón hay varios muebles amontonados. En el otro hay un cubo y un rollo de papel higiénico. Huele fuerte a pis. Un colchón en el suelo.

Y ahí está. Tumbada.

No se mueve. ¿He llegado demasiado tarde?

—¿Qué has hecho? —digo—. ¿Qué le has hecho?

Doy un paso al frente, pero Kerstin me agarra del brazo. Intento liberarme de un tirón y sacar la piedra. Ella me clava las uñas y me impide hacer nada. Kerstin es fuerte, sus uñas son afiladas como garras. Levanta el cuchillo y me lo acerca. La punta a escasos centímetros de mi garganta.

—Ahora me pertenece a mí. Es mía.

ISABELLE

La habitación está más oscura que antes. Ya apenas veo nada. Y a pesar del anorak y la manta, tiemblo de frío. El calor de la cocina de leña no llega hasta aquí. Pero prefiero estar aquí que en la misma habitación que ella.

Lloró en el funeral de papá. ¿Cómo fue capaz si había sido ella quien lo había matado? No sé quién es. Qué es. Y no sé lo que piensa hacer conmigo.

Si tuviera fuerzas suficientes opondría resistencia. Lucharía. Intentaría huir otra vez. Pero no me alcanzan.

Si le digo que soy su hija, ¿irá todo bien? ¿Si finjo ser de ella y de nadie más?

En la oscuridad es fácil oír cosas. Antes me ha parecido haber escuchado un coro de voces. Cientos de voces susurrando y cantando. He tardado un rato en comprender que debían de ser las olas.

Después me he imaginado que se acercaba un coche. Y he oído ladridos. He pensado en Stella, en que ella nunca se rinde. He pensado que a lo mejor era ella quien venía a buscarme. Mi verdadera madre. Me he acurrucado junto a la pared, he pegado la oreja al empapelado y he aguzado el oído. Lo único que he podido distinguir ha sido mi propia respiración y mi corazón latiendo.

Me he enfadado conmigo misma. Me he decepcionado. Qué típico de mí ponerme a imaginar cosas, perderme en ensoñaciones e inventarme lo que sea para sentirme un poco mejor. Stella no tiene ni idea de dónde estoy. Y no aparecerá para rescatarme. Nadie lo hará. Tampoco Fredrik. Aquí no me va a encontrar.

Estoy sola.

Cuando pienso en Fredrik visualizo cómo habría sido el resto de mi vida. Una vida repleta de personas geniales a mi alrededor. Me licencio en Ingeniería Civil, consigo un trabajo interesante y bien pagado. Me caso con el amor de mi vida y soy feliz. Viajamos, vemos el mundo juntos. Tenemos hijos en algún momento. Un niño y una niña, quizá.

Nada de eso va a pasar.

Estoy sola y nadie sabe dónde.

Mis amigas están preocupadas, la policía me está buscando. Pero el tiempo transcurre y sigo desaparecida sin haber dejado ningún rastro. A lo mejor salgo por las noticias. En la tele, la prensa, internet. Pero nadie me va a encontrar jamás.

Desaparecida para siempre.

Una tenue luz por debajo de la puerta. Me he vuelto a dormir.

Oigo su voz.

Lejana y débil, pero la oigo. «Stella está aquí.» Ha venido a buscarme. No se ha rendido, ha seguido buscando.

Pero también oigo la voz de mamá. Fría y burlona. Oigo que la furia está a flor de piel.

La puerta se abre. No me atrevo a mirar, permanezco a la espera.

Stella le pregunta a mamá qué me ha hecho. Mamá contesta triunfal que le pertenezco a ella.

Me aparto el pelo de la cara y miro. Kerstin tiene a Stella fuertemente agarrada por el brazo. Odio cuando hace eso. Cuando las uñas se te hunden en la carne.

Y tiene un cuchillo en la mano. El mismo que me ha tirado antes a mí. Suelta a Stella, se me acerca y me pone en pie.

—¿Estás herida? —dice Stella, y suena aterrorizada.

—No es mi sangre, es...

—¿Estás despierta, mi niña? —me interrumpe Kerstin—. Ven, hay café y bollos.

Stella cierra los puños, como si quisiera abalanzarse sobre mamá. Pero Kerstin no es mi madre. Nunca lo ha sido. No pienso volver a llamarla así nunca más.

Quiero advertir a Stella de que no haga nada precipitado, avisarla de que Kerstin es impredecible y más peligrosa de lo que jamás podría llegarse a imaginar.

«¿Ves el brillo en sus ojos?»

Intento hacérselo entender a Stella a base de mirarla fijamente con toda la intensidad que puedo. Y ella lo hace, me entiende. Me esboza una sonrisa fugaz que significa que sabe lo que le intento decir.

Me apoyo en Kerstin mientras avanzamos por el pasillo. Miro de reojo el cuchillo en su mano, pero Kerstin me tiene apresada con el brazo como si fuera un tornillo que se va cerrando aún más. Una advertencia.

Volvemos a estar en la cocina. Hay farolillos repartidos por todas partes, pero la luz es tenebrosa. Fuera, la luna llena flota sobre el mar como una moneda de plata raída. Stella está sentada enfrente de mí a la mesa. Kerstin nos deja una taza de café delante a cada una. Se sienta y vigila todos y cada uno de los movimientos de Stella.

No bebo del café. Tardé demasiado tiempo en comprender que me estaba drogando. Cada vez que comía, cada vez que bebía. Stella tampoco puede beber. Si lo hace, ninguna de las dos saldrá de aquí.

Cojo la taza entre las manos. Cuando Kerstin se levanta para buscar la caja de terrones de azúcar repico rítmicamente en la cerámica con el dedo y hago una mueca. Stella mira su taza y la aparta. Moviendo los labios me pregunta: «¿Estás bien?».

Asiento con la cabeza, pero no puedo contener las lágrimas. Me seco las mejillas con un movimiento torpe. Stella alarga la mano para coger la mía.

—¡Para! —grita Kerstin. El mortero de mármol aterriza en la mesa con un estruendo, cerca de la mano de Stella.

—Bebe —dice Kerstin—. Tómate el café. —Pone unas cuantas velas en la mesa y vuelve a sentarse. El cuchillo todo el rato delante—. Quiero darte una oportunidad de arreglarlo todo, Stella.

—¿Qué tengo que hacer? —dice.

—Pídele perdón. —Kerstin me señala con la cabeza.

—¿Perdón?

—Pídele perdón por la pésima madre que fuiste. Aprovecha la oportunidad mientras puedas.

Stella guarda silencio. En lugar de decir nada, se levanta poco a poco, coge una de las velas y va hasta la pared. Kerstin no le quita los ojos de encima ni un solo segundo. Stella levanta la vela delante de un recorte de prensa enmarcado. Una fotografía ocupa la mitad de la portada, un hombre sonriente delante de un edificio. Montones de flores llenan el porche que tiene a sus espaldas.

—Tu padre, ¿verdad? —Stella se gira. Vuelve a dejar la vela—. Roger Lundin. Él sabía lo que habías hecho y pensaba contárselo todo a la policía. Pero murió. No le dio tiempo.

—Era un traidor —dice Kerstin—. Un borracho, igual que mi madre. No debió quitarme a mi hija. No hacía falta enterrarla. Y, gracias a Dios, ella volvió.

¿De qué está hablando? ¿Quién es la niña y por qué la enterraron? Y ¿qué tengo que ver yo con eso?

Stella busca con la mano en el bolsillo de sus pantalones. Saca algo y lo pone en la mesa delante de Kerstin.

—¿Es ésta tu niña? ¿Es Isabelle?

Veo que es la foto que encontré en casa, en el armarito debajo del escritorio. No entiendo cómo la ha conseguido Stella.

Kerstin mira la foto.

—La auténtica Isabelle. —Stella habla con voz dulce—. Tu hija.

—Mi niña —dice Kerstin—. Mi niña del alma.

—Tu niña, Kerstin. No mía. No Alice. Ésta es la auténtica Isabelle, ¿verdad?

Kerstin levanta la cabeza y mira a Stella sin acabar de entender.

—La auténtica Isabelle —dice, y me señala con el cuchillo—. Está aquí sentada.

—Yo no me llamo Isabelle —digo—. Y debería haberme criado con Stella. Tú me robaste de mi madre. Me robaste la vida.

Kerstin se vuelve hacia mí.

—Eso no es verdad. Lo que dices es mentira —susurra.

—Eres tú la que miente. Siempre lo haces. Nada de lo que has dicho es cierto. Nada. Toda mi vida es una auténtica mentira. Me he criado con una psicópata. Una asesina.

Kerstin suplica:

—Te quiero, Isabelle. Pero tú nunca me has querido a mí. Por mucho que lo haya intentado, por mucho que me haya esforzado en hacer lo mejor que he sabido.

Stella saca una piedra del bolsillo. Se abalanza sobre Kerstin para asestarle un golpe en la cabeza. Kerstin lo esquiva y le hunde el cuchillo a Stella en el brazo. Stella suelta un grito y la piedra se le cae. Se sujeta el brazo y mira a Kerstin con ojos llenos de cólera.

Kerstin se planta detrás de mí. Apoya el cuchillo en mi garganta.

El afilado filo se desliza por la piel.

STELLA

Alice está paralizada. Está pálida como un cadáver y me mira con ojos despavoridos. Su cara está amoratada y tiene una tirita en la frente. Una tirita infantil, de colores, demasiado pequeña para la herida. Kerstin está detrás de ella apoyándole el cuchillo en la garganta. Tengo que desviar su atención.

—Quiero saber una cosa —digo, levanto el brazo y presiono la herida con la mano izquierda.

—¿Qué quieres saber?

—¿Isabelle está enterrada donde está el corzo?

Kerstin levanta a Alice de la silla por el brazo, la mantiene pegada a su cuerpo y empieza a caminar hacia la puerta.

—Coge el farolillo. Te lo voy a enseñar. —Sale de la casa sin despegar el cuchillo del cuello de Alice. Cojo el farolillo y la sigo.

El cielo es una enorme cúpula de cristal negro. Las estrellas brillan como esquirlas de hielo. Un vientecillo frío sopla desde el mar y nuestro aliento se vuelve vaporoso. Caminamos en silencio, lado a lado en la oscuridad. Kerstin sujeta a Alice entre ella y yo fuertemente del brazo. La luz de la luna se refleja en el filo del cuchillo. Kerstin no baja el arma ni una sola vez, apunta incesantemente al cuello de mi hija. No puedo hacer nada. Es demasiado arriesgado. Me pregunto hasta dónde está dispuesta a llegar Kerstin.

A grandes rasgos, mi mano derecha está inutilizada. Me cuesta mover los dedos y el dolor está a punto de apoderarse de mí. Es como si me quemara la herida, y me sube hacia el codo y por todo el interior del brazo. Kerstin me lanza miradas suspicaces, pero yo finjo no verlas. No sé si funciona, pero quiero hacerle creer que no voy a luchar más.

Seguramente, Kerstin cruzaba los dedos para que yo entendiera adónde había llevado a Alice y que las siguiera hasta Strandgården. Pero lo que vaya a pasar ahora es imposible de discernir.

Llegamos al corzo junto al barranco. La luna llena brilla sobre el mar y el viento azota las ramas de los árboles, mi pelo y mi ropa.

—Es un sitio maravilloso —dice Kerstin. Suena satisfecha, como si estuviéramos dando un paseo nocturno revitalizante y nos hubiéramos topado con un bonito mirador.

El corzo otea el mar. Kerstin hace bajar a Alice al suelo, se pone en cuclillas y acaricia con cuidado el lomo del animal antes de levantarse. Señala el mar con el cuchillo.

—Ahí está. Mi niña.

Dejo la lámpara de queroseno en el suelo. Intento estirar el brazo. Ahora el dolor es peor y ya no puedo mover los dedos.

—¿Cómo murió? —pregunto.

—Dormía y dormía y dormía. No se despertaba nunca. Mi padre no lo entendía. Salió con la barca y la hundió en el mar. Pero yo recuperé lo que era mío. —Kerstin mira a Alice, luego a mí—. Se volvió mía. Se convirtió en mi Isabelle, que había vuelto.

—Alice nunca ha sido tuya —digo—. La cogiste del cochecito mientras dormía.

Kerstin agarra a Alice del pelo y la levanta de un tirón. Alice suelta un gemido y se lleva las manos a la cabeza.

—Y tú nunca has sido su madre —espeta Kerstin—. Ella no quiere saber nada de ti. Quiere que desaparezcas y nos dejes en paz.

Me acerco un poco más.

—Nos queremos —dice Kerstin, retrocede con el brazo rodeando a Alice y aprieta el cuchillo contra su cuello—. Es mi niña. Yo soy su madre.

—Entonces aparta el cuchillo. Le estás haciendo daño.

—Sigues siendo igual de arrogante. No te la merecías en su momento y sigues sin merecértela ahora.

Están cerca del acantilado. Alice me mira y sus ojos lo dicen todo. Es el fin.

ISABELLE

El cuchillo me rasguña el cuello. Contengo el aliento al notar el filo afilado como una cuchilla de afeitar amenazando a mi garganta. No quiero morir.

—Todo lo que pasa tiene un sentido —me susurra Kerstin al oído—. Tú y yo siempre nos hemos estado dirigiendo hacia aquí, Isabelle. Nunca hemos abandonado este sitio. —Intento liberarme, pero me flaquean las fuerzas.

Stella se acerca. Tiende la mano que tiene sana y señala el cuchillo.

—Has mostrado tu fuerza. Ya es suficiente.

Kerstin suena decepcionada:

—No has entendido nada —responde—. ¿Por qué no puedes escuchar? El padre de Isabelle cometió el mismo error. Mi padre, también. Y Hans. Ninguno de ellos escuchaba.

—Dame el cuchillo. —Stella mantiene el brazo extendido.

—Si lo quieres, tendrás que quitármelo.

Veo en los ojos de Stella que ella también lo sabe: se acabó todo. Intento decir que siento mucho que las cosas hayan ido de esta manera, pero no consigo pronunciar palabra.

Kerstin me agarra aún más fuerte. Da otro paso hacia atrás. Echo un vistazo a un lado y veo la distancia que nos separa del agua. Un paso más y las dos nos precipitaremos a las rocas.

—¡Éramos felices! —grita—. Tendrías que habernos dejado en paz.

Stella se lanza hacia nosotras. Agarra a Kerstin por el pelo y le pega un tirón a un lado. Kerstin pierde el equilibrio y me suelta. Yo me aparto del acantilado con pasos torpes y me desplomo en el suelo.

Se están abrazando, un saludo apaciguado. Kerstin le pasa un brazo por la espalda a Stella, Stella rodea a Kerstin con los dos. Un lento baile bajo la luna llena.

Después Stella gira la cara para mirarme, ojos atónitos y boca abierta de par en par.

Kerstin le ha hundido el cuchillo en el estómago. Sólo lo retira para

asestarle otra puñalada violenta. Vuelve a retirar el brazo de nuevo, pero esta vez Stella se libera del abrazo de golpe. Kerstin pierde el equilibrio. Tantea en el aire en busca de algo donde agarrarse.

Stella la empuja y Kerstin trastabilla.

Kerstin le tiende la mano, pero Stella no hace nada. Se limita a contemplarla mientras cae al vacío.

El grito de Kerstin se corta cuando aterriza sobre las rocas del fondo del acantilado. Me arrastro hasta el borde y asomo la cabeza. La veo allí tumbada con el cuerpo en una posición antinatural. La sangre brota de su cabeza, tiene los ojos totalmente abiertos y el agua le lame la pierna.

Stella se deja caer a mi lado.

—¿Cómo estás? —me pregunta. Su voz no es más que un leve susurro.

Me apoyo en ella sin responder. De pronto un espasmo la hace gemir de dolor.

Me enderezo y la observo.

Está intentando sonreír.

STELLA

Nos quedamos sentadas contemplando el mar. Las olas chocan contra las rocas de abajo, en el lugar donde ha caído Kerstin.

Yo la he empujado. Yo la he matado. La he dejado caer sin cogerle la mano que me había tendido.

Alice dice que se alegra de que Kerstin se haya ido. Quiere saber si eso la convierte en una mala persona. Le contesto que no.

Estoy temblando de pies a cabeza. Respiro a golpes breves y enérgicos y el corazón me va a galope. Tengo una sed terrible, me gustaría tener algo para beber.

Alice me pregunta si estoy gravemente herida. Me desabrocho el abrigo para ver. Una flor negra de sangre se extiende por mi estómago y baja por mis piernas. Alice se lleva las manos a la boca y puedo ver el *shock* en su cara. Las dos sabemos que es grave. Después, se quita el anorak y presiona con él sobre la herida. Me toca la frente, dice que estoy helada y que he perdido todo el color de la cara.

Oigo las sirenas de los coches de policía acercándose. Veo las luces azules cortar la oscuridad de la noche. Alice me pide que aguante, dice que la ayuda viene de camino.

Caigo de lado. Me quedo tumbada en el suelo y miro las aguas titilando bajo la luz de la luna. Alice se inclina sobre mí, y quiero decirle que es la segunda vez que vemos la luna llena juntas. Pero ya no puedo mover la boca. Todas esas cosas que había pensado decirle a mi hija. Ya no salen las palabras.

Alice me sujeta la cara entre sus manos y me mira al fondo de los ojos. Dice algo, pero no la oigo.

Apoya la cabeza en mi hombro y por las sacudidas que da entiendo que está llorando. Me gustaría poder consolarla.

ISABELLE

El prado está repleto de amapolas y botones de oro amarillos como el sol. Aciano y lino y trébol rosa, perifollo y margaritas. Todo está en flor.

Camino sin prisa y acaricio la alta hierba con las yemas de los dedos. El sol en la espalda, una brisa cálida en la cara. El olor a heno recién cosechado. Más adelante, el horizonte se extiende como una cinta de seda.

Quiero quedarme aquí para siempre.

—Alice.

Me doy la vuelta.

Vas montada en un caballo. El sol irradia tu cara y me ciega. Me hago sombra con la mano.

El sol brilla cada vez con más intensidad. Entorno los ojos, pero no me ayuda. El sol se acerca cada vez más, se transforma y empieza a irradiar frío gélido en lugar de calor. La luz corrosiva lo aniquila todo.

Te llamo. Grito tu nombre lo más alto que puedo, pero tú ya estás muy lejos. El sol se ensancha, me inunda hasta quemarme. Grito.

—¿Isabelle? —Otra voz.

No puedo mover el cuerpo. Intento cerrar los ojos y girar la cara.

—Tranquila, Isabelle —dice un hombre—. ¿Puedes verme? ¿Sabes dónde estás?

El hombre tiene una linterna en una mano y con la otra me levanta los párpados. Lleva gafas y bata blanca.

—Me llamo Björn Söderberg y soy médico aquí en el hospital de Oskarshamn. Ella es Lotta, enfermera. ¿Cómo te sientes?

—¿Dónde está Stella? —Quiero incorporarme, pero noto un tirón en la mano. Un tubo que sale de una cánula llega hasta un gotero con un líquido transparente en una bolsa. En el pliegue del codo tengo otra cánula.

—¿Dónde está Stella? —vuelvo a preguntar—. ¿Cómo está?

—¿A quién podemos llamar para contarle que estás aquí? —inquire el médico.

—¿Cómo se encuentra?

—Ahora debemos centrarnos en ti, procurar que te recuperes. —El médico ojea unos papeles—. A lo mejor tienes algún...

—¿Por qué no queréis contestar? Os lo he preguntado varias veces desde que llegué aquí, pero no decís nada. ¿Qué es lo que está mal?

—La han operado durante la noche —dice Lotta.

—¿Sobrevivirá?

—Es demasiado pronto para decirlo —responde el médico—. Todavía no se ha despertado.

Hay algo en su voz, en su forma de evitarme la mirada. Eso me asusta.

—Se pondrá bien, ¿no? —Miro a la enfermera. La mujer titubea.

—Su estado es crítico —dice luego—. Ha perdido mucha sangre y ha sufrido varias paradas cardíacas.

El médico le lanza una mirada severa y la enfermera saca un tensiómetro.

—Vamos a hacerte algunas pruebas y...

Le aparto el brazo de un manotazo y empiezo a incorporarme.

—¿Dónde está? Quiero estar con ella.

Lotta trata de retenerme pero me resisto. El tubo se engancha en alguna parte y noto una quemazón en la mano. La mujer me agarra del brazo.

—Por favor, Isabelle, tranquilízate.

—¿Dónde está?

—No hay nada que puedas hacer —dice Lotta.

«No puede morir. No puede.»

El médico me coge por los hombros y me dice que respire hondo. Juntos me ayudan a tumbarme otra vez en la cama.

—Lo siento —dice él.

—No —sollozo—. Por favor.

—Ahora tendrás que descansar un rato. —El médico mira a Lotta, asiente con la cabeza y ella me inyecta algo por la cánula del brazo.

Una sensación de hielo en la piel, el frío se extiende por mis venas. Después me hundo de espaldas en la cama. Y luego sigo hundiéndome. Caigo al fondo de unas aguas cálidas, acogedoras. En la superficie, el hombre y la mujer se quedan mirándome. Veo en sus caras que lo saben. Lo saben pero no me lo quieren decir.

Es demasiado tarde. Es demasiado tarde para todo.

Stella se ha ido.

Está muerta.

ISABELLE

Fuera está lloviendo. El viento azota la ventana y las gotas repiquetean al chocar contra el cristal.

La cabeza y los ojos me duelen por el vacío que siento en mi interior.

Hay un hombre sentado en una silla al lado de mi cama. No se ha dado cuenta de que me he despertado. Se lo ve exhausto y se nota que ha estado llorando. Intuyo quién es.

Cambio de postura y el hombre levanta la cabeza.

—Hola —dice—. Voy a avisar de que te has despertado.

—No hace falta.

—¿Quieres algo? ¿Tienes sed? —Abre un botellín de agua que hay en la mesita junto a la cama y llena un vaso de plástico transparente. Me lo ofrece. Lo cojo y me lo bebo de un trago.

—¿Eres mi padre? —Me arrepiento de la pregunta al ver la sorpresa que el hombre se lleva. Me avergüenzo y clavo la mirada en la manta amarilla de hospital. El hombre me coge de la mano. La suya está caliente.

—No, yo no soy tu padre —responde—. Me llamo Henrik.

—¿Eres el marido de Stella?

Asiente en silencio.

—¿Sabes si tengo algún padre?

—Se llama Daniel.

Retiro la mano y vuelvo a cambiar de postura. Toqueteo el tubito que tengo pegado en la mano. Ha salido un poco de sangre bajo el esparadrapo que sujeta la cánula. Me molesta y me gustaría no tener que llevarla. Me gustaría no tener que estar aquí en absoluto.

Henrik me observa. Sus ojos están rojos.

—Stella no dejó de pensar en ti. Nunca perdió la esperanza.

No quiero hablar de Stella. Cojo el botellín, desenrosco el tapón y bebo a morro. Después vuelvo a enroscarlo y lo dejo otra vez en la mesa. Noto la mirada de Henrik, pero me niego a alzar la vista y a cruzarme con ella.

—Es todo culpa mía —digo.

Henrik se inclina hacia mí.

—Eso no es verdad. No debes sentir eso. Si hay alguien que debería culpabilizarse, soy yo. Si la hubiese creído, nada de esto tendría por qué haber pasado.

—No tuve la oportunidad de conocerla bien.

Henrik me mira con una expresión que no logro interpretar.

—¿Qué quieres decir?

No me da tiempo de contestar. La puerta de la habitación se abre y el médico entra.

—¿Cómo te encuentras, Isabelle? —dice.

—Así así —respondo.

—Te entiendo.

Me explica que estaba sufriendo una hipotermia cuando la policía me trajo a urgencias. Tengo varias heridas menores aquí y allá que me dolerán durante un tiempo. Los sucesos por los que he pasado han tenido una especie de efecto traumático en todo el cuerpo.

—Tenemos un asistente social con el que puedes hablar. Sólo para que lo sepas.

No digo nada, únicamente quiero que me dejen en paz.

—Yo también estoy aquí, Isabelle —dice Henrik—. Y Stella. Con el tiempo.

Me lo quedo mirando.

—¿Stella?

—Fue una operación complicada —dice el médico.

—Sufrió varios paros cardíacos —explica Henrik, y me vuelve a coger de la mano—. Se apagó. Nadie pensó que fuera a conseguirlo.

—¿Ha sobrevivido?

—Cada día que pasa es una victoria. —Sonríe—. Pero Stella es la persona más tozuda que conozco.

—¿Te importa si te robo a Henrik un momento? —dice el médico. Niego con la cabeza. Henrik se levanta y me dice que regresa enseguida. El médico se vuelve para hablarme desde la puerta.

—En breve vendrá una enfermera para hacerte algunas pruebas más. Y la policía querrá hablar contigo. Nos vemos, Isabelle.

—Yo no soy Isabelle —digo.

El médico me mira sin entender.

—Mi nombre es Alice.

AGRADECIMIENTOS

Quiero darles las gracias a todas las personas que han estado presentes y han contribuido en la creación y publicación de este libro.

A mis agentes Jenni y Lena de la Grand Agency, por vuestra dedicación y vuestra fantástica labor. También a Lotta, a Umberto y a Peter, por supuesto.

A mi editor Jonas y a Lovisa de Polaris, siempre igual de contentos, positivos y profesionales.

Gracias a toda mi familia, a mi madre y a mis hermanas, que siempre han creído en mí.

Y a mi marido y a mis hijos: me encantáis.

Intuición

Elisabeth Norebäck

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Säg att du är min*

Publicado de acuerdo con Grand Nordic Agency AB

Diseño de la cubierta: José Luis Paniagua

© de la fotografía de la autora: Viktor Gärdstätter

© Elisabeth Norebäck, 2017

© por la traducción, Pontus Sánchez, 2018

Canciones del interior

© Teddy Bear, 2002 Sony Music Entertainment, interpretada por Elvis Presley

© Love me tender, 2002 Sony Music Entertainment, interpretada por Elvis Presley

© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-670-5193-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



Table of Contents

[SINOPSIS](#)

[PORTADILLA](#)

[STELLA](#)

[ISABELLE](#)

[STELLA](#)

[29 DE DICIEMBRE DE 1992](#)

[ISABELLE](#)

[STELLA](#)

[29 DE JULIO DE 1993](#)

[STELLA](#)

[KERSTIN](#)

[ISABELLE](#)

[STELLA](#)

[5 DE AGOSTO DE 1994](#)

[STELLA](#)

[ISABELLE](#)

[STELLA](#)

[15 DE AGOSTO DE 1994](#)

[STELLA](#)

[ISABELLE](#)

[STELLA](#)

[2 DE SEPTIEMBRE DE 1994](#)

[STELLA](#)

[KERSTIN](#)

[STELLA](#)

[ISABELLE](#)

[STELLA](#)

[22 DE JULIO DE 1996](#)

[STELLA](#)

[ISABELLE](#)

[STELLA](#)

[STELLA](#)

[STELLA](#)

[22 DE JUNIO DE 2003](#)

[ISABELLE](#)

STELLA
STELLA
KERSTIN
STELLA
ISABELLE
STELLA
STELLA
STELLA
STELLA
STELLA
ISABELLE
STELLA
STELLA
KERSTIN
STELLA
ISABELLE
STELLA
KERSTIN
ISABELLE
STELLA
STELLA
ISABELLE
STELLA
STELLA
STELLA
ISABELLE
KERSTIN
STELLA
STELLA
ISABELLE
STELLA
ISABELLE
ISABELLE
STELLA
STELLA
KERSTIN
STELLA
STELLA
ISABELLE

[STELLA](#)
[STELLA](#)
[STELLA](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[KERSTIN](#)
[STELLA](#)
[STELLA](#)
[STELLA](#)
[ISABELLE](#)
[KERSTIN](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[ISABELLE](#)
[KERSTIN](#)
[STELLA](#)
[KERSTIN](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[ISABELLE](#)
[STELLA](#)
[ISABELLE](#)
[ISABELLE](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[CRÉDITOS](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)